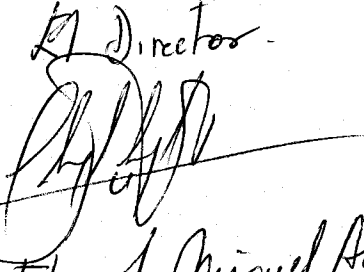


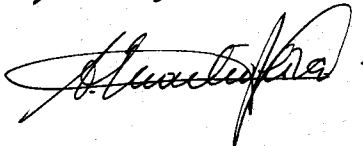
FACULTAD DE
PSICOLOGIA
—
BIBLIOTECA
—
T
—
PS
—
181

UNIVERSIDAD DE GRANADA
FACULTAD DE PSICOLOGIA
— 5 JUN. 2002
Entrada Nº 1110

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
Nº Documento b.13381921
Nº Copia l.16567237

UNIVERSIDAD DE GRANADA
23 MAYO 2002
COMISION DE DOCTORADO

Al Director

Fdo. Miguel Ángel García
Martínez

La Autora:

Fdo: Adelsida
Koutoulia Saiz de los

FACULTAD DE
PSICOLOGIA
GRANADA
BIBLIOTECA

A mis padres.
A mis hijos.

Este trabajo es el resultado del esfuerzo, directo o indirecto, de muchas personas, sin cuya implicación no hubiera sido posible su realización. Por ello, no quisiera perder la oportunidad de agradecerse a través de estas primeras líneas.

Quiero expresar, de manera general, mi satisfacción por haber sentido la ayuda y el ánimo de tantas personas a lo largo de todo el proceso de elaboración de esta tesis.

Sin duda, una de las personas que más ha aportado a esta tesis ha sido su director, Miguel Angel, quien me ha transmitido conocimiento y seriedad científica, enriqueciendo considerablemente, no solo esta tesis, sino mi labor profesional. Y todo ello con el cariño y la entrega que le caracteriza.

En segundo lugar, quiero dar las gracias a mi compañera de fatigas, Antonita Calvo, porque vivir este proceso en paralelo ha servido para compartir inquietudes, deseos y muchos buenos momentos (y no tan buenos), lo que se traduce en una gran amistad. Junto a ella, a Pilar Berrios, quien, desde la distancia, nos ha hecho desconectar, relajarnos y sonreír hasta en los momentos más duros.

También quiero dar las gracias a mis compañeros del Departamento, Jose María Salinas y Andrés González, por sus valiosas aportaciones metodológicas y técnicas. Ambos han estado siempre dispuestos a colaborar desinteresadamente.

A M. Carmen Aguilar, María Fabregat, Esther López y Cristina Ascaso, ya que todas ellas han cargado con la parte menos gratificante del trabajo y siempre con una actitud positiva, además de cuidar la parte más lúdica del proceso (y no por ello menos importante).

Quisiera también dar las gracias a todos los profesores de las distintas Facultades y Escuelas Universitarias que tan amablemente me cedieron tiempo de su docencia; así como a los alumnos, verdaderos protagonistas de este estudio y que con tanta paciencia y seriedad participaron en la investigación. Y al personal de Hemeroteca y Biblioteca, especialmente a Camila, por dar prioridad a mis peticiones, por la eficacia en sus gestiones y por acompañar todo ello de simpatía y agrado.

Y a aquellos otros compañeros del Departamento quienes, en los últimos años,

siempre me recibían con la misma pregunta ¿cuándo terminas la tesis?. También ello ha supuesto una motivación para finalizarla.

Por último, no quiero terminar sin dar las gracias a mi familia, la que más me ha apoyado: a mis padres, porque sus deseos y ganas de que acabase esta tesis (solo comparables a las mías) han servido de impulso para concluirla; y a mis hijos, ellos son, sin duda, quienes más han sufrido las consecuencias de este proceso. A ellos va dedicada esta tesis doctoral.



ÍNDICE

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	1
<u>CAPITULO I.- EL APEGO EN ADULTOS</u>	9
1.1.- INTRODUCCIÓN	11
1.2.- LA TEORÍA DEL APEGO INFANTIL	13
1.2.1.- Los "working models" o representaciones mentales de apego	17
1.2.2.- Los estilos de apego infantil	20
1.2.3.- Estabilidad del estilo de apego infantil	23
1.3.- LA TEORÍA DEL APEGO ADULTO	28
1.3.1.- Desarrollo histórico: las dos corrientes de investigación en apego adulto	28
1.3.2.- El concepto de apego adulto.	35
1.3.3.- Los modelos internos activos de apego en adultos	43
1.3.3.1.- Estructura y funciones	45
1.3.3.2.- Estabilidad y cambio	50
1.4.- LA MEDIDA DEL APEGO ADULTO	57
1.4.1.- Medidas basadas en relaciones familiares	59
1.4.2.- Medidas basadas en relaciones románticas	62
1.4.2.1.- El modelo de los tres grupos	63
1.4.2.2.- El modelo de los cuatro grupos	67
1.4.3.- Conclusiones sobre la medida del apego adulto	76
1.5.- INCIDENCIA DEL APEGO EN EL FUNCIONAMIENTO DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES: SATISFACCIÓN, INTIMIDAD, COMUNICACIÓN Y COMPROMISO	80
1.6.- EL APEGO ADULTO DESDE UNA PERSPECTIVA CLÍNICA	87
1.6.1.- Personalidad y autoestima	88
1.6.2.- Apego inseguro y psicopatología	93
1.7.- APLICACIONES DE LA TEORÍA EN PSICOLOGÍA SOCIAL	96

1.7.1.- Incidencia del apego adulto en procesos psicosociales básicos: percepción social y atribución	96
1.7.2.- Atracción y conflicto interpersonal	101
1.7.3.- Actitudes y conducta según el estilo de apego adulto: trabajo, tiempo libre, sexualidad y religión	110
1.7.4.- Apego adulto y relaciones intergrupales	119
<u>CAPITULO II.- ACTITUDES Y CONDUCTA</u>	125
2.1.- INTRODUCCIÓN	127
2.2.- EL ESTUDIO DE LAS ACTITUDES	129
2.2.1.- El concepto de actitud	129
2.2.1.1.- Modelos sobre la composición de la actitud	131
2.2.1.2.- Perspectiva actual	134
2.2.2.- La medida de las actitudes	138
2.2.3.- La formación de la actitud	140
2.2.3.1.- El aprendizaje de las actitudes	141
2.2.3.2.- La formación de la actitud a partir de valores, necesidades y motivos	143
2.2.3.3.- Actitudes y creencias	148
2.2.3.4.- La influencia de la conducta en la actitud	150
2.3.- EL ESTUDIO DE LA RELACIÓN ENTRE ACTITUD Y CONDUCTA	152
2.3.1.- Problemas metodológicos	155
2.3.2.- Variables moderadoras de la relación actitud-conducta	159
2.3.2.1.- Factores relacionados con la naturaleza de la actitud	160
2.3.2.1.1.- La experiencia directa con el objeto de actitud: El modelo de activación automática de Fazio	163
2.3.2.2.- Factores relacionados con la situación	166
2.3.2.3.- Factores relacionados con el individuo	167
2.4.- MODELOS TEÓRICOS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE ACTITUD Y CONDUCTA	169
2.4.1.- Modelos basados en procesos racionales: La teoría de la acción razonada y la teoría de la conducta planificada	170
2.4.1.1.- Principales críticas a las teorías	187
2.4.1.2.- Nuevas versiones del modelo de la conducta planificada	190
2.4.1.2.1.- Conducta pasada/hábito	191
2.4.1.2.2.- Normas morales personales	196

2.4.1.2.3.- Evaluación afectiva de la conducta	198
2.4.1.2.4.- Autoidentidad	200
2.4.1.2.5.- Autoeficacia	202
2.4.2.- El modelo MODE	205
2.4.2.1.- Críticas recientes al modelo	207
2.4.3.- Conclusión	209
<u>CAPÍTULO III. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN Y MÉTODO</u>	211
3.1.- PROBLEMA	213
3.2.- OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	214
3.3.- HIPÓTESIS DEL ESTUDIO	216
3.4.- MÉTODO	218
3.4.1.- Participantes	218
3.4.2.- Estudio piloto	219
3.4.3.- Procedimiento	220
3.4.4.- Definición de las variables	221
3.4.5.- Instrumentos de medida	223
3.4.5.1.- Relationship questionnaire (RQ)	223
3.4.5.2.- Cuestionario sobre la historia de relaciones íntimas	224
3.4.5.3.- Cuestionario de conducta planificada	225
3.5.- ANÁLISIS DE DATOS	228
<u>CAPITULO IV. RESULTADOS Y DISCUSIÓN</u>	229
4.1.- RESULTADOS	231
4.1.1.- Distribución de los estilos de apego adulto	231
4.1.2.- Estilo de apego y calidad de la relación	232
4.1.3.- Estilo de apego y actitudes, intención y conducta íntima	236
4.1.4.- El estilo de apego en la relación actitud-conducta	244
4.2.- DISCUSION DE LOS RESULTADOS	252

<u>CAPITULO V. CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS</u>	265
5.1.- CONCLUSIONES	267
5.2.- SUGERENCIAS	270
<u>CAPITULO VI. REFERENCIAS</u>	275
ANEXO I	331
ANEXO II	361



INTRODUCCIÓN

Las relaciones cercanas son fundamentales en la vida de las personas. Desde el momento en el que nacemos, necesitamos establecer vínculos afectivos con otros para lograr sobrevivir, y para lograr un adecuado desarrollo físico y psicológico (Bowlby, 1969; Spitz, 1949). Desarrollar lazos afectivos íntimos y satisfactorios a lo largo de la vida adulta se ha asociado con índices más altos de salud y felicidad, mientras que la ausencia de tales relaciones predispone a las personas a sufrir, entre otros, problemas de insatisfacción, de soledad o de bienestar psicológico (Horowitz, 1979; Reis, 1985; Weiss, 1973). Es más, entre los aspectos que parecen dar más sentido a la vida de las personas, las relaciones más cercanas (de amistad y amorosas) aparecen en los primeros puestos (Klinger, 1977).

Desde la psicología social, distintas teorías han tratado de explicar de qué forma establecemos relaciones cercanas o íntimas, así como el por qué del éxito en tales relaciones. Entre otras, podríamos citar la teoría del intercambio social (Blau, 1964; Kelly y Thibaut, 1978), la teoría de la interdependencia (Thibaut y Kelly, 1959; Kelly y Thibaut, 1978) o la teoría de la equidad (Hatfield, Walster y Berscheid, 1978). A pesar de ello, ésta ha sido una de las áreas de investigación psicosocial más olvidadas hasta hace muy poco tiempo. Durante las dos últimas décadas, sin embargo, el estudio de las relaciones interpersonales ha experimentado un importante desarrollo y avance, en gran medida debido a la naturaleza multidisciplinaria con la que está siendo abordado, desde campos tan diversos como la psicología clínica, social, del desarrollo, la sociología o el trabajo social. Este interés renovado por comprender cómo funcionan las relaciones cercanas adultas y descubrir los procesos que dan lugar a la satisfacción y estabilidad dentro de esas relaciones, ha generado nuevas perspectivas y líneas de investigación muy sugerentes.

Entre estas nuevas direcciones, encontramos el modelo de intimidad de Reis y Shaver (1988), el modelo de las relaciones sociales (Kenny y La Voie, 1984; Kenny, 1994), la aproximación esquemática-cognitiva de las relaciones (p. ej., Planalp, 1987; Baldwin, 1992) o la perspectiva del apego adulto (p. ej., Hazan y Shaver, 1987; Bartholomew y Horowitz, 1991). El trabajo que aquí presentamos se ubica en esta última perspectiva. Se trata de una teoría que surge a raíz del concepto de vínculo afectivo o “apego” entre padres e hijos. Aunque en sus orígenes el principal núcleo de interés de la investigación sobre apego eran los primeros años de la vida del niño, este campo se ha ido ampliando cada vez más, extendiéndose hasta la etapa adulta. Así, la teoría desarrollada inicialmente por Bowlby (1969, 1973, 1980; Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978) sobre el apego infantil, ha posibilitado la aparición de un nuevo modelo desde el que poder explicar el comportamiento interpersonal adulto, modelo que actualmente aparece como uno de los que más aportaciones

está realizando a la investigación sobre relaciones íntimas.

La teoría del apego (Bowlby, 1969, 1973, 1980) propone que las experiencias afectivas que tienen lugar en nuestra infancia (sobre todo las que se establecen entre el niño y su cuidador principal) van a afectar a la naturaleza y calidad de las relaciones interpersonales adultas posteriores. La razón es que esas primeras interacciones dan lugar a unas representaciones mentales sobre uno mismo y los demás (*internal working models*) que organizan y guían el afecto, la cognición y la conducta en las relaciones cercanas en general. La teoría del apego sugiere que estos modelos o esquemas cognitivos que se originan en los primeros años de la vida, probablemente continúan influyendo el resto de la misma.

Hazan y Shaver (1987), pioneros en el desarrollo de la teoría del apego adulto, examinan esta hipótesis en las relaciones personales adultas, particularmente en las amorosas, y muestran una analogía entre los estilos de apego descritos para las relaciones entre el niño y su cuidador, y los estilos que manifiestan los adultos “enamorados”. Hazan y Shaver (op. cit.), basándose en la tipología desarrollada por Ainsworth et al. (1978) para el apego infantil, definen tres estilos de apego en el adulto (seguro, evitativo y ansioso-ambivalente). El estilo seguro, por ejemplo, se caracterizaría por tener relaciones basadas en la confianza, la independencia, la amistad y la felicidad, mientras que los estilos inseguros se caracterizarían por tener relaciones menos satisfactorias, desconfiadas, inhibidas o con excesiva preocupación por el rechazo y el abandono.

Estudios más recientes, sin embargo, señalan que la clasificación de los estilos de apego en los adultos queda definida por dos dimensiones (el modelo sobre uno mismo y el modelo sobre los demás) con valencias positivas o negativas. La combinación de cada dimensión y su valencia correspondiente definirían cuatro estilos de apego (uno seguro y tres inseguros) en lugar de tres: seguro, preocupado, evitativo-indiferente y evitativo-temeroso (Bartholomew, 1990; Bartholomew y Horowitz, 1991; Griffin y Bartholomew, 1994b).

Esta nueva teoría ha experimentado un espectacular desarrollo en los últimos años, al mostrar su influencia en el curso de las relaciones cercanas. El estilo de apego adulto está surgiendo como un heurístico útil para describir cómo las personas se aproximan a sus relaciones románticas y para explicar los resultados de tales relaciones. Además, desde este nuevo concepto se ha conseguido unificar otras aproximaciones al estudio de las relaciones interpersonales, como las diversas teorías acerca del amor, dándole una mayor coherencia a

la comprensión de estos procesos.

En la actualidad, existe una extensa investigación que pone de manifiesto las diferencias entre los estilos de apego en el funcionamiento y calidad de las relaciones íntimas (p. ej., Brennan y Shaver, 1995; Feeney y Noller, 1990; Kirkpatrick y Davis, 1994), en las conductas de apoyo social (p. ej., Ognibene y Collins, 1998; Simpson, Rholes y Nelligan, 1992), en los procesos de comunicación y las estrategias para resolver el conflicto (p. ej., Mikulincer y Nachshon, 1991; Pistole, 1989), en los procesos de atribución y percepción social (Collins, 1996) o en la forma de procesar la información (Mikulincer, 1997).

En estos y otros trabajos, los resultados encontrados hasta el momento revelan de manera consistente que las personas con distintos estilos de apego experimentan sus experiencias amorosas de manera distinta, se forman diferentes creencias y actitudes acerca del amor y se comportan de una manera prototípica particular en sus relaciones interpersonales.

Nos encontramos, por tanto, ante una nueva teoría sobre las relaciones interpersonales que enfatiza la idea de que los estilos de apego predicen la forma en la que el individuo siente, piensa y se comporta en sus relaciones afectivas, asumiendo que ese estilo determina, en buena medida, un buen o mal funcionamiento de la relación.

El trabajo que aquí se presenta ha sido diseñado, fundamentalmente, para lograr un avance en el estudio de este nuevo constructo. De hecho, en nuestro país, la investigación en apego adulto es prácticamente inexistente, sobre todo si la comparamos con la surgida en otros países (por ejemplo, en EE.UU, Australia o Israel, entre otros), donde las publicaciones sobre apego adulto son considerables. Esta proliferación se debe, entre otras razones, a su conexión, además de con el área de las relaciones interpersonales, con distintas áreas de la psicología social, como percepción social y atribución, actitudes, esquemas sociocognitivos o procesos intergrupales.

Por todo ello, en la misma línea que otras investigaciones, este trabajo tiene como objetivo explorar la incidencia del apego adulto en distintos aspectos de las relaciones amorosas. Pero, además, estamos interesados en explorar su capacidad predictiva sobre la conducta íntima en el ámbito de las relaciones personales, dando un paso más en su validación que complementa los estudios realizados sobre este constructo hasta el momento. Pensamos

Introducción

que si realmente el estilo de apego adulto está determinado, como plantea la teoría, por unos esquemas o representaciones cognitivas que integran unas actitudes, creencias y expectativas ante las relaciones cercanas y que dirigen nuestras emociones, pensamientos y conducta dentro de tales relaciones, es posible que se trate de una variable individual con una incidencia importante en la relación entre actitud y conducta interpersonal. Es decir, el apego adulto podría ser un importante predictor de nuestro comportamiento en las relaciones íntimas.

Para ello, vamos a incluir este nuevo constructo en un modelo teórico que predice y explica el comportamiento, la teoría de la conducta planificada (TCP, Ajzen, 1985; Ajzen y Madden, 1986), modelo que, en la actualidad, puede ser considerado como uno de los más aplicados en la investigación sobre la relación entre actitud y conducta en psicología social y que mayor éxito predictivo está exhibiendo.

La utilidad de la TCP reside en su habilidad para mejorar nuestra comprensión acerca de cuáles son los factores que determinan nuestra conducta social. La teoría propone factores individuales y sociales como determinantes de nuestro comportamiento, como son nuestras actitudes hacia la conducta, la presión social percibida, el control percibido sobre la conducta y nuestras intenciones de llevarla a cabo.

Este modelo incluye los efectos del control conductual percibido (nuestra percepción de cómo de fácil o difícil es realizar una conducta determinada) en la estructura de la teoría en la que tiene sus raíces, la teoría de la acción razonada (TAR, Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1980). La TAR propone la intención como el determinante directo de nuestro comportamiento: cuanto mayor sea la intención de un individuo de realizar una conducta, mayor probabilidad habrá de que se realice. A su vez, nuestras intenciones están determinadas por nuestras actitudes (evaluación global positiva o negativa de la conducta) y por la norma subjetiva (percepción general de la presión social). Posteriormente, desde la TCP, se propone también el control conductual percibido como un determinante directo más de la intención y la conducta, de manera que cuanto mayor es esa percepción de control, más positiva será la intención y más probable que se realice la acción.

Los autores de la TAR/TCP han proclamado la suficiencia de los modelos en el sentido de que otras variables externas a ellos fracasan en explicar parte de la varianza de la intención y/o la conducta, una vez tenidos en cuenta los efectos de las actitudes, la norma subjetiva y el control sobre la conducta (este último, en el caso de la TCP). Pero no siempre

(en cualquier dominio conductual) se ha conseguido predecir y explicar un alto porcentaje del comportamiento a través de estas variables. La investigación sobre la relación entre actitud-conducta empleando el modelo de la conducta planificada, ha mostrado que otras variables diferentes a las propuestas por el modelo pueden mejorar su capacidad predictiva sobre la intención y/o la conducta, una vez tenidos en cuenta todos sus componentes, poniendo así en entredicho la suficiencia de las teorías. Entre esas variables, podríamos destacar las normas morales personales, la autoidentidad, la conducta pasada o las creencias afectivas (para una revisión, ver Conner y Armitage, 1998; ver también Eagly y Chaiken, 1993). No obstante, el propio Ajzen (1991) ya planteó que su modelo estaba “abierto a otros predictores adicionales si se muestra que explican una parte significativa de la varianza de la intención o la conducta...” (p. 199). Por tanto, la teoría deja abierta la posibilidad de estudiar otros factores que, por sus características, podrían funcionar como determinantes próximos de la intención y/o la conducta.

De manera similar a aquellos estudios que han examinado la suficiencia de la TCP proponiendo nuevas variables predictoras, en este trabajo vamos a comprobar la capacidad predictiva del estilo de apego adulto (relacionada, como ya se ha dicho, con las creencias, actitudes, expectativas y sentimientos específicos que se tienen hacia uno mismo, los demás, y las relaciones en general) sobre la relación entre actitudes y conductas íntimas.

En definitiva, el trabajo que aquí presentamos pretende explorar el papel que juega el estilo de apego adulto en las relaciones amorosas y en la predicción de la conducta íntima, estudiando para ello su contribución en la calidad de esas relaciones, en la formación de unas actitudes específicas hacia las relaciones íntimas y en modelos predictivos y explicativos de la conducta social.

Esta investigación ha sido estructurada a través de cinco capítulos, en los que se recogen tanto el marco teórico en el que está basado este trabajo, como el estudio empírico realizado con el fin de alcanzar sus objetivos.

Los dos primeros capítulos se dedican a revisar la teoría del apego adulto y los estudios sobre la relación entre actitud y conducta.

Concretamente, en el capítulo 1, se lleva a cabo una exposición resumida de la teoría del apego infantil que nos facilite la comprensión del apego en adultos, al que dedicamos la

mayor parte de este primer capítulo. Abordamos tanto su definición como las principales líneas de investigación que lo han estudiado, así como los instrumentos más empleados para su medición. Posteriormente, se describen los estudios más relevantes sobre la incidencia de este constructo en el funcionamiento de las relaciones amorosas, en factores individuales como la personalidad y la autoestima y en otros temas de estudio de la psicología social tales como el procesamiento de la información, la atracción interpersonal, las actitudes o los procesos intergrupales.

En el capítulo 2, abordamos el estudio de la relación entre actitud y conducta, para lo cual comenzamos con una revisión histórica sobre las actitudes y algunas de sus principales áreas, como son su estructura y funciones, su medida y su formación y cambio. Una vez revisado este concepto, que consideramos pertinente incluir como introducción al análisis de la relación actitud-conducta, se efectúa un amplio recorrido por los estudios realizados sobre esa relación, así como por algunos de los modelos teóricos propuestos para explicarla. En este último caso, nos centraremos de forma más detenida en el modelo de la conducta planificada de Ajzen (1985, 1988, 1991; Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein y Ajzen, 1975), modelo teórico en el que nos basamos para alcanzar algunos de los objetivos de este trabajo.

Una vez sentadas las bases teóricas del tema de interés de esta tesis, los siguientes capítulos los dedicamos a la exposición del estudio empírico realizado, con la presentación en el capítulo 3 de la metodología seguida para alcanzar los objetivos planteados y la descripción en el capítulo 4 de los resultados obtenidos y la interpretación de tales resultados.

Finalizaremos este trabajo con un último capítulo destinado a presentar las conclusiones y sugerencias más interesantes, con el propósito de establecer posibles líneas futuras de investigación que mejoren la comprensión del tema aquí analizado.

CAPÍTULO I

El apego en adultos

FACULTAD DE
PSICOLOGIA
GRANADA
BIBLIOTECA

1.1.- INTRODUCCIÓN

La teoría de Bowlby sobre el apego infantil (Bowlby, 1969, 1973, 1980) hace referencia a los primeros lazos afectivos que se establecen entre el niño y su cuidador principal, así como a las consecuencias que tiene este vínculo en el desarrollo socioemocional posterior.

Se trata de una aproximación etológica-evolutiva centrada en la necesidad humana de formar lazos afectivos cercanos. El sistema de apego sería, para Bowlby, un sistema innato que funciona en todos los seres humanos y también explicaría las diferencias individuales en el funcionamiento interpersonal a lo largo de la vida (Hazan y Shaver, 1994).

La suposición principal de esta teoría es que las relaciones de apego que el niño establece a través de las primeras interacciones con su cuidador principal, dan lugar a la formación de unos esquemas o representaciones mentales prototípicas sobre las relaciones (Bowlby, 1973). Estos modelos cognitivos, que se afianzan durante la infancia y la temprana niñez, están determinados, presumiblemente, por la disponibilidad emocional y la sensibilidad del cuidador a las necesidades o demandas del niño (Bretherton, 1985; Sroufe y Waters, 1977) y, con el paso del tiempo, se convierten en creencias y expectativas generalizadas acerca de uno mismo, los demás y las relaciones sociales. Este esquema interiorizado parece afectar a la formación y mantenimiento de las relaciones cercanas durante el resto de la vida del individuo (Bowlby, 1988; Bretherton, 1985; Hazan y Shaver, 1994; Main, Kaplan y Cassidy, 1985).

Más recientemente, el concepto de apego ha sido adoptado desde distintos ámbitos de la psicología social. Así, por ejemplo, dentro de la psicología ambiental se estudia el apego al lugar o vínculo afectivo que se desarrolla entre las personas y entornos específicos (ver Altman y Low, 1992; Shumaker y Taylor, 1983; en nuestro país, Hidalgo y Hernández, 2001). Por otra parte, el apego también se estudia en el ámbito de las relaciones interpersonales adultas. En este caso, se propone que los modelos cognitivos interiorizados en la infancia permanecen durante la etapa adulta, dirigiendo y afectando a las relaciones sociales interpersonales, fundamentalmente a las relaciones adultas románticas (Bartholomew, 1993; Hazan y Shaver, 1987; Shaver y Hazan, 1993). Incluso se pueden encontrar estudios que analizan la relación entre el apego al lugar de residencia en la infancia y el apego adulto a personas (Hess, 1998). No obstante, en este capítulo nos referiremos únicamente al

concepto de apego adulto a personas, puesto que será el fenómeno de interés en esta investigación.

Hazan y Shaver (1987) establecieron un paralelismo entre procesos de apego infantil y procesos de apego adulto. Estos autores conceptualizaron las relaciones románticas como un proceso más de apego, similar en muchos aspectos a los lazos afectivos entre cuidador-niño. Desde su punto de vista, el amor en adultos es muy similar al tipo de amor que siente el niño hacia su figura de apego, en relación a la necesidad de cercanía, de apoyo o a los sentimientos que generan las separaciones entre ambos. Sus investigaciones mostraron que los tres grandes estilos de apego identificados en la infancia por Ainsworth, Blehar, Waters y Wall (1978), esto es, el estilo seguro, el evitativo y el ansioso-ambivalente también se manifestaban en las relaciones románticas adultas.

A partir de las investigaciones de estos autores, numerosos trabajos constataron la utilidad de los estilos de apego infantil para describir las diferencias en la forma en la que los adultos se relacionan, encontrando rasgos prototípicos para cada estilo de apego adulto y cierta estabilidad en este patrón sobre el tiempo (Collins y Read, 1990; Feeney, Noller y Hanragan, 1994; Griffin y Bartholomew, 1994; Hazan y Shaver, 1987; Kirkpatrick y Davis, 1994; Scharfe y Bartholomew, 1994; Shaver y Hazan, 1993).

Además, la investigación en este terreno mostró de manera consistente que individuos con distintos estilos de apego diferían marcadamente en la manera en la que procesan la información (p.e., Mikulincer y Arad, 1999; Mikulincer, Orbach y Iavnieli, 1998), en su percepción de ellos mismos y de su mundo social (p.e., Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990) o en la calidad y estabilidad de sus relaciones amorosas (p.e., Brennan y Shaver, 1995; Kirkpatrick y Davis, 1994; Simpson, 1990).

La idea de que los estilos de apego infantil se mantienen en la etapa adulta, manifestándose en las relaciones interpersonales, ha dado lugar actualmente a una extensa literatura en el campo de la psicología social, clínica y de la personalidad, en áreas tan diversas como desarrollo sociocognitivo, relaciones de amistad y de amor, problemas de pareja, satisfacción laboral, salud mental, relaciones entre terapeuta-cliente, etc.

En este capítulo, vamos a realizar una descripción de la teoría del apego adulto, un modelo muy reciente y con cuestiones aún sin resolver, pero que ha mejorado la comprensión

de los procesos interpersonales y de las diferencias mostradas por los adultos en su comportamiento dentro de las relaciones. El propósito de este capítulo es posibilitar una visión general del concepto, clarificando su significado y sus implicaciones en distintas áreas. Aunque describiremos las distintas líneas de investigación surgidas, nos centraremos fundamentalmente en la desarrollada desde el área de la psicología social.

Así, comenzaremos dando un breve repaso a los aspectos principales de la teoría del apego infantil, y a continuación dedicaremos el resto del capítulo a la teoría del apego adulto, repasando, a través de sus distintos apartados, aspectos tales como su conceptualización y medida, las dos corrientes de investigación surgidas, la estabilidad del apego a través del tiempo, el papel jugado por este constructo en la calidad y funcionamiento de las relaciones amorosas, su incidencia en el área clínica,... cerrando el capítulo con una descripción sobre sus implicaciones en el campo de la psicología social, concretamente en procesos de percepción social y atribución, en actitudes, en atracción o en las relaciones intergrupales.

1.2.- LA TEORÍA DEL APEGO INFANTIL

Bajo el título "*Apego y pérdida*", el psiquiatra británico John Bowlby dio a conocer, a través de una trilogía publicada entre la década de los años 60 y 80, una interesante teoría en la que se trataba de describir y comprender la forma en la que se desarrollan los vínculos afectivos entre los niños y sus cuidadores principales, así como las consecuencias que tiene la ruptura de tales vínculos (Bowlby, 1969/82, 1973, 1980). Posteriormente, una colaboradora norteamericana, Mary Ainsworth (1979, 1985; Ainsworth, Bell y Stayton, 1974; Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978), completó con sus investigaciones la descripción de este sistema conductual de apego que subyace en las relaciones más cercanas del individuo.

Esta teoría integra, entre otras, nociones psicoanalíticas, etológicas, del aprendizaje y cognitivas. Desde estas ideas, describe la vinculación emocional que desarrolla el niño hacia la figura de apego y el dolor producido con la separación o de otra forma, como se desarrolla, funciona y mantiene la conducta de apego. Aunque se trata de una teoría que se basa en la necesidad del ser humano de establecer vínculos afectivos, también es, como plantean Sroufe y Waters (1977), una teoría fundamental en el área de la emoción y la regulación de la emoción.

Bowlby entiende por *Apego (Attachment)*, el vínculo afectivo que se produce entre dos personas y define la conducta de apego como “un tipo de conducta cuya finalidad es lograr o mantener la proximidad con una persona claramente diferenciada y preferida, percibida generalmente como la más fuerte y/o protectora” (Bowlby, 1973, p. 292). Aunque el individuo puede tener un vínculo afectivo con, o estar *apegado (attached)* a, más de una persona, siempre lo estará a un número reducido de ellas. Además, mantiene que se trata de una conducta que caracteriza al ser humano “desde la cuna hasta la tumba” (1979, p. 129) y que, aunque es típica de la infancia temprana, “se observa a lo largo de todo el ciclo vital, especialmente en situaciones de emergencia” (1989, p. 238).

Influido por estudios como los de Harlow y Harlow (1966, 1967) sobre la importancia del contacto corporal en primates por encima de las necesidades alimenticias o los de Lorenz (1935, 1958) sobre el troquelado en las aves, Bowlby (1969/1982), desde una perspectiva etológica, considera que se trata de una conducta adaptativa con fines de supervivencia. Para él, el apego es una respuesta universal que presentan otras especies, cuyo objetivo principal es lograr la supervivencia, puesto que permite al ser humano (y a otros animales), mantenerse cerca de su cuidador, evitando así posibles peligros o extravíos. Quienes son más capaces de llamar la atención del cuidador y conseguir su protección, alcanzarán con mayor probabilidad la edad reproductiva. Esto es a lo que Bowlby llama “adaptabilidad evolutiva del niño a su ambiente”. Es decir, se trataría de una conducta con gran valor para la supervivencia de la especie.

Un concepto importante en esta teoría es el de *sistema conductual de apego*. Este término lo toma Bowlby de la etología y lo emplea en lugar del término *instinto*. Se refiere a una estructura organizacional subyacente, de naturaleza neuroendocrina, que media una variedad de conductas discretas observables. Este sistema biológico, diseñado para mantener la proximidad entre el niño y las personas que le proporcionan seguridad física y psicológica, es considerado por Bowlby como una compleja constelación de sentimientos y conductas que incrementan la probabilidad de establecer una relación cercana. Tal sistema, descrito por el autor como un sistema de control homeostático que mantiene un estado de equilibrio entre el individuo y su entorno, funciona organizando una variedad de conductas observables (dirigidas a la figura principal de apego) destinadas a cubrir las necesidades de protección y seguridad durante los dos primeros años de vida (como el llanto, las sonrisas, el seguimiento visual y auditivo, el contacto físico, etc).

¿Cómo funcionaría, entonces, este sistema conductual?. La conducta de apego se pondría en marcha cuando el niño detecta, o bien que su cuidador principal (generalmente la madre¹) se aleja o ya no está presente, o bien que se encuentra en peligro o se siente amenazado. En cualquiera de los dos casos, se activarían una o varias conductas de apego (como llantos, llamadas,... dependiendo de factores ambientales como la distancia a la que se encuentra la madre) con el fin de restablece la proximidad. Si se consigue el reencuentro, el niño manifiesta otras conductas diferentes (sonrisas, abrazos, arrullos...) destinadas a mantener la cercanía o evitar de nuevo la separación. Si el niño se siente seguro y protegido, el sistema de apego se desactiva, dando paso a otros sistemas conductuales, como el exploratorio o el de afiliación, igualmente necesarios para un desarrollo cognitivo y social adecuado.

Bowlby (1969/82) describe una secuencia de tres fases o reacciones emocionales por las que pasa un bebé o niño pequeño cuando es separado de su figura de apego. La primera fase o fase de *protesta*, se inicia en los primeros momentos de la separación maternal y puede durar desde varias horas hasta una semana aproximadamente, Esta fase se caracteriza por la aparición de las conductas típicas de apego, como llanto intenso, búsqueda de la madre, expectativas de que vuelva pronto y resistencia a los intentos de consuelo por parte de otros miembros del grupo. Cuanto mejor sea la relación madre-hijo, mayor será el grado de ansiedad en esta etapa. Para Bowlby, la protesta es la respuesta adaptativa más común a la separación, pero no puede ser mantenida indefinidamente si no se logra el reencuentro. Si esto ocurre, el niño entrará en una segunda fase de *desesperación*, caracterizada por la manifestación de un estado de tristeza, pasividad y desinterés por otras actividades. Si cuando un niño se encuentra en este estado surge el reencuentro, se mostrará muy ansioso y necesitado de afecto. Pero si no se produce la vuelta de la figura de apego, entrará en una tercera fase denominada de *desapego* (detachment), fase en la que parece haberse recuperado de la pérdida puesto que vuelve a implicarse en actividades o juegos, acepta los cuidados de otras personas y está mas sociable. Si en esta fase reaparece la figura de apego, el niño

1

Bowlby (y otros autores), se han referido fundamentalmente a la madre al hablar de la figura de apego, puesto que en la mayoría de las sociedades era ella quien se ocupaba principalmente de los cuidados del niño durante los primeros años de vida. Pero subraya que la figura de apego puede ser, como posteriormente se ha puesto de relieve (ver Ainsworth, 1991) igualmente el padre, el abuelo/a, un hermano /a mayor o los cuidadores de la guardería, es decir, cualquier figura que el niño identifique como alguien que de forma regular le cuida y consuela. Desde su punto de vista, lo más adecuado es hablar de una "jerarquía de apegos" en el niño a diferentes personas a lo largo de su desarrollo (Bowlby, 1969).

actuará de manera defensiva o indiferente hacia la madre, evitando incluso el contacto físico. Pero si este nuevo reencuentro es duradero, es posible que, pasado un tiempo, el niño vuelva a mostrarse ansioso, aferrándose en exceso a su cuidador. Bowlby (1979) afirma que todas estas reacciones diferentes (ansiedad, protesta, frialdad, desesperación...) son universales e invariantes.

Bowlby también planteaba que el sistema de apego actúa de manera conjunta con otros sistemas conductuales, como el *sistema de miedo o desconfianza*, activado cuando se percibe a un desconocido u objeto como peligrosos; el *sistema de exploración*, que permite explorar y dominar el entorno; y el *sistema de afiliación*, que permite al niño relacionarse socialmente con otras personas. El sistema de apego modula la activación/desactivación de los otros tres sistemas, puesto que cuando está cubierta la necesidad de proximidad, el sistema de miedo se inhibe, mientras que los otros dos sistemas (de exploración y afiliación) se activan.

La teoría, además, analiza las relaciones de apego en términos de las funciones específicas a las que sirve. Así, se describen tres funciones que distinguen al apego de otros lazos relacionales:

- La primera función, conocida como *base segura del apego* (secure base), se relaciona con el desarrollo temprano del aprendizaje socio-cognitivo. Cuanto más cerca perciba el niño a su cuidador principal y más seguro se sienta, más fácil será que muestre interés por explorar su entorno y establecer contacto con otros miembros del grupo (incluidos los pares). Es decir, la figura de apego sirve como una base segura desde la que explorar el mundo y establecer relaciones sociales.

- La segunda función, denominada *refugio emocional* (safe haven), se refiere a la utilización de la figura de apego por parte del niño como un soporte en el que refugiarse o protegerse. Cuando el niño se siente incómodo o amenazado al sentir que la figura de apego se aleja o desaparece, cesará la conducta exploratoria o la de afiliación, dando paso de nuevo a la conducta de apego, con el fin de restablece el contacto con el cuidador para que le tranquilice y consuele. En este caso, la figura de apego sirve como un refugio donde ponerse a salvo y protegerse.

- Por último, con el fin de lograr tanto la seguridad como la protección, se distinguiría una

tercera función del apego, la *búsqueda de proximidad*, que incluiría tanto la búsqueda y mantenimiento de la cercanía, como la protesta o resistencia a la separación.

De acuerdo con la teoría, que un niño explore bajo condiciones de seguridad y que proteste bajo condiciones de peligro, dependerá del comportamiento del cuidador primario hacia el niño y de la percepción que tiene el niño del cuidador. La calidad de la relación de apego entre el niño y el cuidador, va a depender tanto de la sensibilidad y rapidez de la figura de apego para captar y responder respectivamente a las demandas del niño, como de la confianza que tenga éste último sobre la disponibilidad del cuidador.

Relaciones de apego marcadas por la inconsistencia en la accesibilidad del cuidador, su insensibilidad a las señales del niño o rechazo a las demandas de contacto o la intromisión en las actividades (de juego o afiliación), genera unas expectativas en el niño de desconfianza e inseguridad hacia su figura de apego, así como una imagen de él mismo de incapacidad para conseguir captar la atención del otro; sin embargo, relaciones marcadas por la regularidad y consistencia en las respuestas del cuidador hacia el niño y la sensibilidad ante sus señales, darán lugar a que el niño se forme unas creencias o expectativas de confianza y seguridad en su cuidador y a que se perciba a sí mismo como alguien con la habilidad suficiente para provocar las respuestas necesarias. En otras palabras, las experiencias tempranas entre cuidador-niño, afectarán de manera importante al posterior desarrollo de la personalidad del menor (sin desestimar el papel jugado por el temperamento innato, como ponen de manifiesto, entre otros trabajos, los de Goldsmith y Harman, 1994).

1.2.1.- Los modelos internos activos

Estas experiencias tempranas repetidas nos llevan a otro concepto fundamental en la teoría del apego: los *modelos internos activos* (internal working models, IWM) o modelos mentales, como también los llama Bowlby, entendidos como representaciones cognitivas o esquemas que el niño va construyendo sobre la base del conocimiento acumulado sobre él mismo, su figura de apego y las relaciones entre ambos. Tales esquemas (que funcionan parcialmente de manera inconsciente) incluirían las expectativas y creencias que el niño ha ido desarrollando a partir de sus experiencias tempranas de apego. Concretamente, incluiría tanto el modelo que tiene el niño sobre la figura de apego (que más tarde, en la edad adulta, se generalizará a otras personas significativas, como la pareja), como un modelo sobre sí mismo. El primer modelo, incluiría las creencias acerca de si la figura de apego es accesible,

digna de confianza y sensible, mientras que el segundo, representaría las creencias acerca de si él es competente y digno de amor y cuidados. Para Bowlby (1988), estos modelos son los que regulan los procesos relacionados con el apego y la dinámica de la personalidad a lo largo de la vida.

Estos modelos internos de apego, han sido comparados con otras estructuras de conocimiento construidas para organizar y procesar la compleja información que procede de nuestro entorno, como los esquemas cognitivos, los heurísticos, los script o los prototipos, que guían nuestras percepciones, atribuciones, memoria y conducta social (Fiske y Taylor, 1991). Sin embargo, autores como Malatesta y Wilson (1988), Bretherton (1985) o Main et al. (1985), han puesto de relieve semejanzas pero también diferencias entre estos conceptos. Por ejemplo, estos últimos autores, están de acuerdo en señalar que los IWM son estructuras mentales más amplias y distintas a un esquema cognitivo, puesto que incluyen tanto componentes cognitivos, como afectivos y defensivos. Estos modelos tienen una importante carga afectiva y se regulan emocionalmente, al contrario que otras estructuras sociocognitivas. Por su parte, Collins y Read (1994), plantean que los IWM incluyen, no sólo creencias, actitudes y expectativas acerca de uno mismo y de los demás, sino que también incorporan recuerdos autobiográficos, necesidades y metas relacionadas con el apego y estrategias conductuales para lograr tales metas.

Pero también de manera similar a otras estructuras mentales, los modelos internos de apego sirven al niño como una guía desde la que predecir e interpretar las intenciones y conductas de otras personas (fundamentalmente de la figura de apego) y desde la que poder tomar decisiones (Malatesta y Wilson, 1988). En este sentido, Baldwin (1992) señala que la teoría del apego parece incluir tres elementos generales del área de la cognición social: un autoesquema, un esquema sobre los demás y un "script" interpersonal. Sin embargo, no está claro, por ejemplo, si los IWM se almacenan en memoria como prototipos o como ejemplares. De acuerdo con algunas investigaciones, personas significativas como la madre, la pareja o el mejor amigo, parecen representarse en memoria como ejemplares (Andersen y Cole, 1990) y no como prototipos sobre las relaciones en general, afectando de manera distinta a procesos como los de inferencia y atribución. Por ejemplo, Pierce, Saranson y Saranson (1992) mostraron que las creencias y expectativas que presentaban los niños sobre personas particulares y significativas para ellos (en este caso, la madre) afectaban a cómo interpretaban la conducta de estas personas.

En cualquier caso, sería erróneo considerar los IWM únicamente como un simple esquema cognitivo. Autores como Bretherton (1990) o Main (1991), señalan que estos modelos sirven a una función metacognitiva, proporcionando una conexión entre la cognición social y las relaciones interpersonales. Plantean, por ejemplo, que aquellos niños y adultos que han desarrollado un apego seguro, recuerdan con más facilidad sus experiencias pasadas de apego, al contrario que los inseguros, quienes presentan mayor dificultad e incoherencia en sus recuerdos.

Por otra parte, además de formarse a partir de las experiencias en las relaciones tempranas y de guiar el procesamiento de la información, los IWM también se caracterizan por su resistencia al cambio (Bowlby, 1980). Aunque al problema de la estabilidad/inestabilidad de los modelos de apego le vamos a dedicar un apartado posterior, adelantaremos, no obstante, la postura de Bowlby al respecto. De acuerdo con el autor, estos modelos son relativamente estables a lo largo del tiempo. Si bien reconoce que durante los primeros meses de vida los modelos pueden ser flexibles y sensibles a cambios (por eso emplea el término "working", porque entiende que potencialmente son modificables por nueva información, permitiendo al individuo tener en cuenta otras alternativas), sin embargo, una vez desarrollados, los IWM tienden a autoperpetuarse por dos razones: en primer lugar, las creencias y expectativas incorporadas en estos modelos acaban haciéndose habituales y automáticas, lo que dará lugar a que los modelos actúen fuera de la consciencia; en segundo lugar, una vez formados, las conductas basadas en estos esquemas pueden generar consecuencias que los confirmen (Bowlby, 1969, 1982). Por ejemplo, siguiendo a Douglas y Atwell (1988), si un individuo intenta establecer contacto social con una actitud defensiva, será más probable que sea rechazado, lo que reforzará su sentimiento de inseguridad. Parece, además, que la rigidez e inflexibilidad es especialmente acentuada en el caso de los modelos de apego inseguros (Crittenden, 1990).

A pesar de proclamar la estabilidad de estos modelos, Bowlby (1980), sin embargo, también menciona una serie de factores que pueden facilitar su cambio. Así, la estabilidad de los IWM va a depender de: el grado de satisfacción que generen en el individuo, que ocurran sucesos o acontecimientos que alteren la vida familiar o la desconfirmación de creencias y expectativas. En este último caso, el cambio se daría por un proceso de *asimilación y ajuste* (Bretherton, Ridgeway y Cassidy, 1990). ¿En qué consistiría este proceso?. Como se ha mencionado anteriormente, el niño va desarrollando modelos internos de apego a partir de la información que proviene de su relación con el cuidador. Pero, si una vez establecidos, la

información que le llega de la realidad es tan divergente que no puede ser asimilada a la que ya existe en su modelo, éste tendrá que ser ajustado de nuevo a esa realidad, produciéndose entonces el cambio.

1.2.2.- Los estilos de apego infantil

Mary Ainsworth y sus colaboradores (Ainsworth et al., 1978), llevaron a cabo una serie de trabajos para investigar si los modelos internos activos generaban patrones de comportamiento diferentes. A partir de una serie de estudios de campo de carácter longitudinal, Ainsworth realizó distintas observaciones de las interacciones entre cuidadores y sus hijos, desarrollando posteriormente junto a sus colegas, un procedimiento de laboratorio conocido como el paradigma de la “Situación del Extraño” (que posteriormente ha sido ampliamente utilizado para estudiar el desarrollo socioemocional). El procedimiento es como sigue: en una primera fase, madre e hijo/a pasan a una habitación con juguetes desconocida para el niño. En una segunda fase, se incorpora a ellos un extraño (generalmente una mujer). A continuación, la madre abandona la habitación y deja al niño con el extraño. Más tarde, la madre vuelve y el extraño se va. Después, la madre nuevamente abandona la habitación, pero esta vez dejando solo al niño. Posteriormente, el extraño vuelve y, en la última fase, la madre vuelve.

Este procedimiento se basa en las hipótesis de Bowlby sobre el funcionamiento del sistema de apego ante la proximidad o la separación del cuidador principal y lo que se pretende es ver los cambios en la conducta del niño hacia sus padres en una situación específica. Además, también se le ofrecen al niño atractivos juguetes para promover conductas exploratorias.

La Situación del Extraño pretende producir leve estrés en el niño, que se incrementa de manera gradual según va cambiando la situación, con el fin de generar conductas de apego y observar diferencias en los niños en función del tipo de relación con sus cuidadores. Sobre la base de estas separaciones y reencuentros, los autores identificaron tres patrones generales de apego, uno seguro y dos inseguros (Ainsworth et al., 1978). Las reacciones que definen cada estilo, se relacionan con la historia que ha existido entre el niño y su figura de apego, es decir, tanto con la cantidad de interacciones como con la calidad de éstas (grado de sensibilidad y atención del cuidador hacia las demandas del niño). Como ya defendió Bowlby (1982), otros autores consideran que las diferencias conductuales entre cada estilo de apego

se deben a las distintas representaciones mentales o modelos internos que los niños han desarrollado sobre ellos mismos y sobre los demás o, lo que es lo mismo, cada estilo es la manifestación observable de tales modelos (Bartholomew y Horowitz, 1991; Main et al. 1985).

En la tabla 1.1 pueden verse los tres modelos de apego, las reacciones típicas del niño en cada uno y las características del cuidador. Los niños clasificados como *seguros* (a los que los autores se refieren como *tipo "B"*), serían aquellos niños que utilizan a su figura de apego como base segura para la exploración, protestan con la separación y quieren ser consolados cuando su cuidador vuelve. Estas reacciones se dan como consecuencia de tener una figura primaria sensible y respondiente a las necesidades y demandas del niño.

Tabla 1.1.: Características de los tres estilos principales de apego infantil (Feeney y Noller, 1996)

Estilo de apego	Conducta infantil	Calidad de la atención recibida por el cuidador/a
Evitativo (Grupo A)	Conductas de desapego; rechazo al cuidador	Rechazador; rígido; hostil; adverso al contacto
Seguro (Grupo B)	Exploración activa; triste por la separación; respuesta positiva al cuidador	Accesible; sensible; cálido
Ansioso-ambivalente (Grupo C)	Conductas de protesta; aflicción ante la separación; ira-ambivalencia hacia el cuidador	Insensible; entrometido; incoherente

En el grupo de los niños clasificados como inseguros, encontramos dos estilos diferentes: los de apego *ansioso/ambivalente* (o *tipo "C"*) y los de apego *evitativo* (*tipo "A"*). Los primeros se caracterizan por llorar y mostrar más ansiedad que los demás niños en la Situación del Extraño, incluso por mostrarse a veces más afligidos que los demás antes de la separación. También denotan poca capacidad para ser consolados o calmados y manifiestan una preocupación tan grande por la disponibilidad de su cuidador, que no muestran interés por explorar su entorno. Son los niños que con mayor frecuencia exhiben las conductas a las que Bowlby llama "de protesta". Los padres típicos de estos niños presentan un estilo de comportamiento hacia sus hijos marcado, unas veces por la inconsistencia en la disponibilidad y en la sensibilidad a las señales del niño y otras por la intromisión cuando el niño realiza otras actividades y no demanda cuidados.

Por su parte, aquellos clasificados como evitativos, raramente lloran ante la separación y no buscan el apoyo o contacto con sus padres en el reencuentro. Cuando éste se produce, muestran más interés en el juego o exploración que en la figura de apego. Su conducta es demasiado independiente y fría en relación con su edad. En términos de Bowlby, serían los niños que con más frecuencia exhiben conductas de “desapego”. De acuerdo con los trabajos de Ainsworth y otros autores (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978; Sroufe y Waters, 1977) empleando medidas de activación fisiológica, esta falta de atención encubre el deseo de proximidad con el cuidador, por lo que se considera una reacción defensiva a la falta de atención de los padres. Es decir, para Ainsworth et al. (1978), estos niños han aprendido a alcanzar sus necesidades sin tener que sufrir el dolor del rechazo continuo de sus padres, quienes muestran cierta evitación a los deseos de proximidad del bebé, especialmente al contacto físico. En general, están menos disponibles cuando se les necesita y se interesan también menos por entender las señales del niño.

Las diferencias entre cada uno de estos patrones de conducta han sido puestas de relieve, además de en un laboratorio, en contextos naturales como la escuela o el hogar familiar (Bowlby, 1988).

Los tres estilos de apego inicialmente propuestos a raíz de los resultados encontrados en la Situación del Extraño, se ampliaron posteriormente, ya que otros trabajos replicando esa investigación no lograron incluir a todos los niños en esas tres categorías. Así, Main y sus colegas (Main y Solomon, 1986; Main et al., 1985) propusieron un nuevo estilo de apego inseguro, el llamado *desorganizado/desorientado* (tipo “D”), mientras que Crittenden (1985, 1988) amplió la trilogía de Ainsworth con otro grupo, el *evitativo/ambivalente* (tipo “A/C”), cuyas características definitorias se solapan, en cierta medida, con el anterior.

En ambos casos, los niños clasificados en estas nuevas categorías presentan un patrón contradictorio y desorganizado durante la Situación del Extraño. Cuando se produce la separación de su figura de apego, estos niños se muestran desconsolados, pero durante el reencuentro, muestran conductas contradictorias tales como aproximación e inmediato alejamiento o enfriamiento repentino a medio camino, cambios en su estado de ánimo o reacciones confusas cuando la figura de apego se aproxima a ellos.

Estos nuevos estilos de apego infantil, han sido especialmente útiles para estudiar niños en grupos de riesgo o con problemas psicológicos importantes. Como han puesto de

relieve algunos estudios (Crittenden, 1988; Spieker, 1986), parece existir una fuerte relación entre niños clasificados en estos dos nuevos grupos y una historia pasada de malos tratos o abandono. Es decir, se trataría de niños con cuidadores negligentes que presentan importantes trastornos o depresiones, problemas de adicción al alcohol o a otro tipo de drogas o que abusan de sus hijos. De hecho, en general, cuando se han estudiado grupos de niños de alto riesgo, los porcentajes de estos dos nuevos estilos aumentan significativamente y disminuyen los porcentajes de seguros, ansiosos y evitativos. En cualquier caso, todavía existe poca evidencia que apoye firmemente estas nuevas categorías.

1.2.3.- La estabilidad del estilo de apego infantil

El procedimiento ideado por Ainsworth y sus colegas ha mostrado, en reiteradas ocasiones, ser un procedimiento fiable para medir diferencias individuales en apego infantil. Pero también ha recibido importantes críticas, fundamentalmente las que hacen referencia a la continuidad del estilo de apego a través del tiempo.

Con el fin de comprobar el grado de continuidad de los patrones de apego con el paso de los años, se han llevado a cabo numerosos estudios longitudinales, con resultados controvertidos. Así, mientras que unos apoyan la continuidad de los estilos de apego entre los doce meses y los seis años (Erickson, Sroufe y Egeland, 1985; Grossmann y Grossmann, 1991; Main, Kaplan y Cassidy, 1985; Waters, 1978), incluso algunos, hasta los once años (Elicker, Englund y Sroufe, 1992), otros han encontrado cambios en los estilos de apego y en los IWM a través del tiempo (Egeland y Farber, 1984; Vaughn, Egeland, Sroufe, y Waters, 1979).

Entre los trabajos que encuentran estabilidad, podemos citar los de Waters (1978) y los de Main y Weston (1981). Ambos encontraron una estabilidad considerable en los estilos de apego sobre un período de seis meses. Por ejemplo, Waters (1978), comprobó que el 96% de los niños de la muestra (de clase social media), presentaban el mismo estilo de apego cuando fueron evaluados en la Situación del Extraño en dos momentos de tiempo diferentes (a los 12 y a los 18 meses), resultados similares a los encontrados por Main y Weston (1981).

Por su parte, Matas, Arend y Sroufe (1978), tomaron medidas de apego a los 18 y a los 24 meses, además de medir la inteligencia y la personalidad. Sus resultados mostraron

que ambas medidas de apego correlacionaban, descartando que las diferencias entre los tres grupos de apego fueran debidas a características genéticas, puesto que no había diferencias entre los niños ni en inteligencia ni en personalidad. Posteriormente, otros trabajos realizados sobre períodos de tiempo mayores (en intervalos de 4 y 5 años), también encontraron validez predictiva para la clasificación del apego (Arend, Gove y Sroufe, 1979; ver también Frankel y Bates, 1990).

En general, estudios de esta clase se han llevado a cabo con muestras de distintas edades, culturas, nivel económico, estatus grupal, incluso con diferentes métodos de medida, poniendo de relieve que un alto porcentaje de niños (alrededor del 80%), presentan el mismo estilo de apego durante, al menos, los seis primeros años de vida (Shaver y Hazan, 1994). Otros estudios han mostrado también consistencia en el apego a través de intervalos de 4 años en jóvenes (Kirkpatrick y Hazan, 1994; Scharfe y Bartholomew, 1994); consistencia entre el estilo de apego de los hijos y de los padres (Main, Kaplan y Cassidy, 1985) y también a través de diversas generaciones (Benoit y Parker, 1994; Ricks, 1985).

Por otra parte, distintas investigaciones se han dirigido a comprobar la validez predictiva del estilo de apego infantil (medido generalmente a través de la Situación del Extraño). El estilo de apego ha mostrado ser útil como predictor de la conducta del niño en distintos contextos naturales, como la casa, el colegio y en otras situaciones sociales (Sroufe, Egeland y Kreutzer, 1990). Así, se han encontrado relaciones significativas entre el estilo de apego medido durante los primeros años de vida y un número de variables dependientes relacionadas con el funcionamiento psicosocial actual o futuro del niño. Por ejemplo, un estilo de apego seguro se relaciona con una mayor autoestima, mayor competencia social, mayor empatía, relaciones más positivas con el grupo de pares, mejor resolución del conflicto interpersonal y comunicación y expresiones de afecto más abiertas y eficaces con los padres (ver Eliciker, Englund y Sroufe, 1992, para una revisión). Por su parte, un estilo de apego inseguro, se relaciona con un peor funcionamiento social y emocional. Niños inseguros-avoidativos presentan altas puntuaciones en hostilidad y desobediencia, además de relaciones con los pares marcadas por la explotación, mientras que los niños inseguros-ambivalentes presentan, en mayor medida, síntomas depresivos, problemas de atención y se muestran, en general, más dependientes en sus relaciones sociales (Erickson, Sroufe y Egeland, 1985). En este sentido, la investigación clínica sobre las implicaciones del apego infantil, ha puesto de relieve la relación entre un estilo de apego inseguro temprano y problemas conductuales futuros (Greenberg y Speltz, 1988; Lyons-Ruth, Alpern y Repacholi, 1993).

Pero no todos los trabajos han encontrado estabilidad en el estilo de apego. Por ejemplo, Vaughn et al. (1979), con una muestra de niños de clase social baja, señalan que sólo un 62% de la muestra mantenía significativamente el mismo estilo de apego seis meses después. En otro trabajo de características similares (Thompson, Lamb y Estes, 1983), los porcentajes de estabilidad fueron aún más bajos (el 58%). Sin embargo, hay que señalar que los niños que formaron parte de la muestra de estas dos investigaciones, sufrieron cambios en las circunstancias familiares o episodios dolorosos durante el intervalo de tiempo que pasó entre las dos medidas de apego. Erickson et al. (1985), por su parte, también encontraron inestabilidad en los patrones de apego en una muestra de niños en desventaja socioeconómica, en la que los problemas y cambios en la situación familiar fueron muy comunes.

A la vista de estos y otros trabajos, se planteó que la discontinuidad en el estilo de apego se relacionaba con cambios en las circunstancias sociofamiliares del niño (por ej. divorcio o fallecimiento de los padres, maltrato, cambios en las características socioeconómicas, etc.), hechos que repercuten en la calidad de las relaciones entre hijos y padres. Por ejemplo, parece que los cambios de un estilo seguro a inseguro (evitativo o ambivalente) se relacionan con situaciones familiares que generan un mayor estado de tensión en los padres (por ej. un divorcio), mientras que el paso de un estilo de apego inseguro a uno seguro, se relaciona con cambios familiares positivos que generan una reducción de la ansiedad (como disponibilidad de un cuidador adicional o establecimiento de una nueva pareja). Es decir, todo apunta hacia una continuidad en el estilo de apego si no hay cambios en la estabilidad familiar y calidad de la relación entre cuidador-niño (Lamb, Thompson, Gardner, Charnov y Estes, 1985).

Nos encontramos, por tanto, ante resultados contradictorios en relación a la cuestión de la estabilidad del apego. ¿Cuál es la postura al respecto?. Podríamos resumir en tres las aproximaciones surgidas acerca de la continuidad del apego a lo largo del tiempo, según pongan el énfasis en el individuo, en el ambiente o en ambos (Lewis, 1999).

El *modelo de atribución al niño o modelo del rasgo* plantea que, a través de las primeras relaciones entre madre e hijo, éste adquiere un rasgo o predisposición a actuar de una forma determinada, rasgo que afectará al comportamiento futuro del individuo. Desde autores como Ainsworth (1979) o Bowlby (1969), el apego sería una necesidad emocional humana que afecta al desarrollo futuro del niño en función de cómo sea afrontada. Es decir, para distintos autores, el apego es una característica o rasgo que acompaña al individuo a lo

largo de su vida y que dirige la manera de afrontar las dificultades, independientemente de la estabilidad ambiental (ver Waters, Posada, Crowell y Lay, 1993). Por ejemplo, para autores como Erickson et al. (1985), el apego desemboca en que el niño sea más o menos vulnerable ante determinadas situaciones (lo que sería un atributo del niño, independientemente del ambiente). Desde su punto de vista, a pesar de que mejore la calidad de la relación de un niño con apego inseguro, éste es mucho más vulnerable y durante más tiempo que un niño seguro. De la misma forma, un niño con apego seguro que sufre un empeoramiento en su relación con la figura de apego, será más capaz que un niño inseguro de recuperarse con rapidez si mejora la calidad en sus cuidados.

Dentro de esta misma perspectiva, también se ha entendido el concepto de apego como una representación mental que surge a raíz de la historia de interacciones entre padres-hijos y que continúa funcionando como un prototipo para futuras relaciones de apego (Bowlby, 1973; Main, Kaplan y Cassidy, 1985). Este planteamiento es consistente con la hipótesis de Bowlby (1980) de que la estabilidad en los estilos de apego se debe, en gran medida, a la persistencia de los modelos sobre uno mismo y sobre los demás (*internal working models*).

Los trabajos que han mostrado la validez del apego para predecir posterior competencia socioemocional y los que han encontrado continuidad en la clasificación del apego a través del tiempo, han sido tomados como argumento para defender la conceptualización del apego como un rasgo del individuo (o como una representación mental perdurable)..

Sin embargo, el problema de esta posición es que no tiene en cuenta la estabilidad del ambiente. Es decir, hasta que punto tal estabilidad no es más culpable de la competencia futura que el tipo de apego del niño (Lewis, 1999). Y sobre todo si se tiene en cuenta que, tal y como se ha visto anteriormente, algunos estudios han encontrado que la probabilidad de cambio en el apego se incrementa cuando el niño vive en un ambiente económico y social inestable. Por ello, una segunda posición quedaría reflejada en el *modelo contextual*, que entiende el proceso de apego como un reflejo de las características ambientales. Tales características harían referencia, entre otras, al tipo de relación con la madre, con el padre, a la influencia de los pares, a las relaciones entre los padres (p. ej. conflicto marital, divorcio), etc. Este modelo sostiene que el ambiente actual es más predictivo de la conducta actual del niño que un rasgo o predisposición adquirida en el pasado. Propone que la estabilidad en la

conducta del niño y en su clasificación de apego se deben, en mayor medida, a la estabilidad del ambiente y no a las características del niño (Lewis y Feiring, 1991). Las relaciones encontradas entre apego seguro y posterior competencia socioemocional o salud mental, serían el reflejo de un ambiente positivo y estable en ambos momentos de tiempo.

Por último, el *modelo transaccional*, recogería ambas posiciones, al proponer que tanto las características del individuo, como el tipo de ambiente en el que se desarrolla, serían las responsables de la conducta del niño en cualquier etapa evolutiva (Lewis, 1972; Seifer, Schiller, Sameroff, Resnick y Riordan, 1996). Es decir, el desarrollo sería el resultado de una serie de transacciones variables entre lo que el niño aporta y su ambiente. Un rasgo en un momento del tiempo concreto, sería el resultado de rasgos pasados interactuando con ambientes pasados y el ambiente sería también la consecuencia de pasadas interacciones entre rasgos y ambiente.

Entre el reducido número de trabajos longitudinales existentes que examinan la estabilidad del apego desde estas tres perspectivas, encontramos el realizado por Lewis, Feiring y Rosenthal (2000), cuyos resultados parecen apoyar el modelo contextual. Encontraron, entre otros resultados, que 17 años después de medir el estilo de apego, aquellos individuos que habían pasado por experiencias de divorcio, presentaban en mayor medida estilos de apego inseguro (cerca del 80%) que aquellos que no habían pasado por tal experiencia (sólo el 34%), siempre considerando el estatus de apego que presentaban cuando tenían un año de edad.

¿A qué conclusión se podría llegar en torno a la estabilidad del apego?. Obviamente, nos encontramos de nuevo ante la tradicional controversia herencia/ambiente. Es verdad que el papel jugado por la experiencia temprana en el desarrollo posterior, ha estado siempre presente en la psicología. Actualmente, pocos teóricos defenderían que las experiencias de nuestros primeros años de vida no son importantes posteriormente o que el desarrollo del individuo no está influido por el ambiente. Sin embargo, el problema estaría en determinar qué peso tienen las experiencias sociales del niño en la estabilidad de su estilo de apego, por encima de factores biológicos o temperamentales. O, de otra manera, hasta qué punto un esquema de seguridad/inseguridad desarrollado en los primeros años de vida, sigue funcionando como una base sólida para la conducta a través de los años y las situaciones.

Por una parte, es posible que, como otras estructuras mentales basadas en la

experiencia, los modelos internos de apego se mantengan relativamente estables a través del tiempo, por esa tendencia en el individuo a confirmar sus expectativas y creencias desde la información que le llega del medio. Como señalan Shaver y Hazan (1993), “los esquemas de apego actúan probablemente, en parte, como profecías autocumplidas” (p. 53).

Sin embargo, esto no significa que el estilo de apego y los modelos internos mentales sean rígidos. El estilo de apego del individuo puede cambiar con la experiencia. Como se ha visto en distintos estudios, cuando las circunstancias de la vida cambian o la información es demasiado inconsistente con las creencias del individuo, se producirá probablemente un cambio en estos esquemas (en los IWM) para poder ajustarse a esa nueva información.

Se podría concluir, por tanto, que las creencias y actitudes hacia las relaciones que se forman e interiorizan a partir de las primeras experiencias interpersonales, serán la base de nuestro estilo de interacción social adulto si no se producen importantes cambios en nuestro ambiente. Si el ambiente es inestable (p. e., reiterada inconsistencia en el tipo de cuidados proporcionados y/o la ocurrencia de eventos dolorosos), nuestros esquemas sobre las relaciones (y, por tanto, nuestro estilo de apego) serán susceptibles al cambio.

1.3.- LA TEORÍA DEL APEGO ADULTO

1.3.1.- Desarrollo histórico: las dos corrientes de investigación en apego adulto

Bowlby (1979) mantenía en su teoría que el sistema de apego jugaba un papel central a lo largo del ciclo vital y que la conducta de apego caracterizaba al ser humano “desde la cuna hasta la tumba” (p. 129). Su teoría recoge dos aspectos centrales, uno referente al sistema de apego como sistema normativo, es decir, relativo al desarrollo evolutivo en todo el ciclo vital e innato en las especies, incluida la humana; y otro relativo a las diferencias individuales, puesto que el apego explicaría las diversas estrategias adoptadas por los individuos en sus relaciones interpersonales (Hazan y Shaver, 1994). Como se verá en este apartado, la investigación en apego adulto se ha centrado casi exclusivamente en este último componente, el de las diferencias individuales, más que en aspectos normativos.

En trabajos como los de Ainsworth, (1979), Weiss (1982) y en los del propio Bowlby (1969, 1973, 1980), ya se había anticipado la idea de que los procesos de apego se extienden

a lo largo de todo el ciclo vital y de que algunas relaciones adultas pueden ser consideradas de forma válida como relaciones de apego (p. e. relaciones entre adultos y sus padres, entre terapeuta y paciente, entre amigos, relaciones sexuales...). Sin embargo, no es hasta finales de la década de los 80, cuando la perspectiva del apego adulto se consolida, fundamentalmente a raíz de la publicación de un trabajo sobre el amor adulto como un proceso más de apego (Hazan y Shaver, 1987). En cualquier caso, habría que considerar que los trabajos de los primeros autores citados fueron, en gran medida, el fundamento para las líneas de investigación posteriores en apego adulto.

En la literatura sobre apego adulto, se considera que existen dos corrientes desde las que principalmente han surgido los contenidos teóricos y empíricos de la teoría del apego adulto. Una desde el área de la psicología del desarrollo y clínica y otra desde la psicología social y de la personalidad. Como se verá, aunque las dos perspectivas derivan de los principios de la teoría del apego infantil y de la Situación del Extraño, ambas difieren, entre otros aspectos, en su objetivo de estudio (según pongan el énfasis en relaciones tempranas, especialmente entre madre-hijo o en relaciones actuales, especialmente sentimentales), en las técnicas que utilizan y en la población a la que se dirigen.

1.- Aportaciones desde la psicología del desarrollo y clínica.

Esta corriente, basada en el trabajo con familias, se centra en el estudio del apego desde experiencias pasadas y presentes entre padres e hijos. En concreto, analizan el recuerdo adulto de las relaciones parentales en la infancia (sus representaciones mentales) y cómo estas experiencias de apego afectan al tratamiento que dan a sus propios hijos. En esta línea, encontramos autores como Bretherton, Cassidy, Crittenden, Kobak o Main, entre otros (muy influidos por la perspectiva psicodinámica de Bowlby y por la clínica y evolutiva de Ainsworth), que emplean fundamentalmente procedimientos experimentales similares al utilizado por Ainsworth en la Situación del Extraño, así como técnicas de entrevista.

También podrían incluirse en esta corriente, pero con un carácter más clínico, las investigaciones llevadas a cabo por autores como Adam, Berman, Parker, Sheldon, Sperling o West, entre otros. Todos estos autores se han centrado en el apego adulto desde un punto de vista tanto normativo como patológico, examinando la relación entre experiencias pasadas de apego y psicopatología adulta. Para ello emplean, además de entrevistas y cuestionarios, técnicas de psicoterapia. Sobre esta perspectiva clínica de investigación, se hablará en un

apartado posterior del capítulo.

Volviendo a la perspectiva del estudio con familias, la técnica más empleada en esta línea de investigación es la Entrevista de Apego Adulto (AAI) diseñada por George, Kaplan y Main (1985; cit. Hesse, 1999), cuya finalidad es analizar el recuerdo de los adultos de sus relaciones familiares en la infancia (creencias, sentimientos, actitudes...), así como el significado que otorgan a estas experiencias y los efectos que han tenido en sus vidas. Esta técnica está basada en la hipótesis de que, durante los primeros años de vida, el niño desarrolla modelos cognitivos que guían su conducta en las relaciones de apego y que estos modelos o representaciones cognitivas se mantienen a lo largo de todo el desarrollo evolutivo, operando, al menos parcialmente, fuera de la conciencia.

La AAI clasifica a los individuos en cuatro grandes categorías: (1) seguro o “libre y autónomo con respecto al apego” (caracterizado por su facilidad y objetividad a la hora de discutir y describir las experiencias de apego y por la valoración positiva que hace de ellas); (2) indiferente hacia el apego (caracterizado por la dificultad en recordar experiencias concretas de apego y por la baja valoración y desestimación que hace de tales experiencias); (3) preocupado (caracterizado por la confusión e incoherencia en las explicaciones sobre sus relaciones de apego); y (4) sin resolver (aquellos que describen traumas, abuso o pérdidas en el pasado con relación al apego y se manifiestan desorientados y desorganizados. Presentan unidas características típicas de modelos indiferentes y preocupados).

La validez de esta medida ha sido apoyada por su poder para predecir la clasificación de los hijos en la Situación del Extraño. Concretamente, estudios como los de Main, Kaplan y Cassidy (1985) utilizando esta técnica, confirmaron la relación entre la clasificación de apego de los padres hecha por la AAI y la clasificación de sus hijos a través de la Situación del Extraño, conexión que ha sido replicada en numerosas ocasiones (ver van Ijzendoorn, 1995, para una revisión). Así, padres clasificados como seguros-autónomos en la AAI, generalmente tenían hijos clasificados también como seguros en la Situación del Extraño, padres clasificados como evitativos-indiferentes tenían hijos clasificados como evitativos y padres clasificados como preocupados tenían hijos con estilo ansioso-ambivalente. Otros estudios también han apoyado su validez al mostrar relaciones en la clasificación de la AAI a través de tres generaciones, es decir, correspondencia en la clasificación de abuelas, madres e hijas (Benoit y Parker, 1994); o mostrando que la clasificación de una madre en la AAI predecía el futuro estilo de apego del bebé en la Situación del Extraño (Fonagy, Steele y

Steele, 1991).

La investigación en esta área en la última década, ha confirmado la influencia de los patrones de apego parental en el desarrollo de los modelos de apego infantil y adolescente, tanto a través de investigación correlacional como experimental (ver van Ijzendoorn, Juffer y Duyvesteyn, 1995, para una revisión). Por otra parte, los estudios más recientes que aplican la AAI se están dirigiendo, desde una perspectiva más cognitiva, a resolver de qué forma se procesa la información acerca de las relaciones pasadas de apego, con el fin de estudiar más de cerca las representaciones mentales o "internal working models" de apego adulto (Baldwin, Keelan, Fehr, Enns, et al., 1996; Main, 1991).

2.- Aportaciones desde la psicología social y de la personalidad.

De manera independiente, otro grupo de investigadores ha centrado sus estudios sobre apego en el área de la relaciones interpersonales, concretamente en la influencia de los modelos de apego en el ajuste personal y en las relaciones adultas (p. ej. Bartholomew y Horowitz, 1991; Feeney y Noller, 1990; Hazan y Shaver, 1987; Simpson, Rholes y Nelligan, 1992, entre otros). En este caso, los trabajos se dirigen a explorar las implicaciones del apego en diversos tipos de relaciones adultas, fundamentalmente en relaciones sentimentales. Desde el trabajo inicial de Hazan y Shaver (1987) - psicólogos sociales - en el que por primera vez se conceptualizan las relaciones amorosas como un proceso más de apego, un elevado número de investigaciones ha señalado que los estilos de apego predicen la forma en la que el individuo siente, piensa y se comporta en sus relaciones amorosas y sus efectos en la calidad y funcionamiento de esas relaciones.

Desde esta perspectiva, al contrario de la anterior, se ha investigado el apego adulto en el área de la interacción social y de la personalidad, empleando casi exclusivamente medidas de cuestionario (algunos, como Bartholomew y Horowitz, 1991, también han utilizado entrevistas, aunque es menos habitual) y trabajando fundamentalmente con muestras amplias de población no clínica. Las relaciones estudiadas en esta corriente de investigación no son, por lo general, las formadas por padres e hijos, sino más bien relaciones adultas interpersonales como las de amistad, pareja o maritales. Los estudios sobre apego adulto en las relaciones de pareja, exploran una gran variedad de temas, como las actitudes hacia el amor y las relaciones románticas; el estilo de apego en la pareja y su incidencia en aspectos de la calidad de la relación como satisfacción, compromiso e intimidad; el conflicto y

comunicación en las relaciones de pareja; o la observación en contextos naturales de las reacciones de pareja ante situaciones dolorosas, entre otros.

Esta línea de investigación psicosocial ha mantenido algunas de las ideas teóricas del modelo propuesto por Bowlby, como el concepto de "working models" o representaciones mentales de las relaciones, asumiendo que estos esquemas funcionan como mediadores de las orientaciones de apego y que, como otros esquemas cognitivos, pueden ser medidos a través de cuestionarios (Brennan, Clark y Shaver, 1998; Collins y Read, 1994). También pone el énfasis en la importancia de las experiencias entre cuidador-niño durante la infancia a la hora de formarse el estilo de apego adulto. Sin embargo, otras nociones de la teoría de Bowlby han recibido menos atención desde esta perspectiva, como la idea de que el sistema de apego es un sistema conductual diseñado biológicamente para asegurar la supervivencia de la especie.

A raíz de sus investigaciones sobre la relación entre soledad en adolescentes y ausencia de un vínculo sentimental, Hazan y Shaver (1987; Shaver y Hazan, 1988; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988) presentan un trabajo analizando el amor desde la perspectiva del apego, en el que argumentan que las relaciones entre esposos o enamorados son también relaciones de apego como las descritas por Bowlby en su teoría, es decir, el amor es un "proceso biológicamente diseñado por la evolución para facilitar el apego entre parejas adultas (Hazan y Shaver, 1987, p. 523). Aunque reconocen que las relaciones adultas difieren de manera importante de las relaciones entre cuidador-niño en ciertos aspectos, admiten, no obstante, que el sistema funciona de acuerdo a una dinámica similar al sistema de apego infantil, sugiriendo, además, que las experiencias de apego vividas durante la infancia pueden dar lugar a diferentes formas o estilos de amor durante la etapa adulta, manteniéndose cierta continuidad en el estilo desarrollado.

Basándose en la clasificación realizada por Ainsworth sobre los estilos de apego infantil, identifican también tres estilos en los adultos, uno seguro y dos inseguros (evitativo y ansioso-ambivalente). Para medir los estilos de apego adulto, desarrollan un cuestionario con formato de elección forzada, en el que se presentan tres descripciones breves (una para cada estilo), que reflejan las actitudes, sentimientos y conducta prototípicos de cada estilo.

Específicamente, un estilo seguro de apego adulto caracteriza a aquellos individuos que se sienten cómodos con las relaciones íntimas, sin miedo o preocupación por ser abandonados. Se perciben como personas cariñosas en las relaciones y perciben a los demás

como personas en las que se puede confiar y disponibles cuando se les necesita. Sus relaciones íntimas se caracterizan, en general, por altos niveles de confianza, felicidad y amistad.

El estilo evitativo se caracteriza por un sentimiento de incomodidad con la intimidad y un deseo de independencia en las relaciones afectivas, aunque a veces aparecen también deseos de cercanía. La percepción que tienen de ellos mismos es de autónomos (no necesitan intimidad) o de indignos de tal intimidad. A los demás, los perciben como personas en las que no se puede confiar.

Por último, el estilo ansioso-ambivalente es el que caracteriza a individuos que buscan altos niveles de intimidad en sus relaciones, aunque también sienten un gran temor a ser abandonados o a no ser amados suficientemente por su pareja. A los demás, los perciben como inconsistentes en las relaciones y piensan que rara vez se comprometen seriamente. Ellos se perciben a sí mismos como individuos incomprendidos que tienen poco control sobre los resultados importantes de la relación. Las relaciones íntimas de los individuos ansiosos-ambivalentes se caracterizan por la preocupación excesiva con la pareja, celos y fluctuaciones emocionales.

Los resultados de los estudios de estos autores (Hazan y Shaver, 1987; Shaver y Hazan, 1988) mostraron, entre otras cosas, que individuos con diferentes estilos de apego diferían en la percepción de cómo eran sus relaciones familiares en la infancia, en sus "internal working models" o representaciones mentales de apego, así como en la descripción de sus relaciones amorosas actuales más importantes (en todos los casos, más positivas para los individuos con apego seguro). Es decir, parecía que los tres patrones de apego identificados en la infancia eran similares a la manera en la que el individuo pensaba, sentía y se comportaba en sus relaciones adultas más cercanas.

El trabajo de estos autores y el desarrollo de su medida de apego adulto, dio lugar a un gran número de estudios que, o bien replicando sus hallazgos, o bien diseñando nuevas hipótesis, confirmaron las predicciones de la teoría del apego aplicada a las relaciones interpersonales. Por ejemplo, autores como Feeney y Noller (1990), Pistole (1989) o Simpson (1990), entre otros, han demostrado que los estilos de apego adulto correlacionan con diversos aspectos de las relaciones, como confianza, satisfacción, compromiso, interdependencia o duración, puntuando en todos los casos el estilo de apego seguro significativamente más alto

que los demás.

Otros trabajos se han dirigido a mejorar y avanzar en el tema de la medida de apego adulto. Desde que Hazan y Shaver propusieran que los tres estilos debían ser medidos como categorías discretas, ha surgido una variedad de instrumentos para medir el apego adulto, tratando de averiguar cuál es la mejor manera para clasificar a los individuos de acuerdo a su patrón de apego, si de una forma categórica, continua o dimensional.

Para evitar las limitaciones atribuidas a la medida categórica de Hazan y Shaver, otros autores modifican el formato original y comienzan a utilizar escalas de evaluación continua. Tal es el caso de aquellas medidas en las que se le pide a los individuos que evalúen cada una de las tres descripciones a través de un continuo de medida (p. ej. Levy y Davis, 1988; Shaver y Brennan, 1992) o de aquellas que descomponen las tres descripciones originales en múltiples ítems acompañados de estas escalas de evaluación (Collins y Read, 1990; Feeney, Noller y Callan, 1994; Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990; Simpson, 1990).

Paralelo a estas alternativas de medida, surge un nuevo modelo en el que se propone que los estilos de apego adulto son cuatro en vez de tres y en el que se presentan nuevas aportaciones teóricas y metodológicas a la teoría. Se trata del modelo de las cuatro categorías de apego adulto de Bartholomew (1990; Bartholomew y Horowitz, 1991), en el que se identifican dos dimensiones, el modelo mental acerca de uno mismo (positivo o negativo) y el modelo mental acerca de los demás (positivo o negativo) en las relaciones. Estas dimensiones también son conocidas como dimensiones de *Ansiedad y Evitación*. La combinación de los modelos y sus valencias, dan lugar a los cuatro estilos de apego adulto, el estilo seguro (positivo, positivo), el evitativo-indiferente (positivo, negativo), el preocupado (negativo, positivo) y el evitativo-temeroso (negativo, negativo). Cada estilo de apego, por tanto, se localiza en un espacio bidimensional definido por ambas dimensiones. Trabajos posteriores utilizando las diferentes escalas de medida desarrolladas hasta el momento, corroboraron la existencia de una estructura bidimensional subyacente a las respuestas a los ítems de estos cuestionarios (Brennan, Clark y Shaver, 1998; Feeney, Noller y Callan, 1994; Griffin y Bartholomew, 1994; Simpson, Rholes y Nelligan, 1992), así como la proposición de que son cuatro en lugar de tres, los estilos de apego adulto (p. ej. Feeney, Noller y Hanrahan, 1994).

Otros aspectos relativos al apego adulto que también están siendo estudiados dentro

de esta perspectiva, son los relativos a la estabilidad de los modelos de apego adulto y de las representaciones mentales asociadas a ellos a lo largo de la vida del individuo y de sus distintas experiencias interpersonales. Se trata de un tema que actualmente genera un importante debate ya que, mientras algunos investigadores defienden la idea de la estabilidad de los modelos de apego (p. ej. Scharfe y Bartholomew, 1994; Shaver y Hazan, 1993), otros autores ven los estilos de apego como patrones sujetos a cambios, analizando las relaciones en la vida del individuo que pueden alterar su estilo de apego adulto (p. ej. Baldwin y Fehr, 1995; Kobak, 1994).

Para terminar, dentro de esta línea de investigación encontramos otros temas ampliamente estudiados, como la relación entre estilos de apego adulto y personalidad (Carver, 1997; Shaver y Brennan, 1992; Shaver, Collins y Clark, 1996a); autoestima (Brennan y Morris, 1997; Collins y Read, 1990); percepción social y atribución (Collins, 1996); procesamiento de la información (Mikulincer, 1997); trabajo y tiempo libre (Hazan y Shaver, 1990); o regulación de la emoción, (Brennan y Shaver, 1995; Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990; Simpson, 1990), entre otros. Por ejemplo, en relación con este último aspecto, diversos estudios han confirmado que los estilos de apego adulto reflejan distintas formas de manejar, controlar y reducir las emociones negativas en las relaciones interpersonales.

Estos y otros temas relacionados se desarrollan con más amplitud en los siguientes apartados. Dado el carácter psicosocial del presente trabajo, aunque haremos referencia a algunos aspectos relacionados con la perspectiva evolutiva/clínica del apego adulto, nos centraremos casi exclusivamente en esta última corriente de investigación.

1.3.2.- El concepto de apego adulto

En los últimos años, han sido numerosos los investigadores que desde diferentes disciplinas (psicología de la personalidad, clínica, del desarrollo, social), han contribuido al estudio del apego adulto. Esta aproximación interdisciplinaria ha provocado diferentes conceptualizaciones del constructo y, como veremos en el siguiente apartado, una gran variedad de métodos de medida. En las siguientes líneas, vamos a intentar aclarar qué es el apego adulto y cómo funciona, con especial énfasis en la aproximación que se hace desde la psicología social.

El apego adulto ha sido definido como "aquella tendencia estable en el individuo a realizar esfuerzos substanciales por buscar y mantener la proximidad y contacto con uno o unos pocos individuos específicos, quienes proporcionan el potencial para sentirse seguro y a salvo tanto a nivel físico como psicológico. Esta tendencia es regulada por los *internal working models* o esquemas afectivo-cognitivo-motivacionales, desarrollados a partir de las experiencias del individuo en su mundo interpersonal" (Spertling y Berman, 1994, p. 8).

Los autores de esta definición, además, añaden que el apego adulto es un sistema conductual que no siempre se activa en una relación o a lo largo de la vida del individuo y que la seguridad que proporciona el apego no tiene por qué ser necesariamente real, sino formar parte de la percepción subjetiva del individuo.

Pero, ¿de qué forma surge el concepto de apego adulto aplicado a las relaciones interpersonales?. Si retrocedemos un poco en el tiempo, como ya se mencionó anteriormente, Bowlby (1969, 1973, 1980) mantenía en su teoría que en muchas especies, incluida la humana, las crías experimentan una serie de reacciones emocionales cuando son separadas de sus principales cuidadores. Las respuestas típicas a la separación son debidas a un sistema innato o sistema de apego, al que el autor se refiere como una compleja constelación de sentimientos y conductas, diseñado para fomentar la proximidad entre la cría y su cuidador. Aquellos que logren mantener esa cercanía, tendrán más probabilidad de sobrevivir y alcanzar la edad reproductiva. El sistema de apego, por tanto, es un sistema de control motivacional-conductual cuya meta es promover la seguridad en la infancia a través de la relación del niño con sus cuidadores y, de manera indirecta, posibilitar la exploración y aprendizaje del niño en su medio. Es un sistema que se activa ante situaciones nuevas, de peligro o dolorosas y cuya finalidad es lograr y mantener la proximidad y el contacto con la figura de apego. Bowlby, además, hipotetizó que estas relaciones de apego en la infancia eran similares en naturaleza a otras relaciones cercanas, como las de padres a hijos, pareja a pareja o adultos a padres.

Bajo estas premisas, Ainsworth et al. (1978) identifican tres modelos de apego en los bebés (o de estilos a la hora de expresar tal proximidad) dependiendo de la historia de interacción con las figuras de apego, un estilo seguro y dos inseguros, el evitativo y el ansioso-ambivalente. Para la autora, cada estilo desarrolla unas expectativas diferentes en relación a la disponibilidad y sensibilidad de sus figuras de apego. En este sentido, Bowlby planteaba que los niños construyen modelos o representaciones mentales de ellos mismos y

de sus interacciones sociales, modelos que incluyen expectativas, creencias y sentimientos generalizados acerca de las relaciones personales.

Estos modelos o esquemas sobre uno mismo y los demás (componentes centrales de la personalidad), desde el punto de vista de Bowlby, son los responsables de la continuidad de los estilos de apego a lo largo de la vida, puesto que, como otras estructuras mentales, se vuelven habituales y automáticos (operan en gran medida de manera inconsciente), por lo que son persistentes y difíciles de cambiar.

A raíz de estas aportaciones sobre la continuidad de los principios del apego hasta la adolescencia y la etapa adulta, Ainsworth (1989) y Weiss (1982) identifican una serie de criterios para considerar una relación como relación de apego en el adulto. Por ejemplo, Ainsworth (1989) plantea que cualquier relación caracterizada por el deseo de mantener la proximidad con el otro (quien es considerado como único y no intercambiable) y que, si se consigue, genera sentimientos de comodidad y seguridad, se consideraría una relación de apego, diferente de otro tipo de vínculo afectivo. Para esta autora, las relaciones de apego en adultos son diferentes a otros tipos de relaciones interpersonales, porque las primeras proporcionan sentimientos de seguridad y pertenencia, y ante la ausencia de la figura de apego aparece soledad y aflicción. Como plantearon otros autores (Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988; Weiss, 1991), el adulto, de manera similar a lo observado en una relación de apego infantil, siente un deseo de cercanía hacia su figura de apego ante una situación de temor o dolor, aumentando la ansiedad si no está accesible e incrementándose el bienestar si está presente. Ainsworth (1991) destaca la función del sistema conductual de apego en la vida adulta, al sugerir que las relaciones seguras de apego facilitarán el funcionamiento y la competencia del individuo en actividades fuera de la relación.

Weiss (1982), por su parte, define las relaciones de apego como aquellas en las que el individuo busca la cercanía con el otro especialmente en situaciones dolorosas, se siente cómodo y seguro cuando el otro está presente y protesta cuando está inaccesible, coincidiendo tales criterios con los tres rasgos centrales descritos por Bowlby (búsqueda de proximidad, base segura y protesta de separación, respectivamente) en su teoría sobre el apego infantil.

Sobre la base de estos criterios, ambos autores concluyen que algunos tipos de relaciones adultas podrían ser consideradas relaciones de apego, como las que se dan entre hijos adultos y sus padres, entre terapeutas y pacientes, en algunas amistades y,

especialmente, las que se establecen entre esposos y parejas estables, lo que apoyaría la noción de Bowlby sobre la continuidad del apego a lo largo del ciclo vital del individuo.

Influídos por esta perspectiva, Hazan y Shaver (1987; Shaver y Hazan, 1988; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988) proponen el concepto de estilo de apego adulto. Su trabajo fue el primero en confirmar de forma empírica la idea de que el amor es un proceso más de apego y de que la historia de apego infantil determina el estilo de apego manifestado en las relaciones adultas. Para ellos, el proceso de apego en adultos es un proceso biosocial mediante el cual se forman lazos afectivos entre adultos enamorados, de la misma forma que ocurre entre los bebés y sus padres. Estos lazos afectivos son duraderos y están caracterizados por complejas dinámicas emocionales. Contrario a la creencia de que el amor es una invención sociocultural, plantean que se trata de un "proceso biológico diseñado por la evolución para asegurar el apego entre parejas sexuales adultas que, probablemente, se convertirán en padres de niños que necesiten de sus cuidados" (Hazan y Shaver, 1987, p. 523).

Basándose en la teoría etológica del apego de Bowlby, los autores sugieren que las relaciones de amor adultas implican tres sistemas biológicos de conducta: el sistema de apego (similar al sistema de apego infantil y desarrollado a partir de éste), el sistema reproductivo-sexual y el sistema de provisión de cuidados (*caregiving*), en los tres casos con funciones para asegurar la supervivencia de la especie. Cada uno de estos sistemas quedaría reflejado en las distintas fases de las relaciones interpersonales románticas, es decir, en la fase de enamoramiento, de reproducción y de crianza, respectivamente. El sistema de apego es el primero en aparecer en el desarrollo del individuo y se relaciona con la formación de esquemas mentales acerca de uno mismo y los demás en las relaciones, por lo que, probablemente, afectará posteriormente al funcionamiento de los otros dos sistemas (Hazan y Shaver, 1994; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988).

Sin embargo, algunos autores no están de acuerdo en considerar que son tres los sistemas que funcionan en las relaciones adultas. Por ejemplo, Berman y Sperling (1994), influenciados por la teoría general de sistemas (von Bertalanffy, 1968), plantean que el sistema de apego (la vinculación del niño a la madre) y el de provisión de cuidados (la vinculación de la madre al niño), no son dos sistemas separados, puesto que el segundo es una parte integral y la consecuencia directa del primero. Kirkpatrick (1998a), por su parte, considera que ninguno de los dos sistemas están implicados en las relaciones adultas amorosas, sino más bien un componente, el amor como una emoción, compartido por ambos.

Para apoyar que el amor puede ser conceptualizado como un proceso más de apego, Shaver y Hazan (1988; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988) describen una serie de emociones y conductas que exhiben los adultos enamorados semejantes a las exhibidas por los niños cuando interactúan con sus figuras de apego. Así, los adultos enamorados se besan, abrazan, se sonríen, se acurrucan, se miran a los ojos con mucha frecuencia, desean compartir con el otro..., y una amplia variedad de modelos de conducta similares a los observados en las relaciones madre-hijo. Ambos tipos de relación también se asemejan en las reacciones a la presencia o ausencia de la figura de apego, ya que si el otro está accesible y muestra interés, el niño o el adulto se sentirán seguros. Al contrario, si no está accesible, tanto el niño como el adulto tratarán de restaurar el sentimiento de seguridad a través de señales o búsqueda de cercanía.

Posteriormente, Zeifman y Hazan (1997a) apuntaron como otra demostración de que el amor es un proceso de apego, la respuesta universal a la ruptura de los lazos entre dos personas, de forma que las separaciones temporales entre esposos producen reacciones dolorosas como las que se producen en el niño separado de su madre y de igual manera ocurre con la pérdida definitiva del esposo o de la principal figura de apego. En este sentido, Parkes (1975) y Weiss (1973) ya habían mostrado apoyo a la teoría de Bowlby con sus estudios sobre parejas que habían perdido a uno de sus miembros por muerte o divorcio, respectivamente. En concreto, encontraron que las respuestas a la pérdida o separación de la figura de apego, son siempre las mismas en todas las edades: protesta, seguida de desesperación, seguida de desapego.

Aunque estas similitudes mostrarían que ambas relaciones pueden ser variantes de un mismo proceso biológico, reconocen, no obstante, que entre ambas se dan claras diferencias. Por ejemplo, las relaciones de amor conllevan reciprocidad en la provisión de cuidados, además de un componente sexual, mientras que las relaciones cuidador-niño son asimétricas y no presentan tal componente (Shaver y Hazan, 1988).

De forma más concreta y, siguiendo a Weiss (1982), el apego infantil se caracteriza por la unidireccionalidad en la búsqueda de seguridad (el niño la busca pero no la proporciona) y en la provisión de cuidados (la figura de apego los proporciona pero no los recibe). Al contrario, el apego en adultos es recíproco, ya que cada parte de la pareja proporciona y recibe. Además, la figura de apego en el adulto es distinta a la infantil (generalmente es un amigo o una pareja sexual en el primero), e implica un sistema de

conducta adicional, el reproductivo-sexual. Por último, el sistema de exploración en adultos no se ve tan afectado como el infantil por el sistema de apego cuando éste último se activa en situaciones de separación o pérdida de la figura de apego; no obstante, distintas investigaciones señalan que los adultos que pasan por situaciones de alejamiento de la pareja o ruptura, muestran problemas de concentración o de rendimiento en el trabajo, lo que se considera una interferencia en el sistema de exploración adulto.

En la actualidad, parece haber acuerdo en considerar que no todas las relaciones románticas son relaciones de apego. La cuestión sería, entonces, determinar bajo qué criterios una relación puede ser considerada como una relación de apego distinta de otro tipo de vínculo emocional o afectivo. De acuerdo con algunos autores (Adult Attachment Lab, 1998), los indicadores válidos de un lazo de apego serían los siguientes: 1) cierto grado de protesta y dolor producido por separaciones o pérdida de la figura de apego; 2) usar al otro como un objetivo para mantener la proximidad; 3) usar al otro como un refugio emocional en situaciones de angustia; y 3) usar al otro como una base segura desde la que explorar. También se ha sugerido que el único indicador de un vínculo de apego verdaderamente válido, es el primero de los descritos, es decir, el grado de dolor que sigue a una pérdida de la figura de apego. Sin embargo, no hay que olvidar que algunas personas que están apegadas a sus parejas, manifiestan poca aflicción después de la ruptura o pérdida debido a que rápidamente consiguen reemplazar a la anterior figura de apego.

Recientemente, Zeifman y Hazan (1997b) han descrito un modelo sobre el proceso de formación del apego adulto, en el que delimitan las etapas de formación de vínculos en las relaciones amorosas hasta alcanzar el estado de apego y en el que tratan de demostrar los paralelismos entre las relaciones madre-hijo y las relaciones adultas de amor. De acuerdo con los autores, existe una primera fase de *preapego*, de inicial atracción, flirteo y cortejo, estado en el que surgen los primeros sentimientos y permite que el individuo evalúe al otro y, al mismo tiempo, ser también evaluado. La siguiente fase o estado, de *construcción del apego*, es la fase de enamoramiento, en la que se establece el lazo emocional. Este estado provoca un incremento en el compromiso entre ambas partes puesto que, por un lado, se caracteriza por la idealización de la pareja, lo que los autores interpretan como una manifestación cognitiva que provoca una interrupción en la búsqueda de otras alternativas igualmente atractivas y, por otro lado, se caracteriza por un mayor nivel de "autodescubrimientos" (self-disclosure). Además, los autores plantean que otro aspecto que afianza el vínculo emocional es la conducta sexual. Por último, llegaríamos al estado o fase final, la de apego propiamente

dicha, en la que el vínculo emocional y el compromiso a largo plazo ya han sido establecidos firmemente. Esta es la única fase en la que aparecen conjuntamente todas las funciones que definen el proceso de apego (búsqueda de proximidad, protesta de separación, base segura y refugio emocional). La formación del proceso completo de apego abarcaría, aproximadamente, dos años; relaciones más cortas incluirían solo algunas de estas funciones (Hazan y Zeifman, 1994).

Desde la perspectiva del amor como un proceso de apego, se ha realizado también un análisis de la relación entre la teoría del apego adulto y otras teorías propuestas sobre el amor. Entre la década de los 70 y los 80, surgieron diversas aproximaciones al concepto de amor, como las teorías sobre el "amor ansioso" (p.e. Money, 1980; Tennov, 1979), la teoría triangular del amor (Sternberg, 1986) o la teoría sobre los estilos de amor (Lee, 1973, 1988). Shaver y Hazan (1988) y posteriormente otros autores (Feeney y Noller, 1990; Levy y Davis, 1988), realizan distintos estudios para comprobar si esas otras conceptualizaciones del amor pueden ser integradas dentro de la teoría del apego adulto.

La tipología propuesta por Lee (1973), identifica tres estilos de amor primarios: *eros* (amor apasionado, romántico), *ludus* (amor como un juego) y *storge* (amor de amistad); y tres estilos de amor secundarios: *manía* (amor dependiente, posesivo), *pragma* (amor práctico, lógico) y *ágape* (amor generoso). Para Shaver y Hazan (1988), esta tipología podía reducirse a los tres estilos de apego adulto, puesto que un estilo seguro en el apego correspondería a una combinación de *eros* y *ágape*, un estilo ansioso/ambivalente correspondería al estilo *manía* y un estilo evitativo correspondería a un estilo de amor *ludus*. Además, desde su punto de vista, el estilo *pragma* y el estilo *storge* no deberían ser considerados como formas de amor romántico.

Para comprobar esta hipótesis, Levy y Davis (1988) llevan a cabo un estudio en el que también exploran la relación entre los estilos de apego adulto y los tres componentes del amor (intimidad, pasión y compromiso) del modelo de Sternberg (1986). Sus resultados mostraron apoyo sustancial a la propuesta de Shaver y Hazan (1988): seguridad en el apego se relacionaba positivamente con *eros* y *ágape* y negativamente con *ludus*; ansiedad/ambivalencia se relacionaba positivamente con *manía*; y evitación se relacionaba positivamente con *ludus* y negativamente con *eros*. Respecto a la relación entre la teoría del apego y la triangular de Sternberg (1986), los resultados pusieron de relieve que los tres componentes se relacionaban positivamente con el estilo de apego seguro y negativamente con

los estilos evitativo y ansioso/ambivalente.

Por último, el trabajo de Feeney y Noller (1990) también mostró resultados consistentes con los anteriores. Estas autoras incluyeron medidas de los estilos de amor de Lee (1973), de *adicción al amor* (obsesión y extrema dependencia; Peele, 1975) y del estilo *limerence* (marcado por el temor al rechazo, emociones extremas y preocupación; Tennov, 1979), entre otras, encontrando, de nuevo, que seguridad en el apego era una combinación de eros y ágape y que este estilo puntuaba bajo en escalas de amor neurótico y de evitación de la intimidad. El estilo evitativo se caracterizaba, principalmente, por la evitación de la intimidad y se relacionaba nuevamente con el estilo ludus. Por su parte, el estilo ansioso/ambivalente obtuvo las más altas puntuaciones en amor neurótico, frente a otros tipos de amor, caracterizándose principalmente por la dependencia y por fuertes deseos de compromiso. Todos estos resultados parecían sugerir que la teoría del apego sería una perspectiva útil para integrar las distintas aproximaciones existentes que explican el amor romántico adulto.

Para finalizar, sería también interesante mencionar otras posiciones adoptadas por algunos autores a la hora de conceptualizar el apego adulto. Por ejemplo, recientemente Kirkpatrick (1998) ha propuesto un modelo alternativo al de apego adulto, aunque mantiene algunos de los aspectos relevantes de la teoría. Así, su modelo deja inalterable la visión de Bowlby del apego en la infancia y también mantiene que las diferencias individuales en la orientación hacia las relaciones interpersonales adultas tienen su origen en las experiencias tempranas de apego. También está de acuerdo en considerar que el sistema de provisión de cuidados (caregiving) juega un papel central en las relaciones adultas amorosas. Sin embargo y, contrario a la perspectiva más ortodoxa del apego adulto, sugiere que el sistema de apego en niños sirve a funciones diferentes del sistema de apego en adultos. Desde su punto de vista, el sistema de apego tiene en los niños una clara función, la de proporcionar protección al organismo de peligros ambientales. Sin embargo, en el adulto y, más concretamente, en una relación amorosa, el sistema de apego no implica una función de protección y cuidado, sino una función de reproducción. Desde su perspectiva, el amor es una emoción que ha sido seleccionada de forma natural para mantener el vínculo entre parejas de individuos, parejas que han desarrollado estrategias reproductivas a corto y largo plazo. Los estilos de apego adulto reflejarían diferencias en estas estrategias reproductivas, más que apego per se. El sistema de provisión de cuidados puede o no estar presente en las relaciones adultas y, además, no es necesario. El autor señala que el sistema conductual sexual es más relevante

a las relaciones adultas que el sistema de apego. Es decir, el estilo de apego adulto romántico es en realidad un "estilo de apareamiento" formado por dos dimensiones: la adopción de una estrategia de apareamiento a corto/largo plazo; y la autoevaluación del "valor del apareamiento" (semejante a la autoestima en las relaciones).

1.3.3.- Los modelos internos activos de apego en adultos.

Uno de los conceptos fundamentales en la teoría del apego de Bowlby (1969, 1973), es el concepto de representación mental del apego o "internal working models" (IWM). Como ya se comentó anteriormente, Bowlby utiliza el término *working models* para describir las representaciones mentales que desarrolla el individuo acerca del mundo, de las personas que le rodean y de él mismo. Concretamente, con este término hace referencia a un constructo cognitivo-afectivo que se desarrolla a partir de las interacciones entre el bebé/niño y sus padres. Sugería en su teoría que estas representaciones mentales surgen durante los primeros años de vida y están determinadas en gran medida por la disponibilidad emocional y sensibilidad del cuidador a las necesidades del niño. Es decir, los IWM reflejan y resumen el extenso número de interacciones que se han producido entre cuidador-niño. Casi desde el nacimiento, el bebé comienza a construir modelos internos basados en sus experiencias de apego, consolidándose tales modelos alrededor de los 9 - 18 meses de edad. De acuerdo con Main et al. (1985), estos *working models* o esquemas cognitivos incluyen creencias y expectativas generalizadas, desarrolladas a raíz de los intentos del niño para lograr consuelo y seguridad. A medida que va creciendo y sus interacciones con la figura de apego se repiten, estos esquemas cognitivos se van internalizando y transformando en estructuras cada vez más complejas y sólidas, convirtiéndose a través del tiempo en creencias y expectativas generalizadas acerca de la dignidad de uno mismo y la afectuosidad y sensibilidad de los demás en las relaciones interpersonales en general. Para Bowlby, el factor más importante y que más contribuye a la manera en la que el individuo se relaciona, es la naturaleza de las respuestas tempranas del cuidador hacia el niño aunque, no obstante, algunos estudios (p. ej., Goldsmith y Harman, 1994) han sugerido la necesidad de tener en cuenta también la contribución del temperamento genético.

Bowlby (1973) sostenía que, una vez desarrollados y como otras estructuras mentales, los "working models" son necesarios y útiles para la adaptación del individuo a su mundo social, puesto que le permiten predecir e interpretar (correctamente o no) la conducta de los demás en las relaciones sociales y planear su forma de actuar para poder alcanzar sus

propias metas. Estos modelos internos son relativamente estables, operan fuera de la conciencia y guían las expectativas, percepciones y conducta del individuo en posteriores relaciones. El autor utiliza el término "working" para referirse a estos modelos, porque en su opinión, son la base para la acción en situaciones relacionadas con el apego y porque, en principio, están abiertos a modificaciones por la llegada de nueva información (nuevas experiencias de apego significativas), permitiendo al individuo considerar alternativas diferentes.

Los modelos de apego han sido definidos como "una representación mental que incluye conocimiento acumulado sobre uno mismo, la figura de apego, la interacción entre ambos y los sentimientos que vinculan a ambas partes. Estos modelos funcionan parcialmente fuera de la conciencia y proporcionan al individuo heurísticos para anticipar e interpretar la conducta e intenciones de otros, especialmente de las figuras de apego" (Rothbard y Shaver, 1994, p. 32). Como apuntan Berman y Sperling (1994), se basan tanto en la historia de relaciones de apego más tempranas como en las experiencias más recientes y definen las reglas cognitivas, afectivas y conductuales a través de las cuales los dos miembros se relacionan.

Main, Kaplan y Cassidy (1985), por su parte, proponen que los modelos mentales de apego son "un conjunto de reglas conscientes y/o inconscientes para la organización de información relevante al apego y para obtener o limitar el acceso a esa información" (p. 66). Es más, sugieren que las diferencias individuales en los estilos de apego pueden ser vistas como "diferencias en las representaciones mentales acerca de uno mismo con relación al apego; el estilo seguro frente a los distintos estilos inseguros puede ser mejor comprendido como un término referido a particulares tipos de IWM de las relaciones, modelos que no sólo dirigen los sentimientos y la conducta, sino también la atención, la memoria y la cognición" (p. 67).

Pero, ¿de qué forma se desarrollan esas creencias y expectativas para dar lugar a diferentes representaciones sobre uno mismo y sobre los demás?. De acuerdo con Bowlby (1973), si el niño tiene una figura de apego que, de manera consistente, reconoce y responde apropiadamente a sus necesidades de consuelo, seguridad y de exploración independiente, probablemente desarrolle un esquema en el que se perciba como alguien valioso, merecedor de cuidados y seguro de sí mismo y un esquema en el que perciba a los demás como dignos de confianza y atentos. Al contrario, si el niño tiene una figura de apego que,

consistentemente, rechaza sus demandas de protección y consuelo, e interfiere con sus deseos de explorar libremente, probablemente desarrolle un esquema sobre sí mismo en el que se perciba como alguien sin valor e incompetente y un esquema sobre los demás en el que los perciba como inaccesibles cuando se les necesita y poco dignos de confianza. Estas expectativas o esquemas mentales serán la base de las interacciones futuras, afectando a la manera en la que el niño responda, no sólo en sus relaciones con la figura de apego, sino también en sus posteriores interacciones sociales con otros adultos (Pastor, 1981; Waters, Wippman y Sroufe, 1979).

En definitiva, padres cooperativos y accesibles cuando el niño les necesita, contribuyen a un apego seguro y, probablemente, al desarrollo de esquemas mentales en sus hijos que les permitan mantener futuras relaciones sociales positivas, así como explorar el mundo con un sentimiento de confianza y dominio. Al contrario, padres inaccesibles, poco atentos a las demandas del niño e inconsistentes, probablemente generen apego inseguro en sus hijos. Hazan y Shaver (1994) describen los diferentes estilos de apego como las respuestas (basadas en tales experiencias) del niño a la pregunta: ¿puedo contar con que mi figura de apego va a estar disponible y cariñosa cuando la necesite?. Los tres estilos (seguro, evitativo, ansioso-ambivalente) se corresponderían, respectivamente, con las respuestas *si*, *no* y *quizá*.

Las experiencias de apego fraguan dos modelos complementarios, uno referido al propio individuo y otro referido a la figura de apego (que posteriormente se generalizará a otras personas significativas). Tales modelos han sido llamados *modelo de uno mismo* (model of self) y *modelo de otros* (model of others) y presentan distinta valencia emocional (negativa o positiva). Ambos modelos son, por lo general, complementarios (ambos positivos o ambos negativos). Como Bretherton (1985) plantea, las experiencias negativas vividas por el niño con su figura de apego, probablemente den lugar a que ambos modelos (de él y de los demás) sean negativos. El *modelo de uno mismo* representaría la visión que tiene el individuo sobre sí mismo en cuanto a si es digno o indigno de amor y apoyo, mientras que el *modelo de otros* representaría la idea del individuo sobre si los demás son o no dignos de confianza, atentos, sensibles y disponibles cuando se les necesita.

1.3.3.1.- Estructura y funciones.

En la descripción del concepto de IWM, Bowlby (1973, 1980) recogió algunas ideas

de la psicología cognitiva, considerándolo como otro tipo más de esquema o representación mental. Sin embargo, distintos autores han señalado que este concepto abarca más que un simple esquema cognitivo o, lo que es lo mismo, los IWM son algo más que simples resúmenes de creencias y actitudes hacia uno mismo y hacia los demás.

Por ejemplo, Fiske y Taylor (1991) señalaron que, como otros modelos sociocognitivos, los IWM ayudan a procesar la información de manera eficaz y autoprotectora. Para Collins y Read (1994), por su parte, estos esquemas, además de actitudes y creencias, incluyen recuerdo autobiográfico, metas y motivos y estrategias conductuales. Baldwin (1992), por su parte, amplía el concepto de IWM estableciendo lo que él llama "esquemas relacionales", los cuales incluirían tres componentes: (1) un autoesquema que representa cómo es percibido el yo en interacción con otra persona; (2) un esquema de la pareja que representa atributos de la pareja o personas cercanas; (3) un *script* interpersonal sobre las expectativas generalizadas desde pasadas interacciones. Por último, otros autores (p. ej. Bretherton, 1990; Crittenden, 1990; Main, 1991) consideran que los modelos mentales de apego sirven a funciones metacognitivas, recogiendo muchos de los temas contemporáneo en el área de la cognición social (como es el caso, por ejemplo, del procesamiento de la información consciente frente a la inconsciente o de la confirmación de hipótesis). Esto convierte a la teoría del apego en un claro eslabón que conecta la psicología cognitiva con el área de las relaciones interpersonales.

Pero, ¿cuales son la principales diferencias entre los IWM y otras estructuras sociocognitivas?. Siguiendo a Reis y Patrick (1996), una primera diferencia se encontraría en el hecho de que los *working models* contienen información relativa a las relaciones personales, al contrario de otros tipos de esquemas más abstractos como los esquemas de personas, sucesos o roles. Una segunda diferencia se basaría en que, como se verá más adelante, los individuos poseen diferentes modelos para diferentes personas (padres, amigos, parejas) y, como sugieren Pierce, Sarason y Sarason (1992), las consecuencias en el procesamiento de la información dentro del contexto interpersonal no son las mismas cuando estos esquemas son conceptualizados como ejemplares (esquemas sobre personas y relaciones particulares), que cuando son conceptualizados como prototipos (esquemas sobre cómo son, en general, los demás en las relaciones interpersonales). En tercer lugar, a diferencia de otras estructuras sociocognitivas, los IWM tienen una fuerte carga afectiva, influyendo en las distintas estrategias de regulación de la emoción. Y, por último, como ya se ha dicho anteriormente, los IWM no incluyen únicamente actitudes y creencias sobre uno mismo y los

demás, sino también recuerdo sobre las experiencias pasadas de apego, metas y motivos y planes de acción para lograr tales metas (Collins y Read, 1994).

En relación a la estructura de los *working models*, Bowlby (1973, 1980) mantenía que era posible la formación y coexistencia de múltiples representaciones mentales de apego. Es decir, las personas pueden tener dos o más modelos de ellos mismos, así como múltiples (y, en ocasiones, inconsistentes) modelos sobre las figuras de apego. En este sentido, el autor afirmaba que los niños inseguros podían desarrollar a la vez esquemas mentales inconsistentes de la misma figura de apego. Para resolver tal inconsistencia, uno de los modelos sería altamente accesible a la conciencia, aquel en el que el cuidador es percibido de manera positiva y otro sería excluido de la conciencia de manera defensiva, aquel en el que se experimentan resentimientos hacia la figura de apego. Por tanto, estos múltiples modelos internalizados, difieren en su origen, su dominancia y el grado en el cual son accesibles a la conciencia (Bowlby, 1973).

Como ya se comentó en el primer apartado de este capítulo, distintos estudios han mostrado que algunos niños presentan un estilo de apego seguro con la madre e inseguro con el padre (p. ej. Fox, Kimmerly y Schafer, 1991), lo que pondría de manifiesto que se pueden tener distintos modelos mentales para diferentes relaciones. Collins y Read (op. cit), por su parte, afirmaban que los "working models" no reflejan únicamente la calidad de la relación entre padres e hijos. Otras figuras, como los hermanos o abuelos, pueden afectar de manera importante a estos esquemas y, a medida que el niño se acerca a la adolescencia, las relaciones con los amigos también influyen.

Collins y Read (1994) representan gráficamente esta situación a través de una estructura jerárquica de modelos cognitivos, establecidos a tres niveles. En la parte superior, se situaría un conjunto de modelos más generales acerca de uno mismo y los demás en las relaciones interpersonales. A un nivel intermedio, encontraríamos los modelos internalizados sobre clases particulares de relaciones (p. ej. relaciones padres-hijos, relaciones de amistad, entre otras) y, en el nivel más bajo, se situarían los modelos sobre relaciones específicas más concretas (como la relación con un amigo en particular, con la propia madre o con una pareja actual). De acuerdo con esta estructura jerárquica, los modelos más altos en la jerarquía son buenos predictores de relaciones generales, pero poco predictivos de relaciones más específicas, al contrario de lo que ocurre con los modelos inferiores en la jerarquía.

Para Main (1991), esta estructura jerárquica de los *working models* es muy importante, porque posibilita explicar las diferencias entre apego seguro e inseguro. Así, cuando las relaciones con los padres han sido positivas y estables, es más fácil para el niño generar representaciones afectivo-cognitivas coherentes y flexibles. Al contrario, si estas experiencias han sido contradictorias, es más fácil que sus sentimientos y creencias entren en conflicto, necesitando desarrollar más de un modelo de su figura de apego, lo que puede dar como resultado la internalización de IWM incoherentes, rígidos y desorganizados.

Collins y Read (1994) proponen cuatro componentes interrelacionados incluidos en los modelos internos de apego: (1) los recuerdos de las experiencias relacionadas con el apego; (2) creencias, actitudes y expectativas acerca de uno mismo y de los demás en situaciones interpersonales; (3) metas y necesidades que guían la respuesta en las situaciones sociales relacionadas con el apego; y (4) estrategias y planes asociados con el logro de esas metas y con el manejo de la ansiedad ante el fracaso en su consecución.

En relación con el primer componente, distintas investigaciones sobre el recuerdo adulto de las experiencias tempranas de apego, han confirmado las predicciones de la teoría al encontrar que entre individuos seguros e inseguros existen claras diferencias en cómo recuerdan a sus cuidadores principales (en sus actitudes hacia los padres). Los individuos seguros recuerdan a sus padres como personas cariñosas, acogedoras y afectuosas; los evitativos los recuerdan como personas frías, distantes y castigadoras; y los ansiosos-ambivalentes como personas injustas e inconsistentes (Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990; Hazan y Shaver, 1987; Rothbard y Shaver, 1994).

En cuanto al segundo componente, los distintos estilos de apego adulto también difieren en sus creencias y actitudes sobre ellos mismos y los demás (Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990; Hazan y Shaver, 1987). Así, individuos seguros presentan una mayor autoestima y confianza en sí mismos, percibiéndose como personas que gustan a otros. Por otra parte, piensan en los demás como personas con buenas intenciones, altruistas y en los que se puede confiar. En general, creen que el amor puede durar toda la vida. Es decir, las creencias y actitudes de las personas con apego seguro, reflejarían la internalización de modelos mentales positivos sobre uno mismo y los demás.

De la misma manera que los individuos seguros, los evitativos presentan actitudes y creencias positivas hacia ellos mismos, puntuando alto en medidas de autoestima y

autoconfianza; pero, al contrario que los seguros, muestran actitudes negativas hacia los demás, puesto que piensan que las personas no son dignas de confianza y no tienen buenas intenciones, dudando de su honestidad e integridad personal. Creen que el amor raramente perdura y, en general, presentan creencias menos favorables acerca de la naturaleza humana. Tales creencias y actitudes muestran la internalización de modelos positivos sobre ellos mismos y negativos sobre los demás.

Por último, individuos ansiosos-ambivalentes presentan creencias y actitudes negativas hacia ellos mismos, con bajas puntuaciones en autoestima y seguridad. Sin embargo, piensan que las personas son complejas y difíciles de comprender y, aunque tienen actitudes altamente positivas hacia la dependencia y cercanía con otros, sus creencias acerca de la naturaleza humana son, al igual que en los evitativos, poco favorables, por lo que se muestran cautelosos (esto es, ambivalentes) en sus relaciones interpersonales.

Respecto a los dos últimos componentes de los modelos internos de apego, esto es, las metas, motivos y estrategias conductuales de cada estilo en las relaciones, de nuevo se encuentran diferencias en la misma dirección que en las creencias y actitudes. Por ejemplo, los individuos seguros buscan mantener relaciones en las que se establezcan vínculos cercanos, aunque también valoran la independencia dentro de la relación. Sus metas se dirigen a lograr relaciones en las que exista un equilibrio entre la dependencia y la autonomía. Por otra parte, estos individuos reconocen sus reacciones emocionales negativas y se enfrentan con estrategias adecuadas a situaciones de conflicto interpersonal u otro tipo de situaciones dolorosas. En general, expresan sus emociones de manera apropiada y piden ayuda a otros cuando la necesitan.

Por su parte, los individuos con estilo evitativo tratan de mantener la distancia en sus relaciones interpersonales, evitando que los demás se acerquen demasiado afectivamente. Este objetivo puede estar motivado, bien por su temor al rechazo, bien por su necesidad de autonomía. En sus relaciones personales, tienden a minimizar o negar sus reacciones emocionales negativas, ocultando a los demás sus sentimientos. Como resultado, no son capaces de solicitar ayuda a los demás para poder así manejar adecuadamente sus emociones, lo que desemboca en muchas ocasiones en la necesidad de ayuda profesional. Un ejemplo de cómo los modelos internos mentales de cada estilo generan distintas estrategias conductuales, se podría ver en el tema de la comunicación, puesto que estos modelos pueden afectar a decisiones acerca de si discutir un tema conflictivo dentro de la pareja abiertamente o, por el

contrario, evitar hablar de ello.

Para terminar, en el caso de los ansiosos-ambivalentes, estos individuos presentan altos deseos de intimidad y cercanía, olvidándose en gran medida de su propia independencia. Sin embargo, tienden a preocuparse de una forma excesiva y ansiosa por que sus deseos sean rechazados o por ser abandonados en la relación. Presentan, generalmente, menor autoestima y mayores niveles de ansiedad que los dos grupos anteriores. Por este motivo, suelen experimentar emociones más negativas, pero las manifiestan de una forma exagerada para conseguir llamar la atención de su pareja (o de otras personas significativas). Además, puesto que este grupo es el que necesita más la aprobación de los demás, en ocasiones actúan olvidándose de sus propias necesidades y complaciendo a otros por temor a ser rechazados (Feeney, Noller y Hanrahan, 1994).

Otra cuestión a considerar, es la de las funciones a las que sirven estos modelos mentales de apego. Tanto de la investigación teórica como empírica parece desprenderse la idea de que los IWM juegan un papel importante cognitiva, afectiva y conductualmente (Collins y Read, 1994; Collins, 1996; Reis y Patrick, 1996).

Collins y Read (op. cit) han sugerido un modelo para explicar cómo funcionan estos modelos y cómo afectan a nuestras respuestas en las relaciones. En su modelo, describen los *working models* como constructos cognitivos altamente accesibles, que se activan automáticamente en situaciones de apego, afectando a todo el procesamiento de la información que, a su vez, (y de manera recíproca) tiene efectos en el ámbito afectivo. Como resultado, el individuo se comportará de una manera concreta en sus relaciones interpersonales. Es decir, la influencia de los IWM en la conducta se dará a través de la interpretación subjetiva de la situación, junto con la respuesta afectiva resultante.

1.3.3.2.- Estabilidad y cambio

El concepto de representación mental del apego ha interesado ampliamente debido, en parte, a la creencia de que ellos son los responsables de la estabilidad demostrada en los estilos de apego, tanto longitudinalmente en un mismo individuo como a través de generaciones. Numerosos trabajos han confirmado las hipótesis de Bowlby y Ainsworth estableciendo que los niños que son tratados sistemáticamente por sus cuidadores de una forma concreta, desarrollan representaciones mentales acerca de ellos y los demás que

persisten sobre el tiempo, y que generan diferencias significativas en las emociones y la conducta social. Los estudios de Main, Kaplan y Cassidy (1985) o de Elicker, Englund y Sroufe (1992), entre otros, mostraron que los estilos de apego infantil se mantenían estables en períodos de 6-10 años; en el caso de la estabilidad en los estilos de apego adulto, los trabajos de autores como Baldwin y Fehr (1995), Keelan, Dion y Dion (1994), Kirkpatrick y Hazan (1994), Schafer y Bartholomew (1994) o Shaver y Brennan, (1992), han señalado porcentajes muy altos de estabilidad (entre el 70 y 90 %) en los patrones de apego, en intervalos de tiempo que alcanzan desde un mes a cuatro años.

Estudios longitudinales más recientes sobre la continuidad del apego desde la infancia (primeros 12-18 meses) hasta la edad adulta (p. ej., Fraley, 2000; Waters, Merrick, Treboux, Crowell y Albersheim, 2000; Weinfield, Sroufe y Egeland, 2000), han mostrado que la seguridad en el apego es relativamente estable a través de los primeros 18-20 años de vida. Waters (op. cit), por ejemplo, encontraron que el 72% de los participantes recibían la misma clasificación (segura o insegura) de apego 20 años después y que el 44% de los que habían cambiado su estilo de apego, habían pasado por situaciones negativas o dolorosas en su vida (como pérdida o divorcio de los padres, abuso sexual, enfermedades psiquiátricas, etc.). De igual forma, Weinfield (op. cit), aunque encuentran un porcentaje importante de individuos que muestran una transición de apego infantil seguro a apego adulto inseguro, matizan que el grupo de apego inestable se diferenciaba del estable en aspectos tales como maltrato, depresión maternal y funcionamiento familiar deficiente en la infancia y adolescencia. Todos estos datos apoyan, de alguna forma, la hipótesis de Bowlby acerca de que las diferencias individuales en la seguridad del apego pueden ser estables a través del curso de la vida, aunque permanecen abiertas a revisión en función de las experiencias vividas.

Por lo tanto, la investigación refleja que los estilos de apego adulto son generalmente estables, pero no imposibles de cambiar, lo que convierte la cuestión de la estabilidad en un tema controvertido en la actualidad.

Una de las premisas básicas de la teoría de Bowlby, es que el estilo de apego es estable y guía el funcionamiento interpersonal a lo largo de la vida. Pero su teoría también sugiere que, sobre el tiempo, los estilos de apego pueden llegar a ser un producto de experiencias interpersonales pasadas y presentes. Los IWM son conceptualizados como esquemas activos que pueden ser modificados sobre la base de la experiencia. Es decir, pueden asimilar y ajustar nueva información, lo que provocaría que cambiaran en el tiempo.

Para Bowlby (1969), cambios importantes en la vida como, por ejemplo, el casamiento o nacimiento de un hijo o situaciones dolorosas como el divorcio o muerte de los padres o del esposo/a, el maltrato, etc., pueden conllevar transformaciones radicales en estos modelos. La investigación en apego adulto parece estar de acuerdo en que los *working models* muestran tanto estabilidad como inestabilidad en el tiempo. Es decir, los *working models* guían las experiencias interpersonales y, a su vez, se pueden ver afectados por ellas. En este sentido, un debate muy vinculado al tema del cambio, es la conceptualización del estilo de apego como una característica del individuo o como una característica de la relación (es decir, que varía con diferentes relaciones de pareja). Sobre este debate se hablará en un apartado posterior. Veamos, entonces, tanto los factores que explican la estabilidad como los que explican el cambio.

En general, la estabilidad ha sido atribuida al funcionamiento de los *working models* por su incidencia en todo el procesamiento de la información y en la forma en la que los individuos se comportan en sus relaciones, obteniendo confirmación de sus expectativas. Parece que, una vez establecidos, estos modelos tienden a resistir al cambio, sobre todo en el caso de los modelos inseguros, más rígidos e inflexibles (Crittenden, 1990). Además, estos modelos pueden operar automáticamente, sin necesidad de valoración consciente (Bretherton, 1985).

De forma más detallada, una primera causa de la estabilidad la encontraríamos en la tendencia de las personas a buscar situaciones que sean consistentes con sus expectativas y actitudes. Esta tendencia queda reflejada, no sólo en situaciones como la elección de una determinada carrera o trabajo, sino también en la elección de pareja.

Por ejemplo, distintas investigaciones han encontrado de forma sistemática, que determinados estilos de apego tienden a emparejarse con otros en mayor medida. Es decir, individuos seguros tienden a unirse a parejas seguras (Collins y Read, 1994; Feeney, 1994) y evitativos a parejas ansiosas-ambivalentes (Kirkpatrick y Davis, 1994). Es más, estos últimos autores también señalan que relaciones de pareja de individuos ansiosos-ambivalentes con seguros o evitativos, suelen ser más estables que otros modelos de pareja (aunque no necesariamente más felices). Como afirman algunos autores (Belsky y Cassidy, 1994; Collins y Read, 1990; Kirkpatrick y Davis, 1994; Kirkpatrick y Hazan, 1994; Feeney y Noller, 1996), estas combinaciones tienden a confirmar las expectativas de cada estilo y, por consiguiente, a confirmar y mantener los *working models* de apego. Así, la pareja evitativa

confirmará las expectativas de la persona ansiosa-ambivalente acerca de que las parejas no se comprometen en las relaciones amorosas como ellas quisieran, es decir, de que son frías y distantes; por su parte, el excesivo acercamiento y dependencia de la pareja ansiosa-ambivalente confirma la creencia del evitativo de que es indeseable acercarse demasiado al otro. Además, evitativos tienden a eludir los conflictos interpersonales, lo que puede contribuir a que la relación sea más duradera, aunque no más satisfactoria (Kirkpatrick y Davis, 1994).

Una segunda razón de la estabilidad de los *working models*, es su tendencia a autocumplirse (Collins y Read, 1994). Las acciones basadas en estos modelos producen consecuencias que los refuerzan. Por ejemplo, la excesiva dependencia y necesidad de posesión de los individuos ansiosos-ambivalentes, puede aumentar la probabilidad de que la pareja se aleje, reforzando su sentimiento de abandono.

Por último, la influencia de los *working models* en el procesamiento de la información, también genera su mantenimiento. Igual que ocurre con otras estructuras de conocimiento, las experiencias sociales son filtradas y comprendidas a través de estos modelos. Ellos dirigen la valoración de las situaciones sociales de una forma en la que el individuo mantenga una visión coherente del mundo y de él mismo (Bartholomew, 1990; Collins y Read, 1990). Cuando un modelo es activado, su contenido afecta a lo que el individuo percibe, recuerda y a cómo interpreta o explica la situación. Además, de acuerdo con autores como Reis y Knee (1996), no debería asumirse que el impacto de estos modelos en el procesamiento de la información sea consciente; en muchos casos, estos modelos operan automática o espontáneamente, fuera de la conciencia del individuo. Es más, estos modelos presentan las principales características, según Bargh (1994), del procesamiento automático: falta de intención, de control, funcionamiento fuera de la conciencia y eficacia. En definitiva, tanto la influencia de los *working models* en el procesamiento de la información, como sus efectos a nivel inconsciente, generan su mantenimiento a través del tiempo. Sobre la incidencia de los esquemas de apego en el procesamiento de la información, se hablará más extensamente en un apartado posterior.

En cuanto a los factores que afectan al cambio de estos esquemas, distintos modelos han tratado de explicar, desde distintas perspectivas, por qué algunas personas cambian sus estilos de apego y, más concretamente, qué situaciones interpersonales incrementan la probabilidad de cambio.

Así, el enfoque *contextual*, basado en la idea de Bowlby (1969) de que los *working models* pueden ser modificados ante la llegada de nueva información, plantea que se puede producir un cambio en el estilo de apego como resultado de determinados sucesos o circunstancias interpersonales. Experiencias interpersonales significativas que desconfirman las expectativas previas, provocarían un proceso de acomodación-asimilación de la nueva información en los *working models*, produciéndose el cambio sobre el tiempo. Así, personas inseguras que consiguen entablar relaciones amorosas estables y satisfactorias, probablemente modifiquen, a largo plazo, su visión negativa acerca de ellos mismos y los demás en las relaciones íntimas. Al contrario, experiencias amorosas negativas vividas por personas seguras, pueden llegar a debilitar su grado de seguridad. Eso sí, el impacto que tengan estas experiencias en el cambio del estilo de apego, dependerá de que tales experiencias sean duraderas y emocionalmente significativas (Collins y Read, 1994).

Algunos trabajos han encontrado relación entre variables interpersonales y cambio en los modelos de apego, como es el caso de Kirkpatrick y Hazan (1994), quienes a través de un estudio longitudinal de cuatro años de duración, encontraron una asociación entre ruptura de la relación y cambio de un estilo de apego seguro a inseguro. Además, individuos con apego evitativo que formaron nuevas relaciones, cambiaron su estilo de apego en mayor medida que individuos con el mismo estilo que no habían vuelto a tener pareja. En general, sus resultados revelaron que los estilos de apego adulto eran altamente estables sobre el tiempo; que el estilo de apego en Tiempo 1 predecía el estatus de la relación en Tiempo 2; que individuos seguros presentaban menos rupturas amorosas en ese intervalo de tiempo que inseguros; que tanto seguros como ansiosos/ambivalentes mantenían sus relaciones después de los cuatro años; y que la estabilidad del apego estaba moderada por la ruptura o la iniciación de una nueva relación en ese intervalo de tiempo.

Feeney, Noller y Callan (1994), por su parte, encontraron que variables interpersonales como la satisfacción y la comunicación, predecían cambios en los modelos de apego de los esposos en un período de nueve meses. De forma similar, Hammond y Fletcher (1991) encontraron que el establecimiento de relaciones románticas satisfactorias, se asociaba con un incremento en el nivel de seguridad después de un cierto tiempo.

Un estudio llevado a cabo para examinar la inestabilidad del apego en adultos, puso de manifiesto resultados en la misma línea. Hazan y Hutt (1989) midieron el estilo de apego y los modelos internos activos en tres ocasiones durante un período de un año, a dos grupos

diferenciados, con una media de edad de 38 años (uno cuyas creencias y expectativas sobre las relaciones eran muy estables y otro en el que se habían dado cambios a lo largo de sus experiencias interpersonales; a ellos se refieren los autores como “grupo invariable” y “grupo variable”, respectivamente). Consistente con la idea de Bowlby de que los *working models* tienden a mantenerse estables, el estudio mostró que la estabilidad fue más común que el cambio (78% frente a 22%) y que el cambio se daba en mayor medida hacia estilos seguros (98%) que inseguros (2%). Cuando el cambio ocurría de un tipo de inseguro a otro, el 100% lo hizo de evitativo a preocupado. Por último, cuando se les pidió a ambos grupos que describieran sus relaciones más cercanas (p. ej. de pareja o de amistad), el grupo “variable” se diferenciaba significativamente del “invariable” en el porcentaje de experiencias interpersonales que desconfirmaban sus modelos anteriores, sugiriendo tales resultados que los modelos internos de las relaciones pueden cambiar por experiencias que desconfirman tales modelos.

Sin embargo, también existen trabajos que no han encontrado evidencia para esta hipótesis de asimilación-acomodación. Por ejemplo, los trabajos de autores como Baldwin y Fehr (1995) o Scharfe y Bartholomew (1994), entre otros, no encontraron evidencia que apoyara que determinados sucesos interpersonales generan cambios en los estilos de apego. Un trabajo reciente examinando la estabilidad del apego adulto a través de dos acontecimientos importantes (contraer matrimonio y tener un hijo), mostró que, cinco años después del matrimonio, el 82% de los participantes mantenían el mismo estilo de apego (un 85% mantenían el mismo estilo desde antes del matrimonio a 18 meses después y un 91% lo mantenía desde 18 meses a cinco años después del matrimonio) y que los cambios se daban, en mayor medida, hacia estilos de apego seguro. Sin embargo, apenas se dieron cambios en las representaciones de apego entre aquellos participantes que fueron padres (Treboux y Crowell, 2001).

Desde otra perspectiva, el modelo socio-cognitivo sobre el cambio en el apego (p.e. Baldwin, 1992; Baldwin y Fehr, 1995) sugiere que las personas presentan tanto un modelo accesible de apego que se muestra estable sobre el tiempo, como un número variado de modelos menos accesibles (o esquemas relacionales) que pueden ser activados ante circunstancias contextuales específicas. Por ello, el cambio en el apego se deberá al modelo que se active o que sea accesible en un momento determinado, dependiendo del contexto en el que se encuentre el individuo. En definitiva, la hipótesis principal de este enfoque es que las representaciones de apego reflejan el pensamiento actual del individuo acerca de las

relaciones. Tales representaciones podrían variar en una relación específica, en función de la información que sea más accesible en ese momento concreto. Este enfoque explica, fundamentalmente, variaciones momentáneas en los estilos de apego, pero no proporciona un modelo que explique el cambio a largo plazo.

Tanto el modelo contextual como el modelo socio-cognitivo se centran en el papel jugado por el contexto en el cambio de apego y cómo este cambio se explicaría por la acomodación a las circunstancias contextuales actuales.

Al contrario, un tercer modelo, el de las *diferencias individuales*, propone que la causa del cambio en el estilo de apego no está en factores externos, sino en factores internos al individuo. Desde este enfoque, la propensión al cambio en el apego es una diferencia individual estable y ese cambio es la representación de modelos internos mentales incoherentes (Dávila, Burge y Hammen, 1997). Aunque reconocen que en algunas ocasiones el cambio puede ser debido a factores contextuales, plantean, sin embargo, que en la mayoría de los casos está relacionado con factores estables de vulnerabilidad y es un indicador de inseguridad. Personas con un historial de problemas personales y familiares (p. ej., divorcio o psicopatología parental, trastornos de la personalidad, maltrato...) son más vulnerables ante determinadas circunstancias (como la transición de la adolescencia a la etapa adulta) y propensas a cambios en su estilo de apego. Tales variaciones son una manifestación de su inseguridad, más que de factores contextuales.

Para terminar este apartado, citaremos uno de los estudios más interesantes sobre la estabilidad del apego. Se trata del publicado recientemente por Mickelson, Kessler y Shaver (1997), con un diseño longitudinal de 25 años, en el que se pone de relieve que, de forma general, las personas con distintos estilos de apego tienen IWM que permanecen bastante estables a través del tiempo (la relación encontrada fue de .60 o por encima para los tres estilos). Entre otros aspectos, observaron que, a medida que las personas envejecían (fundamentalmente cuando alcanzan la mitad de la vida), los *working models* de seguros y evitativos se mantenían sin cambios, mientras que los modelos internos del estilo preocupado incrementaban gradualmente su parecido con el del estilo de apego seguro.

Para estos autores, dos factores pueden ser los responsables de estos resultados: las experiencias vividas y la maduración personal. Respecto al primer factor, es posible que preocupados y evitativos, por sus esquemas cognitivos, se enfrenten a hechos y circunstancias

muy distintas y esto repercute, a su vez, en sus esquemas. Los individuos con estilo de apego preocupado pueden implicarse, con mayor probabilidad que los evitativos, en relaciones amorosas estables y positivas, experiencias que pueden hacerle cambiar sus esquemas sobre las relaciones. Al contrario, los individuos evitativos, como la investigación ha mostrado (ver Klohnen y Bera, 1998), suelen tener relaciones menos estables y duraderas, lo que dificulta su exposición a experiencias lo suficientemente positivas como para desconfirmar y cambiar sus esquemas cognitivos.

Respecto al segundo factor, los autores plantean que la maduración que se experimenta con el paso de los años puede tener relación con estos cambios en el estilo de apego adulto. La investigación en el campo de la personalidad ha puesto de relieve algunos cambios importantes desde etapas adultas más tempranas a etapas posteriores. Por ejemplo, las mujeres, a medida que envejecen, se muestran más independientes y presentan cambios en algunas características tradicionalmente femeninas en cuanto a intereses e identidad, reflejando menos dependencia de sus parejas. Llevado al terreno del estilo de apego, la preocupación en las relaciones amorosas puede ir perdiendo importancia a medida que pasan los años.

En conclusión, la investigación sobre la estabilidad del apego reconoce que los esquemas cognitivos sobre las relaciones interpersonales son estables y se desarrollan gradualmente desde la infancia y la adolescencia. Pero también reconoce que tal estabilidad depende, en ocasiones, de la estabilidad del entorno social, como numerosos trabajos han mostrado. Los esquemas mentales de apego originales pueden ser modificados por experiencias posteriores que, de manera consistente, desconfirman las expectativas previas. Hay aún muchas cuestiones relacionadas con este tema sin aclarar y que requieren de más investigación con diseños longitudinales, con muestras y medidas de apego diferentes y explorando los efectos de distintos tipos de experiencias interpersonales en la estabilidad del patrón de apego adulto.

1.4.- LA MEDIDA DEL APEGO ADULTO

Como ya se avanzaba en el segundo apartado de este capítulo, la investigación conceptual y metodológica en el área de apego adulto se ha ido perfilando desde la década de los años 80 a través de dos corrientes independientes y diferenciadas: una primera línea de investigación centrada en las representaciones cognitivas que tiene el adulto de su historia de

apego infantil (de las relaciones con sus padres o figura de apego principal) y en cómo éstas afectan a su conducta actual como padre/madre y al modelo de apego que desarrollan sus hijos (p. ej. George, Kaplan y Main, op.cit; Main, Kaplan y Cassidy, 1985); y una segunda línea de investigación centrada, en este caso, en la influencia de los estilos de apego en el ajuste personal del adulto y en sus relaciones interpersonales, principalmente de amistad y de amor (p. ej. Hazan y Shaver, 1987; Bartholomew y Horowitz, 1991). Como veremos en este apartado, en ambas tradiciones (evolutiva-clínica/social) han surgido una gran variedad de métodos para medir el apego tanto en jóvenes como en adultos. Además, ambas líneas se han desarrollado bajo los principios de la teoría de Bowlby y bajo la tipología propuesta por Ainsworth para clasificar a los individuos en un patrón de apego concreto.

En general, las medidas de apego adulto se diferencian según el tipo de relación al que se dirigen (p. ej., familiares, de amistad o de amor), el método empleado (p. ej., entrevistas o cuestionarios) o la naturaleza del instrumento (p. ej., medidas categóricas o continuas). Algunos trabajos han incluido más de una medida de apego adulto y otros han empleado medidas al margen del tipo de relación de apego a estudiar, asumiendo que pueden ser sustituidas unas por otras. Sin embargo, esta suposición, como se verá, no es del todo correcta. De hecho, los dos problemas principales que plantea la medida del apego adulto son, por un lado, qué medidas serían las más adecuadas para investigar el apego adulto y, por otro, la convergencia en las medidas desarrolladas hasta el momento. Veamos, entonces, cuáles son las medidas de apego adulto utilizadas con más frecuencia y los problemas que han planteado, así como los principales avances en este área y las recomendaciones para futuras investigaciones.

Los primeros instrumentos de medida del apego adulto surgieron, casi de forma paralela, desde las dos tradiciones principales de investigación. El primero, la Entrevista de Apego Adulto (AAI; George, Kaplan y Main, op. cit.) se centra en descripciones pasadas de relaciones entre padres e hijos y puede entenderse como una medida de las diferencias individuales en los procesos metacognitivos. El segundo, el cuestionario de Apego Adulto Romántico de Hazan y Shaver (1987; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988), al contrario, se centra en experiencias más recientes en las relaciones amorosas adultas y no en relaciones familiares pasadas. Tanto uno como otro han generado una diversidad de variantes tratando de refinar y mejorar las medidas originales. Comenzaremos describiendo brevemente las medidas destinadas a evaluar relaciones familiares de apego a través de la propia descripción del individuo y, más adelante, nos centraremos más extensamente en las medidas de apego

adulto romántico a través de cuestionarios y entrevistas (para una extensa revisión, ver Crowell, Fraley y Shaver, 1999).

1.4.1.- Medidas basadas en relaciones familiares

La *Entrevista de Apego Adulto* (AAI; George et al., op. cit.) puede ser considerada como la técnica mayoritariamente utilizada en este ámbito. Fue diseñada para evaluar el recuerdo de los individuos de cómo fueron las relaciones con sus padres en la infancia, junto con la valoración actualmente asignada a esas experiencias pasadas y sus efectos en la personalidad adulta. El entrevistador se centra únicamente en la relación padres-hijo (relación con su padre, su madre y/ algún otro cuidador primario durante la infancia), explorando temas como la enfermedad, el rechazo, las separaciones, las pérdidas, los abusos... (o cualquier otra experiencia en la que el sistema de apego pueda activarse). El individuo relata la relación con sus padres y el significado que atribuye a la conducta de sus cuidadores, además de describir sus relaciones actuales con ellos y la influencia que esas experiencias infantiles han tenido en su conducta adulta y en su conducta como padres (si lo son). La AAI da especial relevancia a lo que Main (1991) llama "coherencia mental" (o coherencia en el discurso) a la hora de examinar la descripción que realiza el individuo y clasificarlo en una de las cuatro categorías de apego; con éste término se refieren a la habilidad del individuo para describir sus experiencias y el significado atribuido de manera integrada y creíble, es decir, de manera coherente y consistente. La AAI es codificada en función de a) las descripciones de las experiencias en la infancia, b) el lenguaje utilizado en la entrevista y c) la habilidad para narrar tales experiencias y su significado de manera integrada y creíble. El lenguaje y el estilo del discurso es considerado el reflejo del estado de mente en relación al apego.

De acuerdo con la puntuación final obtenida, la AAI clasifica a los adultos en cuatro categorías de apego, una segura y tres inseguras: (1) *seguro-autónomo*, (2) *preocupado*, (3) *indiferente* y (4) *sin resolver*. Aquellos individuos clasificados como *seguros-autónomos* en la AAI, son adultos que recuerdan fácilmente y de forma consistente, creíble y coherente, sus experiencias infantiles y la relación con sus padres, valorándolas positivamente, aun habiendo tenido experiencias negativas o dolorosas (un individuo será clasificado como seguro, aun habiendo tenido experiencias de apego negativas, si manifiesta un discurso coherente y un estilo no defensivo). Además, reconocen la influencia de esas experiencias tempranas en su desarrollo psicológico. Los individuos clasificados como *preocupados* en la AAI, se muestran

confundidos y recuerdan de manera incoherente sus relaciones infantiles de apego, manifestando pasividad o enfado y hostilidad actual hacia sus padres. En general, sus recuerdos infantiles reflejan falta de amor parental. Las personas clasificadas como *indiferentes*, describen sus relaciones parentales en la infancia de una forma idealizada, aunque no son capaces de recordar claramente ninguna experiencia que apoye tales evaluaciones. Se muestran incómodos en la entrevista y no reconocen la influencia de las relaciones con sus padres en su personalidad. Sus recuerdos más nítidos suelen estar asociados a rechazos parentales. Por último, los individuos clasificados como *sin resolver*, son aquellos que han tenido experiencias traumáticas con relación al apego (separaciones, pérdidas, abusos, etc.) y, aunque su discurso puede ser moderadamente coherente, manifiestan confusión y desorganización en relación con tales experiencias traumáticas. Aún podría hablarse de otra categoría - *no clasificable* - cuando las puntuaciones reflejan elementos que raramente aparecen juntos en la entrevista (como, p. ej., tener a uno de los padres altamente idealizado y sentir un gran enfado hacia el otro). Suelen ser entrevistas con altos niveles de incoherencia e inseguridad.

Distintos meta-análisis realizados con la AAI han puesto de relieve que, en poblaciones normativas, la distribución de la clasificación es la siguiente: 58% seguros, 24% indiferentes, 19% sin resolver y 18% preocupados; en cambio, cuando se trata de poblaciones de alto riesgo o clínicas, la distribución es como sigue: 8% seguros, 26% indiferentes, 40% sin resolver y 25% preocupados. Estos datos ponen de relieve que la incidencia de personas clasificadas como inseguras es mayor en la población clínica que en la general y que, en la primera, el porcentaje de clasificados como no resueltos es el más elevado, lo que ha llevado a pensar que se trata, dentro del grupo de inseguros, del estilo más patológico (van Ijzendoorn y Barkermans-Kranenburg, 1996). No se han encontrado diferencias en la distribución en función del género, ni relación entre la clasificación del AAI e inteligencia, memoria, complejidad cognitiva, deseabilidad social o ajuste social global (Barkermans-Kranenburg y van Ijzendoorn, 1993; Sagi et. al., 1994).

Trabajos longitudinales han encontrado una estabilidad del 78-90% en la clasificación del AAI en períodos que van desde las dos semanas a los 18 meses (Barkermans-Kranenburg y van Ijzendoorn, 1993; Benoit y Parker, 1994; Crowell, Waters, Treboux y O'Connor, 1996); otros estudios han encontrado una correspondencia del 70-75% entre la clasificación obtenida por niños en la Situación del Extraño (Waters, 1978) y la obtenida 20 años después (cuando llegaron a la etapa adulta temprana) en la AAI (Waters et al., 2000). La falta de

correspondencia entre la clasificación infantil y la adulta, se produjo entre aquellos individuos que en esos años habían pasado por experiencias dolorosas, como enfermedad propia o de los padres, muerte y/o divorcio, confirmando la hipótesis de Bowlby sobre el cambio en los *working models* ante circunstancias o experiencias de vida relevantes al apego.

Por otra parte, los estudios realizados con la AAI en el ámbito de las relaciones amorosas, han sido más escasos; solo se encuentran algunos trabajos explorando, por ejemplo, el ajuste marital según el estilo de apego de ambos miembros de la pareja, cuyos resultados han mostrado relaciones más conflictivas y afectivamente más negativas entre parejas de inseguros-inseguros que entre parejas de seguros-seguros (Cohn et al., 1992). Otros estudios han encontrado relaciones entre la clasificación en la AAI y agresividad verbal y/o física en la pareja (Gao et al., 1995; O'Connor, Pan, Waters y Posada, 1995). También se han realizado estudios sobre la concordancia en la pareja del estatus de apego. El porcentaje de concordancia alcanza alrededor del 50-60% (p. ej., O'Connor, op. cit), aunque aun no hay una clara evidencia que presente el estilo de apego como un factor dominante en la elección de pareja.

Entre los problemas principales de la AAI, se encuentra su dificultad para ser administrada y codificada, ya que requiere de un profundo conocimiento en la técnica; tal entrenamiento es más común entre psicólogos clínicos que, por ejemplo, entre psicólogos sociales. Por otra parte, algunos autores no están de acuerdo con Main y sus colegas en la conceptualización que hacen de la seguridad en el apego en términos de coherencia; ellos no consideran que la coherencia en el discurso sea el factor que mejor discrimina entre adultos seguros e inseguros (Adult Attachment Lab, 1998).

En la literatura se pueden encontrar otras medidas posteriores a la Entrevista de Apego Adulto que, aunque también están dirigidas a las relaciones de apego entre padres e hijos, no han sido tan extensamente usadas como la AAI. Por ejemplo, el *Cuestionario sobre la Historia de Apego (AHQ)* de Pottharst (1990), evalúa el recuerdo de las relaciones entre padres-hijos en la infancia a través de 51 ítems con escalas de 7 puntos. Investigaciones empleando este cuestionario han encontrado relación entre inseguridad en la AHQ y factores patológicos o disfuncionales.

Otro instrumento en este ámbito es el *Inventario de Apego en Padres y Pares (IPPA)*, de Armsden y Greenberg (1987), que evalúa relaciones actuales de adolescentes con sus

padres y amigos. Con esta medida se ha encontrado que los adolescentes clasificados como seguros hacia sus padres y amigos, presentan mejores relaciones y menos conflicto, bajos niveles de soledad y una mayor autoestima y satisfacción con su vida (Armsden y Greenberg, op. cit.).

Por último, el *Cuestionario de Apego Recíproco para Adultos (RAQ)*, de West y sus colegas (West, Sheldon y Reiffer, 1987), mide la calidad del apego para cualquier figura considerada por el individuo como su figura principal de apego (ya sea uno de los padres, un amigo o la pareja). Para aquellos individuos que no identifican ninguna figura de apego primaria, desarrollan un segundo cuestionario, el *Cuestionario de Apego Evitativo*. Los autores delimitan cinco rasgos que constituyen el apego en adultos y desarrollan escalas para medir cada uno de ellos. Tales rasgos están basados en las cuatro dimensiones que definen el proceso de apego infantil (p. ej., base segura, percepción de disponibilidad, búsqueda de proximidad y protesta de separación). Tanto en estos dos cuestionarios como en el IPPA, se ha puesto de relieve una estructura de dos dimensiones, conocidas como Ansiedad y Evitación, dimensiones que, como veremos a continuación, también subyacen en los cuestionarios desarrollados para evaluar el apego adulto en las relaciones románticas.

1.4.2.- Medidas basadas en relaciones románticas

La complejidad de la entrevista de apego adulto y el deseo de conseguir medidas más simples y fáciles de aplicar, llevó a desarrollar diversidad de cuestionarios desde finales de los 80 hasta el momento. Estas medidas difieren respecto al AAI, además de en su facilidad para ser aplicadas, en que están dirigidas exclusivamente a las relaciones interpersonales íntimas y, además, están basadas en un contenido diferente, en este caso en las experiencias en la relaciones románticas (y no en el discurso y el estilo defensivo).

Como se verá, el avance metodológico en esta línea de trabajo ha sido importante. Por un lado, las primeras medidas categóricas de apego adulto fueron dando paso, por sus limitaciones conceptuales y metodológicas, a escalas de medida continuas. Por otro, se identifica un cuarto estilo de apego adulto en un modelo que presenta nuevas medidas (entrevista y cuestionario) para los cuatro estilos y las dos dimensiones que subyacen a ellos conceptualmente.

Comenzaremos por la primera medida de apego adulto desarrollada para explorar las

diferencias individuales en las relaciones amorosas, el *Cuestionario de Apego Adulto Romántico* de Hazan y Shaver (1987; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988) y seguiremos con las medidas alternativas y modificadas respecto a esta versión original. Finalizaremos este apartado describiendo el trabajo teórico y empírico desarrollado por Bartholomew (1990; Bartholomew y Horowitz, 1991) en el que se propone un sistema de clasificación de cuatro categorías (en vez de tres) de apego adulto en las relaciones interpersonales, así como con el estado actual en el que se encuentra el tema de la medida de apego adulto.

1.4.2.1.- El modelo de los tres grupos

Tabla 1.2. Medida del Estilo de Apego de Hazan y Shaver (1987)

¿Cuál de las siguientes opciones describe mejor tus sentimientos?

1. Para mí es relativamente fácil acercarme íntimamente a otros. Me siento bien dependiendo de otros o si otros dependen de mí. No me preocupo excesivamente pensando si me van a abandonar o si alguien se va a acercarse demasiado íntimamente a mí. (*Seguro*)
 2. Estoy un poco incómodo/a cuando tengo relaciones íntimas con otros. Veo difícil confiar en ellos, lo que hace que me cueste trabajo permitirme depender de ellos. Me pongo nervioso/a cuando alguien se acerca demasiado a mí. A menudo mis parejas me piden más intimidad de la que a mí me gusta dar. (*Evitativo*)
 3. Pienso que otros son reacios a tener tanta intimidad como a mí me gustaría. A menudo me preocupa que mi pareja no me quiera de verdad o no quiera estar conmigo. Quiero unirme completamente con otra persona y este deseo, a veces, ahuyenta a la gente. (*Ansioso/Ambivalente*)
-

Hazan y Shaver fueron los primeros autores en desarrollar una medida de apego adulto romántico. Su instrumento se basa tanto en la suposición de que los tres modelos de apego infantil identificados por Ainsworth y sus colegas son evidentes en las personas adultas enamoradas, como en la de que el patrón de apego desarrollado en la infancia se mantiene a lo largo de la vida adulta. En su versión original, el *Cuestionario de Apego Adulto Romántico* (Hazan y Shaver, 1987), se considera que los tres estilos de apego adulto han de ser medidos como categorías discretas. En esta medida de elección forzada, se presentan tres descripciones formadas por distintas frases, cada una representando los tres estilos de apego adulto - seguro, evitativo y ansioso/ambivalente -, descripciones que fueron extrapoladas

desde los modelos de apego infantil. Los participantes tienen que leer las tres descripciones y elegir aquella que mejor describa cómo se sienten, en general, en sus relaciones cercanas o íntimas (el término “intimidad” se refiere a una cercanía psicológica o afectiva, no necesariamente a una intimidad sexual). Las descripciones para los tres estilos de apego aparecen en la tabla 1.2.

El cuestionario fue construido para descubrir diferencias hipotetizadas en el ámbito teórico, no solo en torno a la forma en la que el individuo se comporta en sus relaciones interpersonales, sino en la descripción que hace de las relaciones pasadas con sus padres y en las creencias (*internal working models*) de sí mismo y de las relaciones de pareja. Esta medida se utilizó en dos estudios realizados con dos muestras de adultos (una de ellas de estudiantes), con edades comprendidas entre los 14 y 82 años, de distinta raza y nivel socio-económico. La distribución de los estilos de apego encontrada en estos estudios fue similar a la mostrada en las investigaciones sobre apego infantil basadas en la Situación del Extraño (p. ej., Campos et al., 1983). Así, aproximadamente un 55% de individuos presentaban el estilo seguro, un 25% el estilo evitativo y un 20% el estilo ansioso/ambivalente, porcentajes similares a los encontrados en otros estudios más recientes empleando la medida de las tres categorías de Hazan y Shaver (p. ej., Mikulincer, 1998; Pfaller, Kiselica y Gerstein, 1998). Además, los trabajos que posteriormente lo han replicado con muestras de distintos países, han encontrando aproximadamente el mismo porcentaje de seguros, evitativos y ansiosos/ambivalentes, porcentajes que no han variado en función del género (p. ej., Brennan, Shaver y Tobey, 1991; Feeney y Noller, 1990; Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990). En estos últimos estudios, los individuos con distintos estilos de apego diferían en su historia de apego pasada, en sus representaciones mentales y en sus experiencias amorosas de una forma consistente con las predicciones de la teoría del apego. Por ejemplo, el grupo seguro se relacionaba con la confianza en las relaciones, la cercanía y la ausencia de celos y de temor a la intimidad, presentando las relaciones familiares más positivas. Al contrario, los evitativos y los ansiosos/ambivalentes percibían negativamente a sus padres. El grupo evitativo se asociaba con el rechazo a la intimidad y presentaba los índices más bajos de experiencias interpersonales positivas, mientras que el grupo ansioso/ambivalente presentaba altos niveles de celos, obsesión con la pareja e inestabilidad emocional. Los dos grupos inseguros presentaron también mayores sentimientos de soledad que los seguros.

La medida fue rápidamente adoptada por su brevedad y facilidad de administración, así como por su validez aparente (Baldwin, Fehr, Keedian, Seidel y Thomson, 1993; Feeney

y Noller, 1990; Mikulincer y Nachshon, 1991) y fue utilizada en muchos trabajos relacionando el estilo de apego con distintas variables individuales y de las relaciones, como la personalidad, la autoestima, la regulación de la emoción, las actitudes, los modelos de comunicación o la satisfacción e intimidad en las relaciones, entre otros.

No obstante, algunos investigadores reconocieron muy pronto las limitaciones conceptuales y psicométricas de la medida, incluidos los propios autores (Collins y Read, 1990; Hazan y Shaver, 1987; Levy y Davis, 1988; Simpson, 1990). Entre ellas, destacaría la naturaleza categórica del instrumento: situar al individuo en una de las tres categorías de apego mutuamente exclusivas, es asumir que cada estilo es independiente de los otros; no permite evaluar el grado en que cada estilo es característico de un individuo; y no permite el uso de técnicas estadísticas de análisis de varianza.

Para evitar estos problemas, se comienzan a producir ligeras modificaciones en el formato original de Hazan y Shaver y comienzan a surgir otras medidas de apego adulto variantes de la primera versión. Así, autores como Levy y Davis (1988; Shaver y Brennan, 1992) acompañan el formato original con escalas de evaluación continua, pidiendo a los individuos que evalúen, a través de escalas tipo Likert, el grado en el cuál cada modelo de apego describe sus sentimientos y experiencias en las relaciones cercanas. Estos autores mostraron empíricamente que los individuos pueden ser clasificados, en distinto grado, en más de un patrón de apego; encontraron que los estilos seguros presentaban altas correlaciones negativas con los evitativos y débiles con los ansiosos/ambivalentes, mientras que los estilos evitativos y ansiosos/ambivalentes no estaban correlacionados. Así, un individuo puede puntuar alto en ambos estilos (evitativo y ansioso/ambivalente). La medida de Levy y Davis, por tanto, reconocía que unos individuos pueden ser "más seguros" (o inseguros) que otros y que los individuos seguros pueden diferir en su grado de evitación y ambivalencia. Desde 1987, un gran número de trabajos empleando tanto la medida categórica como la continua, ha demostrado su validez de constructo (ver Shaver y Hazan, 1993, para una revisión).

Posteriormente, aparecen nuevas modificaciones, pero esta vez más amplias. Collins y Read (1990), Simpson (1990) o Mikulincer et al. (1990), entre otros, descompusieron las tres descripciones originales en múltiples items (en la mayoría de los casos, entre 10 y 20 frases) evaluados de forma independiente con escalas tipo Likert. Este sistema, además de facilitar al individuo la evaluación del grado en el que cada frase le describe, permitió investigar, a través de análisis factorial, la estructura que subyace a la medida de apego

adulto. La *Escala de Apego Adulto (AAS)* de Collins y Read evalúa tres dimensiones: Cercanía, Dependencia y Ansiedad, empleando seis ítems para evaluar cada dimensión. Por su parte, la escala de apego de Simpson evalúa tres tipos de apego - seguro, evitativo y ansioso - a través de 4 a 5 ítems para cada prototipo, empleando escalas de 7 puntos. De manera similar, Mikulincer et al. (1990) descomponen las descripciones de Hazan y Shaver en 15 ítems que se acompañan de nuevo con escalas bipolares de 7 puntos. Esta escala de apego ha mostrado una estructura de tres factores (Mikulincer y Erev, 1991).

El desarrollo de escalas multi-ítems puso de relieve la existencia de una estructura bidimensional bajo las respuestas de las distintas medidas de cuestionario. Estas dimensiones han sido denominadas "*Ansiedad*" (acerca de ser abandonado o no amado) y "*Evitación*" (a la intimidad y a la expresión de afecto). La primera se mueve desde altos a bajos niveles de ansiedad/ambivalencia y la segunda contrasta elementos de los estilos seguro y evitativo. Sin embargo, el estudio de las dimensiones que subyacen a la medida de apego ha sido, y continúa siendo, controvertido. Mientras que algunos autores proponen una estructura bidimensional bajo los tres estilos de apego adulto, otros autores encuentran que son tres las dimensiones subyacentes. Por ejemplo, Feeney (1994; Feeney, Noller y Callan, 1994) o Simpson, Rholes y Nelligan (1992), defienden la existencia de dos grandes dimensiones: "*Comodidad con Cercanía*" y "*Ansiedad en las Relaciones*". Sin embargo, otros autores, como Collins y Read (1990), por ejemplo, hablan de tres dimensiones, "*Comodidad con Cercanía*", "*Comodidad con Dependencia*" y "*Ansiedad*". Como señalan Hazan y Shaver (1994), la falta de consenso en el número de dimensiones se debe, en parte, a que el contenido de los ítems ha variado ligeramente de estudio a estudio, es decir, los investigadores han descompuesto las descripciones originales de distinta forma y se han eliminado o añadido ítems basándose en consideraciones teóricas o empíricas particulares. Obviamente, los resultados del análisis factorial depende de los ítems que se hayan incluido en cada caso.

En cualquier caso, por diferentes razones psicométricas, distintos estudios han apoyado la validez de las medidas que emplean escalas tipo Likert con las descripciones de Hazan y Shaver, poniendo de relieve la conveniencia de su empleo como procedimiento para medir el estilo de apego. Una prueba de su validez ha sido puesta de relieve en los trabajos que han examinado la estabilidad de los estilos de apego a través del tiempo. Concretamente, el 70% de las tres categorías de apego permanecen estables sobre períodos que van desde las dos semanas a los cuatro años, con una media de fiabilidad test-retest para las escalas de evaluación continua de .60 sobre los mismos períodos de tiempo (Hammond y Fletcher, 1991;

Kirkpatrick y Davis, 1994; Kirkpatrick y Hazan, 1994; Levy y Davis, 1988; Shaver y Brennan, 1992). En concreto, en el estudio longitudinal de cuatro años de duración de Kirkpatrick y Hazan (1994) se encontró que un 70% de los participantes mantenía el mismo estilo de apego que cuatro años antes, aunque la estabilidad variaba en cada patrón de apego (83% para seguros, 61% para evitativos y 50% para ambivalentes). Otros trabajos que han replicado estos resultados con distintas medidas de autoinforme (Collins y Read, 1990; Feeney, Noller y Callan, 1994; Scharfe y Bartholomew, 1994) han apoyado la estabilidad del estilo de apego, al menos, sobre períodos cortos de tiempo.

1.4.2.2.- El modelo de los cuatro grupos

Al mismo tiempo que se refinaba la medida de los tres grupos, surge una de las revisiones más influyentes de esta tipología tripartita, el modelo de las cuatro categorías de apego adulto de Bartholomew (1990; Bartholomew y Horowitz, 1991). La autora retoma las ideas de Bowlby sobre el concepto de “working models” y las incorpora a su modelo. Como ya se dijo anteriormente, Bowlby planteaba que los estilos de apego son el reflejo de modelos o representaciones cognitivas acerca de uno mismo y de los demás (la figura de apego) en las relaciones. Ambos modelos pueden presentar distinta valencia (positiva o negativa). Así, el modelo sobre uno mismo es positivo cuando el individuo se percibe a si mismo como digno o merecedor de amor y atención y negativo cuando se percibe como indigno. Por su parte, el modelo sobre los demás es positivo cuando el individuo piensa que las personas (cercanas) son dignas de confianza, cariñosas y disponibles cuando se les necesita y negativo cuando los demás son vistos como personas en las que no se puede confiar, distantes o inaccesibles.

Partiendo de esta teoría, Bartholomew propone que las combinaciones de esas dos representaciones (modelo de uno y modelo de otros, que se corresponden con las dimensiones de Ansiedad y Evitación, respectivamente) con sus valencias correspondientes, dan lugar a cuatro (en vez de tres) estilos de apego adulto: *seguro* (con ambos modelos positivos), *preocupado* (con modelo de uno mismo negativo y modelo sobre los demás positivo), *evitativo-indiferente* (“*dismissing*”; positivo, negativo) y *evitativo-temeroso* (“*fearful*”; con ambos modelos negativos). Los modelos de uno mismo y de los demás representan las expectativas y creencias generales acerca de la propia valía y acerca de la disponibilidad de los demás, mientras que los cuatro estilos reflejan distintas formas de regular las emociones y de conducta interpersonal (Griffin y Bartholomew, 1994).

Como puede observarse, la autora diferencia dos tipos de evitativos (indiferentes y temerosos), resolviendo el problema de las bajas correlaciones encontradas entre estilos evitativos con diferentes medidas (p. ej., entre la AAI y el cuestionario de Hazan y Shaver). Desde su punto de vista, ambos instrumentos estaban midiendo dos grupos de evitativos claramente diferenciados; la AAI identifica fundamentalmente evitativos-indiferentes, mientras que la medida de Hazan y Shaver identifica principalmente evitativos-temerosos. El estilo evitativo-indiferente presenta características que no recoge el estilo evitativo de Hazan y Shaver. Concretamente, la autora argumentó que temerosos e indiferentes diferían en el grado en el que exhibían ansiedad y características evitativas: el evitativo-temeroso parece verse a sí mismo como indigno del amor y apoyo de otros, mientras que el evitativo-indiferente se defiende de la necesidad de intimidad a través del distanciamiento social, con el fin de evitar sentimientos de baja auto-valía asociada al rechazo de otros. Como algunos autores han mostrado (Duggan y Brennan, 1994), tanto los temerosos como los indiferentes evitan el contacto social, pero difieren en los motivos de esa evitación: los temerosos desean intimidad pero experimentan falta de confianza y temor al rechazo, mientras que los indiferentes son fríos e insociables, sobrevalorando la importancia de la autonomía e independencia en las relaciones. Aunque ambos muestran dificultad en acercarse a otros y confiar en ellos, sólo los individuos temerosos presentan inseguridad social y falta de asertividad.

Esta división entre dos tipos de evitativos está basada en una categoría similar de la AAI (George et al., op. cit.). Además, la introducción de un cuarto grupo en este modelo es consistente con la investigación en apego infantil, ya que otros autores mostraron la importancia de un cuarto grupo en infantes que reflejaba características propias de evitativos y ansiosos/ambivalentes (por ej., el grupo desorganizado/desorientado identificado por Main y Solomon, 1986; ver también Crittenden, 1988).

Los cuatro estilos de apego adulto y su relación con los modelos cognitivos aparecen en la figura 1.1. Siguiendo a Bartholomew (1990), el cuadrante superior izquierdo representa a los individuos apegados de forma segura; serían aquellos individuos que han internalizado un sentimiento de autovalía y que se sienten cómodos en relaciones cercanas o íntimas. Es decir, serían personas que no sienten temor a ser abandonados o rechazados, ni se comportan de manera evitativa (baja Ansiedad, baja Evitación).

El cuadrante superior derecho representa el apego preocupado (o

ansioso/ambivalente, en términos de Hazan y Shaver). Son individuos que presentan un bajo sentimiento de confianza en sí mismos. Sin embargo, su modelo positivo sobre los demás les lleva a validar su baja autovalía a través de un excesivo acercamiento en las relaciones interpersonales, produciéndoles un extremo sufrimiento cuando sus necesidades de intimidad no son cubiertas. Es decir, estas personas pueden ser definidas como la combinación entre miedo al rechazo y excesiva aproximación interpersonal (alta Ansiedad, baja Evitación).

Figura 1.1. Modelo de apego adulto (Bartholomew, 1990)

		MODELO DE UNO MISMO	
		Positivo	Negativo
MODELO DE OTROS	Positivo	<p>SEGURO CÓMODO con la intimidad y la autonomía</p>	<p>PREOCUPADO Preocupado con las relaciones</p>
	Negativo	<p>INDIFERENTE Rechaza la intimidad. Contrario a la dependencia</p>	<p>TEMEROSO Temeroso de la intimidad. Socialmente evitativo</p>

El cuadrante inferior izquierdo, por su parte, representa el apego evitativo-indiferente. Estos individuos presentan, como los seguros, un alto sentimiento de autovalía, pero la mantienen negando defensivamente el valor de las relaciones cercanas y valorando la importancia de la independencia. Es decir, se sienten competentes y auto-suficientes, pero no confían en los demás. En este caso, estaríamos ante una combinación de conducta evitativa y aparente ausencia de ansiedad ante el rechazo (baja Ansiedad, alta Evitación).

Por último, en el cuadrante inferior derecho aparecen los individuos apegados de manera evitativa-temerosa. Como los preocupados, son personas con alta dependencia en los demás para validar su propia valía aunque, debido a su esquema negativo sobre los demás, rechazan la intimidad para evitar el dolor de posibles rechazos o abandonos. Estaríamos, en este caso, ante individuos en los que se combina la ansiedad con la conducta evitativa (alta Ansiedad, Alta Evitación).

Como se observa en el gráfico, tanto los individuos seguros como los evitativos-indiferentes se caracterizan por presentar modelos cognitivos de uno mismo positivos (o baja ansiedad). Sin embargo, es conveniente distinguir entre dos tipos de auto-valía o independencia. Mientras que la visión positiva que tienen los seguros de ellos mismos deriva de su creencia de que los demás son accesibles cuando se les necesita, de que son un apoyo emocional y de que se puede confiar en ellos (es decir, poseen una *base segura* desde la que explorar el mundo), la independencia mostrada por los evitativos-indiferentes proviene del rechazo que muestran hacia la confianza en los demás y hacia contar con ellos como un apoyo emocional.

En definitiva, según el modelo de Bartholomew (1990), los cuatro modelos de apego pueden ser localizados en un espacio bidimensional definido por Ansiedad y Evitación (o por el modelo sobre uno mismo y el modelo sobre los demás), reflejando cada uno de ellos diferencias individuales en auto-concepto y en funcionamiento interpersonal.

De acuerdo con Bowlby, los modelos de uno mismo y de los demás tienen un origen común en las relaciones interpersonales tempranas, de manera que se desarrollan de una forma “complementaria y mutuamente confirmatoria” (1973, p. 204). Sin embargo, el modelo de las cuatro categorías pone de relieve la existencia de dos estilos (seguro y evitativo-temeroso) congruentes en sus modelos sobre sí mismo y sobre los demás (con ambos positivos o ambos negativos) y de dos modelos incongruentes (preocupado y evitativo-indiferente). En este sentido, los trabajos empleando la medida de las cuatro categorías han encontrado que, en general, hay más personas con estilos seguro y temeroso que preocupado e indiferente, lo que estaría sugiriendo que hay más personas con modelos cognitivo-afectivos congruentes que incongruentes. Pero, como apuntan Bartholomew y Horowitz (1991), los modelos de preocupados e indiferentes pueden ser complementarios y mutuamente confirmatorios sin ser congruentes. Los individuos preocupados se culpan a ellos mismos del rechazo de los demás, pudiendo mantener así una visión positiva de las personas, mientras que los individuos

indiferentes culpan a los demás del rechazo, pudiendo mantener así una alta autoestima.

Algunos estudios han tratado de comprobar si, como se espera de este modelo bidimensional, los estilos de apego diagonalmente opuestos presentan correlaciones negativamente altas, mientras que los estilos de apego colindantes presentan correlaciones moderadas. Klohnen y John (1997, cit. Klohnen y John, 1998) confirmaron estas expectativas, al encontrar que tanto los seguros y temerosos, como los indiferentes y preocupados, correlacionaban fuerte y negativamente, mientras que entre estilos adyacentes sólo aparecían correlaciones moderadas (por debajo de .40). Además, entre estos últimos estilos, había diferencias interesantes. Los estilos de apego con el mismo signo en el autoesquema, eran más similares que los estilos de apego con el mismo signo en el esquema sobre los demás. Es decir, tanto los seguros e indiferentes por un lado, como los preocupados y temerosos por otro, eran más parecidos entre sí que los seguros y preocupados, y los temerosos e indiferentes. En este sentido, Griffin y Bartholomew (1994), tratando de validar las dos dimensiones del modelo, encontraron que la dimensión Evitación (o modelo de otros) era más compleja y más difícil de capturar que la dimensión Ansiedad (o modelo de uno).

Para poner a prueba su modelo, Bartholomew y Horowitz (1991) llevan a cabo un estudio con estudiantes universitarios en el que desarrollan tanto un cuestionario de apego adulto (el *Cuestionario de Relaciones, RQ*) como dos entrevistas semiestructuradas (la *Entrevista de Apego a la Familia* y la *Entrevista de Apego a los Pares*). El *Cuestionario de Relaciones (RQ)* es un instrumento similar al propuesto por Hazan y Shaver (1987), pero en este caso con cuatro descripciones en lugar de tres. De hecho, las descripciones de los estilos seguro, preocupado y temeroso están basadas respectivamente en los estilos seguro, ansioso/ambivalente y evitativo de Hazan y Shaver. El cuestionario consta de dos partes; en la primera parte, como en la medida de los tres grupos, se le presenta a los participantes cuatro descripciones cortas, cada una reflejando los modelos prototípicos de apego aplicados a las relaciones cercanas en general. El individuo selecciona aquella que mejor describe su conducta en la relaciones (ver tabla 1.3). En la segunda parte, los participantes han de leer de nuevo las cuatro descripciones e indicar, en escalas tipo Likert de 7 puntos, el grado en el que cada una les describe. Esta medida proporciona una puntuación continua en cada uno de los cuatro estilos de apego.

Distintos trabajos han encontrado que el RQ muestra niveles satisfactorios de

fiabilidad y validez (p. ej. Suemer y Guengor, 1999; Wettstein, 1998). Este sistema de clasificación también presenta una estabilidad moderada (Scharfe y Bartholomew, 1994). Otros trabajos han mostrado diferencias en función del género, de forma que los hombres se clasifican más a menudo que las mujeres como evitativos-indiferentes o preocupados, mientras que las mujeres se clasifican en mayor medida que los hombres como seguras o evitativas-temerosas (p.e., Brennan et al., 1991).

Tabla 1.3. Descripciones prototípicas de los cuatro estilos de apego
(Bartholomew y Horowitz, 1991)

Seguro: Para mí es relativamente fácil acercarme emocionalmente a otros. Me siento cómodo dependiendo de otros y cuando otros dependen de mí. No me preocupa estar solo o que otros no me acepten.

Evitativo-indiferente: Me siento cómodo sin tener relaciones emocionalmente cercanas. Es muy importante para mí sentirme independiente y autosuficiente, y prefiero no depender de otros o que otros dependan de mí.

Preocupado: Quiero una completa intimidad emocional con otros, pero a menudo encuentro que otros rechazan estar tan unidos como a mí me gustaría. Estoy incómodo sin tener relaciones cercanas, pero a veces me preocupa que otros no me valoren tanto como yo los valoro a ellos.

Evitativo-temeroso: Estoy algo incómodo dando intimidad a otros. Quiero relaciones emocionalmente cercanas, pero encuentro difícil confiar completamente en otros o depender de ellos. A veces me preocupa ser lastimado si me permito acercarme demasiado a otros.

La distribución de los estilos de apego adulto encontrada con más frecuencia empleando esta medida, ha sido similar a la encontrada en otros trabajos (p. ej., Feeney y Noller, 1990; Hazan y Shaver, 1987; Man y Hamid, 1998; Mikulincer et al., 1990): 47% seguros, 21% evitativos-temerosos, 18% evitativos-indiferentes y 14% preocupados. Mientras que la AAI clasifica alrededor del 65% de adultos en la categoría segura, el cuestionario de Hazan y Shaver clasifica alrededor del 55% en muestras de estudiantes y no estudiantes, mientras que el de Bartholomew encuentra alrededor del 47% para muestras de estudiantes. Sin embargo, Brennan et al. (1998), a través de su sistema de clasificación, encuentran menos individuos en la categoría segura que en la insegura. Desde su punto de vista, esto obedece a que su medida discrimina mejor entre individuos con distinto grado de inseguridad que los

demás instrumentos de medida.

La investigación también ha mostrado diferencias en la distribución de apego en función de la edad. Por ejemplo, Riggins (1999), empleando tres grupos de adultos de distintas edades (18-40; 41-60; más de 61) y varios cuestionarios de apego adulto (el cuestionario de Hazan y Shaver; el AAS y el RQ, entre otros), encontró que, aunque los datos apoyaban el uso de medidas de tres y de cuatro categorías de apego en los diferentes grupos de edad, la distribución de los estilos de apego variaba en función de la edad; el porcentaje de seguros era más alto en el grupo de los mayores (más de 61 años) que en los otros dos grupos.

Respecto a la *Entrevista de Apego a la Familia*, el individuo ha de recordar, evaluar e interpretar las relaciones con sus padres, así como explicar la incidencia que estas experiencias han tenido en su conducta adulta. La *Entrevista de Apego a los Pares*, por su parte, explora relaciones románticas y de amistad pasadas y presentes (sobre cuestiones tales como experiencias de apoyo y rechazo, comportamientos ante el conflicto y la separación, etc.). En ambas entrevistas, el individuo es evaluado y asignado a uno de los cuatro estilos de apego adulto. La *Entrevista de Apego a los Pares* ha mostrado ser moderadamente estable (Scharfe y Bartholomew, 1994) y también ha mostrado diferencias de género: los hombres tienden a ser más evitativos-indiferentes y las mujeres más preocupadas (Bartholomew y Horowitz, 1991).

Además de estas dos entrevistas, se pueden encontrar otras desarrolladas para evaluar el apego adulto en el ámbito de las relaciones románticas. Así, la *Entrevista de Relaciones Actuales (CRI)*; Crowell y Owens, 1996, cit. Crowell, Fraley y Shaver, 1999) examina la incidencia del estilo de apego de la pareja en las representaciones cognitivas del individuo y en su propia conducta de apego. Este instrumento, de manera similar al AAI, también codifica las respuestas en relación a las experiencias con la pareja, el estilo del discurso y su coherencia/credibilidad, clasificando a los individuos en cuatro categorías de apego (seguro, indiferente, preocupado y sin resolver). Con este instrumento, se han encontrado porcentajes de correspondencia en la pareja de un 63% en parejas no casadas y de un 65% en parejas que llevaban casadas más de 15 meses. La distribución según el estilo de apego de cada miembro de la pareja era el siguiente: un 33% correspondía a parejas en las que ambos miembros presentaban el estilo seguro; un 30% correspondía a parejas en las que ambos eran inseguros; un 30% correspondía a parejas formadas por hombres inseguros y mujeres seguras; y el

porcentaje más pequeño (un 7%), correspondía a parejas formadas por hombres seguros-mujeres inseguras. También se ha encontrado correspondencia entre la clasificación del estilo de apego obtenida con el CRI y las obtenidas con otros instrumentos de medida, como la AAI (.51; Gao, Crowell, Waters y Treboux, 1998, cit. Crowell, Fraley y Shaver, 1999) o medidas de autoinforme como el cuestionario de *Experiencias en las Relaciones Cercanas (ECR*; Brennan, Clark y Shaver, 1998). Sobre esta última medida se hablará posteriormente.

Después de evaluar el estilo de apego con diferentes instrumentos, los resultados del trabajo de Bartholomew y Horowitz (1991) pusieron de relieve una convergencia entre los métodos empleados (entrevistas y cuestionarios), así como una relación entre los estilos de apego evaluados con distintos instrumentos y otras variables relevantes (como autoestima, ansiedad, depresión, hostilidad, sociabilidad, entre otras). Las medidas de auto-concepto diferenciaban el estilo de apego sólo en relación con el modelo de uno mismo, mientras que las medidas de sociabilidad diferenciaban los estilos únicamente en relación con el modelo de los demás. Como se esperaba, los seguros y los evitativos-indiferentes puntuaban más alto en autoestima y más bajo en ansiedad que los preocupados y los evitativos-temerosos, mientras que los seguros y los preocupados eran más sociables que los dos tipos de evitativos. Estos resultados fueron obtenidos con todos los instrumentos empleados para evaluar el estilo de apego adulto.

Estudios posteriores (p. ej., Bartholomew y Shaver, 1998; Brennan, Shaver y Tobey, 1991), han puesto de manifiesto que las medidas de los cuatro estilos de apego adulto de Bartholomew y Horowitz (1991) a través de la entrevista y el cuestionario, convergen de manera considerable con otras medidas de apego (con la AAI y con el cuestionario de Hazan y Shaver, respectivamente). Es decir, quienes eligen el estilo seguro en la medida de Bartholomew, también lo eligen en las otras dos medidas; comparando el RQ con el cuestionario de Apego Adulto Romántico de Hazan y Shaver (1987), se encuentra que ambas están fuertemente relacionadas tanto en el caso de la medida categórica como en el de la medida continua. El grupo evitativo-temeroso del RQ se describe principalmente como ambivalente en el cuestionario de Apego Adulto Romántico; el grupo evitativo de este último instrumento se describe en el RQ principalmente como evitativo-temeroso (más que como evitativo-indiferente). Quienes eligen el estilo preocupado del RQ, eligen el ansioso-ambivalente de Hazan y Shaver; por último, la categoría evitativo-indiferente del RQ se relaciona con la segura y evitativa conjuntamente.

La validez del modelo de los cuatro grupos de Bartholomew ha sido puesta de manifiesto en distintos trabajos que han apoyado empíricamente la existencia de dos tipos de evitativos. Así, los propios autores (Bartholomew y Horowitz, 1991) ya mostraron que ambos tipos de evitativos se diferenciaban claramente en los problemas que presentaban de tipo interpersonal: la falta de asertividad y la inseguridad social eran característicos de los evitativos-temerosos, mientras que los evitativos-indiferentes se caracterizaban por su excesiva frialdad en las relaciones interpersonales. También se ha puesto de relieve que los indiferentes y los temerosos se diferencian claramente en sus respuestas ante situaciones dolorosas, como una ruptura de la pareja o una separación (Fraley, Davis y Shaver, 1998; Fraley y Shaver, 1997). Otros autores han encontrado que las escalas de apego de sus instrumentos de medida conformaban cuatro perfiles de apego adulto similares a los propuestos por Bartholomew (Feeney, Noller y Hanrahan, 1994). Por último, Brennan, Clark y Shaver (1998), confirman nuevamente que bajo los items de todos los cuestionarios existentes de apego adulto, subyacen las dos dimensiones primarias (Ansiedad y Evitación) y que ambas dimensiones delimitan cuatro grupos de apego adulto consistentes con los propuestos por Bartholomew (ver también Suemer y Guengor, 1999).

La evidencia de que existen cuatro en vez de tres estilos de apego adulto y de que bajo esos cuatro estilos subyacen las dos dimensiones propuestas en la teoría de Bowlby, ha llevado a que cada vez sean más los investigadores que adoptan el modelo de los cuatro grupos de apego en adultos.

Posterior al *RQ*, se siguen diseñando medidas de cuestionario que, basadas en muchos casos en el modelo de los cuatro grupos, tratan de perfeccionar la medida de apego adulto. Por ejemplo, el *Cuestionario de Estilos de Relación (RSQ)* desarrollado por Griffin y Bartholomew (1994a, 1994b), basado en las descripciones de Hazan y Shaver (1987), en la versión revisada de Collins y Read (1990) y en la medida de Bartholomew y Horowitz (1991), presenta 30 items a través de los cuales el individuo obtiene una puntuación, tanto en cada uno de los cuatro estilos de apego (Griffin y Bartholomew, 1994a), como en cada uno de los dos modelos cognitivos o dimensiones (de sí mismo y de los demás) que subyacen a los estilos (Griffin y Bartholomew, 1994b). Cada item se acompaña de una escala de 7 puntos que oscila desde 1 (absolutamente en desacuerdo) a 7 (absolutamente de acuerdo). En su trabajo, estos autores encontraron de nuevo apoyo empírico para estas dos dimensiones, lo que supone un paso más en la validación del modelo de Bartholomew.

Por último, y entre las medidas de apego adulto más recientes, encontramos el cuestionario de *Experiencias en las Relaciones Cercanas* (ECR; Brennan et al., 1998), formado por 36 ítems que derivan del análisis factorial realizado con la mayoría de los cuestionarios existentes sobre apego adulto romántico. El ECR evalúa dos dimensiones a través de una escala de 18 ítems para cada dimensión: Ansiedad (o temor al abandono) y Evitación (o incomodidad con la cercanía o dependencia de otros) y estas subescalas pueden ser utilizadas para clasificar a los individuos en uno de los cuatro tipos o estilos de apego adulto (seguro, preocupado, indiferente o temeroso). Las dos escalas de 18 ítems presentan alta consistencia interna y ambas dimensiones son análogas a las originariamente descubiertas por Ainsworth et al. (1978). Posteriormente, Fraley, Waller y Brennan (2000) han revisado y propuesto una nueva versión de este cuestionario, el *ECL-R*, en el que presentan 36 ítems que derivan de un análisis aplicando la teoría de respuesta al ítem (TRI) a cuatro de los cuestionarios de apego adulto citados anteriormente: el *ECR* (Brennan et al., 1998), la *AAS* (Collins y Read, 1990), el *RSQ* (Griffin y Bartholomew, 1994a, 1994b) y la escala de apego de Simpson (1990).

1.4.3.- Conclusiones sobre la medida del apego adulto

En los últimos años, se ha producido un avance considerable en el campo de la medida de apego adulto. El cambio desde medidas categóricas a escalas de evaluación multi-ítems ha supuesto una mayor precisión en la medida. En la actualidad, parece que se ha llegado a un consenso en diversas cuestiones: por ejemplo, en el cambio desde medidas categóricas a continuas para lograr descripciones más completas de los estilos de apego adulto; en considerar que son cuatro, en lugar de tres, los estilos de apego adulto y dos dimensiones las que subyacen a esos estilos; y en lo inapropiado de emplear las distintas medidas de apego de manera intercambiable. Pero vamos a detenernos algo más en la situación de la medida actualmente.

Se podrían resumir en tres las cuestiones principales que han surgido en el campo de la medida del apego adulto: 1) ¿qué medidas son las más adecuadas para evaluar el apego adulto (entrevistas frente a cuestionarios)?; 2) ¿qué grado de relación existe entre los diferentes instrumentos de medida?; y 3) ¿el estilo de apego adulto se conceptualiza y se mide mejor desde un punto de vista tipológico o dimensional?.

En relación con las dos primeras cuestiones, desde la tradición clínica/evolutiva se

ha cuestionado la validez del cuestionario para medir diferencias individuales en apego adulto, principalmente por la falta de convergencia encontrada en algunos casos entre medidas de cuestionario y de entrevista (Borman y Cole, 1993; Crowell, Treboux y Waters, 1993). Esa falta de correspondencia ha llevado a la conclusión de que las medidas de cuestionario están expuestas a error de medida y que probablemente no se relacionan con la conducta. Sin embargo, como señalan algunos autores (Bartholomew y Shaver, 1998; Banai, Weller y Mikulincer, 1998), no se han tenido en cuenta una gran cantidad de trabajos que han mostrado la validez del cuestionario a través de las relaciones encontradas entre la clasificación del apego adulto y la forma en la que las personas piensan, sienten y se comportan en la relaciones interpersonales. Por ejemplo, se ha encontrado que el estilo de apego se relaciona, entre otros aspectos, con los esquemas mentales sobre uno mismo (Collins y Read, 1990), las estrategias de afrontamiento del dolor (Mikulincer, Florian y Weller, 1993), los modelos de comunicación (Feeney, Noller y Callan, 1994) y de autodescubrimientos (Mikulincer y Nachshon, 1991) o la búsqueda y suministro de apoyo social ante situaciones estresantes (Simpson, Rholes y Nelligan, 1992).

Por otra parte, desde el punto de vista de algunos autores, el cuestionario de medida de apego adulto podría estar midiendo en realidad otros constructos diferentes, como satisfacción en las relaciones, personalidad, inteligencia verbal o deseabilidad social. Los trabajos que han explorado estas variables, han puesto de relieve que, por ejemplo, aunque los individuos seguros presentan las relaciones más satisfactorias (como se verá en el apartado siguiente), las correlaciones encontradas entre el estilo de apego y la satisfacción no son tan elevadas (alrededor de .30) como para creer que las medidas de apego y las medidas de satisfacción evalúan lo mismo (Crowell et al., 1999). Por otra parte, aunque también se ha encontrado alguna relación entre variables de personalidad y estilos de apego (Shaver y Brennan, 1992; Carver, 1997), los segundos han mostrado mayor poder predictivo sobre aspectos tales como la satisfacción, el compromiso o la duración en las relaciones. Por último, también se ha puesto de relieve la ausencia o una débil relación (por debajo de .20) entre el estilo de apego e inteligencia verbal (Treboux, 1997) y deseabilidad social (Fraley et al., 1998), respectivamente.

Otra prueba de la validez ha sido la demostrada estabilidad a través del tiempo de los modelos de apego, utilizando diferentes medidas de cuestionario (p. ej., Kirkpatrick y Hazan, 1994; Shaver y Brennan, 1992; Scharfe y Bartholomew, 1994). O la convergencia entre la autodescripción del estilo de apego y la realizada por otras personas (Bartholomew y

Horowitz, 1991; Griffin y Bartholomew, 1994a). Recientemente, Banai, Weller y Mikulincer (1998) han examinado la validez de los cuestionarios de apego adulto, analizando la convergencia entre la descripción que hacía el propio individuo de su estilo de apego y las realizadas por otras personas. Los resultados mostraron altas correlaciones (tanto con medidas discretas como continuas) entre el estilo de apego que se asignaba al participante y el que le asignaban amigos y pareja, pero fueron bajas en el caso de las evaluaciones realizadas por desconocidos (a partir de la observación de un vídeo). Estos autores concluyen que el estilo de apego adulto puede ser considerado un rasgo interpersonal observable y predecible y que los cuestionarios son medidas válidas para recogerlos.

Aunque es cierto que se ha producido una falta de correspondencia entre el apego evaluado con entrevistas (fundamentalmente con la AAI) y el evaluado con cuestionarios, trabajos más recientes empleando pruebas más precisas (p. ej., Bartholomew y Shaver, 1998; Shaver, Belsky y Brennan, 2000) han encontrado correlaciones moderadas (entre .20 y .40). Aunque todavía bajas, estas correlaciones sugieren cierta relación entre ambos tipos de medida. Shaver, Belsky y Brennan (2000), en un trabajo en el que se comparan la Entrevista de Apego Adulto (AAI; George et al., op. cit.), el Cuestionario de Relaciones (RQ; Bartholomew y Horowitz, 1991) y la Escala de Apego Adulto de Collins y Read (AAS; 1990), pusieron de relieve que la AAI se relacionaba de manera significativa con los cuestionarios de apego adulto romántico en algunos componentes de las medidas, y que todas las medidas presentaban una estructura dimensional similar.

Como señalan Bartholomew y Shaver (1998), no habría que sorprenderse de las correlaciones relativamente bajas entre entrevistas y cuestionarios, si se tiene en cuenta, entre otros aspectos, la variabilidad en los formatos de medida, las diferencias entre medidas en los grupos de apego propuestos, las diferencias en el tipo de relación estudiada (familiares frente a románticas o de amistad), el bajo poder de los análisis empleados para explorar la convergencia, la baja fiabilidad de algunas medidas o las diferencias en la conceptualización del apego (AAI se centra en el discurso, mientras que los cuestionarios se centran en los sentimientos y conducta en las relaciones). Dadas estas diferencias, lo esperable es encontrar moderadas o bajas correlaciones. De hecho, cuando se han comparado trabajos que han empleado distintas medidas dirigidas a distintas relaciones, las correlaciones más altas se han encontrado cuando se utilizan los mismos métodos para evaluar dominios diferentes (relaciones parentales/relaciones de amistad), que cuando se han empleado distintos métodos (entrevista/cuestionario) para medir dominios distintos (Crowell et al., 1999). La media de las

correlaciones para trabajos que emplean el mismo método es de .57, mientras que cuando se emplean distintos métodos, la media baja a .15.

En cuanto a la tercera de las cuestiones, esto es, el debate entre una aproximación tipológica o dimensional en apego adulto, todavía no existe una sólida resolución en este terreno. Como se ha visto anteriormente, algunos autores propusieron medir el apego adulto de forma categórica (p. ej. Hazan y Shaver, 1987; Shaver, Hazan y Bradshaw, 1988), otros a través de escalas multi-items (p. ej., Collins y Read, 1990; Simpson, 1990), incluso algunos han desarrollado medidas para evaluar dimensiones en lugar de *tipos* (p. ej., Brennan y Shaver, 1995; Griffin y Bartholomew, 1994b). Los resultados del trabajo de Fraley y Waller (1998) analizando si el estilo de apego adulto es mejor conceptualizado como una variable distribuida cuantitativamente o como una variable tipológica (aplicando métodos analíticos taxométricos), pusieron de manifiesto que el estilo de apego se distribuye de manera continua o, lo que es igual, que las personas difieren en el grado en el cuál poseen distintos estilos de apego.

De acuerdo con estos resultados, medir el apego adulto a través de escalas o a través de dimensiones parece que mejora la precisión y la validez de la medida. En este sentido, se ha encontrado que el grado de estabilidad del apego a través del tiempo parece mayor en el caso de la evaluación con escalas que con formatos de elección forzada (p. e. Scharfe y Bartholomew, 1994). También se ha puesto de manifiesto que la medida multi-items se ve menos afectada por el orden en el que se presentan las dos partes del cuestionario (elección forzada/medida continua; Hidalgo y Hernández, 2000). No obstante, muchos de los autores de las medidas de evaluación continua aconsejan no abandonar las medidas tipológicas de apego adulto (p. ej., Brennan y Shaver, 1995; Collins y Read, 1990; Simpson, 1990). De hecho, muchos trabajos han empleado las medidas continuas, o bien para validar la categórica (p. ej., Mikulincer, Florian y Weller, 1993), o bien para asignar a los individuos a las diferentes categorías de apego (p. ej., Collins y Read, 1990; Feeney y Kirkpatrick, 1996). Es más, autores como Griffin y Bartholomew (1994b), a pesar de encontrar datos que apoyan la validez de constructo de las dos dimensiones que parecen subyacer a los estilos de apego, recomiendan que no se abandonen los estilos o modelos de apego en favor de medidas dimensionales (medir únicamente las dos dimensiones que subyacen a esos estilos), puesto que consideran que existen razones teóricas y empíricas para creer que tales estilos de apego son algo más que una simple suma de esas dimensiones y, por tanto, una medida dimensional podría simplificar demasiado la relación entre apego adulto y funcionamiento interpersonal.

Aconsejan validar las medidas de cuestionario acompañándolos de entrevistas, así como el desarrollo de cuestionarios en los que el propio individuo no tenga que autoclasificarse y que presente características deseables socialmente en cada estilo o patrón de apego adulto.

En conclusión, a la vista de todo lo expuesto, la literatura en este tema sugiere principalmente dos aspectos a tener en cuenta a la hora de medir el apego adulto: a) elegir la medida de apego de acuerdo con el tipo de relación a estudiar, puesto que cada instrumento ha sido desarrollado con un propósito particular y en cada uno subyace una suposición teórica diferente. Por ejemplo, si se quieren investigar las diferencias individuales en las relaciones románticas, se debería emplear cualquier medida fiable construida para ese fin (como el RQ, el ECR o entrevistas como la CRI) o una combinación de medidas diferentes a nivel metodológico pero similares en el ámbito conceptual (cuestionario y entrevista de relaciones familiares, por ejemplo); y b) puesto que aún no está claro el beneficio de una aproximación dimensional sobre una tipológica, la elección del investigador estará basada, de acuerdo con Fraley y Waller (1998), en “la conveniencia, convención o mandato, más que en investigaciones psicométricas empíricas rigurosas” (p. 82), aunque todo parece apuntar a la conveniencia de emplear medidas dimensionales para estudiar el apego en adultos (Shaver y Fraley, 2000).

1.5.- INCIDENCIA DEL APEGO EN EL FUNCIONAMIENTO DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES: SATISFACCIÓN, INTIMIDAD, COMUNICACIÓN Y COMPROMISO.

Otro ámbito de estudio en apego adulto, es el de su incidencia en el funcionamiento y calidad de las relaciones interpersonales, fundamentalmente de las relaciones de pareja. La mayoría de los estudios realizados con esta finalidad, sugieren que los adultos con diferentes estilos de apego presentan diferencias considerables en el funcionamiento o calidad de sus relaciones íntimas y que el estilo de apego de ambos miembros de la pareja parece también afectar a la calidad de la relación. Como se verá, la seguridad en el apego se relaciona con experiencias amorosas más positivas, al contrario de lo que ocurre con el apego inseguro, e incluso algunas combinaciones de estilos de apego en la pareja funcionan mejor que otras. En este apartado, describiremos cómo afecta el estilo de apego adulto a la calidad de las relaciones románticas y, en un apartado posterior, exploraremos si las personas con el mismo estilo de apego se sienten atraídas entre sí y cómo afecta el apego al conflicto en las relaciones.

Si analizamos la calidad de las relaciones de acuerdo a cada patrón de apego, encontramos que, en general, las personas seguras tienen relaciones caracterizadas por la intimidad, la satisfacción, la confianza y la estabilidad, al contrario que las personas con apego evitativo, quienes suelen vivir relaciones marcadas por bajos niveles de intimidad, compromiso, confianza y satisfacción. Por su parte, las personas con apego preocupado (ansioso-ambivalente) declaran que sus relaciones se caracterizan por el conflicto, los celos y las vivencias emocionales negativas (Brennan y Shaver, 1995; Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990; Feeney y Noller y Callan, 1994; Feeney y Kirkpatrick, 1996; Hazan y Shaver, 1987; Kirkpatrick y Davis, 1994; Knobloch, Solomon y Cruz, 2001; Levy y Davis, 1988; Simpson, 1990). Hay que señalar que todos estos trabajos han encontrado resultados convergentes empleando diferentes tipos de medida (cuestionarios, observación conductual, técnicas del diario o métodos psicofisiológicos, entre otros).

Más concretamente, autores como Levy y Davis (1988) y Simpson (1990), trabajando con una muestra de parejas que tenían una relación amorosa, pusieron de relieve resultados consistentes con la teoría del apego. En ambos estudios, la calidad de la relación se asociaba al estilo de apego adulto. En concreto, el estilo seguro se relacionaba con altos niveles de satisfacción, confianza, compromiso e interdependencia, mientras que los dos estilos inseguros (evitativo y ansioso-ambivalente) se asociaban con bajos niveles de satisfacción y confianza en la relación. Además, el estilo evitativo se relacionaba también con bajos niveles de compromiso e interdependencia.

Otros estudios que han analizado la incidencia de los modelos internalizados (modelos de sí mismo y de los demás) sobre las relaciones, han puesto de relieve su vinculación, tanto con la decisión de establecer una relación amorosa, como en la duración de la relación. Así, por ejemplo, las personas que muestran poco temor a la intimidad, están más dispuestas a establecer una nueva relación y presentan relaciones más duraderas que aquellas que muestran un alto grado de temor a la intimidad (Calabrese, 1998). También se ha encontrado que las personas seguras mantienen altos niveles de confianza a lo largo del tiempo, al contrario que las inseguras, quienes muestran un deterioro en la confianza con el paso de los años (Keelan, Dion y Dion, 1994). Otros trabajos en esta línea han puesto de manifiesto resultados similares, al mostrar que las personas seguras tienen, en general, relaciones más duraderas que las evitativas y que, aunque las personas ansiosas/ambivalentes son similares en duración a las seguras, esto sólo ocurre en el caso de las mujeres, puesto que los hombres con este perfil de apego presentan relaciones más inestables (Kirkpatrick y Davis, 1994; Kirkpatrick y

Hazan, 1994).

Mikulincer y sus colaboradores (Mikulincer y Erev, 1991; Mikulincer y Nachshon, 1991), por su parte, encontraron que, comparados con el grupo de seguros, los evitativos manifestaban niveles más bajos de intimidad en sus relaciones amorosas y mayor temor hacia la formación de fuertes vínculos emocionales; los ansiosos-ambivalentes, por su parte, afirmaban ser incapaces de conseguir la cercanía e intimidad que deseaban en sus relaciones. Relacionado con este aspecto, algunos estudios han puesto de manifiesto diferencias en actitudes y conductas hacia el sexo en función del modelo de apego adulto. Los individuos seguros establecen menos relaciones “de una noche” y muestran actitudes más negativas hacia el sexo sin amor que los individuos evitativos (Brennan y Shaver, 1995). Estos últimos son, de los tres grupos de apego, los más dispuestos a aceptar sexo ocasional (Feeney, Noller y Patty, 1993). Sobre la relación apego-sexualidad se hablará posteriormente.

Un trabajo reciente sobre relaciones interpersonales íntimas en adultos varones (Moshenko, 1998), ha puesto de relieve que la medida de “compromiso” empleada se relacionaba positiva y significativamente con el prototipo de apego seguro y negativa y significativamente con los dos prototipos evitativos (indiferente y temeroso). No había diferencias entre los hombres que puntuaban alto y los que puntuaban bajo en compromiso en relación al nivel educativo o al estatus marital de los padres, aunque sí diferían en su propio estatus: el porcentaje de hombres casados fue mayor entre aquellos que puntuaron alto en compromiso.

Como indican Reis y Patrick (1996), las relaciones de apego pueden ser definidas en términos de intimidad y ausencia de ésta. Si las relaciones adultas seguras parecen generar sentimientos de intimidad y cercanía (los individuos seguros desean y buscan intimidad y compromiso en sus relaciones), las inseguras están marcadas por alteraciones en tales sentimientos. El estilo evitativo, descrito específicamente como evitación de la intimidad (Bartholomew, 1990), ni desea ni busca intimidad y compromiso en la relación, más bien la rechaza; mientras que el ansioso-ambivalente presenta los mayores deseos de intimidad y compromiso. Sin embargo, por su inseguridad hacia los demás y su excesiva preocupación por ser abandonado, oscila entre sentimientos de gran intimidad y sentimientos de soledad y tristeza. Los trabajos descritos anteriormente confirman estos planteamientos.

La asociación entre el estilo de apego adulto y el funcionamiento de la relación,

también se ha estudiado con muestras de parejas casadas. En algunos de estos trabajos, se han explorado los efectos del estilo de apego de cada miembro de la pareja sobre la relación. Las relaciones de mayor calidad o mejor funcionamiento (y las más frecuentes), se dan entre parejas en las que ambos presentan estilos de apego seguro (p. ej., Rivera, 1999). Se ha encontrado que esta combinación se caracteriza por presentar mayores sentimientos de amor, menos ambivalencia hacia la relación, más integración en sus redes sociales y por sentirse más competentes como padres que las parejas en las que ambos son inseguros (Volling, Notaro y Larsen, 1998). Otra combinación frecuente es la pareja formada por un evitativo con un ansioso-ambivalente, combinación que suele mostrar una estabilidad significativa, mientras que otras combinaciones, como la formada por dos preocupados, curiosamente apenas aparece.

Resultados similares son los encontrados por Senchak y Leonard (1992) en un trabajo con parejas casadas. Los autores establecieron tres tipos de pareja en función de la combinación de estilos de apego que presentarán. Así, los tres tipos de pareja fueron los siguientes: *seguros* (en los que ambos se describían como seguros), *inseguros* (en los que ambos elegían descripciones inseguras) y *mixtos* (en los que uno elegía la segura y otro la insegura). El tipo de pareja que presentó el mejor ajuste marital (en términos de intimidad, comunicación y resolución de conflicto) fue el *seguro*, mientras que los otros dos tipos (*inseguro* y *mixto*) presentaban los niveles más bajos. Como sugieren los autores, que las parejas mixtas presenten peor funcionamiento en sus relaciones, podría deberse a que las actitudes y conducta de la pareja insegura ejerzan una influencia que anule o perjudique la calidad de la relación. Sin embargo, otros trabajos, a diferencia del anterior, han encontrado en parejas mixtas mejor ajuste marital que en parejas inseguras, llevando a plantear la hipótesis opuesta de que las personas seguras de una pareja mixta podrían suavizar el efecto negativo de la persona insegura en la relación (Cohn et al., 1992).

Esta circunstancia ha llevado a los teóricos del apego adulto a preguntarse si el estilo de apego de cada miembro de la pareja, además de interactuar para predecir la calidad de la relación, afecta al tipo de pareja elegida para establecer una relación amorosa. Sobre este tema seguiremos hablando en el apartado sobre la atracción y el conflicto interpersonal.

Una cuestión a señalar aquí, es la posibilidad de que los efectos del apego sobre la relación encontrados en algunos de estos estudios, sean debidos realmente a otra variable que también correlaciona con un gran número de resultados sociales positivos, como es el

atractivo físico. Muchos trabajos han puesto de relieve importantes efectos del atractivo en las relaciones y, por tanto, no sería extraño que se encontrara una relación entre esta última variable y la seguridad en el apego (Hatfield y Sprecher, 1986). Sin embargo, algunos trabajos han encontrado una asociación entre estilos de apego y diferentes modelos de interacción interpersonal (conductas y emociones manifestadas durante la interacción) no atribuibles a diferencias en atractivo físico (Tidwell, Reis y Shaver, 1996).

Por otra parte, dentro del tema del apego y el funcionamiento y calidad de las relaciones amorosas, uno de los aspectos más estudiados ha sido el de los modelos de comunicación en la pareja. Distintos estudios han encontrado diferentes modelos de comunicación en función del estilo de apego adulto, empleando diferentes instrumentos de medida (como autoinformes, observación o la técnica del diario) (p. ej., Feeney, Noller y Callan, 1994; Keelan, Dion y Dion, 1998; Mikulincer y Nachshon, 1991; Simpson, 1990).

La comunicación es uno de los aspectos fundamentales, tanto en las relaciones tempranas entre cuidador-niño (Bretherton, 1990), como en las relaciones interpersonales adultas. Dentro de este proceso, una variable ampliamente estudiada ha sido el *autodescubrimiento* (*self-disclosure*), definida como la comunicación de información, pensamientos y sentimientos personalmente relevantes a otras personas (Perlman y Fehr, 1987). Este aspecto se ha tomado, en muchas ocasiones, como un índice de intimidad en las relaciones interpersonales (Altman y Taylor, 1973; Reis y Patrick, 1996). De hecho, el modelo sobre la intimidad desarrollado por Reis y Shaver (1988; Reis y Patrick, 1996), propone como componentes fundamentales de la intimidad, tanto el autodescubrimiento de información personal, como la percepción del individuo de que la pareja está interesada o es sensible a sus revelaciones. Este último aspecto ya fue considerado anteriormente por otros autores como central en el proceso íntimo (p. ej., Dion y Dion, 1978). Además, los autores añaden que aquellos descubrimientos de información personal que implican emociones y sentimientos, parecen generar una mayor percepción de intimidad que otro tipo de información personal, lo que ha sido constatado en algunos trabajos (p. ej., Laurenceau, Barrett y Pietromonaco, 1998).

Aunque ya en un primer momento diversos estudios pusieron de relieve que el descubrimiento de información personal se relacionaba con determinadas variables, como el sexo (las mujeres parecen descubrir más información que los hombres, especialmente en las relaciones íntimas; Cash, 1975) o la cultura de procedencia (personas de culturas

individualistas tienden a descubrir más información que las de culturas colectivistas; Sanders, Wiseman y Matz, 1991), posteriormente la investigación ha identificado una clara asociación entre esta variable y el estilo de apego adulto. Así, por ejemplo, Mikulincer y Nachshon (1991), empleando tanto cuestionarios como medidas conductuales de autodescubrimientos en una muestra de estudiantes, encontraron que, comparados con los individuos evitativos, los seguros y los ansiosos/ambivalentes eran más propensos a revelar información personal de distinto tipo y preferían personas con tendencia a descubrir información personal en la relación. Sin embargo, mientras que los descubrimientos de los individuos seguros parecían ser apropiados, la cantidad de información revelada por ansiosos/ambivalentes era, en algunos casos, inapropiada. Además, los seguros también estaban más dispuestos a revelar información en una variedad de situaciones sociales (presentaban una mayor flexibilidad en sus descubrimientos personales), mostraban la mayor sensibilidad o interés hacia las revelaciones de la pareja y eran los que más claramente diferenciaban entre la pareja y los desconocidos a la hora de desvelar información personal. Los evitativos, por su parte, no solo eran los que menos dispuestos estaban a descubrir información personal, sino que también manifestaban no sentirse atraídos por personas que revelan aspectos personales.

Junto a este trabajo, otros autores han obtenido resultados similares, encontrando que, al comparar seguros con evitativos, éstos últimos perciben niveles más bajos de intimidad en sus relaciones (Mikulincer y Ever, 1991) y tienden a reducir la cantidad de información personal que descubren a la pareja (Doi y Thelen, 1993; Keelan, Dion y Dion, 1998). Por su parte, Grabill y Kerns (2000), en un trabajo experimental con jóvenes de 17 a 20 años, encontraron que, de todos los estilos de apego, el seguro presentaba las puntuaciones más altas en tres índices de intimidad: autodescubrimiento, sensibilidad a los descubrimientos de la pareja y percepción de ser comprendido por la pareja durante las conversaciones.

La tendencia a descubrir información íntima a la pareja también ha sido estudiada desde el modelo de los cuatro estilos de apego adulto. Por ejemplo, Briggs (2001), en una investigación sobre apego y descubrimiento de información íntima de carácter sexual, encontró que, en consonancia con previas investigaciones, los individuos con apego seguro y preocupado tendían a descubrir a la pareja más información personal que evitativos temerosos e indiferentes.

Collins y Read (1990) también encontraron que, en el caso de los individuos seguros, además de percibirse a ellos mismos como los que más información descubrían y los que más

habilidades mostraban para escuchar, también eran percibidos de la misma manera por su pareja. Además, en el caso de los hombres seguros (pero no en el de las mujeres), el autodescubrimiento y la capacidad para escuchar, funcionaron como un fuerte predictor de la satisfacción de la mujer en la relación. En este sentido, parece que el estilo de apego y los modelos de comunicación son dimensiones centrales que contribuyen conjuntamente a la satisfacción y la estabilidad de las relaciones de pareja (Fitzpatrick y Sollie, 1999; Keelan, Dion y Dion, 1998).

Por otra parte, las correlaciones entre los estilos de apego adulto y la satisfacción o funcionamiento de las relaciones amorosas, parecen estar moderadas por el género. Se ha encontrado que las mujeres con estilos de apego ansioso-ambivalente, presentan mayores problemas de celos, de comunicación y los niveles más bajos de intimidad, confianza y satisfacción, que los hombres con ese mismo estilo, mientras que los hombres con estilos de apego seguro presentan mayores niveles de satisfacción, confianza y comunicación, así como una mayor probabilidad de matrimonio, que las mujeres seguras en el apego (Collins y Read, 1990). Además, las relaciones más insatisfactorias aparecen en mayor medida en parejas de hombres evitativos y mujeres ambivalentes que al contrario (Collins y Read, 1990; Feeney, Noller y Callan, 1994; Kirkpatrick y Davis, 1994; Simpson, 1990).

Estos hallazgos han sido interpretados desde el estereotipo de rol de sexo. Tradicionalmente, el estereotipo del hombre presenta rasgos tales como la independencia y la autonomía, la frialdad y la incomodidad con la intimidad (es decir, hombres son socializados para valorar la autonomía, la libertad personal y la seguridad en sí mismos; Hatfield, 1983), mientras que el estereotipo femenino está asociado a la dependencia y a la comodidad con la intimidad (las mujeres son socializadas para valorar la intimidad emocional). Dada esta socialización diferencial, es posible que los hombres se sientan amenazados con parejas femeninas demasiado dependientes y deseosas de intimidad, ya que esto puede ser experimentado como un intento de restringir su libertad. Al contrario, las mujeres pueden valorar más a una pareja masculina que esté dispuesta a descubrir información personal, con habilidad para escuchar y con deseos de acercarse íntimamente. De hecho, algunos estudios han encontrado que el mejor predictor de la satisfacción femenina es el grado de comodidad con la cercanía de la pareja masculina (Collins y Read, 1990) y que la comunicación por parte del hombre predice la satisfacción de la mujer, pero no lo contrario (Davis y Oathout, 1987).

Aunque la combinación de una pareja formada por un hombre evitativo y una mujer

preocupada es la menos valorada y la que presenta los índices más bajos de satisfacción, también se ha encontrado que esta combinación es tan estable como la formada por dos miembros seguros, mientras que las más inestables son las formadas por un hombre preocupado y una mujer evitativa (Kirkpatrick y Davis, 1994). De acuerdo con estos autores, estos hallazgos podrían deberse a que, por una parte, las mujeres preocupadas podrían ser las que más esfuerzo realizan por mantener su relación, por su temor al abandono y a no ser amadas y, por otra, a que en una pareja formada por un hombre evitativo y una mujer preocupada, se confirman los esquemas cognitivos de ambos. Además, también puede contribuir a la estabilidad de este tipo de combinación, la tendencia de los hombres evitativos a escapar del conflicto.

En esta misma línea, otros estudios han hipotetizado que la androginia debería estar asociada con el apego seguro, la masculinidad con el apego evitativo y la feminidad con el apego ansioso/ambivalente. También se ha planteado que una actitud de rol de género igualitaria debería estar asociado con un estilo de apego seguro. El trabajo de Smith (1998) sobre la relación entre género, estilo de apego adulto, actitudes igualitarias de rol de género y satisfacción general, confirmó la primera de estas hipótesis, esto es, la asociación entre androginia y estilo de apego seguro, además de mostrar que éste último estilo presentaba los niveles más altos de satisfacción con la vida y con las relaciones amorosas. Sobre este aspecto se hablará en el siguiente apartado.

1.6.- EL APEGO ADULTO DESDE UNA PERSPECTIVA CLÍNICA

El hecho de que la inseguridad en el apego se haya vinculado, desde las primeras investigaciones, con un amplio rango de problemas personales y sociales, como soledad (Hazan y Shaver, 1987), baja autoestima (Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990), consumo de alcohol (Brennan, Shaver y Tobey, 1991), afectividad negativa (Simpson, 1990) o pobre contacto social (Hazan y Hutt, 1991), entre otros, ha llevado a pensar que el estilo de apego en adultos podría tener una incidencia importante en el ajuste individual y en el bienestar psicológico. Como veremos, existe una amplia evidencia que apoya la hipótesis de que los distintos modelos de apego adulto inciden, no solo en la calidad de las relaciones interpersonales, sino también en la personalidad y la salud mental (Hazan y Shaver, 1994).

El apego se ha relacionado con la competencia social y el funcionamiento adaptativo, ya que cuando un niño puede usar su figura de apego como una base segura, explorará

libremente el ambiente y establecerá nuevas relaciones de manera cómoda y sin tener que preocuparse de la disponibilidad de su cuidador. De igual forma, el apego ha sido vinculado con psicopatología y problemas de salud mental, sobre la base de que las relaciones de poca calidad o las experiencias negativas (maltrato, abuso, etc.) con la figura de apego durante los primeros años de vida, generan un apego inseguro que puede ser visto como un factor de riesgo de psicopatología adulta (Rutter, 1990).

En el área del apego adulto (y también en el infantil y adolescente), muchos estudios han explorado la relación entre este constructo y aspectos como el funcionamiento individual y las características de personalidad. Los trabajos que se han centrado en este campo han investigado diferentes dominios, tales como los rasgos de personalidad y la autoestima; las relaciones interpersonales y la soledad; los problemas de ajuste social; o la psicopatología y los sentimientos depresivos, entre otros. En este apartado, vamos a revisar algunos de estos aspectos que han sido estudiados, no solo desde el ámbito clínico (a través del uso de entrevistas narrativas), sino también desde el área de la psicología social y las relaciones interpersonales.

1.6.1.- Personalidad y autoestima

Distintos trabajos han puesto de relieve claras relaciones entre la clasificación en apego y la autoestima. La investigación empleando entrevistas (p. ej., la AAI) con muestras de niños y adolescentes, ha mostrado que los niños seguros se describían como personas más cariñosas y agradables que aquellos clasificados como inseguros y presentaban niveles más altos de autoestima general (Treboux, Crowell y Colon-Downs, 1992). Greenberg, Siegel y Leitch (1983) encontraron que la calidad del apego entre adolescentes y sus padres predecía la autoestima y la satisfacción con la vida y que una alta calidad en el apego se relacionaba con bajos niveles de ansiedad, depresión, resentimiento y culpabilidad.

También se ha encontrado que los colegiales seguros eran descritos por sus amigos como menos ansiosos y hostiles que los inseguros, además de presentar menos tristeza y mayores niveles de apoyo social. Por su parte, los evitativos-indiferentes eran descritos por sus amigos como hostiles y ansiosos; ellos presentaban mayores sentimientos de soledad y menos apoyo de sus familias que los estudiantes seguros. Por último, los preocupados eran descritos por los amigos como el grupo más ansioso y presentaban el mayor número de síntomas psiquiátricos (Kobak y Sceery, 1988).

Por último, un metaanálisis llevado a cabo por Rice (1990) con 30 trabajos estudiando la relación entre el apego adolescente y los índices de ajuste académico, social y emocional, puso de relieve que existía una relación positiva entre el apego seguro y el ajuste social y emocional y negativa con el apego inseguro, aunque no hubo relación en el caso del ajuste académico.

En la investigación con adultos, los resultados han sido similares. Collins y Read (1990), Feeney y Noller (1990) y Feeney, Noller y Hanrahan (1994), entre otros, empleando cuestionarios multi-items basados en la medida de los tres grupos de Hazan y Shaver (1987), encontraron que los individuos apegados seguramente presentaban mayor autoestima (personal y social) que los individuos apegados inseguramente. Con la aparición del modelo de los cuatro grupos de Bartholomew, los trabajos empleando su medida confirmaron y clarificaron aún más la relación entre autoestima y los distintos perfiles de apego: los estilos seguro y evitativo-indiferente correlacionaban positivamente con medidas de autoestima y autoaceptación, mientras que los estilos preocupado y evitativo-temeroso correlacionaban negativamente (p. ej., Bartholomew y Horowitz, 1991; Brennan y Bosson, 1998). Es más, en algunos trabajos (p. ej., Man y Hamid, 1998; McCarthy, 1999), los niveles de autoestima más bajos han aparecido en el grupo de apego preocupado (o ansioso-ambivalente).

Cuando la información se ha recogido a través de los amigos, los seguros eran descritos como interpersonalmente afectuosos, educados y expresivos; los indiferentes como fríos, introvertidos y hostiles; los preocupados como dominantes y exageradamente expresivos; y los temerosos como poco asertivos e inhibidos socialmente (Bartholomew y Horowitz, 1991).

Estos resultados han confirmado la idea de Bartholomew de que bajo los estilos seguro y evitativo-indiferente, subyace un modelo sobre uno mismo (self model) positivo, mientras que bajo los estilos preocupado y evitativo-temeroso, subyace un modelo de uno mismo negativo. Como señalan Brennan y Morris (1997), aunque tanto los seguros como los indiferentes, con esquemas positivos sobre ellos mismos, presentan altos niveles de autoestima, la fuente de la que proviene esa autovaloración positiva no es la misma, puesto que el modelo que tienen de los demás es opuesto (positivo para seguros, negativo para indiferentes). Desde su punto de vista, la autoestima de los individuos seguros está basada en la estima, el aprecio y el cariño internalizado de los demás (*self-liking*), mientras que la autoestima de los indiferentes se basa en la propia competencia (*self-competence*), que

depende de la posesión de habilidades y atributos personales y no del aprecio o estima de los demás. Es decir, la autoestima de los seguros proviene, en buena medida, de fuentes sociales, debido a sus buenas relaciones interpersonales, mientras que la de los indiferentes proviene del propio individuo.

En cuanto a los otros dos estilos inseguros - preocupado y temeroso - dado que ambos presentan modelos negativos sobre ellos mismos y dado que necesitan de los demás para validar su propia valía, lo esperable es que estos dos estilos presenten los niveles más bajos de autoestima y autoaceptación. En este caso, sin embargo, la fuente de la que proviene su baja autoestima no está tan claramente diferenciada como en el caso anterior, ya que se ha encontrado que tanto los preocupados como los temerosos eran mejor predichos desde "self-liking" que desde "self-competence" (Brennan y Morris, 1997).

Tanto la autoestima como los modelos de apego adulto están implicados en la valoración y los sentimientos que tiene el individuo hacia sí mismo. En estas actitudes hacia uno mismo intervienen elementos cognitivos y afectivos. No obstante, las medidas de autoestima no deberían ser consideradas equivalentes a las medidas del modelo de apego de uno mismo. Es decir, ambos, aunque relacionados, son constructos diferentes.

La autoestima ha sido definida como una actitud hacia uno mismo que implica una evaluación a partir de unas creencias y se basa en sentimientos positivos y negativos acerca de uno mismo (Brown, 1993).

Los working models, por su parte, son representaciones cognitivas sobre uno mismo y los demás, que se desarrollan a partir de las primeras experiencias con la figura de apego y tienen como misión regular y cubrir las necesidades de apego. Una vez desarrollados, proporcionan un esquema para comprender nuevas experiencias y guiar las interacciones sociales. Al contrario que la autoestima, estas representaciones sociales no solo incluyen actitudes y creencias, sino también deseos, motivos, metas y tendencias conductuales, además de tener cierto carácter inconsciente (Shaver, Collins y Clark, 1996a).

Por tanto, aunque la autoestima es una de las variables importantes de la dimensión self o modelo de uno mismo (Griffin y Bartholomew, 1994b), ambos no son la misma cosa. Como plantea Bowlby, las experiencias de apego pueden formar en la persona su propia imagen, puesto que si tomamos como fuente de información tales experiencias, aprenderemos

acerca de nosotros mismos a raíz de ellas, lo que desembocará en el desarrollo posterior de la autoestima.

Esta clara conexión entre los estilos de apego y la autoestima, ha sugerido que los modelos de apego también podrían estar relacionados con algunas de las dimensiones de la personalidad, como neuroticismo o afectividad negativa y que la alta sociabilidad del estilo seguro podría estar enlazada con la dimensión extraversión. Estudios como los de Hazan y Shaver (1990) ya habían puesto de manifiesto que los inseguros puntuaban más alto en medidas de depresión y ansiedad que los seguros; o que, como encontraron Bartholomew y Horowitz (1991), un elevado porcentaje de individuos evitativos presentaban problemas interpersonales relacionados con la introversión y la sumisión. Así mismo, también se ha puesto de relieve que los individuos seguros presentan una afectividad más positiva que los inseguros (Simpson, 1990) y que los evitativos niegan y suprimen sus emociones negativas (Dozier y Kobak, 1992). De estos y otros resultados parecía desprenderse la hipótesis de que los individuos inseguros puntuarían alto en la dimensión neuroticismo y los seguros en la dimensión extraversión.

En este sentido, distintos estudios han explorado la relación entre estilos de apego adulto y las dimensiones básicas de la personalidad. Por ejemplo, el trabajo llevado a cabo por Shaver y Brennan (1992) con medidas categóricas y continuas de los tres estilos y con el NEO (McCrae y Costa, 1985), puso de relieve, con ambas medidas de apego, que los tres grupos o estilos se diferenciaban en las dimensiones de Neuroticismo, Extraversión y Agradabilidad. Estos tres factores son parte de los llamados *cinco grandes factores de la personalidad*, medidos a través del Inventario de Personalidad (NEO) que desarrollaron Costa y McCrae (1985). Los cinco factores son: Neuroticismo, Extraversión, Agradabilidad, Apertura a la Experiencia y Escrupulosidad. En el estudio de Shaver y Brennan, los seguros eran más extravertidos y menos neuróticos que ambos grupos de inseguros y también obtenían puntuaciones más altas en agradabilidad que los evitativos. Las correlaciones de este trabajo fueron moderadas y no se encontró relación entre los estilos de apego y los otros dos factores de la personalidad (Apertura a la Experiencia y Escrupulosidad).

Un trabajo en el que se observaron fuertes correlaciones entre las dimensiones de apego y las medidas de personalidad, fue el de Feeney, Noller y Hanrahan (1994). En este caso, los autores emplearon el Cuestionario de Personalidad de Eysenck (EPQ; Eysenck y Eysenck, 1975) en una muestra de estudiantes jóvenes, encontrando que el neuroticismo se

relacionaba fuertemente con la dimensión *Ansiedad en las Relaciones* y con la dimensión *Necesidad de Aprobación*, mientras que la extraversión se relacionaba fuerte y positivamente con la dimensión *Confianza en uno mismo y en los demás* y negativamente con la dimensión *Incomodidad con la Cercanía*.

Por último, estudios posteriores han corroborado la asociación entre los estilos de apego adulto y características de personalidad (p. ej., Diehl, Elnick, Bourbeau y Labouvie-Vief, 1998; Pincus y Wilson, 2001; Worobey, 2001). Diehl et al. (1998), observaron perfiles de personalidad claramente diferenciados entre los cuatro estilos de apego. Los individuos con puntuaciones más altas en aquellas características de personalidad indicativas de autoconfianza, bienestar psicológico o autoaceptación, entre otras, se clasificaban en mayor medida como seguros o indiferentes, e individuos con puntuaciones bajas en estas variables, como preocupados y temerosos. Las puntuaciones más altas en sociabilidad o empatía se daban con mayor probabilidad entre los seguros y los preocupados y, los perfiles inversos, en los dos grupos de evitativos. Por su parte, Worobey (2001), examinando el vínculo entre el temperamento y los estilos de amor interpersonal, encuentra que, dimensiones de temperamento tales como la Pusilanimidad y la Aflicción, son más predictivas de los estilos de amor Agape y Manía, estilos de amor que han sido relacionados con la seguridad y la ansiedad en el apego, respectivamente (Shaver y Hazan, 1988).

Además de con todos estos factores, el apego se ha relacionado con un segundo modelo de personalidad que estudia aspectos tales como Masculinidad, Femeineidad y Androginia (por. ej., Spence, 1985). Los andróginos (individuos que puntúan alto en masculinidad y femineidad) presentan altas puntuaciones en asertividad, sociabilidad, calidez y autoestima. Por su parte, los indiferenciados (individuos con bajas puntuaciones en masculinidad y femineidad) han sido asociados con una baja autoestima (ver Whitley, 1985, para una revisión). Shaver et. al. (1996b) investigaron la relación entre los estilos de apego y las tipologías del rol de sexo, con medidas de expresividad e instrumentalidad y descubrieron que, como se esperaba, el estilo seguro correlacionaba significativamente con la instrumentalidad (masculinidad) y la femineidad (expresividad) y, por consiguiente, con androginia. Por su parte, los indiferenciados presentaban las puntuaciones más bajas en el estilo de apego seguro. También fueron interesantes los resultados encontrados para los estilos ansioso/ambivalente (preocupado) y evitativo, ya que el primero correlacionaba negativamente con masculinidad y el segundo lo hacía con femineidad. Además, no hubo diferencias entre hombres y mujeres ni en relación a los estilos de apego, ni en relación con las correlaciones

encontradas. Además, también mostraron que el modelo sobre uno se relacionaba con masculinidad y el modelo sobre los demás con femineidad. Todos estos resultados ponen de relieve importantes conexiones entre la dimensiones de orientación al rol de género y la dimensiones del apego adulto.

Dadas estas relaciones entre apego y personalidad, se plantea la cuestión de si el apego adulto es en realidad una medida más de personalidad que ya está recogida en otras medidas (p. ej., extraversión y agradabilidad, dos rasgos generales relativos a sentimientos y conducta en las relaciones interpersonales) y, por tanto, innecesaria. Sin embargo, la investigación ha dejado entrever que no existe un solapamiento claro entre ambas medidas y que el apego adulto explica una importante cantidad de varianza no explicada por las medidas de personalidad. En este sentido, el trabajo de Shaver y Brennan (1992), por ejemplo, mostró que las medidas de apego, comparadas con las de personalidad, eran mejor predictoras de variables referidas a la calidad de las relaciones, tales como la satisfacción, el compromiso, el estatus de la relación o el mantenimiento de la relación ocho meses después, entre otras. Igualmente, Wilkinson y Walford (2001), encontraron que la calidad del apego a los padres en adolescentes se asociaba con un incremento en los niveles de bienestar psicológico y una disminución en el nivel de aflicción psicológica, una vez controlados los efectos del neuroticismo, la extraversión y otras circunstancias de la vida. Por tanto, parece existir una aceptable evidencia que muestra que las características de la personalidad se desarrollan con la influencia del apego temprano y el ajuste posterior (Vaughn et al., 1992) y, por tanto, el apego puede ser uno de los responsables de las diferencias individuales en la personalidad.

1.6.2.- Apego inseguro y psicopatología

Otra de las áreas de investigación importantes en apego es la que vincula las relaciones parentales de mala calidad con una posterior psicopatología adulta. Muchos estudios han encontrado asociaciones entre la inseguridad en el apego y la ansiedad, la depresión, la conducta antisocial, la agresión, los desórdenes en la alimentación, la conducta sexual coercitiva o con síntomas psiquiátricos incluyendo el abuso del alcohol, entre otros (para una revisión, ver Cassidy y Mohr, 2001). El grupo sin resolver/desorganizado de la AAI, por ejemplo, aparece frecuentemente en poblaciones psiquiátricas y criminales (Hesse y Main, 2000). Además, los trabajos con poblaciones clínicas presentan, en general, unos porcentajes mucho más altos de clasificación en apego inseguro que la población general (van IJzendoorn y Bakermans-Kranenburg, 1996).

Tanto teóricos como clínicos, han reconocido la importancia para la salud mental de las experiencias de apego en la infancia y en la etapa adulta. Bowlby (1988) afirmaba que los problemas de ansiedad, tristeza, depresión e ira, podrían ser el producto de la pérdida de las relaciones de apego o de relaciones de apego de poca calidad. Consistente con esta premisa, la investigación ha mostrado frecuentemente la relación entre la calidad del apego temprano y la adaptación psicológica posterior.

Existe considerable evidencia de que el apego inseguro está implicado en la etiología de la depresión infantil y adolescente. El estudio longitudinal de 18 años de duración de Warren, Huston, Egeland y Sroufe (1997), puso de relieve que aquellos niños que cuando tenían un año de edad habían sido clasificados como inseguramente apegados (evitativa o ambivalentemente), desarrollaron posteriormente más desórdenes de ansiedad que aquellos que habían sido clasificados como apegados seguramente. Otros estudios en muestras tanto clínicas como no clínicas, indican que los niños apegados inseguramente presentan mayores niveles de síntomas depresivos que los seguros (Kobak, Sudler y Gamble, 1991). Un trabajo reciente empleando una versión del cuestionario de estilos de apego de Hazan y Shaver (1987) adaptada para niños (AQ-C), en una muestra de adolescentes, puso de relieve que los adolescentes apegados seguramente puntuaban significativamente más bajo en ansiedad y depresión que aquellos con estilos inseguros. Los resultados del estudio sugirieron de nuevo que los niños con estilos de apego inseguro tenían un mayor riesgo que los seguros de desarrollar síntomas psicopatológicos (Muris, Meesters, van Melick y Zwambag, 2001).

Otros trabajos también han identificado un vínculo entre la calidad de las relaciones de apego en adolescentes y diversos índices de ajuste y salud psicológica (Armsden y Greenberg, 1987; Greenberg et al., 1983). Por ejemplo, Borman-Spurrell et. al. (1994, cit. Crowell y Treboux, 1995), empleando una muestra no clínica de adolescentes, encuentran relación entre síntomas de ansiedad y depresión, e inseguridad en el apego, especialmente en el caso del estilo ansioso/ambivalente. No obstante, la atención prestada al estudio del apego durante la etapa adolescente ha sido menor, si se compara con las etapas infantil y adulta. Recientemente, Brown y Wright (2001) han publicado una interesante revisión sobre la relevancia del apego en el período adolescente y, más concretamente, sobre la importancia de las primeras experiencias de apego en el desarrollo de la psicopatología adolescente. A ella remitimos al lector más interesado en este campo.

También se han puesto de relieve importantes vínculos entre el apego y la

psicopatología en el ámbito adulto. Los trabajos empleando la AAI y distintos inventarios sobre desórdenes psicopatológicos en muestras de alto riesgo (p. ej., Pianta, Egeland y Adam, 1996; Kobak y Sceery, 1988), han puesto de manifiesto que el grupo preocupado es el que presenta el mayor número de síntomas patológicos. En particular, los preocupados presentan significativamente más síntomas esquizofrénicos, paranoicos y más desviación psicopática que los demás grupos de apego. Cuando se ha comparado una muestra de mujeres con depresión clínica con otra sin tales síntomas, se ha encontrado una relación entre la depresión y el estilo de apego, especialmente con el estilo evitativo-temeroso (Carnelley, Pietromonaco y Jaffe, 1994; Whiffen, Kallos y McDonald, 2001).

La distribución de los estilos de apego entre las mujeres víctimas de abusos sexuales también ha reflejado ser significativamente diferente respecto a una muestra de la población de bajo riesgo, encontrando los mayores porcentajes en el grupo evitativo-temeroso (58%) y los porcentajes más bajos en el grupo seguro (13%) (Alexander, 1993).

Los estudios llevados a cabo con muestras no clínicas o de bajo riesgo, relacionan también la inseguridad con determinados problemas psicológicos. Priel y Shamai (1995), usando el cuestionario de apego romántico de Hazan y Shaver (1987), encontraron que tanto los inseguros evitativos como los ansiosos/ambivalentes exhibían altos niveles de ansiedad y depresión, en comparación con los individuos seguros. La inseguridad en el apego también ha sido asociada con desórdenes en la alimentación, en el sentido de que un estilo evitativo predispone a sufrir anorexia y un estilo ansioso/ambivalente predispone a sufrir bulimia (Brennan y Shaver, 1995; Evans y Wertheim, 1998), así como con conductas sexuales coercitivas y antisociales (p. ej., Smallbone y Dadds, 2000), especialmente cuando el estilo de apego del padre es el evitativo.

Incluso algunos autores como Adams (1994), entienden las experiencias negativas de apego en la infancia como un factor de riesgo (precipitante) para la conducta suicida. A ello iría unida la falta de capacidad para establecer o mantener relaciones adultas cercanas satisfactorias. El autor plantea que pueden existir tanto factores contribuyentes (por ejemplo, el alcohol) que aumentan la predisposición, como factores protectores (por ejemplo, otras figuras de apego) que atenúan los efectos de las experiencias adversas.

Otros trabajos han analizado la relación entre el apego y la salud psicológica en muestras de mayores. Grice (1999), estudiando la relación entre el apego y la ansiedad, la

depresión y la autoeficacia en personas de 65 años o mayores, encontró que los individuos seguros presentaban los niveles más bajos de ansiedad y depresión y los más altos de autoeficacia. Al contrario, los individuos ansiosos/ambivalentes presentaban los niveles más altos de ansiedad y depresión y los más bajos de autoeficacia, corroborando los resultados de otros estudios (Hazan y Shaver, 1990; Mickelson, Kessler y Shaver, 1997). Por su parte, Strahan (1995), evaluando la relación entre el apego y la depresión en ancianos, encuentra una relación inversa entre la calidad del apego en la infancia y la depresión adulta; además, aquellos que se sintieron superprotegidos en la infancia por los padres del sexo opuesto, presentaban mayores índices de depresión. Hay que destacar el hecho de que los efectos de la calidad del apego temprano sobre la depresión estuvieron mediados por la calidad del apego en las relaciones actuales.

En conclusión y, de acuerdo con West, Livesley, Reiffe y Sheldon (1986), el apego puede influir en el inicio de enfermedades psiquiátricas de tres maneras: afectando la habilidad del individuo para establecer y utilizar las redes sociales; influyendo en cómo valora el individuo y cómo responde a situaciones o circunstancias relevantes de la vida; y, por último, incrementando la vulnerabilidad al dolor que predispone el inicio de síntomas psíquicos.

Por tanto, tal y como señalan Mikulincer y Florian (1998), la seguridad en el apego es "un recurso innato que puede ayudar a valorar más positivamente las experiencias negativas, a escapar constructivamente de ellas y a proporcionar bienestar subjetivo y ajuste personal y social, mientras que la inseguridad en el apego es un factor potencial de riesgo para el ajuste social y psicológico" (p. 143).

1.7.- APLICACIONES DE LA TEORÍA EN PSICOLOGÍA SOCIAL

1.7.1.- Incidencia del apego adulto en procesos psicosociales básicos: percepción social y atribución

La teoría del apego plantea, como ya se ha comentado anteriormente, que las primeras relaciones entre el cuidador y el niño dan lugar al desarrollo de unos "modelos internos activos" o esquemas cognitivos (IWM), responsables de la continuidad del estilo de apego a lo largo de todo el ciclo vital. Estos esquemas o representaciones cognitivas sobre las relaciones contienen creencias y expectativas sobre uno mismo, los demás y la interacción entre ambos y tienen funciones motivacionales, emocionales y cognitivas. Así, autores como

Bowlby (1973) o Main, Kaplan y Cassidy (1985), han señalado que los IWM afectan a las relaciones interpersonales guiando, no solo los sentimientos y la conducta, sino todo el procesamiento de la información.

La investigación en psicología social ha puesto de relieve la influencia del conocimiento previo (esquemas, expectativas, etc.) en procesos de percepción social e inferencia, afectando a la forma en la que el individuo procesa la información y emite un juicio social (ver Fiske y Taylor, 1991, para una revisión). De acuerdo con Fiske y Taylor (1991), las personas recuerdan con más probabilidad información congruente con sus esquemas que incongruente, aunque esto parece estar moderado por la capacidad de las personas para "abrir" sus esquemas cognitivos a nuevos datos (Kruglanski, 1989). Los IWM, como un tipo de esquema cognitivo más, parece también influir en el procesamiento de la información pero, en este caso, en el contexto de las relaciones interpersonales cercanas.

Autores como Collins y Read (1994; Collins, 1996), entre otros, sugieren que estas estructuras de conocimiento sirven para filtrar e interpretar la información social que llega del exterior. La investigación ha puesto de manifiesto que las personas tienden a prestar más atención a la información que es consistente con sus creencias y actitudes, ignorando otros elementos menos consistentes. Puesto que las personas con distintos estilos de apego presentan diferentes creencias acerca de ellos y del mundo, es probable que perciban e interpreten una misma situación de forma diferente, consistente con sus creencias y expectativas.

Uno de los trabajos más interesantes para poner de relieve la incidencia de los IWM en procesos de percepción y atribución, fue el de Collins (1996). La autora desarrolla un modelo en el que concibe estas representaciones cognitivas como constructos muy accesibles que se activan automáticamente en la memoria ante situaciones relevantes para el apego. Cuando esto ocurre, los procesos de atención, memoria e inferencia se verán afectados por ellos, así como los modelos de respuesta emocional. Afecto y cognición se influyen mutuamente y ambos darán lugar al tipo de respuesta conductual. Por tanto, en situaciones relevantes al apego, los IWM afectarán a la conducta a través de la interpretación subjetiva que el individuo haga de la situación, junto con su respuesta emocional. Su trabajo puso de relieve que diferentes modelos cognitivos asociados a cada estilo de apego, predisponían a pensar, sentir y comportarse de forma distinta ante situaciones interpersonales similares.

Para demostrar que los IWM afectan a los procesos de percepción social y de

atribución, presentó a los participantes del estudio una serie de situaciones hipotéticas (tanto relevantes a los procesos de apego como irrelevantes) y les pidió que las explicasen, esperando que tales explicaciones reflejaran diferencias de acuerdo con los modelos internos activos de cada estilo de apego. Congruente con su hipótesis, los resultados mostraron que, una vez activados estos esquemas en memoria, afectaban a los procesos de percepción social y atribución de manera consistente con las creencias y expectativas sobre uno mismo y los demás de cada estilo, aunque solo en el caso de las situaciones relevantes. En concreto, las explicaciones que daban los individuos con apego seguro reflejaban su mayor percepción de seguridad y confianza en la disponibilidad de la pareja. Consistentes con sus modelos positivos sobre ellos y los demás, sus explicaciones eran más optimistas, reflejando su confianza en la relación y en el amor de la pareja. En general y, comparado con los estilos preocupado y evitativo, los seguros hacían, en mayor medida, atribuciones externas (p. e., para explicar la conducta negativa de su pareja), percibían la conducta de la pareja como no intencionada y pensaban que la conducta de la pareja no era causada por algo estable y difícil de cambiar.

Al contrario, los preocupados y los evitativos daban, en general, explicaciones más pesimistas. Sus explicaciones reflejaban una visión mucho más negativa de la pareja y una percepción más negativa de la situación. Ambos estilos realizaban, en mayor medida, atribuciones internas, pensando que ellos eran la causa de la conducta de la pareja, percibida como intencionada y negativamente motivada. Mientras que los preocupados creían que la conducta negativa de la pareja era causada por algo estable y difícil de cambiar, los evitativos, sin embargo, creían que la conducta negativa de la pareja estaba causada por algo que la pareja podría haber controlado.

En definitiva, este estudio puso de relieve que las personas con un estilo de apego seguro, interpretan los eventos de manera que minimizan sus efectos negativos, mientras aquellas con estilos inseguros maximizan el impacto de tales efectos.

Otros trabajos también han mostrado diferencias en percepción y en el estilo atributivo en función del estilo de apego (Gallo y Smith, 2001; Man y Hamid, 1998; Mikulincer, Orbach y Iavnieli, 1998). Por ejemplo, Man y Hamid (1998) estudiaron la relación entre los estilos de apego y la atribución causal, incluyendo también medidas de autoestima. La relación entre autoestima y atribución causal, ha sido puesta de relieve en numerosos trabajos (p. ej., Tennen y Herzberger, 1987), en los que se ha mostrado que las

personas con alta autoestima atribuyen el fracaso a causas externas y el éxito a causas internas y estables, al contrario que las personas con baja autoestima. Puesto que el estilo de apego adulto se relaciona con la autoestima, Man y Hamid (1998) esperaban encontrar también una relación entre el estilo de apego y la atribución causal. Sus resultados apoyaron sus hipótesis: los seguros y los evitativos-indiferentes, con modelos positivos sobre sí mismos y con mayor autoestima, atribuían los éxitos (pero no los fracasos) a causas internas, estables y globales. En general, los seguros y los indiferentes atribuían menos internalidad para el fracaso que los preocupados. Sin embargo, ambos estilos se diferenciaban en las causas externas atribuidas al fracaso, ya que los indiferentes (con expectativas negativas hacia los otros) percibían a los demás como los culpables del fracaso, al contrario que los seguros (con expectativas positivas).

Otro trabajo (Mikulincer, Orbach y Iavnieli, 1998) encontró una asociación entre el estilo de apego y el grado de similaridad percibida entre uno mismo y los demás, reflejando de nuevo diferencias en el funcionamiento cognitivo de cada patrón de apego. Mientras que los individuos ansiosos/ambivalentes (preocupados) presentaban la mayor sobreestimación en su juicio sobre el grado de semejanza o, en términos de Ross, Green y House (1977), el mayor "*falso consenso*", los evitativos subestimaban tal similaridad, presentando bajo falso consenso. Los seguros, por su parte, proporcionaban las puntuaciones en similaridad más exactas, aunque, comparados con los evitativos, presentaban mayor falso consenso. Los juicios de similaridad entre uno mismo-otros o juicios sobre el grado en el cuál las propias creencias, actitudes y opiniones son compartidos por los demás (Campbell y Tesser, 1985), son procesos de comparación social (Festinger, 1954) a través de los cuales las personas perfilan su propia identidad. Reducir la distancia cognitiva desde otros o aumentarla, se relaciona con necesidades de auto-validación, ya que se sobreestima o subestima la semejanza dependiendo del refuerzo o protección que suponga para la propia imagen (Campbell, 1986). En algunos casos, sobreestimar la semejanza lleva a pensar que se está en lo cierto, incidiendo positivamente en la propia imagen, mientras que en otros casos, la subestimación de la semejanza permite distanciarse de los demás, manteniendo así el sentimiento de sentirse único o diferente.

Los resultados del trabajo de Mikulincer, Orbach y Iavnieli (1998), ponen de manifiesto la incidencia en los procesos cognitivos de las representaciones mentales de apego que subyacen a cada estilo. El hecho de que los evitativos presenten un modelo positivo sobre ellos mismos y negativo sobre los demás, puede llevar a incrementar la accesibilidad de

algunos rasgos propios importantes, como la independencia y a querer evitar parecerse a los demás, a los que perciben negativamente, ya que esto repercutiría en su propia imagen. Al contrario, la sobreestimación del grado de semejanza por parte de los individuos preocupados (con un esquema negativo sobre ellos mismos pero positivo sobre los demás), les permite mejorar su visión negativa sobre ellos mismos.

La investigación en este área también ha mostrado los efectos de la accesibilidad cognitiva de los *working models*. Baldwin, Fehr, Keedian, Seidel y Thompson (1993), por ejemplo, utilizando el paradigma de latencia de respuesta en tareas de decisión léxica, comprobaron que los individuos con distintos estilos de apego eran más rápidos en reconocer palabras que eran congruentes con sus esquemas cognitivos de las relaciones, resultados que han sido corroborados posteriormente (Aspelmeier, 2000). Concretamente, los seguros eran más rápidos en identificar palabras relacionadas con resultados interpersonales positivos, mientras que los inseguros identificaban más rápidamente palabras asociadas a resultados negativos. En un trabajo posterior (Baldwin et al., 1996), encontraron que los *working models* afectaban al recuerdo de información de los individuos seguros e inseguros sobre sus experiencias interpersonales, de forma que los seguros recordaban más ejemplos positivos (estaban más accesibles y disponibles en memoria), mientras que los evitativos y los ansiosos/ambivalentes recordaban más ejemplos negativos de las relaciones. De forma similar, otros estudios han encontrado que los seguros recuerdan más episodios positivos de sus relaciones pasadas que negativos, al contrario que los inseguros (Collins y Read, 1994; Mikulincer, 1998).

Para finalizar y en esta misma línea de investigación, distintos estudios han señalado la relación entre seguridad en el apego y “*apertura cognitiva*” (la capacidad para integrar información incongruente con las expectativas previas, revisando y modificando las propias creencias). En el terreno del apego infantil, se da una mayor flexibilidad cognitiva entre niños seguros que entre inseguros (p. ej., Cassidy, 1986). En adultos, también se ha encontrado apoyo a la asociación entre el estilo de apego y la apertura cognitiva, de forma que los inseguros parecen ser incapaces de revisar sus esquemas ante nuevas evidencias, mostrando mayor rigidez cognitiva que los seguros (p. ej., Mikulincer, 1997; Mikulincer y Arad, 1999).

Mikulincer (1997) mostró que, comparados con los ansiosos/ambivalentes, los seguros manifestaban una mayor tolerancia a la ambigüedad y una menor rigidez en sus creencias. Cuando se exponía a los participantes a nueva información que contradecía, o bien

su impresión inicial sobre una persona, o bien determinados estereotipos étnicos, los resultados mostraron que, comparados con los inseguros, los seguros estaban más dispuestos a cambiar su impresión inicial y a no dejarse llevar por los estereotipos, facilitando así la integración de nuevos datos en su juicio social. Por su parte, Mikulincer y Arad (1999), explorando las reacciones de seguros e inseguros ante conductas de la pareja que desconfirmaban sus expectativas, encontraron que los seguros eran más propensos a cambiar su percepción de la pareja que los inseguros y que el procesamiento de la nueva información estaba sesgada por los modelos mentales de apego de cada estilo. Como señalan Shaver et al. (1996a), por sus modelos positivos, los seguros presentan creencias y expectativas positivas acerca de la naturaleza humana y sentimientos de autoeficacia. Si a esta actitud positiva le unimos una capacidad o tendencia a revisar sus esquemas ante nueva información de manera optimista, es decir, una capacidad para ajustarse a cambios en la relación y para desarrollar expectativas positivas sobre ésta, no es extraño que estos individuos presenten los mayores niveles de satisfacción y de ajuste en sus relaciones. Siguiendo a Mikulincer y Arad (1999), el desarrollo de una estructura cognitiva coherente y flexible contribuye al bienestar y a la satisfacción en las relaciones interpersonales.

En conclusión, los esquemas cognitivos de apego o "*working models*" que subyacen a cada estilo parecen representar, de acuerdo con autores como Collins y Read (1994; Collins, 1996) o Feeney y Noller (1996), un sistema cognitivo establecido que predispone al individuo a percibir e interpretar las experiencias de forma consistente con esos modelos; es decir, que afecta a los procesos de atención y percepción selectiva, sesga la codificación y recuperación de la información en la memoria y guía los procesos de atribución e inferencia, convirtiendo los estilos de apego adulto en un importante predictor de la naturaleza y calidad de las relaciones interpersonales.

1.7.2.- Atracción y conflicto interpersonal

1.- Atracción interpersonal

El área de las relaciones interpersonales en psicología social, ha dedicado parte de su estudio al tema de la atracción interpersonal. Bajo la pregunta ¿por qué las personas se sienten atraídas?, los resultados de las investigaciones ponen de relieve un número de factores asociados con la atracción. Así, por ejemplo, las personas parecen sentirse atraídas hacia aquellos que son similares a ellos en distintas dimensiones, como las actitudes, los valores, las

características demográficas y de personalidad o, incluso, los rasgos físicos. También nos sentimos atraídos hacia aquellos que son atractivos físicamente o que nos proporcionan más refuerzos. La proximidad física también ha demostrado ser un factor relacionado con la atracción interpersonal o con la elección de pareja (ver Aronson, 1988, para una revisión).

El vínculo entre atracción y similitud ha llevado a pensar en la posible incidencia del estilo de apego adulto a la hora de elegir pareja. Puesto que las personas con actitudes similares se sienten atraídas (Byrne, 1971), cabría esperar que las personas con distintos estilos de apego y, por tanto, con distintos esquemas acerca del amor y las relaciones, se sientan atraídas hacia aquellos que presentan similares actitudes, creencias y expectativas hacia las relaciones amorosas y que se comportan de manera semejante en ellas. De la misma forma que nos sentimos atraídos hacia personas que comparten nuestra misma forma de ver el mundo (p. ej., ideología, actitudes ante problemas sociales, hábitos, aficiones, etc), es posible que nos sintamos atraídos afectivamente hacia y funcionemos mejor con, una pareja que se siente igual de cómoda con la intimidad y la cercanía o con estilos de interacción y habilidades conductuales similares.

En un apartado anterior, se ha visto la influencia del estilo de apego en el funcionamiento y calidad de las relaciones amorosas, en aspectos importantes como la satisfacción, el compromiso, la intimidad o la comunicación.

Pero, además, muchos de estos trabajos también han explorado qué tipo de combinaciones de estilos de apego se dan de forma más frecuente entre las parejas, así como las diferencias que existen entre las distintas combinaciones, con la idea de explorar, no solo su incidencia en el funcionamiento de la relación, sino también si las personas eligen pareja o se sienten atraídos por aquellos que son similares en las distintas dimensiones de apego. Esta hipótesis fue confirmada por Collins y Read (1990) a través de tres estudios, al encontrar que las personas se emparejaban con aquellas que eran similares en las distintas dimensiones de apego adulto. Los resultados de su primer estudio pusieron de relieve que las personas formaban relaciones con parejas que presentaban creencias y sentimientos similares acerca de las relaciones, de forma que las personas con altas puntuaciones en las dimensiones de comodidad con la intimidad y cercanía y en confiabilidad en los demás (apego seguro), parecían preferir parejas que compartían sus creencias y sentimientos acerca de la intimidad y la cercanía hacia otros, como también acerca de la confianza. No obstante, esta similitud no era característica de todos los estilos de apego. Aquellos individuos con altas puntuaciones

en la dimensión de ansiedad (apego preocupado), no formaban relaciones con parejas que compartían sus inquietudes (temor a ser abandonado o no amado) sino que, al contrario, parecían preferir relaciones que confirmaban sus expectativas y creencias, es decir, se emparejaban, en mayor medida, con personas que evitaban la cercanía e intimidad.

Con el fin de descartar que estos resultados fueran debidos únicamente a la naturaleza de la relación actual (es decir, que la medida de apego estuviera influida por el tipo de apego de la actual pareja, con posibilidad de variar en otra relación), los autores llevaron a cabo un segundo estudio en el que exploraron la correspondencia entre el estilo de apego de la pareja y el de los padres del individuo. Los resultados mostraron la existencia de tal correspondencia, aunque únicamente para los padres del sexo opuesto, sugiriendo que estos últimos podrían desempeñar un papel importante en la transmisión de creencias y expectativas acerca de las relaciones amorosas. Los resultados del tercer y último estudio mostraron de nuevo que las dimensiones de apego influían en la elección de pareja y que jugaban un papel importante en la organización de la conducta, expectativas y percepciones dentro de la relación. Los autores plantearon que sería interesante explorar la historia pasada de relaciones del individuo a la hora de estudiar los procesos implicados en la selección de pareja, con el fin de determinar si las personas tienden a repetir modelos de relaciones similares a lo largo de su vida.

Otros trabajos han puesto de relieve resultados similares respecto a las combinaciones entre estilos de apego. Por ejemplo, Kirkpatrick y Davis (1994), en un estudio longitudinal de 3 años con 300 parejas, encontraron que la combinación seguro/seguro representaba el mayor porcentaje, mientras que no apareció ninguna pareja ansiosa/ansiosa o evitativa/evitativa. Los resultados revelaron, entre otros aspectos, que las parejas formadas por hombres y mujeres seguros eran las más estables y satisfactorias, mientras que aquellas formadas por mujeres ansiosas y hombres evitativos, aunque también presentaban gran estabilidad en el tiempo, eran valoradas negativamente. La explicación a esta circunstancia se basó en los IWM, es decir, en que los hombres evitativos ven confirmados sus esquemas cuando se unen a mujeres ansiosas/ambivalentes (por su conducta dependiente) y tienden a escapar o evitar el conflicto, lo que prolongaría la duración de la relación (aunque no aseguraría la felicidad).

Algo similar fue lo encontrado por Feeney (1994) en una investigación con matrimonios que llevaban distintos años de vida en común (entre 1 y 10 años, entre 11 y 20 años, más de 20 años). Después de medir los estilos de apego de cada miembro de la pareja,

encontró que los esposos con un apego seguro tendían a unirse a esposas seguras y que estas parejas eran las que manifestaban mayores grados de satisfacción marital. Las parejas formadas por maridos evitativos y mujeres ansiosas, aunque también eran frecuentes, presentaban los niveles más bajos de satisfacción en ambas partes.

Un trabajo reciente (Nauha y Silven, 2000) confirmó de nuevo estos resultados. Los autores encontraron correspondencia entre las categorías de apego adulto de esposos y esposas: seguros tendían a unirse a parejas seguras, e inseguros a parejas inseguras. Más concretamente, los hombres seguros se habían unido principalmente a mujeres seguras y no se dio ningún caso de hombre seguro/mujer preocupada. Entre las parejas inseguras, la combinación más frecuente fue la de una esposa preocupada y un esposo evitativo-indiferente. Estos resultados corroboran, no solo el tipo de pareja más frecuente encontrado en la literatura al respecto (hombre seguro/mujer segura, hombre evitativo/mujer preocupada), sino también que las parejas de seguros parecen tener expectativas similares acerca de las relaciones, mientras que las inseguras parecen tener expectativas opuestas a la de la pareja en la relación, confirmando, en ambos casos, los modelos internos activos de cada estilo.

También se han llevado a cabo estudios en esta misma línea pero sin emplear muestras formadas por parejas reales. Por ejemplo, en un experimento desarrollado por Pietromonaco y Carnelley (1994), se les pedía a los participantes que se imaginaran en una hipotética relación de pareja y que evaluaran tanto a la pareja como a la relación en una serie de dimensiones. Los investigadores tomaron medidas del estilo de apego de los participantes a través del cuestionario de los tres grupos (seguro, evitativo y ansioso/ambivalente; Hazan y Shaver, 1987) y manipularon el estilo de apego de la pareja hipotética para comprobar cómo respondían los participantes a cada tipo de pareja (cada participante pasó por parejas con los tres estilos de apego). Los resultados mostraron efectos de interacción entre el propio estilo de apego y el de la hipotética pareja. Es decir, los participantes con apego seguro se mostraron más incómodos y con sentimientos más negativos ante parejas inseguras (tanto ambivalentes como evitativas), mientras que los participantes inseguros (sobre todo evitativos) se mostraron más desfavorables hacia parejas evitativas que hacia parejas ambivalentes.

¿Cómo se explicarían, desde la teoría del apego, todos estos resultados?. O, de otra forma, ¿hasta qué punto el estilo de apego adulto está incidiendo en la atracción interpersonal?. La atracción hacia otros significa que deseamos sentirnos cerca física y/o psicológicamente de alguien y que deseamos que exista reciprocidad. De acuerdo con la teoría

del apego infantil, el deseo del niño de buscar la proximidad de su figura de apego estaría motivada, principalmente, por un sentimiento de temor subjetivo o amenaza real (aunque también puede buscar la cercanía con su cuidador para compartir descubrimientos o logros).

La formación de una relación interpersonal que acaba convirtiéndose en una relación de apego adulto comienza, igual que en el caso del apego infantil, con un fuerte deseo de proximidad. Sin embargo, el deseo en el adulto de estar cerca de otros, puede ser el resultado, además del temor, de distintos motivos. Este deseo de proximidad en adultos puede estar motivado en un primer momento, de acuerdo con Berscheid (1988), por el interés sexual. Aunque este puede ser el primer paso hacia la formación del apego adulto, otros factores, como la soledad, la atracción mutua o el deseo de intimidad y afecto, pueden ser también motivos importantes (Reis y Shaver, 1988). De acuerdo con la investigación sobre el cambio en los determinantes de satisfacción en la pareja con el paso del tiempo, mientras que en las primeras fases de la relación los principales determinantes son la atracción y la pasión sexual, sin embargo, con el paso del tiempo, la habilidad de la pareja para proporcionar seguridad y cuidados al otro se convierte en lo más importante (Reedy, Birren y Schaie, 1981; Sternberg, 1986). Es decir, de acuerdo con Hazan y Shaver (1994), la atracción interpersonal estaría motivada, no sólo por el deseo sexual, sino también por el deseo de cubrir necesidades de apego y seguridad.

En definitiva, no hay datos concluyentes respecto a que la elección de pareja se produzca en base al estilo de apego, algo esperable dada la extensa literatura sobre las variables que más afectan a tal elección (como semejanza, atracción, proximidad, etc.). Sin embargo, la confirmación de expectativas y creencias acerca de las relaciones, parece ser un factor importante a la hora de elegir pareja. Como afirma Weiss (1982), es posible que las personas busquen parejas para quienes su sistema de apego está preparado para responder. Desde la perspectiva del apego adulto, la atracción interpersonal resulta de la percepción de una persona de que otra le pueda cubrir las necesidades relacionadas con los tres sistemas biológicos de conducta (de apego, reproductivo-sexual y de provisión de cuidados), lo que hace, como señalan Hazan y Shaver (1994), que esta aproximación represente un avance sobre otras perspectivas en atracción interpersonal, centradas exclusivamente en la identificación de factores implicados en los procesos de atracción.

2.- Conflicto interpersonal

La teoría del apego, además de enfatizar la importancia de los “*working models*” en la organización cognitiva, afectiva y conductual, también plantea la contribución de estos esquemas en la manera en la que las personas regulan y controlan sus emociones, es decir, es también una teoría relevante para explicar los procesos de regulación de la emoción y de afrontamiento del estrés (Bowlby, 1973, 1988; Kobak y Sceery, 1988).

Así, las personas que han desarrollado una base *segura* de apego tienen, de acuerdo con Bowlby (1988), un recurso interno que permite emplear estrategias de adaptación y ajuste ante situaciones de la vida estresantes. Es decir, los individuos apegados seguramente (1) creen en su capacidad para manejar eventos tensos (Mikulincer y Florian, 1998), (2) tienen un fuerte sentimiento de autoeficacia (Collins y Read, 1990), (3) confían en la buena voluntad de los demás en sus actuaciones (Bartholomew y Horowitz, 1991; Collins y Read, 1990) y, (4) adoptan formas adaptativas y eficaces de regular la emoción (Mikulincer y Florian, 1998). Para Bowlby (1988), esto se debe a que su historia de interacciones con una figura de apego atenta y cariñosa, les ha enseñado que la activación del sistema de apego es útil y eficaz ante situaciones en las que se necesita consuelo y apoyo. Personas seguras han mostrado manejar mejor el estrés que inseguras, de forma que, ante situaciones tensas muestran, en general, mejor ajuste, emociones menos negativas, reacciones más moderadas y mejores estrategias de afrontamiento (como el empleo de estrategias constructivas e instrumentales o la búsqueda de apoyo en los demás) (ver Mikulincer y Florian, 1998, para una revisión).

Al contrario, los individuos inseguros han aprendido, a lo largo de su historia de interacciones, que las conductas de apego no son efectivas para regular la emoción y que, por tanto, es necesario buscar otras estrategias defensivas alternativas (Bowlby, 1988). Sin embargo, esto no significa que todos los grupos de apego inseguro manejen el estrés o regulen las emociones de la misma forma. En el caso de los individuos ansiosos/ambivalentes, parece producirse una “hiperactivación” del sistema de apego y una “desactivación” en el caso de los evitativos.

Así, las personas con estilo ansioso adoptan, en términos de Kobak (1994), una respuesta de “lucha” por el cariño de su figura de apego, de forma que, ante eventos estresantes, responden de una forma “exagerada” en su intento de minimizar la distancia con la figura de apego y de buscar la seguridad (con vigilancia, control y aproximación excesivas

y ansiosas). Esto implica que aparezcan mayores sentimientos de enfado, preocupación o conflicto hacia la pareja. En general, estas personas experimentan las emociones más negativas ante este tipo de eventos. Por su parte, los individuos evitativos adoptan una respuesta de "huida" ante tales situaciones, suprimiendo los pensamientos y las emociones negativas, e inhibiendo expresiones de dolor, además de esforzarse por lograr autoconfianza y autonomía (Kobak, 1994). De hecho, estos individuos son los que menos se implican a nivel emocional en las relaciones, los que menos importancia dan a las relaciones cercanas, los que más niegan la necesidad de apego o dependencia de otros y los que más interés muestran en lograr autonomía y control (ver Collins y Read, 1994, para una revisión).

La idea de que los distintos estilos de apego generan distintas estrategias de afrontamiento y distintas respuestas emocionales a la tensión, ha sido puesta de manifiesto en numerosas ocasiones (p. ej., Fraley y Shaver, 1998; Mikulincer, 1998; Mikulincer, Florian y Weller, 1993; Simpson, 1990; Tidwell, Reis y Shaver, 1996). Tales diferencias aparecen en situaciones de conflicto dentro de las relaciones y ante otro tipo de circunstancias, como una guerra (Mikulincer, Florian y Weller, 1993) o un proceso de divorcio (Birnbau, Orr, Mikulincer y Florian, 1997).

Distintos estudios han explorado la relación entre el estilo de apego y las estrategias de negociación y resolución de conflicto en las relaciones. Pistole (1989), por ejemplo, investigó las estrategias de resolución del conflicto según el estilo de apego en una muestra de universitarios implicados en una relación amorosa. La autora encontró que los seguros empleaban, en términos de Rahim (1983), estrategias "mutuamente focalizadas", es decir, más estrategias *integradoras* ("intentaré integrar mis ideas con las de mi pareja para alcanzar una decisión conjunta") que los dos tipos de inseguros y más estrategias *comprometidas* ("intentaré encontrar un camino intermedio para resolver el conflicto") que el tipo ansioso/ambivalente, apoyando estos resultados la tendencia de las personas seguras a emplear estrategias adaptativas y eficaces durante el conflicto, esto es, estrategias que posibilitan tanto proteger sus propios intereses como mejorar la relación. Al contrario, los evitativos y los ansiosos/ambivalentes empleaban, en mayor medida, estrategias "focalizadas en uno mismo". Trabajos empleando la misma medida sobre estrategias de poder e influencia (Corcoran, 1998), han encontrado resultados similares en función del estilo de apego. Es más, Corcoran (op. cit.), en particular, diferenciando entre los dos estilos de apego evitativo (temerosos e indiferentes), encontró que ambos manejaban el conflicto con un estilo "avoiding" y que la autoeficacia social tenía un efecto mediador entre el estilo de apego y el de conflicto,

de forma que los mayores niveles de autoeficacia social de individuos seguros se relacionaban con su estilo de conflicto integrador y comprometido.

Mikulincer (1998), por su parte, investigó las diferencias individuales según el estilo de apego en las respuestas a la violación del sentimiento de confianza por parte de la pareja (entendido por el autor como un estresor interpersonal). Entre otros resultados, encontró que los individuos con apego seguro, ante este tipo de situación, tendían a hablar abiertamente con la pareja, al contrario que los inseguros, quienes empleaban estrategias poco adaptativas para el mantenimiento de la relación. No obstante, ambos grupos de inseguros diferían en las estrategias empleadas: mientras los ansiosos/ambivalentes se preocupaban obsesivamente acerca del futuro de la relación y reaccionaban con emociones negativas muy fuertes, los evitativos empleaban estrategias de distanciamiento, ignorando el problema o alejándose de la pareja, además de suprimir los sentimientos y pensamientos dolorosos en relación a la violación de la confianza.

Otros estudios recientes apoyan claramente la relación entre los estilos de apego adulto (tanto con medidas de tres grupos como con las de cuatro) y las conductas de resolución del conflicto. El trabajo de Shi (1999), por ejemplo, encontró que aquellos con bajas puntuaciones en las dimensiones de Ansiedad y Evitación, exhibían las conductas más positivas ante el conflicto interpersonal y los mayores niveles de satisfacción, corroborando los resultados de otros estudios en los que se ha encontrado que altas puntuaciones en las dimensiones de Ansiedad y Evitación se relacionan con falta de habilidad para solucionar el conflicto (Kobak y Hazan, 1991). Creasey y Hesson-McInnis (2001), por su parte, en un trabajo con estudiantes, encontraron que los jóvenes con estilos de apego evitativo y ansioso/ambivalente utilizaban tácticas menos óptimas ante el conflicto en sus relaciones amorosas que los seguros. Además, también se puso de relieve que durante la disputa, cada estilo de apego exhibía distintas respuestas emocionales y cognitivas.

En este sentido, Collins (1996), analizando los procesos cognitivos, afectivos y conductuales ante el conflicto, encontró que el estilo de apego se relacionaba con las propias expectativas acerca del conflicto y con la intención conductual, así como con el tipo de respuesta emocional experimentada. Comparados con los seguros y los evitativos, los individuos preocupados eran los que más anticipaban el conflicto y los que más se comportaban de manera que generara conflicto real. Además, experimentaban emociones más negativas (sentimientos de confusión, desamparo, nerviosismo, dolor) que los evitativos,

quienes manifestaban no sentir dolor ni ningún tipo de emoción en respuesta al evento. Al contrario, los seguros eran los que presentaban las expectativas más optimistas acerca de que la situación acabara en conflicto y los que menos se comportaban de forma que resultara en conflicto. Además, aunque también experimentaban emociones dolorosas, éstas eran menos fuertes y mejor admitidas que en el caso de los individuos con apego preocupado. Cuando se han investigado las diferencias en atribución y en estilos de regulación de la emoción con los cuatro grupos de apego, se ha visto que los seguros tienden a valorar las situaciones como menos amenazantes que los evitativos-temerosos y se culpan menos que los individuos inseguros en general (Fuendeling, 1999).

Todos estos resultados podrían ser indicativos, por ejemplo, de una relación entre el estilo de apego adulto y el divorcio. De hecho, algunos trabajos han encontrado diferencias según el estilo de apego en el número de veces que un individuo contrae matrimonio, de forma que los individuos evitativos parecen ser los que más veces se casan y los preocupados los que menos (p. ej., Ceglian y Gardner, 1999).

Para finalizar, señalar que también existe una fuerte evidencia que pone de relieve que el empleo de la violencia y la agresión dentro de la pareja, como una forma de lograr el poder y control en la relación, es más frecuente entre los individuos inseguramente apegados en la infancia (ver McClellan y Killeen, 2000, para una revisión). Así, varios estudios han encontrado que el estilo de apego más común entre los hombres que han maltratado a sus mujeres, es el inseguro y, más concretamente, el evitativo-temeroso, seguido del estilo preocupado (Bookwala y Zdaniuk, 1998; Dutton, Saunders, Starzomski y Bartholomew, 1994; Maunicio y Gormley, 2001), estilo que suele manifestar también las mayores experiencias de celos hacia la pareja (p. ej., Knoblock, Solomon y Cruz, 2001).

En definitiva, el apego adulto parece mejorar también la comprensión de otro foco de estudio en el área de las relaciones interpersonales, el conflicto. La teoría del apego es útil para comprender el origen del conflicto y la forma de manejarlo en las relaciones. La inseguridad en el apego tiene una importancia particular y, más especialmente, el estilo ansioso/ambivalente o preocupado, puesto que no solo experimentan más relaciones conflictivas, sino también los sentimientos o emociones más negativas. Este hecho puede indicar que muchos de los conflictos interpersonales podrían venir determinados por el temor a no ser amado, a la pérdida o al abandono y puesto que sus estrategias son poco adaptativas o destructivas, el resultado puede ser la confirmación de sus expectativas (o modelos internos

de apego) por el abandono real. Las implicaciones prácticas de este tema son muchas, tanto desde una perspectiva social como clínica o terapéutica, ya que conocer las causas posibles del conflicto entre parejas (e, incluso, la tendencia al conflicto entre combinaciones de estilos de apego) puede ser muy útil para ayudar a revisar los esquemas de apego y tratar de modificarlos (modificando también los estilos atributivos asociados, el manejo de las emociones y la conducta ante los problemas interpersonales).

1.7.3.- Actitudes y conducta según el estilo de apego adulto: trabajo, tiempo libre, sexualidad y religión.

Además de aplicar la teoría del apego a áreas psicosociales como el procesamiento sociocognitivo, la atracción o el funcionamiento y calidad de las relaciones interpersonales, los investigadores también han aplicado esta teoría a otros dominios de la psicología social, tales como las actitudes y conducta ante el trabajo y el tiempo libre, ante la sexualidad o ante la religión (p. ej., Feeney, Noller y Patty, 1993; Hazan y Shaver, 1990; Hazan, Zeifman y Middleton, 1994). En este apartado, comentaremos cada uno de esos aspectos, describiendo, en primer lugar, los estudios que relacionan apego y exploración en adultos a través de la vinculación del estilo de apego con modelos de actividad laboral y de tiempo libre.

1.- Actitudes hacia el trabajo y el tiempo libre

Para Bowlby (1969), apego y exploración son sistemas claramente interconectados y complementarios. Mientras que el objetivo principal del sistema de apego es lograr la protección y un sentimiento de seguridad a través de la proximidad o cercanía con el cuidador, la meta del sistema exploratorio es descubrir el ambiente físico y social. Sin embargo, para explorar el ambiente y para que se produzca un adecuado desarrollo cognitivo y social es necesario que exista una base segura, sin la cual es difícil la adquisición de nuevo conocimiento, habilidades y destrezas.

De acuerdo con la teoría, ante la presencia y atención del cuidador el sistema de apego se "desconecta": el niño se siente seguro y explora el ambiente de forma confiada. Pero ante el alejamiento o la ausencia del cuidador (o ante la presencia de un estímulo amenazante), el sistema de apego se vuelve a "activar", de manera que el niño tratará de restablecer la proximidad o cercanía con el cuidador y dejará de explorar el ambiente. Es decir, mientras está activado el sistema de apego, el de exploración se desactiva. La habilidad para explorar

el ambiente, por tanto, es el resultado de un apego seguro. Esta conexión entre ambos sistemas fue puesta de relieve por Ainsworth en la Situación del Extraño, un procedimiento en el que se observaba cómo funcionaban los dos sistemas conjuntamente. La exploración infantil se operativizó a través del juego y las relaciones sociales.

Para algunos investigadores, la idea de que apego y exploración estén vinculados en la infancia podría también ser aplicada a los adultos. Concretamente, Hazan y Shaver (1990) sugirieron que para los adultos, el trabajo puede servir como un tipo de exploración más, argumentando que "el apego adulto apoya la actividad laboral de la misma forma que el apego infantil apoya la exploración y que el equilibrio entre apego y exploración asociado con un funcionamiento saludable en la infancia es similar al equilibrio entre amor y trabajo que marca el funcionamiento saludable en el adulto" (p. 270). Como el niño, el adulto puede explorar el ambiente a través de una amplia variedad de actividades, que incluirían el trabajo, el ocio (p. ej. viajar, hacer deportes de riesgo) o, incluso, decisiones como la de elegir una determinada carrera.

Dependiendo de la seguridad o inseguridad en el apego, el adulto puede ver más o menos compatible el trabajo y el ocio con sus relaciones. De la misma forma que el niño evitativo usa la exploración para evitar el contacto con la figura de apego, los adultos evitativos podrían utilizar el trabajo compulsivamente como una forma de evitar las relaciones íntimas. Al contrario, las personas ansiosas o preocupadas podrían ver en el trabajo la ocasión para cubrir sus tan deseadas necesidades de apego, interfiriendo con la actividad laboral. Por su parte, un apego seguro en el adulto permitiría una exploración adecuada y un equilibrio entre el trabajo y las relaciones personales.

Este planteamiento fue puesto de relieve por Hazan y Shaver (1990) a través de dos estudios, en los que exploraron la orientación hacia el trabajo y el tiempo libre según el estilo de apego. Empleando la medida de los tres grupos en una muestra de trabajadores de edades diferentes, encontraron resultados que confirmaban sus expectativas: comparados con los trabajadores inseguros, los trabajadores seguros presentaron las actitudes y conductas más positivas hacia el trabajo y la mayor satisfacción laboral.

Específicamente, los seguros declaraban sentirse satisfechos con su trabajo, con la seguridad laboral, con las oportunidades de promoción y con sus ingresos. No temían al fracaso en el trabajo y se sentían valorados positivamente por sus compañeros y superiores.

Además, trataban de evitar que el trabajo afectara a su vida personal o a su salud, dando más prioridad y valor a las relaciones personales que al trabajo.

De forma similar a los seguros, los trabajadores con apego evitativo también decían sentirse satisfechos con la seguridad y la promoción laboral. Sin embargo, al contrario que el grupo anterior, estos trabajadores se mostraban insatisfechos en sus relaciones con los compañeros de trabajo y en relación al reconocimiento que recibían de ellos. En contraste con los otros grupos, los evitativos preferían trabajar solos y eran los que daban más importancia al éxito en el trabajo que en las relaciones. De hecho, parecía no importarles que el trabajo les quitara tiempo para estar con los amigos e, incluso, reconocían usar el trabajo como una forma de evitar el contacto social. De acuerdo con Hazan y Shaver (1994), estas personas podrían ser consideradas como "adictas al trabajo".

Por último, los trabajadores clasificados como ansiosos/ambivalentes (preocupados), presentaban las actitudes más negativas y la mayor insatisfacción hacia el trabajo. Se sentían preocupados por su seguridad laboral, por la falta de valoración y aprecio por parte de compañeros y superiores y por su ejecución en el trabajo. También se mostraban insatisfechos con temas como la promoción laboral, aunque no creían merecerla. Este grupo manifestaba su preferencia por trabajar con otros compañeros y, aunque decían odiar trabajar solos, también reconocían que a menudo los demás se entrometían en su trabajo. Para estos individuos, el trabajo era una forma de conseguir el reconocimiento, aprobación y afecto de los demás, pero su excesiva preocupación por las relaciones amorosas interfería con su trabajo.

En este estudio, los autores también incluyeron diversos items sobre actividades de tiempo libre (como hacer ejercicio, ir de compras o viajar, entre otros) y sus consecuencias ("proporciona salud", "reduce el estrés", "renueva las relaciones sociales", etc), ya que, desde el punto de vista de Hazan y Shaver (1990), no todos los trabajos pueden ser considerados una medida válida de exploración. Plantean que, aunque el trabajo puede ser la forma más importante de conducta exploratoria en adultos, sin embargo, no todos los trabajos proporcionan el reto y la estimulación que están implícitos en el concepto de exploración, sobre todo aquellos trabajos que son más rutinarios y predecibles. Los resultados encontrados para el tiempo libre, reflejaron resultados ambiguos. Aunque la mayoría de los items no se relacionaban con el estilo de apego, sin embargo, si hubo algunas diferencias destacables. Por ejemplo, los individuos evitativos eran los que dedicaban menos tiempo de ocio al contacto

social y los que menos consideraban que el tiempo libre sirviera para renovar las relaciones sociales. Por su parte, el grupo que con más entusiasmo percibía su actividades de ocio eran los ansiosos/ambivalentes, quienes además eran los que dedicaban más tiempo libre a ir de compras. De acuerdo con Rubenstein y Shaver (1982), ir de compras es una actividad que emplean las personas que experimentan soledad para afrontar los sentimientos negativos. Estudios más recientes sobre el apego y el tiempo libre (Carnelley y Ruscher, 2000) han encontrado resultados consistentes con los encontrados por Hazan y Shaver, al mostrar que tanto los ansiosos como los evitativos empleaban el ocio para lograr la aprobación social y que los individuos ansiosos usaban sus actividades de tiempo libre para regular sus emociones negativas acerca de las relaciones.

En definitiva, este estudio reveló que el estilo de apego adulto se relacionaba con la manera en la que las personas exploran su ambiente y, más concretamente, con la forma en la que se aproximan al trabajo, al tiempo libre o a su vida social, poniendo de relieve nuevamente, en otro área de la vida adulta, que el estilo de apego seguro presenta las actitudes más positivas hacia el trabajo y el mejor ajuste en el equilibrio entre trabajo y relaciones íntimas.

Otros trabajos posteriores han confirmado los resultados de este estudio. Por ejemplo, Krausz, Bizman y Braslavsky (2001) encontraron que los trabajadores con un estilo de apego seguro presentaban los índices más altos de satisfacción laboral, mientras que los trabajadores evitativos presentaban los más bajos. Un estudio que investigó la contribución del estilo de apego a distintos aspectos de la actividad laboral (Schirmer, 2000) en una muestra de trabajadores de la universidad, mostró que, comparado con los otros tres grupos de apego (preocupado y los dos tipos de evitativos), el grupo seguro presentaba menos estrés en el trabajo y menos preocupación sintomática, además de ser los que más apoyo percibían de los superiores. Sin embargo, no se encontraron efectos del estilo de apego en la satisfacción laboral. Posteriormente, Schirmer y López (2001), evaluando el papel moderador jugado por el apego adulto en la relación entre estrés laboral y apoyo percibido en el trabajo, encontraron que, por un lado, la orientación de apego del trabajador predecía todos los índices de estrés laboral y, por otro, que la interacción entre el apoyo laboral percibido y el estilo de apego adulto predecía significativamente la intensidad de estrés en el trabajo y la satisfacción laboral. También ha sido puesto de manifiesto que las personas seguramente apegadas muestran las expectativas más optimistas sobre su futuro laboral (Silverberg, Vazsonyi, Schlegel y Schmidt, 1998).

Otros estudios que han analizado la relación entre el apego adulto y distintas formas de exploración, han encontrado resultados similares. Mikulincer (1997), por ejemplo, investigando la relación entre apego adulto y curiosidad (un proceso cognitivo vinculado a la exploración), mostró que los seguros y los ansiosos/ambivalentes se describían como más curiosos y tenían actitudes más positivas hacia la curiosidad que los individuos evitativos, resultados muy cercanos a los encontrados por Johnston (1999) para los seguros y los evitativos, aunque no para los individuos preocupados.

Un trabajo reciente (Green y Campbell, 2000) ha aportado nuevos e interesantes datos sobre la conexión entre apego y exploración (en concreto, con actividades de ocio y sociales), utilizando tanto metodología correlacional como experimental. A través de dos estudios (uno de ellos con tarea *priming*), investigan la relación entre el apego adulto y tres tipos de exploración: ambiental (“si tengo tiempo y dinero, me gustaría viajar al extranjero este verano”), intelectual (“me gustaría visitar un museo de arte moderno”) y social (“disfrutaría conociendo a personas nuevas” o “me gustaría asistir a una fiesta en la que no conociera a nadie”). Consistente con la teoría del apego, los resultados de ambos estudios mostraron que el apego inseguro correlacionaba fuerte y negativamente con la exploración, de forma que los ansiosos presentaban las actitudes más negativas hacia la exploración ambiental y los evitativos las más negativas hacia la exploración social, siendo estos últimos los más reticentes a unirse a nuevos círculos sociales. Al contrario, los seguros presentaron las actitudes más positivas hacia las actividades relacionadas con los tres tipos de exploración.

En definitiva, aunque aún son pocos los trabajos que han analizado el apego adulto en el área del trabajo y el tiempo libre, los resultados de la mayoría de los estudios realizados hasta el momento son consistentes, poniendo de relieve nuevamente que una base segura formada en la infancia da lugar a una mayor tendencia a la exploración y a que ésta sea más eficaz y saludable que en el caso de un apego inseguro. Sería necesario, no obstante, explorar este terreno con medidas de los cuatro grupos de apego (poco usadas sobre todo en el caso del tiempo libre), con el fin de clarificar aún más las diferencias entre ambos tipos de evitativos en su orientación hacia el trabajo y el tiempo libre y así avanzar en la comprensión de la teoría del apego en adultos.

2.- Actitudes y conducta hacia el sexo

Otro aspecto investigado en el área actitudinal dentro de la teoría del apego adulto,

ha sido el de las actitudes y conducta hacia el sexo. La investigación ha identificado claras diferencias entre grupos de apego en torno a las actitudes y modelos de conducta sexual que presenta cada grupo, principalmente entre los estilos de apego seguro y evitativo (p. ej., Stephan y Bachman, 1999).

Así, personas con un estilo de apego seguro han mostrado un modelo de conducta sexual más comprometido o con un mayor grado de intimidad psicológica, al ser el grupo menos dispuesto a implicarse en relaciones de una noche o a mantener relaciones sexuales fuera de la pareja. Además, estos individuos muestran las actitudes más positivas hacia, y son los que más disfrutan con, el contacto físico (Hazan, Zeifman y Middleton, 1994).

Al contrario, personas con un estilo de apego evitativo (principalmente el estilo evitativo-indiferente) presentan las actitudes más positivas hacia el sexo sin amor, además de ser los más predispuestos a implicarse en aventuras de “una noche” o relaciones esporádicas (Brennan y Shaver, 1995; Feeney, Noller y Patty, 1993). En general, frente a otros estilos de apego, este grupo parece implicarse en actividades sexuales menos comprometidas o de una más baja intimidad psicológica, como relaciones de una noche, sexo sin amor o sexo fuera de la pareja habitual, además de ser los que manifiestan disfrutar menos con el contacto físico (Hazan, Zeifman y Middleton, 1994). Otros estudios revelan que las personas con este estilo de apego expresan menos afectividad o cariño durante la actividad sexual, aunque la frecuencia de sus relaciones sexuales no es menor que en otros grupos (Fraley, Davis y Shaver, 1998). O que un estilo de apego evitativo se asocia con un estilo de amor “utilitario”, con actitudes sexuales más permisivas, con menos satisfacción en las relaciones íntimas y, sólo en el caso de los hombres, con mayor número de parejas sexuales (Remshard, 1999).

Por otra parte, algunos estudios han encontrado diferentes modelos de contacto físico en las relaciones de pareja consistentes con lo esperado para cada una de las categorías de apego adulto. Por ejemplo, Brennan, Clark y Shaver (1998) realizaron un estudio en el que incluyeron medidas del estilo de apego adulto (con el modelo de los cuatro grupos; Bartholomew y Horowitz, 1991), diversas escalas de contacto físico y medidas acerca del grado en el cuál los participantes disfrutaban con varios tipos de conducta sexual, así como la frecuencia con la que experimentaban diversas emociones después de la actividad sexual. Los datos encontrados pusieron de manifiesto (consistente con los obtenidos en otras investigaciones; ver Brennan, Wu y Loev, 1998) que los seguros y los preocupados obtenían similares puntuaciones en las escalas de contacto físico, de forma que ambos puntuaban alto

en el uso del contacto para expresar el afecto y bajo en aversión al contacto físico. Al contrario, ambos tipos de evitativos (temerosos e indiferentes) puntuaban alto en la escala de aversión al contacto y manifestaban un déficit de contacto en sus relaciones. De los cuatro grupos de apego, los individuos preocupados eran los que más se quejaban de desear más contacto físico del que recibían, seguidos muy de cerca del grupo temeroso. En esta misma variable, los seguros eran los que puntuaban más bajo en esa escala, mientras que los indiferentes obtuvieron puntuaciones intermedias. Otra escala sobre contacto físico en la que surgieron diferencias entre los cuatro grupos fue la escala de "Incomodidad con el contacto físico en público". En este caso, los seguros y los preocupados obtuvieron las puntuaciones más bajas, frente a ambos tipos de evitativos.

En cuanto a las preferencias por el tipo de conducta sexual, mientras que los seguros y los preocupados preferían conductas sexuales "afectivas/románticas" (tales como caricias, abrazos o besos), los individuos evitativos-indiferentes fueron los que más se implicaban en conductas sexuales promiscuas (p. ej., relaciones de una noche). Por último, comparados con los tres grupos de inseguros, los individuos seguros fueron los que declaraban experimentar más emociones positivas y menos negativas, después de la actividad sexual. Dentro de los inseguros, los evitativos-temerosos fueron los que más emociones negativas experimentaban después del sexo, seguidos de los preocupados y de los evitativos-indiferentes.

De acuerdo con Hazan y Zeifman (1994), aquellas conductas dentro de las relaciones que implican contacto íntimo, afecto y proporción de cuidados, son conductas que facilitan la formación de un lazo de apego en la relación. El modelo de conducta sexual que presentan los individuos evitativos, caracterizada por la falta de compromiso e intimidad o por las relaciones esporádicas, podría estar reflejando su tendencia a evitar experiencias que faciliten la formación del apego o que les puedan hacer vulnerables al rechazo. Es decir, como señalan Fraley, Davis y Shaver (1998), estos individuos "no evitan la actividad sexual per se, sino que evitan el tipo de intimidad que puede facilitar la formación de un lazo emocional, como es el caso de los abrazos, las caricias o la expresión del afecto" (p. 265).

Por otra parte, este modelo de expresión sexual más promiscua en los evitativos o, en términos de Simpson y Gangestad (1991), esta conducta sexual *sin restricciones*, podría dar lugar a una mayor probabilidad de presentar conductas de riesgo en este grupo de apego. Feeney, Kelly, Gallois, Peterson y Terry (1999) diseñaron un estudio para explorar esta hipótesis. Puesto que los estilos de apego adulto difieren en sus modelos de conducta sexual,

estos autores exploraron la relación entre apego y la práctica de sexo seguro. Concretamente, ellos hipotetizaron que los individuos seguros estarían más dispuestos a adoptar conductas relacionadas con la práctica del sexo seguro (p. ej., usar el preservativo) que los grupos de apego inseguro, aunque esta tendencia podría estar mediada por los estilos de comunicación de cada estilo.

Los resultados encontrados pusieron de relieve que el estilo de apego adulto predecía la práctica del sexo seguro. En particular, altas puntuaciones en la dimensión *Ansiedad acerca de las relaciones* (individuos ansiosos/ambivalentes) se asociaba con menos práctica de sexo seguro, aunque esta relación estaba explicada, en parte, por el estilo de comunicación de este grupo (menos asertivo y con estrategias menos eficaces) y por las actitudes hacia la comunicación con la pareja sobre temas relacionados con el Sida. Los autores concluyen que estos resultados podrían ser explicados por los modelos internos de apego (negativo sobre ellos mismos, positivo sobre los demás) que presentan los individuos ansiosos/ambivalentes. Porque ellos se perciben como no merecedores de amor y tratan de dar prioridad a las necesidades de la pareja antes que a las suyas propias con el fin de preservar su relación, es posible que su tendencia a usar menos el preservativo y su rechazo a hablar con la pareja sobre el Sida puedan venir determinados por su temor a que esta situación amenace la relación y a que perjudique la visión que la pareja tiene de ellos, una creencia que ha mostrado su relación con un menor uso del preservativo en algunos trabajos sobre jóvenes y prevención del Sida (Gallois, Terry, Timmins y Kashima 1994).

Para finalizar este apartado, habría que señalar que algunos de estos trabajos han encontrado efectos del género en la relación entre el estilo de apego y las actitudes y conducta hacia el sexo. Por ejemplo, Hazan, Zeifman y Middleton (1994) encontraron diferencias en las preferencias sexuales entre hombres y mujeres con un estilo de apego ansioso/ambivalente, de manera que mientras los hombres ansiosos se mostraban más reticentes sexualmente, las mujeres con ese mismo estilo se implicaban más en prácticas sexuales como el exhibicionismo, voyeurismo o sadomasoquismo. Por otra parte, también se ha observado que, aunque las personas con un estilo evitativo presentan las actitudes más positivas hacia el sexo casual o hacia las relaciones "de una sola noche" (Brennan y Shaver, 1995; Feeney, Noller y Patty, 1993), la medida de la conducta varias semanas después (Feeney et al., 1993) pone de relieve diferencias en función del género, de forma que las mujeres evitativas y los hombres ansiosos/ambivalentes son los que mantienen menos relaciones sexuales. Estos resultados sugieren, no solo la necesidad de tener en cuenta el efecto del género en este área, sino también

la de tomar medidas en cada estilo de apego tanto de sus actitudes hacia el sexo como de su conducta.

3.- Actitudes y conducta religiosa

Como se ha visto anteriormente, el desarrollo de un apego seguro en el adulto parece afectar a numerosas áreas de la vida (como el trabajo, el tiempo libre o la sexualidad) y a un funcionamiento más adaptativo en ellas. Pues bien, otro aspecto que ha sido asociado con la seguridad o inseguridad en el apego ha sido el de las creencias y la conducta religiosa (Kirkpatrick, 1992, 1994; Kirkpatrick y Shaver, 1990, 1992).

De acuerdo con Bowlby y su teoría, entre las funciones del proceso de apego encontramos la función de *base segura* y la de *refugio emocional*. Estas funciones han sugerido a distintos autores (p. ej., Kirkpatrick, 1994) la posibilidad de que, para algunos individuos, Dios (o cualquier otra divinidad) funcione como una figura de apego, puesto que muchos creyentes perciben que tienen una relación personal con Él, que es un padre protector en quien se puede confiar cuando se le necesita, que siempre está disponible y que proporciona seguridad emocional (*base segura*) y alivia la ansiedad en momentos difíciles (*refugio emocional*), recogiendo así muchos de los aspectos que caracterizan las relaciones de apego terrenales. Además, según Kirkpatrick (1992, 1994), las oraciones o plegarias serían la forma que tienen los creyentes de buscar la cercanía con Dios (*búsqueda de proximidad*).

Sobre esta base, Kirkpatrick y Shaver (1990, 1992) llevan a cabo dos estudios en los que exploran las creencias y actitudes hacia Dios y la conducta religiosa como una función de la orientación en apego. En el primer estudio encontraron que, comparados con los seguros y los ansiosos/ambivalentes, los individuos evitativos eran los que más conversión religiosa repentina habían experimentado durante la etapa adolescente y adulta, aunque esta conversión estaba asociada con rupturas o pérdidas en sus relaciones personales. En el segundo estudio, los resultados mostraron que tener un estilo de apego adulto seguro se relacionaba con una visión de Dios menos distante, más amorosa y menos controladora que en el caso de los inseguros, además de mostrar un mayor compromiso religioso, resultados que han sido corroborados con posterioridad (Kirkpatrick, 1998b). Al contrario, el grupo evitativo era el que puntuaba más bajo en compromiso religioso y el que presentaba el mayor número de agnósticos. Otro resultado interesante de este estudio fue la relación encontrada entre el tipo de apego a Dios y distintos índices de salud física y mental, relaciones que no se dieron con

otras medidas de religiosidad incluidas en el trabajo. En este sentido, los datos pusieron de manifiesto que un apego seguro hacia Dios se relacionaba fuertemente con un mayor bienestar psicológico y una mayor satisfacción con la vida en general. Similarmente, Noller y Clark (1995) encontraron que la única medida religiosa relacionada con la salud mental era la de apego a Dios. Un apego seguro a Dios se asociaba con índices de depresión más bajos y con mayor autoestima, mientras que un estilo de apego a Dios temeroso o preocupado se asociaba con los niveles más bajos de autoestima y los más altos de ansiedad, tanto si se comparaban con los seguros como con los evitativos-indiferentes (creyentes y no creyentes).

Todos estos resultados han llevado a plantear, siguiendo a Kirkpatrick (1992), la posibilidad de que, por una parte, los modelos de apego en las relaciones humanas se prolonguen a las relaciones divinas, presentando estilos de apego similares en ambos casos y, por otra parte, que ante momentos de tensión emocional y ante la falta de adecuadas relaciones humanas, el individuo esté más predispuesto a la conversión religiosa para compensar esa carencia.

Además, también se ha sugerido que, de la misma forma que una base segura de apego en la infancia facilita el establecimiento de nuevas relaciones de apego durante la adolescencia, es posible que una relación segura con Dios facilite a las personas inseguras el establecimiento de relaciones humanas cercanas (Shaver y Hazan, 1993).

1.7.4.- Apego adulto y relaciones intergrupales

Finalizaremos este apartado mencionando otra línea de investigación reciente que trata de vincular conceptual y empíricamente la perspectiva del apego adulto con la de las relaciones intergrupales. Aunque la teoría del apego adulto ha sido aplicada fundamentalmente a las relaciones interpersonales, distintas investigaciones están poniendo de relieve el valor de esta aproximación para mejorar la comprensión de otro ámbito de estudio de la psicología social, el de los grupos sociales (p. ej., Mikulincer y Shaver, 2001; Smith, Murphy y Coats, 1999).

Desde teorías como la de la identidad social (Tajfel y Turner, 1986), por ejemplo, se ha enfatizado la idea de la importancia que tiene para el individuo (tanto a nivel cognitivo, como afectivo y conductual) la pertenencia a un grupo. Los grupos son para las personas una fuente para su autoestima, valoración e identidad. La identificación con el grupo también es

la base de muchas formas de conducta social, como el conflicto intergrupar, la influencia social o la polarización grupal (Turner et al., 1987).

Entre las razones que se han propuesto para explicar la identificación del individuo con los grupos, la más aceptada ha sido la que propone una identificación con el grupo como un todo (Turner et al., 1987) y la incorporación de esta identificación al *yo* del individuo (Smith y Henry, 1996). Esta afirmación está basada, entre otras cosas, en los resultados encontrados en distintos estudios sobre la formación de los grupos, resultados que han mostrado que la formación del grupo ocurre independientemente de la atracción que se da entre sus miembros (Billig y Tajfel, 1973).

Sin embargo, recientemente, se ha planteado un punto de vista diferente que complementaría los modelos sobre la identidad grupal ya existentes. Así, Smith et al. (1999) han sugerido que los principios de la teoría del apego podrían ser relevantes para explicar el vínculo o identificación del individuo con el grupo, estableciendo un paralelismo entre los sentimientos relacionados con el apego hacia una relación de pareja y los sentimientos hacia un grupo.

De acuerdo con estos autores, de la misma forma que la teoría del apego establece la existencia de un sistema conductual que regula la proximidad en las relaciones diádicas, es posible que también exista un sistema que regule la cercanía y dependencia con el grupo, argumentando que el manejo y la regulación de la cercanía y dependencia tanto en las relaciones individuales como en las grupales, son fundamentales para la supervivencia desde un punto de vista evolutivo. Es más, de la misma forma que en el apego interpersonal existen dos modelos internos o esquemas (sobre uno mismo y sobre los demás en las relaciones) que afectan a la manera de pensar, sentir y actuar del individuo en sus relaciones interpersonales, el apego a grupos incluiría también dos modelos o esquemas cognitivos, uno sobre el *self* (la visión acerca de uno mismo como miembro de un grupo) y otro sobre los grupos, desarrollados a partir tanto de las experiencias como miembros de distintos grupos en la infancia (p. ej., grupos de pares), como de las experiencias adultas actuales como miembros de diferentes grupos. Estos modelos afectarían también a cómo piense, sienta y actúe el individuo respecto al grupo. Además, como en el caso del apego interpersonal, el apego hacia los grupos tendría dos dimensiones subyacentes a las que llaman igualmente *ansiedad* y *evitación* en el apego. Así, por ejemplo, los individuos con bajas puntuaciones en ambas dimensiones (o, lo que es lo mismo, seguros en el apego hacia el grupo), serían personas que

se sienten dignos de ser miembros de su grupo, que valoran positivamente la cercanía o intimidad con su grupo y que esperan ser aceptados por éste. La seguridad en el apego hacia el grupo implicaría una menor preocupación por el rechazo del grupo y menos necesidad de conseguir su aprobación.

Sin embargo, por otra parte, los autores plantean que ambos tipos de apego son conceptualmente diferentes, puesto que las necesidades y metas que el individuo logra a través de sus relaciones interpersonales no coinciden con las obtenidas a través de sus relaciones grupales. Además, el individuo no sólo puede tener modelos de apego diferentes para cada uno de los padres (Fox et al., 1991), sino que también puede tener múltiples modelos sobre las relaciones románticas que pueden cambiar en accesibilidad y ser aplicados a relaciones específicas (Baldwin et al., 1996). Por tanto, cabe la posibilidad de que el individuo tenga un esquema o modelo mental de apego al grupo específico e independiente de otros modelos.

Para explorar esta nueva perspectiva sobre el apego hacia los grupos, Smith et al. (1999) llevan a cabo varios estudios entre cuyos objetivos se encuentra el de desarrollar un instrumento que mida el apego hacia los grupos, analizar las semejanzas entre el apego hacia los grupos y el apego interpersonal y comprobar si esta nueva medida predice mejor que otras medidas de identificación grupal distintos aspectos relacionados con la pertenencia al grupo. Los resultados apoyaron la mayoría de las hipótesis planteadas. Por ejemplo, los datos de su primer estudio pusieron de relieve la misma estructura de dos dimensiones en su medida (ansiedad y evitación) que la encontrada en las medidas de apego individual, así como la alta estabilidad del instrumento en un período de cuatro meses. Un segundo estudio puso de relieve que los individuos pueden tener un modelo de apego para una relación romántica (p. ej., seguro) y otro distinto para un grupo importante (p. ej., evitativo), indicando que el apego al grupo es conceptual y empíricamente distinto del apego individual. En una tercera investigación se observó que, frente a otras medidas convencionales de identificación grupal, la medida empleada de apego hacia el grupo predecía importantes resultados grupales, como la satisfacción con el grupo, el compromiso, las emociones o el apoyo social percibido.

En este sentido, de la misma forma que la investigación sobre el apego en las relaciones románticas ha mostrado que, comparados con los seguros, los individuos ansiosos y los evitativos presentan las emociones más negativas y los niveles más bajos de satisfacción en sus relaciones (p. ej., Hazan y Shaver, 1987; Tidwell et al., 1996), los resultados de este estudio mostraron que las personas con bajas puntuaciones en Ansiedad y Evitación en el

apego (seguros) experimentaban emociones más positivas en el grupo y mayor satisfacción, mientras que altas puntuaciones en Ansiedad y altas puntuaciones en Evitación se relacionaban con emociones más negativas y con menor satisfacción grupal. La altas puntuaciones en la dimensión Evitación también se asociaban con bajos niveles de intimidad e interdependencia grupal, así como con los niveles más bajos de compromiso (mayor intención de abandonar el grupo). Por último, de manera similar a los resultados encontrados en la relación entre el apego interpersonal y el apoyo social percibido (Blain, Thompson y Whiffen, 1993; Simpson et al., 1992), la seguridad en el apego hacia el grupo se relacionaba con mayores niveles de apoyo social percibido desde el grupo, mientras que las altas puntuaciones en Ansiedad y Evitación correlacionaban con niveles más bajos de apoyo social percibido.


Otros trabajos han tratado de clarificar aún más la conexión entre apego y relaciones intergrupales explorando otros aspectos. Tal es el caso del trabajo de Mikulincer y Shaver (2001), quienes examinan la relevancia de la teoría del apego para explicar las actitudes y sesgos intergrupales.

Estos autores se preguntaron si la orientación en el apego podría afectar a las reacciones y actitudes del individuo hacia el exogrupo. La investigación ha puesto de relieve que fenómenos tales como el prejuicio (p. ej., Tajfel, 1982) o el favoritismo endogrupal (p. ej., Devine, 1995), están relacionados con una tendencia o percepción sesgada en el individuo de que el endogrupo (aquellos similares a uno mismo en algún aspecto) es superior al exogrupo (aquellos diferentes a uno mismo o desconocidos) (Devine, 1995) y esta tendencia es, de acuerdo con la teoría de la identidad social, el resultado de procesos motivacionales a través de los cuales el individuo trata de mantener una alta autoestima y preservar su propia imagen (Tajfel y Turner, 1986). Mikulincer y Shaver (2001) sugirieron la posibilidad de que una base segura en el apego (y, por tanto, una mayor autoestima y mayor confianza en uno mismo y en los demás) podría generar en el individuo una menor necesidad de reaccionar negativamente hacia los miembros del exogrupo como una forma de protegerse o aumentar su autoestima. Su hipótesis también se basaba en resultados pasados mostrando que los individuos con un apego seguro (frente a inseguros) mostraban una mayor flexibilidad en sus esquemas cognitivos ante la información incongruente o discrepante con sus creencias, permitiéndoles ser menos rígidos en sus juicios sociales (Mikulincer, 1997).

A través de cinco estudios con distintos procedimientos *priming* y diferentes

exogrupos (actitudes hacia judíos, hacia inmigrantes rusos o hacia homosexuales, entre otros), los resultados pusieron de manifiesto que, en todos los casos, la activación contextual del sentimiento de seguridad en el apego atenuaba las reacciones negativas hacia el exogrupo, así como también hacia aquellas personas cuyas opiniones negativas amenazaban aspectos de su identidad (p. ej., la identidad nacional). De acuerdo con los autores, estos resultados reflejaban que un sentimiento de seguridad en el individuo permite ser más tolerante con otros puntos de vista diferentes al suyo, así como una mayor aceptación de aquellas personas que no forman parte de su propio grupo. Sin embargo, esto no significa necesariamente que un apego seguro genere una falta de identificación con el endogrupo, ni que potencie valores individualistas. De hecho, como apunta Brewer (1999, cit. en Mikulincer y Shaver, 2001), el afecto hacia el endogrupo no siempre va unido a la hostilidad hacia el exogrupo, aunque este sería un aspecto del apego adulto que requeriría nuevos estudios.

Puesto que la investigación sobre el apego y las relaciones intergrupales es aún muy escasa y relativamente reciente, todavía es pronto para encontrar resultados consistentes y para establecer conclusiones sólidas. No obstante, queda abierta una nueva e interesante línea de trabajo que puede enriquecer el conocimiento sobre los procesos grupales y ampliar la utilidad de la teoría del apego para explicar, no solo aspectos individuales o procesos interpersonales, sino también fenómenos socioculturales.



CAPÍTULO II
Actitudes y conducta

2.1.- INTRODUCCIÓN

El interés por estudiar las actitudes y su relación con la conducta se remonta a los orígenes de la psicología social moderna. Han pasado cerca de setenta años desde que Allport afirmara que las actitudes eran el aspecto “más indispensable y distintivo en la psicología social americana contemporánea” (1935, p.798) y algunos años más desde que Thomas y Znaniecki (1918) definieran la psicología social como el estudio científico de las actitudes. Décadas después, continúa siendo un tema central en esta disciplina, a pesar de haber vivido momentos de crisis. La investigación psicosocial ha dedicado un gran esfuerzo para comprender el concepto de actitud y su relación con la conducta y, en la actualidad, sigue generando una gran cantidad de trabajos como demuestra la literatura aparecida en las dos últimas décadas.

Este interés se ha debido, en buena medida, a su valor como fenómeno individual y social. Como fenómeno individual, porque los psicólogos se encontraron ante un constructo que podía ser útil para predecir, explicar o modificar el comportamiento, así como por sus efectos selectivos en el procesamiento de la información. Las actitudes fueron vistas desde el principio como disposiciones para la conducta y, por consiguiente, como una variable que podía ser usada para explicarla, suposición que prácticamente no cambió hasta la década de los años 50. Como fenómeno social, por ser un aspecto de gran relevancia en los estudios sobre prejuicio, discriminación, persuasión o influencia social.

No obstante, el interés por las actitudes y por su relación con la conducta, ha pasado por diferentes etapas. El entusiasmo de los años 20 y 30, en los que dominan los trabajos sobre medición de actitudes y relación entre actitudes y conducta, deja paso a unos años de confusión en la definición de actitud y a una sensación de fracaso respecto a su utilidad para predecir el comportamiento. Todo ello desembocó en un descenso del interés durante la década de los años 50 y 60 (Rodríguez y Seoane, 1989). Este es un período donde los estudios se dirigen, fundamentalmente, al cambio de actitud (prueba de ello son las teorías sobre consistencia cognitiva). Sin olvidar, por supuesto, que la crisis sufrida en toda la psicología social entre 1965 y 1975 afectó también al tema de las actitudes. Como plantean Eagly y Chaiken (1993), este fue el período en el que los psicólogos sociales mostraron las *actitudes* más negativas hacia la investigación actitudinal. No será hasta los años 80 cuando se produzca un renacimiento en la investigación sobre actitudes, centrado, en este caso, en su estructura y, nuevamente, en su relación con la conducta.

Actualmente, la investigación sobre actitudes abarca, principalmente, tres grandes áreas: cuáles son sus bases y estructura, cómo cambia y cuáles son sus consecuencias (Petty, Wegener y Fabrigar, 1997). A pesar de este dinamismo en el campo actitudinal, no faltan quienes se preguntan si, después de casi un siglo de investigación, se ha progresado en la comprensión de las actitudes (Eagly, 1992).

La realidad es que nos encontramos ante una falta de consenso respecto a la utilidad de las actitudes como predictoras del comportamiento. Mientras algunos investigadores mantienen el pesimismo acerca de esta relación, encontrando opiniones de la talla de McGuire (1985) acerca del escaso poder explicativo de las actitudes sobre la conducta (incluso, en algún momento, se llegó a sugerir la necesidad de abandonar el concepto de actitud), otros se han mostrado optimistas, insistiendo en la necesidad de mantener las actitudes como un buen predictor de la conducta (Chaiken y Strangor, 1987; Cialdini, Petty y Cacciopo, 1981; Eagly y Himmelfarb, 1974). El amplio debate surgido sobre la relación entre actitud y conducta, ha dado lugar a tres tipos de planteamientos:

- autores que consideran, desde un punto de vista conductista, la necesidad de abandonar el concepto de actitud entendido como un índice disposicional subyacente conductor del comportamiento. Desde esta posición, las expresiones verbales acerca de un objeto de actitud reflejadas en los autoinformes son consideradas como un tipo de conducta o como el resultado de procesos de autopercepción a través de los cuales el individuo repasa su conducta y decide cuál es su actitud. Por consiguiente, el interés no ha de centrarse en la relación entre actitud y conducta, sino en la conducta misma (Bandura, 1969; Bem, 1967; Blumer, 1955; Doob, 1947).

- autores que consideran la necesidad de estudiar otras variables determinantes del comportamiento o moderadoras de la relación actitud-conducta. Desde su perspectiva, la influencia de estas variables es tan grande que lo esperable sería que, si no se tienen en cuenta sus efectos, no aparezca apenas relación entre actitudes y conducta (Fazio y Zanna, 1978b; Liska, 1974; Snyder, 1982; Tittle y Hill, 1967). Entre esas variables, encontramos las relacionadas con características individuales, de la situación o de la propia actitud.

- por último, un tercer grupo de investigadores se esfuerza por demostrar que el concepto de actitud es un constructo válido y que la relación actitud-conducta, sin duda, existe, independientemente de cuál de las dos variables sea la causa y cuál la consecuencia.

Para algunos (Festinger, 1957; Insko y Schopler, 1967; Kelman, 1974), la consistencia entre actitud y conducta se logra en las dos direcciones, mientras que la mayoría busca un lazo causal desde actitud hacia conducta. De hecho, los estudios que han analizado la dirección prevalente, señalan a la actitud como la causa del comportamiento (p. ej., Kahle y Berman, 1979).

Para autores como Kraus (1995), actualmente lo más pertinente es considerar que se trata de una relación dinámica que se muestra a veces fuerte, a veces débil y en la que influyen otras variables, pero de gran interés por su poder informativo sobre la naturaleza de la conducta social humana.

Este primer capítulo lo vamos a dedicar al estudio de la relación entre actitudes y conducta. Comenzaremos repasando brevemente la investigación sobre las actitudes a través de algunos de sus aspectos más relevantes (definición, estructura y funciones, medida y formación), con el fin de sentar las bases de lo que será el núcleo central del capítulo, la relación entre actitudes y conducta. La mayor parte del capítulo, por tanto, lo dedicaremos a ese estudio, con especial énfasis en algunos de los modelos teóricos que han pretendido explicar tal relación.

2.2.- EL ESTUDIO DE LAS ACTITUDES

2.2.1.- El concepto de actitud

A pesar de que el conocimiento de las actitudes ha preocupado durante mucho tiempo a los científicos sociales, para autores como McGuire (1985), la investigación en este campo ha eludido llegar a un acuerdo sobre qué es una actitud y cómo puede identificarse. Aunque, como se verá más adelante, parece haber consenso a la hora de hablar de la actitud en términos evaluativos, todavía no se ha llegado a un acuerdo acerca de su definición. Esto explicaría el elevado número de definiciones sobre la actitud que pueden encontrarse en los distintos manuales de psicología social.

Autores como Allport (1935) o Triandis (1977) llevaron a cabo revisiones sobre las múltiples definiciones propuestas por distintos teóricos en el área actitudinal. Concretamente Allport (1935), en la primera revisión realizada en este sentido, propuso una definición propia que intentaba abarcar las distintas concepciones que entonces se tenían de la actitud. Para

este autor, una actitud era “un estado de disposición mental y neural, organizado a partir de la experiencia, que ejerce una influencia directiva o dinámica sobre la conducta respecto a todos los objetos y situaciones con los que se relaciona” (Allport, 1935, p.810). De esta definición se deduce que las actitudes son patrones internos relativamente estables y duraderos, que se adquieren mediante aprendizaje y que ejercen una influencia sobre la conducta de las personas. Además, Allport también fue precursor de una postura multidimensional en la composición de la actitud, puesto que para él considerar una actitud sólo en términos evaluativos suponía no capturar la complejidad del concepto (Allport, 1935, p.820). Como señala Pratkanis (1989), esta definición supuso una visión integrada de las distintas concepciones de la actitud, muy valiosa para identificar mejor el constructo. En otra revisión posterior, Triandis (1977) integra en una definición las ideas principales de algunas de las definiciones propuestas hasta ese momento, de forma que una actitud sería “una idea cargada de emotividad que predispone a una clase de acciones ante una clase particular de situaciones sociales” (p. 2-3).

Una revisión más actual de las definiciones sobre actitud, la encontramos en Olson y Zanna (1993). Para estos autores, en la investigación sobre la estructura de las actitudes la cuestión fundamental ha sido la propia naturaleza del concepto. Mientras que algunas definiciones se centran en el aspecto *evaluativo* de la actitud, otras lo hacen en el *afectivo*, en el *cognitivo* o en el *conductual*. Por ejemplo, Eagly y Chaiken (1993), centradas en el aspecto evaluativo, consideran la actitud como “una tendencia psicológica que se expresa evaluando una entidad particular con algún grado de acuerdo o desacuerdo” (p. 1). Entre las definiciones que enfatizan el aspecto afectivo, encontramos la de Petty y Cacioppo (1981), quienes definen la actitud como “un sentimiento general, frecuentemente positivo o negativo, hacia alguna persona, objeto o problema” (p. 7). Centrada en el aspecto cognitivo, Kruglansky (1989) entiende la actitud como “un tipo especial de conocimiento cuyo contenido es evaluativo o afectivo” (p. 139). Por último, entre las definiciones que enfatizan el carácter conductual de la actitud (o predisposición a actuar) encontramos la de Triandis (1991), para quien la actitud es “un estado de la persona que predispone a una respuesta favorable o desfavorable hacia un objeto, persona o idea” (p. 485).

Anteriormente, Shaw y Wright (1967) también plantearon que una de las fuentes de varianza entre las definiciones era los diferentes puntos de vista de los teóricos respecto a cuáles y cuántos eran los componentes que formaban la actitud. En este sentido, las definiciones propuestas se han distinguido según enfatizaran una visión unitaria o una visión

multicomponente de la actitud.

2.2.1.1.- Modelos sobre la composición de la actitud

Ambas visiones reflejan las dos posturas que han existido tradicionalmente en la investigación sobre cuáles son las bases o dimensiones de la actitud:

- la perspectiva multidimensional o de componentes múltiples, desde la que se considera que son dos (afectivo y cognitivo) o tres (afectivo, cognitivo y conductual) los componentes de la actitud. En el primer caso, estaríamos ante un *modelo dual* de la actitud (Bagozzi y Burnkrant, 1979; Fleming, 1967; Zajonc y Markus, 1982) y, en el segundo, ante el tan debatido *modelo tripartito* (Breckler, 1984b; Katz y Stotland, 1959; Kothandapani, 1971; Krech y Crutchfield, 1948; Ostrom, 1969; Rosenberg y Hovland, 1960; Smith, 1947; Triandis, 1971);

- la perspectiva unidimensional o de componente único, desde la que se insiste en la necesidad de reducir la actitud a un único componente. Dentro de esta perspectiva, encontramos autores para quienes el componente afectivo es tratado como la única dimensión de la estructura actitudinal, frente a cognición y conducta, tratadas como elementos conceptualmente distintos (Fishbein y Ajzen, 1975; Petty y Cacioppo, 1981; Thurstone y Chave, 1929), mientras que otros autores ponen el énfasis, o bien en el componente cognitivo (Rokeach, 1968), o bien en el conductual (Bem, 1972).

Respecto al modelo de los tres componentes, se podría decir que ha sido uno de los más utilizados tanto en las definiciones de actitud como a la hora de abordar su estructura. Aunque el autor que desarrolló la idea de los tres componentes en el campo de las actitudes fue Smith en el año 1947, quienes realmente popularizaron esta visión unos años después fueron Rosenberg y Hovland (1960) al representar gráficamente el modelo. Según los autores, ante un estímulo u objeto actitudinal, las personas presentan respuestas evaluativas de tres clases: cognitiva, afectiva y conductual. Las respuestas evaluativas de tipo cognitivo serían los pensamientos o ideas que las personas tiene sobre el objeto de actitud, comúnmente conceptualizadas como creencias. Las respuestas evaluativas de tipo afectivo serían los sentimientos o emociones que se experimentan en relación a tal objeto. Por último, las respuestas evaluativas de tipo conductual consistirían en las intenciones o acciones de las personas respecto al objeto de actitud. Rosenberg y Hovland representan esta idea de forma

jerárquica, al considerar los tres tipos de respuesta como factores de primer orden y la actitud, como un único factor de segundo orden. Si, tal y como plantea este modelo, las medidas de respuestas evaluativas cognitivas, afectivas y conductuales a un objeto de actitud son todas índices del mismo constructo (la actitud), entonces debería darse entre ellas alguna consistencia. De no ser así, tal suposición debería ser cuestionada. Como se verá más adelante, este modelo no es el único que espera una alta correlación entre actitud y conducta.

Son pocos los trabajos empíricos que se han llevado a cabo con el fin de comprobar la triple composición de la actitud; los trabajos de Breckler (1984a, 1984b), por ejemplo, proporcionan uno de los mayores apoyos al modelo tripartito. Sobre los datos de los trabajos pioneros de Ostrom (1969) y Kothandapani (1971) (en los que se aportaba evidencia de la triple composición), Breckler (1984b) aplica técnicas más sofisticadas de análisis de datos (como ecuaciones lineales estructurales), concluyendo que los datos de Ostrom (1969) apoyan solo parcialmente el modelo, mientras que en los de Kothandapani (1971) no se encuentra apoyo estadístico. Breckler (1984a), tratando de subsanar los problemas encontrados en estos dos estudios, diseña uno nuevo, cuyos resultados apoyan la triple composición de la actitud. Este autor señala que el modelo tripartito será válido siempre y cuando se cumplan una serie de condiciones, como son: incluir medidas verbales y no verbales de los componentes afectivo y conductual; que esté presente físicamente el objeto de actitud cuando se obtengan las medidas; usar múltiples indicadores de cada componente; utilizar métodos confirmatorios antes que exploratorios; y el escalamiento de las medidas dependientes a lo largo de una dimensión evaluativa común (Breckler, 1984a, pp. 1193-1194).

El modelo de los tres componentes ha recibido serias críticas. Zanna y Rempel (1988), por ejemplo, piensan que en la triple composición de la actitud se dan problemas de tipo conceptual. Para los autores, este modelo asume, por definición, que la relación actitud-conducta existe, cuando la investigación en este área ha mostrado, en algunas ocasiones, la débil fuerza de tal relación. Eagly y Chaiken (1993) consideran que la división de la actitud en tres componentes proporciona un lenguaje con gran valor heurístico para discutir temas de relevancia actitudinal, pero que este valor no es suficiente. Según Eagly y Chaiken, esta división debería presentar alguna validez discriminante o, como señala Ajzen (1988), cada uno de los tres componentes debería poseer varianza única no mostrada con los dos restantes. En su revisión, Eagly y Chaiken (1993) concluyen que sólo algunos estudios han demostrado tal validez y, por tanto, no hay una base empírica para considerar tales clases de respuesta como los componentes actitudinales.

Dentro de la perspectiva multidimensional, otra visión sobre la composición de la actitud es la que sugiere que este concepto tiene una estructura de dos componentes, afecto y cognición, considerando la respuesta conductual como elemento independiente del constructo actitudinal (Abelson, Kinder, Peters y Fiske, 1982; Bagozzi y Burnkrant, 1979; Fleming, 1967; Millar y Tesser, 1986, 1989; Zajonc y Markus, 1982). Algunas investigaciones desarrolladas considerando afecto y cognición como antecedentes de la actitud (Millar y Tesser, 1986, 1989; Wilson, Dunn, Kraft y Lisle, 1989) han mostrado el efecto moderador en la relación actitud-conducta de las bases afectivas y cognitivas de la actitud, de forma que cuanto más igualadas sean las bases afectivas o cognitivas de la actitud con las de la conducta, la relación será mayor. Por otra parte, en un trabajo de Crites, Fabrigar y Petty (1994) en el que se lleva a cabo una validación empírica de escalas afectivas y cognitivas, se apoya la idea de que la actitud puede tener tanto bases cognitivas como afectivas y que, para un mismo objeto de actitud, las personas pueden presentar diferentes grados de asociación entre la información afectiva-cognitiva y la actitud. Sin embargo, otros estudios que han tratado de averiguar si las actitudes están basadas en información afectiva o cognitiva, han mostrado resultados aparentemente divergentes (ver Edwards, 1990; Millar y Millar, 1990). Según Olson y Zanna (1993), las explicaciones a tales divergencias han estado basadas en las diferencias metodológicas de estas investigaciones.

Frente a esta visión multicomponente de las actitudes, otros autores han propuesto un modelo de componente único. Así, Thurstone (Thurstone y Chave, 1929), por ejemplo, sugería que la actitud consistía en respuestas evaluativas o afectivas al objeto de actitud, asumiendo que en este constructo subyace una única dimensión. Posteriormente, otros autores han defendido la visión unidimensional de la actitud, encontrando en Fishbein y Ajzen (1975) a dos de sus máximos exponentes. Estos autores reducen la estructura de la actitud a un único componente, la evaluación, insistiendo en la necesidad de entender la actitud como un concepto distinto al de creencia y al de conducta. Consideran, por tanto, la actitud como una respuesta evaluativa que identifican, como otros autores (Ajzen, 1984; Rosenberg, 1960; Staats, 1968; Zajonc y Markus, 1982;) con la dimensión afectiva y, aunque basada fundamentalmente en creencias relativas al objeto de actitud, entienden estos dos elementos (creencias y evaluación) como conceptos distintos.

En cuanto al elemento conductual, lo consideran aún más alejado de la composición actitudinal, postulando una relación indirecta entre actitud y conducta a través de la *intención conductual*. La intención es considerada el antecedente inmediato de la conducta, en el que

influye, además de la actitud, la norma subjetiva. La idea central de este modelo es que una actitud (entendida como evaluación) es una función de las creencias, representadas como la suma de los valores esperados de los atributos que se perciben en el objeto de actitud. Una explicación más detallada de este modelo y de la relación entre sus componentes será descrita en un apartado posterior.

Como defensa al modelo de componente único, Fishbein (1967) proclama que sólo es aceptable un modelo unidimensional de la actitud al entender que todas las medidas actitudinales, ya sean basadas en respuestas cognitivas, afectivas o conductuales, ordenan al individuo a lo largo de un continuo evaluativo.

También han surgido críticas a esta postura. Por ejemplo, Zanna y Rempel (1988), aunque plantean que la visión unidimensional ha ayudado a resolver el problema de la inconsistencia en la relación entre actitud y conducta, no están de acuerdo en reducir, como hacen Ajzen y Fishbein, la respuesta evaluativa a lo que ellos llaman creencias "utilitarias" acerca del objeto de actitud, sin tener en cuenta el afecto. Para Zanna y Rempel, entender la evaluación o actitud como una función de las creencias únicamente (la actitud se basaría en las creencias sobre el objeto de actitud junto al valor asignado a cada una de ellas) supone ignorar la experiencia afectiva en la que puede estar basada la actitud. Los autores aportan datos de investigaciones en las que se demuestra que los sentimientos pueden producir evaluaciones positivas o negativas sin que necesariamente influyan los pensamientos acerca de los atributos del objeto de actitud (Zajonc, 1980) o incluso pueden producir evaluaciones contrarias a las creencias sobre el objeto (Abelson, Kinder, Peters y Fiske, 1982).

Dentro de esta visión unidimensional de la estructura actitudinal, también encontramos autores que enfatizan la idea de que las evaluaciones están basadas en respuestas conductuales. Así, trabajos como los de Bem (1972) pusieron de manifiesto cómo las personas inferían actitudes consistentes con su conducta pasada, eso sí, teniendo en cuenta las condiciones bajo las cuales la conducta fue ejecutada. Trabajos posteriores (Fazio, Zanna y Cooper, 1977; Salancik y Conway, 1975) también demostraron la poderosa influencia de la conducta pasada en la evaluación actitudinal.

2.2.1.2.- Perspectiva actual

A pesar de todos los enfoques que han surgido y han dado pie a extensos debates

sobre la composición de la actitud, en la actualidad y, siguiendo a Olson y Zanna (1993), son tres los temas de la investigación en actitudes en los que los teóricos parecen haber llegado a un consenso:

- 1.- considerar la actitud en términos de *evaluación*.
- 2.- considerar las creencias, el afecto y la conducta como antecedentes y/o consecuencias de la actitud y no como sus componentes básicos.
- 3.- considerar la actitud como una representación mental.

Respecto a los dos primeros temas, los psicólogos sociales contemporáneos parecen coincidir cada vez más en considerar la naturaleza disposicional y evaluativa de la actitud, es decir, en entender la actitud como una tendencia o estado interno de la persona que le predispone hacia respuestas favorables (si la actitud es positiva) o hacia respuestas desfavorables (si la actitud es negativa).

El problema de la conceptualización de la actitud en términos evaluativos, surge a raíz de la confusión entre los términos evaluación y afecto. En algunas investigaciones, estos dos elementos han sido tomados de manera intercambiable (Fishbein y Ajzen, 1975; Rosenberg, 1960; Staats, 1968; Zajonc y Markus, 1982), al ser entendidos como la misma entidad. Al contrario, otros autores han tomado posición clara en este sentido, considerando afecto y evaluación como conceptos distintos, en base a los resultados encontrados en la investigación sobre afecto y emoción (Abelson, Kinder, Peters y Fiske, 1982; Eagly y Chaiken, 1993; Zanna y Rempel, 1988). Un ejemplo de los estudios realizados sobre la relación entre afecto y evaluación, lo encontramos en Breckler y Wiggins (1989, 1991), cuyas conclusiones han señalado la independencia de ambas dimensiones en su capacidad predictiva sobre la donación de sangre. Concretamente, se encontró que la información afectiva era mejor predictora que la evaluativa.

Para Eagly y Chaiken (1993), afecto no puede ser igualado a evaluación, ya que afecto se refiere a los sentimientos o emociones que se experimentan en relación al objeto de actitud, mientras que la evaluación es tratada como un “estado interviniente que explica la covariación entre clases de estímulos y las respuestas evaluativas elicítadas por el estímulo” (Eagly y Chaiken, 1993, p. 12). El afecto sería uno de los distintos tipos de respuesta a través

de los cuales las personas pueden expresar sus evaluaciones. Aunque el afecto pueda ser la base desde la que se formen las evaluaciones de determinados tipos de objetos, no tiene por qué ser la única base desde la que se forme la actitud y, por consiguiente, evaluación y afecto no deberían ser entendidos como el mismo concepto.

Desde su posición, la actitud no se forma hasta que la persona responde de manera evaluativa al objeto de actitud y, una vez formada, predispone a un determinado tipo de respuesta evaluativa cada vez que la persona se encuentra ante el objeto de actitud. Estas respuestas evaluativas pueden ser tanto cognitivas, como afectivas y/o conductuales.

Otros autores (Zanna y Rempel, 1988) señalan que el término *afecto* debería utilizarse “únicamente en aquellos casos en los que se experimentan emociones o sentimientos respecto al objeto de actitud, distinguiéndose de la categorización cognitiva del objeto a lo largo de una dimensión evaluativa” (pp. 318). Definen la actitud como la “categorización de un estímulo-objeto a lo largo de una dimensión evaluativa basada en tres clases generales de información: cognitiva, afectiva y/o la relacionada con la experiencia pasada o con la intención conductual” (pp. 319). En esta definición, dejan clara su postura al sugerir que no necesariamente el afecto tiene que estar presente para que se produzca una evaluación.

Puesto que la actitud puede estar basada (de forma aislada o conjuntamente) en conocimiento, emociones y experiencia pasada, las personas pueden presentar más de una actitud hacia el mismo objeto (Zanna y Rempel, 1988). Así, dependiendo de la situación, la actitud hacia un objeto estará basada en distintos tipos de información. Posteriormente, Eagly y Chaiken (1993) añaden que las actitudes pueden generar también respuestas de tipo afectivo, cognitivo y conductual, aunque para que una actitud exista, no es necesario que las tres estén presentes. Es decir, desde su punto de vista, la actitud es un constructo abstracto, resultado de la experiencia en cada uno de esos tipos de información (cognitivo, afectivo y/o conductual). Así, por ejemplo, nuestra experiencia a nivel afectivo con el objeto de actitud influirá en nuestras creencias acerca del objeto y en nuestra conducta. Afecto, cognición y conducta han de ser entendidas como respuestas desde las que se pueden manifestar las actitudes y/o como procesos desde los que se forman.

En definitiva, mientras que antes se asumía de forma mayoritaria que toda actitud tenía tres componentes (afectivo, cognitivo y conductual), actualmente se habla de ellos en términos de antecedentes y/o consecuencias de la actitud.

Para terminar, otro planteamiento que recientemente parece estar dando lugar a un acuerdo entre teóricos de la actitud, es entender ésta desde un punto de vista esquemático o representacional. Para un importante número de autores, las actitudes son consideradas estructuras de conocimiento o redes asociativas representadas en la mente, aplicando los procesos de la memoria al fenómeno actitudinal (Fazio, 1990; Judd, Drake, Downing y Krosnick, 1991; Pratkanis y Greenwald, 1989). Desde estos modelos de redes asociativas (también conocidos como semánticos o proposicionales), las actitudes son entendidas como asociaciones entre el objeto de actitud y una evaluación (Fazio, 1986), ambos formando parte de una red asociativa. Si entre estos dos elementos (objeto de actitud y evaluación positiva o negativa) se produce una vinculación, la actitud permanecerá en la memoria durante mucho tiempo. Además, cuando una actitud es activada, genera la activación de las creencias fuertemente vinculadas a tal actitud por medio de procesos de propagación de la activación.

Uno de los aspectos más novedosos e interesantes de esta aproximación representacional es, siguiendo a Fazio (1990), la idea de que, a medida que la activación que produce una respuesta evaluativa a un objeto de actitud se repite, tal asociación (actitud-evaluación) se hace más *fuerte* y, por consiguiente, la actitud también se hace más *accesible*. Fazio entiende por accesibilidad actitudinal la facilidad o rapidez con la que la evaluación es recuperada desde la memoria. Sobre éste y otros atributos de la actitud se hablará en el apartado correspondiente a la relación entre actitud y conducta.

Otro modelo dentro de esta misma línea es el Modelo Sociocognitivo propuesto por Pratkanis y Greenwald (1989), en el que se concibe la actitud como un heurístico o estrategia cognitiva desde la que organizar la información en la memoria, resolver problemas o mantener la autoestima, sirviendo de esta forma la actitud a una función de adaptación del individuo a su mundo.

Según el modelo, la actitud está representada en la memoria por medio de la categorización del objeto, de un resumen evaluativo de éste y de una estructura de conocimiento que apoya tal evaluación (Pratkanis, 1989, pp. 89). Como se verá posteriormente, hablar de actitudes en estos términos es entenderla de forma similar a otras estructuras cognitivas, como puede ser un esquema, puesto que la actitud sirve, igual que el esquema, para que el individuo se relacione de manera más fácil con el objeto de actitud, para que lo entienda e interprete, así como (y aquí sería donde está la diferencia entre actitud y otras estructuras de conocimiento) para clasificarlo como positivo (favorable) o negativo

(desfavorable).

A modo de conclusión, la perspectiva actual en relación al concepto actitudinal parece inclinarse por una visión de la actitud en términos evaluativos, es decir, por la tendencia a pensar que lo que se mide como actitud son en realidad juicios evaluativos que los individuos construyen en el lugar, basándose en la información más accesible en ese momento (cognitiva, afectiva y/o conativa). Distintos autores reconceptualizan la actitud como representaciones en memoria sobre las que operan procesos de juicio social (p. ej. Lord y Lepper, 1999) y otros consideran que la “psicología de la actitud es simplemente la psicología del juicio evaluativo” (Schwarz, 2000, p. 168).

2.2.2.- La medida de las actitudes

Como ya se ha comentado anteriormente, en la década de los años 20, el estudio de la actitud se centra, fundamentalmente, en la delimitación del concepto y en la creación de escalas de medida. La construcción de técnicas de medida actitudinal experimentó un cambio importante con Thurstone (1928; Thurstone y Chave, 1929), quien propuso que la actitud, que él entendía como la cantidad de afecto a favor o en contra de un objeto social, debía medirse a través de un continuo que discurriera desde positivo a negativo o desde favorable a desfavorable. Restringió el problema de la medida a la obtención de una puntuación que identificara la posición de una persona en una dimensión afectiva bipolar con respecto al objeto de actitud. Además, desarrolló una escala (Escala de Intervalos Aparentemente Iguales) que posibilitaba evaluar las actitudes a través de las opiniones o creencias (que consideraba expresiones verbales de una actitud) que tiene la persona acerca del objeto de actitud. Esta escala también posibilita la evaluación de la actitud a través de la intención o conducta actual respecto al objeto de actitud. En definitiva, la perspectiva unidimensional y operativa de Thurstone ocasionó, en aquella época, un avance importante en la investigación actitudinal.

En general, las técnicas más conocidas para medir las actitudes han sido tanto los métodos de escalamiento, como el de Thurstone citado anteriormente o el de Likert (1932) y el de Guttman (1941, 1944), como los métodos de diferencial semántico (Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957), ampliamente utilizados como procedimientos de construcción de escalas para medir la actitud. Por sus ventajas prácticas, una gran cantidad de investigadores ha utilizado autoinformes como técnica de recogida de datos, a través de los cuales se han medido, fundamentalmente, las reacciones afectivas al objeto de actitud.

La medida de la actitud a través de escalas evaluativas unidimensionales recibió diversas críticas, entre las que encontramos las de autores como Allport (1935) o Triandis (1967). Estos y otros autores cuestionaron el uso de estas escalas, poniendo de manifiesto el distanciamiento entre la teoría actitudinal (ya se hablaba de tres dimensiones en la composición de la actitud) y la investigación metodológica. Junto a este motivo, otras razones han dado lugar a una serie de cambios en la medida de la actitud, entre las que podríamos señalar los problemas de deseabilidad social que genera el uso de las técnicas de autoinforme para medir determinados tipos de actitud (como aquellas relacionadas con prejuicios o moralidad) o la forma de presentación de los ítems en las medidas actitudinales (Schwarz y Strack, 1991).

Así, aunque la técnica más común para medir actitudes ha sido (y continúa siendo) el autoinforme, otras técnicas han sido diseñadas con el fin de subsanar en la medida de lo posible todos estos problemas, como es el caso de las técnicas de respuesta aleatorizada, de bogus pipeline (o “ruta falsa”) o las nuevas técnicas psicofisiológicas. Una revisión excelente sobre las técnicas de medida de la actitud, se puede encontrar en el trabajo de Himmelfarb (1993).

Recientemente y debido a los nuevos modelos surgidos sobre el concepto de actitud, se han sugerido otras metodologías y estrategias de investigación que se adapten a tales modelos, como es el caso del modelo de Zanna y Rempel (1988), el de Fazio (1986) o el de Eagly y Chaiken (1993). Los primeros, por ejemplo, sugieren la necesidad de utilizar medidas separadas de evaluación, afecto, cognición y experiencia pasada, recomendando tanto el uso de escalas puramente evaluativas (favorable-desfavorable) como evitar preguntar a las personas acerca de cómo sienten o piensan sobre el objeto de actitud. Para estos autores, lo adecuado sería pedirles que evalúen simplemente tal objeto o evento. Por su parte, Fazio (1986), de acuerdo con su modelo sobre el procesamiento espontáneo, desarrolla una medida de prejuicio racial basada en los efectos de la activación automática de la actitud (Fazio, Jackson, Dunton y Williams, 1995).

Antes de finalizar este apartado, podríamos preguntarnos por la razón de la diversidad a la hora de medir la actitud desde el comienzo de la investigación actitudinal. Autores como Davis y Ostrom (1984), por ejemplo, plantean que son dos las razones principales de que, al contrario que en otras áreas de la psicología, en la investigación actitudinal no se haya adoptado una única técnica de medida validada, sino que se dé una

tendencia a la construcción de nuevas escalas para cada trabajo de investigación. En primer lugar, los autores piensan que la multitud de actitudes existente posibilita que, a lo largo de los años, vaya cambiando el interés u objetivo de estudio y, en segundo lugar, otra razón se debe a que, a pesar de que se utilicen diferentes medidas para la misma actitud, las correlaciones encontradas suelen ser, con gran frecuencia, altas.

2.2.3.- La formación de la actitud

Otro área de investigación dentro del estudio de las actitudes es el de su formación y cambio. Aunque en un primer momento la perspectiva dominante en este área fue conductual, a finales de la década de los 60 se produjo un cambio hacia la perspectiva cognitiva. Las aproximaciones que asumían que las actitudes o bien estaban basadas en procesos de aprendizaje o bien en necesidades y motivos, dejaron paso a aproximaciones cognitivas en la que se asumía que el principal determinante de la actitud eran las creencias o el procesamiento de la información.

Así, bajo la pregunta cómo se adquieren las actitudes, encontramos explicaciones que van desde los principios del condicionamiento clásico (p. ej. Staats y Staats, 1958) y del condicionamiento operante o instrumental (p. ej. Insko, 1965), hasta las basadas en la hipótesis de la mera exposición (p. ej. Zajonc, 1968). Otras, en cambio, entienden que los antecedentes de la actitud son de tipo cognitivo, tal y como plantean los modelos de la expectativa-valencia (p. ej. Fishbein y Ajzen, 1975). También se ha propuesto la formación de la actitud desde aspectos motivacionales, como es el caso de las teorías funcionalistas (p. ej. Katz, 1960) o las teorías de la consistencia cognitiva (p. ej. Festinger, 1957). Sin olvidar aquellas posturas que han enfatizado el componente conductual, como la teoría de la autopercepción (Bem, 1972). No obstante, a pesar de que la mayoría de las definiciones de la actitud asumen que éstas son aprendidas, también existe un área de investigación sobre las bases biológicas o genéticas de la actitud (Lykken, Bouchard, McGue y Tellegen, 1993; McGuire, 1985; Olson, Vernon y Aitken, 2001; Tesser, 1993; Tesser, Whitaker, Martin y Ward, 1998).

Veamos de manera concisa, las aproximaciones teóricas más relevantes en el estudio sobre la formación actitudinal.

2.2.3.1.- El aprendizaje de la actitud

Los psicólogos sociales con orientación conductual, han buscado el origen de la actitud a través de algunos principios clásicos del aprendizaje, como el *condicionamiento clásico* y el *condicionamiento instrumental u operante*. Desde estos principios, se plantea que las actitudes hacia un objeto inicialmente neutro se adquieren a través de la asociación (o condicionamiento) del objeto a un estímulo concreto (positivo o negativo).

Por su parte, desde la *hipótesis de la mera exposición*, se plantea que las actitudes pueden formarse a través de una simple exposición repetida al estímulo, sin que tenga que mediar refuerzo o asociación a otro estímulo.

El debate principal que han generado todos los estudios realizados bajo estos tres paradigmas, ha girado en torno a la cuestión de la consciencia, es decir, si las actitudes formadas bajo estos principios de aprendizaje pueden atribuirse únicamente a mecanismos afectivos (son producto de un condicionamiento automático o subliminal) o a mecanismos cognitivos (existe un conocimiento o procesamiento cognitivo deliberado). Aunque el tema no ha sido resuelto y es motivo de una extensa investigación, hoy en día son pocos los estudios que han demostrado con claridad el condicionamiento automático de la actitud sin que medie el conocimiento.

1) El condicionamiento clásico e instrumental de las actitudes

Los primeros estudios realizados sobre el condicionamiento clásico de actitudes, mostraron que una forma de adquirir nuevas actitudes se producía por la asociación repetida entre un objeto previamente neutro (estímulo condicionado) y otro que de forma natural elicita una respuesta positiva o negativa (estímulo incondicionado). Esta asociación repetida producía una reacción favorable o desfavorable (actitud) hacia el primer objeto (Doob, 1947; Lott, 1955; Staats y Staats, 1958; Staats, Staats y Crawford, 1962).

Los datos de estos y otros estudios pusieron de relieve, entre otros aspectos, que las personas podían ser condicionadas a desarrollar actitudes negativas hacia grupos sociales específicos o, de otra forma, el importante papel que podía jugar el condicionamiento clásico en el desarrollo de actitudes prejuiciosas. La utilidad de estos principios aplicados a las actitudes se vio también en otros ámbitos de la psicología social, como la atracción

interpersonal (Byrne y Clore, 1970; Lott y Lott, 1968) o la comunicación persuasiva (Chaiken, 1979; Snyder y Rothbart, 1971).

Trabajos más recientes (Cacioppo, Marshall-Goodell, Tassinari y Petty, 1992) han puesto de relieve que los efectos del condicionamiento clásico son mayores en la formación y cambio actitudinal cuando el objeto de actitud es poco familiar o poco conocido para el individuo. En las conclusiones de estos trabajos, basadas en el modelo de la Probabilidad de Elaboración, se entienden los efectos del condicionamiento clásico de forma similar a la ruta periférica de persuasión.

Otra forma de aprender una actitud es a través del condicionamiento instrumental u operante. Desde este paradigma, se plantea que las actitudes pueden desarrollarse mediante refuerzo (de tipo verbal o no verbal) de respuestas verbales (la propia actitud) u otro tipo de conductas. De acuerdo con este principio, cuando una conducta es reforzada aumentará la probabilidad de que sea repetida en el futuro (o si es castigada, disminuirá su probabilidad de ocurrencia). Y este incremento o disminución de la conducta irá acompañado de una actitud consistente con tal conducta. Los estudios más clásicos basados en este paradigma, encontraron resultados que apoyaban esta hipótesis (Greenspoon, 1955; Taffel, 1955; Insko, 1965).

Actualmente, mientras algunos autores siguen manteniendo el condicionamiento automático o subliminal de la actitud, que se produciría cuando el individuo no percibe o no es consciente del estímulo incondicionado asociado al condicionado (Krosnick, Betz, Jussin y Lynn, 1992), otros defienden que el motivo por el que se forman actitudes a través de condicionamiento es un razonamiento deliberado basado, o bien en el conocimiento de la demanda experimental, o bien en las creencias que se forman acerca del objeto de actitud.

2) Actitudes formadas por la frecuencia de exposición al objeto

Junto al condicionamiento clásico e instrumental de la actitud, otra forma de aprendizaje actitudinal se produce por la exposición repetida al estímulo. Este fenómeno, conocido como el *efecto de la mera exposición* (Zajonc, 1968), se refiere a la formación de actitudes positivas hacia un objeto con la simple exposición repetida a tal objeto de actitud, sin que sea necesaria la asociación con otro estímulo positivo ni el refuerzo.

Mediante la realización de tres experimentos para comprobar su hipótesis, Zajonc (1968) encuentra que la exposición repetida a un estímulo u objeto es una condición suficiente para que se forme una actitud favorable hacia ese objeto, de forma que, a medida que se incrementa la frecuencia de presentación, también lo hace el grado de favorabilidad hacia el objeto, pero sólo hasta un límite de exposiciones, a partir de las cuales los efectos de la exposición sobre la actitud son menos pronunciados.

En el metaanálisis llevado a cabo por Bornstein (1989) sobre 200 experimentos replicando este efecto (con diferentes estímulos y bajo distintas condiciones), se concluye que, aunque bajo ciertas limitaciones y factores que moderan el efecto de la mera exposición, este fenómeno se confirma ampliamente. Aunque se comprueba que el efecto sobre la actitud tiende a disminuir entre 10 y 20 presentaciones, la relación encontrada en todos estos estudios entre la frecuencia de exposición y la actitud es, de forma general, positiva. Algunas de las limitaciones descritas en el trabajo de Bornstein (1989), hacen referencia a las condiciones bajo las cuales el efecto de la mera exposición es mayor, como la breve duración de tal exposición, la complejidad del estímulo o que pase más tiempo entre la exposición y la medida de la actitud.

Los efectos de la mera exposición han sido explicados a través del fenómeno de las características de la demanda (Orne, 1962). Autores como Stang (1974) o Sawyer (1975), plantearon la posibilidad de que los participantes fueran conscientes de la hipótesis experimental (evaluación más positiva de los estímulos presentados con mayor frecuencia), presentando actitudes de acuerdo a tal hipótesis y no a su verdadera actitud, con el fin de cooperar con el experimento.

La investigación sobre este fenómeno ha sido muy extensa y aplicada a diversas áreas, como persuasión (para comprobar si la exposición repetida a un mensaje facilita o inhibe el cambio de actitud) o prejuicio social (para comprobar si el contacto frecuente con grupos minoritarios reduce la discriminación y el prejuicio), entre otros, demostrando así la relevancia de tal fenómeno.

2.2.3.2.- La formación de la actitud a partir de valores, necesidades y motivos

Los primeros intentos por encontrar el origen de las actitudes, se dirigieron al estudio de las necesidades motivacionales más básicas, investigando la manera en que valores,

necesidades, impulsos o motivos influían en las actitudes. Así, en los años 50, se empieza a hablar de las bases motivacionales de las actitudes y de cómo éstas se forman para satisfacer determinadas necesidades personales y sociales.

Desde esta perspectiva, conocida como la *aproximación funcional de la actitud*, las personas pueden tener actitudes similares hacia un objeto, pero tales actitudes pueden estar basadas en distintas necesidades o motivos. Conocer esas necesidades o motivos, facilitará el conocimiento de la formación y cambio actitudinal. El grado en el que una actitud se mantenga o cambie, dependerá del grado en el que tal actitud satisfaga o no una necesidad concreta y, por tanto, la consistencia en la respuesta actitudinal dependerá de la estabilidad en las bases motivacionales del individuo.

Las propuestas más clásicas sobre cuáles y cuántas son las funciones de la actitud, aparecen con autores como Smith, Bruner y White (1956), Katz (1960) o Kelman (1958). Concretamente, las taxonomías más conocidas se desarrollan desde dos grupos de investigadores independientes, quienes clasifican las actitudes de acuerdo a las necesidades psicológicas que satisfacen. Así, Katz y sus colaboradores (1960; Katz y Stotland, 1959; Sarnoff y Katz, 1954) establecen una taxonomía de cuatro funciones, frente a las tres de Smith, Bruner y White (1956). En concreto, para Katz (1960), las actitudes sirven a una función *utilitaria* (también llamada *instrumental o de ajuste*), a una función *de defensa del yo*, a una función *de conocimiento* y a una función *expresiva de valores*. Las funciones propuestas por ambos grupos de autores difieren, no obstante, en algunos aspectos (para un análisis pormenorizado de tales diferencias, ver Eagly y Chaiken, 1993).

La función *utilitaria* o *instrumental*, se basa en la perspectiva conductista que asume como necesidad básica del individuo la de obtener beneficios y evitar castigos de su ambiente (aunque este planteamiento se remonta al siglo XIX, con el principio utilitarista de Bentham y Mill). Aplicado a las actitudes, éstas cumplen una función utilitaria porque ayudan a lograr recompensas y evitar castigos. Así, las personas tienden a formar actitudes positivas hacia aquellos objetos que satisfacen necesidades y a formar actitudes negativas hacia aquellos objetos que se asocian con aspectos negativos.

La función *de defensa del yo*, se refiere a la forma en la que las actitudes pueden servir para proteger y reafirmar el concepto de uno mismo. Desde esta función, que deriva de las ideas psicoanalíticas sobre los mecanismos de defensa, se asume que las actitudes

funcionan como mecanismos de defensa para proteger el autoconcepto contra amenazas externas e internas. Las actitudes, entonces, permiten al individuo superar conflictos emocionales y defenderse de verdades desagradables.

Las actitudes pueden servir también a una función de *conocimiento*, permitiendo a las personas cubrir la necesidad de organizar y simplificar la compleja y ambigua información que procede del mundo exterior. A través de esta función (inspirada en los principios Gestálticos y las teorías de la consistencia), las actitudes nos ayudan a simplificar la información, ubicando cada objeto de actitud en categorías específicas y otorgando una respuesta positiva o negativa a cada categoría.

Las actitudes así entendidas funcionarían como los esquemas cognitivos, proporcionando un marco de referencia desde el que organizar y simplificar las experiencias personales. Por tanto, esta función de conocimiento de las actitudes está relacionada con la visión esquemática de la actitud, desde la que se ve a esta última como un tipo de esquema cognitivo.

En relación al concepto de esquema, parece existir un acuerdo en considerarlo como una estructura cognitiva de orden superior que representa nuestra experiencia pasada con un estímulo (Fiske y Linville, 1980). Su contenido será utilizado posteriormente para organizar y dar significado a las nuevas experiencias. Los estudios realizados en el campo de la cognición social han puesto de relieve la influencia de los esquemas en todos los aspectos del procesamiento de la información, como atención, interpretación, memoria y juicio (Markus y Zajonc, 1985). De forma similar, la investigación sobre actitudes también ha mostrado la selectividad actitudinal en esas mismas fases del procesamiento de la información (lo que se conoce como atención selectiva, percepción selectiva y memoria selectiva) (p. ej., Lydon, Zanna y Ross, 1988). En los trabajos sobre selectividad actitudinal, se asume que las actitudes de las personas sesgan el procesamiento de la información en favor de un resultado actitudinalmente congruente. Así, parece que las personas prestan una mayor atención a la información consistente con sus actitudes, interpretan la información ambigua en línea con sus actitudes y recuerdan mejor la información consistente con sus actitudes.

A pesar de estas coincidencias, es importante resaltar que ambos constructos difieren. Mientras las actitudes se conceptualizan en términos de evaluación y no están relacionados con todos los aspectos de la representación mental, los esquemas son considerados conceptos

más amplios, dentro de los cuales la evaluación de un objeto podría ser un subtipo. En cualquier caso, trabajos más actuales han hecho hincapié en la función esquemática a la que sirven muchas actitudes (Fazio, 1989; Pratkanis y Greenwald, 1989; Shavitt, 1990), incluso algunos autores han identificado qué tipo de actitudes cumplen tal función, como es el caso de los estudios sobre accesibilidad actitudinal de Fazio (1986), quien sugiere que aquellas actitudes más fuertes y accesibles (por la fuerte asociación en memoria de la relación objeto-evaluación) son principalmente las que sirven a una función esquemática.

Por último, respecto a la función de *expresión de valores*, las actitudes derivarían de los valores más básicos del individuo y serían utilizadas para mantenerlos. Con este tipo de actitudes, los individuos consiguen expresar sus valores y otros aspectos de su autoconcepto, reafirmando su propia identidad ante los demás y ante él mismo. Esta función también se relaciona con la afirmación de la propia identidad a través de la adopción de actitudes del grupo de referencia.

Esta última función conecta directamente el concepto de actitud con el de valor. Si las actitudes son vistas como disposiciones a responder de una manera favorable o desfavorable hacia un objeto o evento, los valores son entendidos como determinantes potenciales de las actitudes y, por tanto, como constructos más generales y abstractos. Siguiendo a Rokeach (1973), los valores serían creencias duraderas referidas a medios y fines deseables de acción que trascienden situaciones específicas. Tales valores pueden tener un carácter instrumental (como medios para alcanzar ciertos objetivos) o final (como metas en sí mismos). Para algunos autores, los valores serían aquellas actitudes positivas hacia metas relativamente abstractas, tales como la libertad o la honestidad (Ajzen, 1984; Schwartz, 1978). En cualquier caso, los valores constituyen una parte importante del autoconcepto y dirigen, en cierta medida, las actitudes de las personas (Kristiansen y Hotte, 1996).

Pero, ¿cuál es la relación entre valores y actitudes?. Algunos estudios han puesto de relieve el papel que juegan los valores en la formación de ciertos tipos de actitud, como es el caso de las actitudes hacia las armas nucleares (Kristiansen y Matheson, 1990) o las actitudes hacia el desempleo (Heaven, 1990), actitudes en las que se ha visto que los valores eran importantes predictores. Otros trabajos han mostrado que los valores influyen en la conducta a través de las actitudes (Homer y Kahle, 1988). Feather (1990), basándose en un modelo de expectativa-valor, encontró que los valores influían en la evaluación que hacían los individuos de las consecuencias de la conducta. En un trabajo posterior, este mismo autor puso de

manifiesto que las personas formaban actitudes positivas hacia aquellas conductas que reflejaban valores importantes para ellos (Feather, 1995).

Sin embargo, aunque los valores puedan formar actitudes, no todas las actitudes se desarrollan a partir de ellos. Dos personas pueden tener actitudes positivas hacia un determinado producto (p. ej. un coche), pero por diferentes razones. La actitud de una de ellas puede estar basada en las características y precio del producto, mientras que la actitud de la segunda puede estar basada en la responsabilidad de la empresa con el medio ambiente. Estos tipos de actitudes ejemplifican la distinción realizada por algunos autores entre actitudes *instrumentales* y *simbólicas* (Abelson y Prentice, 1989; Herek, 1986; Sears y Funk, 1991). Las actitudes instrumentales son aquellas basadas en los beneficios y costes directos del objeto de actitud, de forma que la evaluación que se haga del objeto estará centrada únicamente en su utilidad y no en valores más básicos y duraderos. Por su parte, las actitudes simbólicas serían aquellas que se han formado principalmente desde la influencia de valores más arraigados en las primeras etapas de la vida. Por esta razón, la importancia que las personas atribuyan a valores concretos, determinará la influencia de éstos en las actitudes, como se ha puesto de manifiesto en distintos trabajos (Feather, 1995; Stern, Dietz, Kalof y Guagnano, 1995;). Los valores que estén situados en los primeros lugares de la estructura jerárquica formarán, con mayor probabilidad, actitudes positivas hacia objetos o eventos que reflejen tales valores.

Para finalizar este apartado, señalaremos que, en la actualidad, la nueva perspectiva funcionalista gira en torno a la cuestión de cuál es la función principal de la actitud. Para algunos autores (Fazio, 1989; Jamieson y Zanna, 1989; Shavitt, 1990) la función principal de la mayoría de las actitudes es la que Katz denomina de conocimiento. Se trataría de la función que probablemente subyace, en algún grado, a todas las actitudes. Como se comentó anteriormente, muchas actitudes funcionan como esquemas proporcionando al individuo marcos de referencia desde los que organizar y categorizar la información procedente del mundo exterior. De esta forma, el individuo utilizaría sus actitudes como una forma de adaptación al medio.

Sin embargo, otros autores defienden que la función más importante de una actitud es la instrumental o utilitaria (Herek, 1986; Himmelfarb y Eagly, 1974). Concretamente, se plantea que, en última instancia, las actitudes posibilitan al individuo a través de cualquiera de sus funciones, obtener resultados positivos y evitar los negativos. Es decir, afirmar nuestro

autoconcepto a través de la expresión de valores, defendernos de amenazas externas e internas a través de las actitudes o tener un marco de referencia a través del cuál entender mejor el mundo es, en todos los casos, muy útil para el individuo.

En general, muchos de los trabajos que se están desarrollando desde la nueva óptica funcionalista, se dirigen al campo de la persuasión o cambio de actitud. Conociendo la función que subyace a la actitud hacia un determinado producto, por ejemplo, se facilitará probablemente la persuasión en la dirección deseada. Utilizar argumentos que apelen a aspectos utilitarios del producto o argumentos que apelen a la identidad social, dependerá (para que el mensaje sea efectivo) del tipo de función (o funciones) a la que esté sirviendo ese objeto de actitud. Las investigaciones que han manipulado factores de la personalidad o de la situación, han puesto de relieve que las actitudes que sirven a distintas funciones responden a diferentes tipos de apelaciones persuasivas (Kelman, 1958; Sanbonmatsu y Fazio, 1990; Shavitt, 1990; Snyder y DeBono, 1989).

2.2.3.3.- Actitudes y creencias

Desde una perspectiva cognitiva, el primer determinante de una actitud son las creencias o conocimiento subjetivo de las personas acerca del mundo que le rodea y de ellos mismos. El origen de este conocimiento se encuentra en la experiencia personal o directa con los objetos (las creencias que surgen desde esta fuente de información parecen estar más arraigadas y ser más resistentes al cambio) o en información que procede de diversas fuentes (personas, medios de comunicación, etc.). Las creencias también se pueden originar a partir de las inferencias que realizamos basadas, por ejemplo, en teorías implícitas de la personalidad.

¿De qué manera se forman las actitudes a través de las creencias?. Distintos modelos han tratado de explicar la relación entre actitudes y creencias, como el *modelo de la expectativa-valencia* (Pea, 1955; Rosenberg, 1953). Fishbein (1963, 1967), basándose en los principios de este modelo, describe el papel que juegan las creencias en la formación de la actitud. De acuerdo con el modelo de la expectativa-valencia, las actitudes serían una función de las creencias acerca de los atributos que tiene el objeto de actitud y de la evaluación de cada atributo. El resultado de la suma de todos los atributos multiplicados por su evaluación, será la actitud hacia el objeto. Así, si un elevado número de creencias asocia el objeto con atributos positivos y un reducido número de creencias lo asocia con atributos negativos, el

resultado será una actitud favorable hacia el objeto.

Aunque este autor mantiene que las creencias son las que determinan directamente las actitudes, aclara, sin embargo, que sólo un número reducido o *set* de creencias salientes (o más accesibles) son las responsables de la actitud (Fishbein y Ajzen, 1975). Las personas pueden tener un amplio número de creencias diferentes acerca de un objeto, pero, en un momento determinado, únicamente prestarán atención a un número relativamente pequeño de ellas (entre 5 y 9). Estas serán las creencias consideradas *salientes* y que determinan la actitud del individuo. Diversos estudios han encontrado evidencia que apoya la utilidad de las creencias salientes. Por ejemplo, algunos estudios han mostrado que las creencias más salientes o accesibles correlacionan fuertemente con una medida independiente de actitud, frente a las menos salientes (Petrova, Ajzen y Driver, 1995).

Aunque diversos trabajos han obtenido altas correlaciones entre una medida directa de actitud (p. ej. con diferencial semántico) y una medida indirecta o basada en creencias (Godin y Shephard, 1987; Jaccard y Davidson, 1972), sin embargo, para algunos autores las altas correlaciones encontradas entre ambas medidas no tienen por qué estar demostrando que las actitudes se forman desde las creencias. Incluso alegan que es posible que la dirección sea la contraria, es decir, que sea la actitud la que determina las creencias (Feldman y Lynch, 1988). Cuando una persona tiene pocas creencias acerca de un objeto de actitud, es posible que si ha de contestar a un cuestionario sobre creencias acerca del objeto, infiera tales creencias desde su actitud general hacia el objeto en cuestión. Por ejemplo, si tiene una actitud favorable hacia el objeto y se le pregunta si cree que ese objeto tiene ciertos atributos, posiblemente (por consistencia cognitiva) infiera que tal objeto presenta atributos favorables en mayor medida que atributos desfavorables, a pesar de no tener información directa o conocimiento del grado en que tal objeto presenta esos atributos. Por este motivo, las altas correlaciones encontradas entre las creencias salientes y la actitud podrían estar indicando, o bien que las creencias determinan las actitudes, o bien que las actitudes determinan las creencias.

Otros autores añaden, además, que otro aspecto que cuestiona el modelo de la expectativa-valencia para explicar la relación entre creencias y actitudes, es el hecho de que las actitudes no se forman sólo desde las creencias que se tienen acerca del objeto de actitud, sino también desde componentes afectivos y/o conductuales. Esto explicaría las bajas correlaciones encontradas entre creencias y actitudes, sobre todo cuando éstas últimas se

basan en aspectos no cognitivos (Eagly y Chaiken, 1993).

Tanto éste como otros modelos, han tratado de poner de relieve la importancia que tienen las creencias en la formación de las actitudes, al entender que las personas tienen creencias sobre los objetos de actitud y que, de alguna manera, son la base sobre la que se construyen las actitudes. Por ejemplo, la idea de que las personas asocian creencias a objetos de actitud, ha sido puesta de manifiesto en el área del prejuicio y los estereotipos, al entender el estereotipo como las creencias asociadas a un grupo social determinado y el prejuicio o actitud negativa hacia ese grupo como el resultado de tales creencias. Las implicaciones de asumir una relación entre creencias y actitudes se encuentra, a un nivel más aplicado, en el área del cambio actitudinal y, más concretamente, en el campo de los mensajes persuasivos. Si las actitudes se basan en unas creencias determinadas, para lograr un cambio actitudinal se debería presentar un mensaje que genere un cambio en las creencias que subyacen a la actitud que se pretende cambiar. Trabajos en el campo de la comunicación persuasiva han apoyado estos planteamientos (Brubaker y Fowler, 1990; Olson y Zanna, 1987).

2.2.3.4.- La influencia de la conducta en la actitud

Por último, otra visión con gran impacto en el estudio sobre la formación y cambio actitudinal, ha sido considerar la conducta como un determinante de las actitudes, al contrario de la relación que hasta entonces se había asumido (la actitud como causante de la conducta). La idea de que realizar una conducta contraria a la actitud incrementa la posibilidad de cambio actitudinal, ha sido una de las hipótesis desde la que se ha abordado la relación entre conducta y actitud. La *teoría de la disonancia cognitiva* de Festinger (1957) y la *teoría de la autopercepción* de Bem (1967, 1972), abordan este planteamiento desde procesos motivacionales y cognitivos respectivamente.

Así, desde la teoría de la disonancia cognitiva, se afirma que las conductas inconsistentes o discrepantes con las actitudes, generan un estado de tensión que motiva a cambiar la actitud. Cuando no existe una justificación externa suficiente para la conducta contraactitudinal o esa conducta se ha realizado libremente, se experimenta un estado de tensión desagradable (disonancia cognitiva) que conduce a un cambio de actitud para reducir tal disonancia. Este principio de consistencia cognitiva, introducido por primera vez por Fritz Heider (1946), tiene sus raíces en la creencia gestáltica de que las personas prefieren tener percepciones coherentes y armoniosas y están motivadas a buscarlas (Koffka, 1935; Köhler,

1929).

Por su parte, la teoría de la autopercepción de Bem (1967, 1972), al contrario que la de Festinger, propone una explicación de los efectos disonantes de la conducta contraactitudinal en términos cognitivos, en lugar de motivacionales. Según esta teoría, las personas infieren sus actitudes hacia un objeto desde su propia conducta hacia el objeto y las circunstancias bajo las cuáles la conducta ocurrió. Sin embargo, Bem afirma que no siempre es necesario buscar en la conducta cada vez que queramos conocer nuestra actitud. Desde su punto de vista, las personas tratarán de averiguar sus actitudes a partir del conocimiento de su propia conducta cuando no tengan experiencia directa con el objeto o cuando las señales internas o emociones que podrían indicar cuáles son sus verdaderas actitudes sean débiles o ambiguas.

Desde premisas similares a las planteadas en los principios atributivos popularizados por autores como Kelley (1967), la teoría asume que las personas actúan como observadores externos que tratan de explicar el comportamiento de un actor (en este caso el suyo propio), de forma que, a partir de la observación de su conducta pasada y de la situación en la que se produjo, atribuirá su conducta a factores externos (la situación) o a factores internos (la actitud).

Trabajos como los de Chaiken y Baldwin (1981), Lepper, Green y Nisbett (1973) o Salancik y Conway (1975), entre otros, han demostrado empíricamente las predicciones de la teoría de la autopercepción, aunque también han surgido diversos estudios en los que se señala que los efectos de esta teoría ocurren bajo circunstancias limitadas (Fazio, 1987; Taylor, 1975; Tybout y Scott, 1983). Así, el impacto de la conducta en la actitud parece disminuir ante actitudes más fuertemente establecidas o más importantes para el individuo por sus consecuencias futuras. Los efectos de la autopercepción serán más pronunciados ante actitudes poco establecidas en la estructura interna de creencias, puesto que el acceso a la actitud o la habilidad para recuperar información relativa a ésta será menor. Como indica Fazio (1987), es posible que tratemos de averiguar la actitud desde la conducta cuando no se tienen actitudes bien formadas pero, una vez bien establecidas, no será necesario reflexionar sobre la conducta pasada para determinar cuál es nuestra actitud. Para este autor, por lo tanto, la teoría de la autopercepción es más útil para explicar la formación que el cambio actitudinal. Además, desde los trabajos de Fazio y sus colaboradores (1987; Fazio, Herr y Olney, 1984), se propone que las actitudes formadas por procesos de autopercepción son más

accesibles desde la memoria y generan un mayor grado de confianza del individuo en ellas, lo que dificulta aún más su cambio desde inferencias conductuales.

¿Cuál de estas dos teorías, la teoría de la disonancia cognitiva o la teoría de la autopercepción, es más acertada a la hora de interpretar los efectos de una conducta contraactitudinal?. Para Fazio et al. (1977), cuando la incongruencia entre actitud y conducta es muy grande y no existe justificación externa suficiente que la explique, los individuos actuarán de acuerdo a los principios de la disonancia cognitiva. Al contrario, cuando tal incongruencia es moderada, es más probable que se actúe de acuerdo a los principios de la autopercepción.

Sin embargo, para autores como Aronson (1969), la mejor explicación dependerá de si la inconsistencia entre actitud y conducta afecta al autoconcepto. Cuando la conducta tiene implicaciones negativas para el propio concepto, el individuo actuará de acuerdo a los principios de la disonancia cognitiva, mientras que si no las tiene, funcionarán los principios de la autopercepción. Junto a Aronson (1969), han surgido otras teorías que enfatizan la autoidentidad (Steele, 1988) o la autopresentación (Tedeschi, Schlenker y Bonoma, 1971) como explicación del cambio actitudinal producido en situaciones disonantes. Estas teorías coinciden al sugerir que se produce un cambio actitudinal cuando el individuo se hace responsable de las consecuencias indeseables de su conducta, aunque cada una de ellas pone el énfasis, o bien en los aspectos privados del yo, o bien en los públicos, respectivamente.

En conclusión, la investigación en el campo de la relación conducta-actitud trata de resolver qué tipo de procesos psicológicos son los que determinan que la conducta impacte en las actitudes. Como se ha visto, para algunos autores, los mecanismos que subyacen al cambio de actitud producido por una conducta contraactitudinal serían cognitivos, mientras que para otros, tales mecanismos serían motivacionales. Como afirman Eagly y Chaiken (1993), sería adecuado avanzar más en los mecanismos cognitivos que subyacen al cambio de actitud producido por la conducta, e integrar ambas visiones (cognitiva y motivacional) en una teoría que mejore la comprensión de los efectos conductuales en la actitud.

2.3.- EL ESTUDIO DE LA RELACION ENTRE ACTITUD Y CONDUCTA

Como ya se ha visto en otro apartado, las actitudes han sido definidas como tendencias a evaluar una entidad (entendiendo ésta como el objeto al que se dirige la actitud,

ya sea un individuo, grupo social, objeto inanimado, conducta, ideología, etc.) de manera favorable o desfavorable, generalmente expresadas a través de respuestas cognitivas, afectivas y conductuales (Eagly y Chaiken, 1993). En esta y otras definiciones, subyace la idea de que entre las actitudes y la conducta existe una relación. Pues bien, esa relación ha sido estudiada y debatida prácticamente desde los comienzos de la psicología social moderna (DeFleur y Westie, 1958; Canary y Seibold, 1984; Fishbein y Ajzen, 1974; Kutner, Wilkins y Yarrow, 1952; LaPiere, 1934; Wicker, 1969),

Desde muy pronto, parecía asumirse que las actitudes, de alguna manera, predecían el comportamiento. Uno de los primeros y más conocidos trabajos sobre actitud y conducta, fue el tan frecuentemente citado estudio del sociólogo Richard LaPiere (1934), quien viajó por los EE.UU en compañía de una pareja de raza china en una época de fuertes prejuicios hacia miembros de grupos minoritarios. Después de visitar un total de 251 establecimientos (entre restaurantes y hoteles), sólo en uno de ellos el propietario se negó a aceptarlos como clientes, mientras en el resto se les trató adecuada y cortésmente. Seis meses después, LaPiere envió un cuestionario a cada uno de los establecimientos preguntándoles si aceptarían a miembros de raza china como clientes. De las 128 cartas contestadas, 118 manifestaron su negativa a servir a clientes chinos.

Aunque el autor interpretó estos resultados mostrando cierta cautela, sus conclusiones apuntaron hacia la idea de que las actitudes, a pesar de que podían ser cuantitativamente medidas, eran poco relevantes en la predicción de la conducta. Sin embargo, esta conclusión no afectaba a cualquier tipo de actitud, ya que para LaPiere actitudes como las políticas (dirigidas a una conducta de voto que él consideraba simbólica) sí eran buenas predictoras del comportamiento (LaPiere, 1964). Su trabajo fue replicado años más tarde (Kutner, Wilkins y Yarrow, 1952), obteniéndose resultados y conclusiones similares.

Entre las explicaciones dadas a los resultados inconsistentes encontrados por LaPiere, señalaríamos la de Campbell (1963) quien, desde su *hipótesis del umbral diferencial*, planteó la posibilidad de que aspectos tales como las normas sociales, dieran lugar a diferentes umbrales en la expresión de la actitud. Frente a otras actitudes, las racistas pueden ser más difíciles de expresar a través de la conducta que a través de un cuestionario, debido precisamente a las normas o presión social y, por consiguiente, como ocurrió en el trabajo de LaPiere, el estudio de este tipo de actitudes puede generar una aparente mayor discrepancia respecto a la conducta. Sin embargo, como se verá más adelante, las mayores críticas al

trabajo de LaPiere se produjeron en el ámbito metodológico. En su defensa, sin embargo, encontramos quienes piensan que con su investigación, LaPiere pretendía simplemente avisar del peligro de asumir que a través de un cuestionario de actitudes se logra predecir la conducta (Dockery y Bedeian, 1989).

Aunque los trabajos empíricos de la época sobre la influencia de la actitud en la conducta revelaban una débil relación, no es hasta los años 50 y 60 cuando aparecen las críticas más duras sobre los resultados encontrados en estos trabajos, críticas que surgen tanto en el campo de la psicología como en el de la sociología (Blumer, 1955; Deutscher, 1966, Festinger, 1964; Wicker, 1969). El propio Festinger (1964) manifestó su sorpresa al observar que la mayoría de los investigadores asumía una relación causal entre actitudes y conducta, cuando la evidencia empírica reflejaba lo contrario.

Siguiendo a Fazio y Zanna (1981), son varias las razones que dieron lugar a un pesimismo generalizado sobre la relación entre actitud y conducta en esta época: los trabajos realizados en el campo de consistencia cognitiva (Festinger, 1957; Festinger y Carlsmith, 1959) demostrando el poder de la conducta en el cambio de actitud; los realizados en el campo de la personalidad, que concluían que los rasgos (entendidos, al igual que las actitudes, como constructos disposicionales) eran poco útiles para predecir el comportamiento (Mischel, 1968); y, por último, la publicación de una revisión llevada a cabo por Wicker (1969) sobre 42 trabajos empíricos que habían buscando una relación entre actitud y conducta. En esta revisión (que incluía en su mayoría estudios que habían seguido una metodología experimental), Wicker informó de que las actitudes sólo explicaban alrededor del 10% de la varianza conductual, puesto que la correlación promedio encontrada entre actitud y conducta fue de .15 (la más alta fue de .30). Concluyó que era “más probable que entre actitud y conducta existiera una débil o nula relación, a que la hubiera muy fuerte” (p. 65). Para Wicker (1969), además, “había poca evidencia que apoyara el postulado de la existencia de actitudes estables en el individuo que influyeran en sus expresiones verbales y en sus acciones” (p. 75).

Esta revisión, junto con otras críticas, generó desconfianza, no solo sobre el valor de la actitud como predictor de la conducta, sino sobre su viabilidad como constructo científico. De hecho, durante la crisis de la psicología social, el mayor número de críticas se dirigió al papel jugado por las actitudes en la conducta. Pero pese al escepticismo y desánimo surgido acerca del valor predictivo de la actitud, los psicólogos sociales no cesaron en su empeño de

encontrar una relación entre actitud y conducta, hecho que ha quedado plasmado en el elevado número de investigaciones realizadas sobre este tema desde los años sesenta hasta la fecha.

Las primeras reacciones opuestas a la idea de que las actitudes no se relacionaban con la conducta, surgieron de forma inmediata. Los psicólogos sociales trataron de demostrar que la relación entre actitud y conducta existía, siempre y cuando se tuvieran en cuenta una serie de condiciones. Así, las explicaciones para la inconsistencia encontrada entre actitud y conducta, podrían ser agrupadas en dos tipos, según se basaran en aspectos *metodológicos* o en la consideración de *otras variables* distintas a la actitud como determinantes de la conducta.

2.3.1.- Problemas metodológicos

Desde el primer grupo de explicaciones, lo que se plantea básicamente es que las bajas correlaciones encontradas entre actitud y conducta se deben a errores en la metodología empleada. Las principales críticas metodológicas estuvieron dirigidas en un primer momento a los trabajos de LaPiere (1934) y Wicker (1969). Por ejemplo, Dillehey (1973) señaló la posibilidad de que, tanto en el trabajo de LaPiere como en la réplica de Kutner et al. (1952), las personas a las que se midió la actitud y la conducta no fueran las mismas y, por tanto, sería un error concluir que los resultados reflejaban la inutilidad de la actitud como predictor de la conducta. Además, este autor añade que, en ambos casos, la medida de la conducta se obtuvo antes que la medida actitudinal, lo que dejaría abierta la posibilidad de que se hubiera producido un cambio respecto a la actitud inicial no medida, que sí podría ser consistente con la conducta.

Otro argumento de tipo metodológico, atribuye al tipo de método empleado (experimental/de campo) las diferencias encontradas en la correlación entre actitud y conducta. Para algunos autores, Wicker (1969) basó sus conclusiones en una muestra reducida de experimentos de laboratorio, excluyendo otros estudios no experimentales (como el de Campbell, Converse, Miller y Stokes, 1960) donde las correlaciones entre actitud y conducta fueron moderadamente positivas. La diferencia en las correlaciones encontradas en estudios experimentales y en estudios no experimentales (en los que se mide la conducta mediante encuestas, por ejemplo) radica en que, en los segundos, la conducta tiende a ser más libremente elegida y con menos restricciones que en los contextos experimentales, lo que repercute de manera favorable en la consistencia entre actitud y conducta (Kelman, 1974).

Trabajos empíricos posteriores a Wicker (1969), apoyaron la idea de que la magnitud de la correlación entre actitud y conducta dependía de los métodos y técnicas empleadas. Recientemente, autoras como Eagly y Chaiken (1993) han insistido en la superficialidad del análisis realizado por Wicker, advirtiendo del error de considerar la fuerza de una relación estadística como determinante de la utilidad de la actitud. Ni una alta relación asegura que la actitud sea la causa de la conducta, ni una relación baja asegura lo contrario.

Otras explicaciones diferentes sobre las bajas correlaciones encontradas en los estudios tradicionales, especularon con el hecho de que un alto porcentaje de los trabajos (70%) habían empleado estudiantes como participantes de la investigación (Sears, 1986), lo que posibilita que la inconsistencia entre actitud y conducta sea mayor, puesto que a estas edades, las actitudes aún se están desarrollando y no están formadas sobre la base de la experiencia conductual directa. Este tipo de actitudes parecen mostrarse peores predictoras del comportamiento.

Pero, seguramente, en el ámbito metodológico, Fishbein y Ajzen fueron los que provocaron el mayor avance con la publicación de un artículo en 1977, en el que exponían su visión particular del problema, incrementando las esperanzas sobre la utilidad de la actitud como predictora de la conducta y, en cierta medida, transformando la manera de analizar la relación entre estas dos variables. Estos autores propusieron dos principios, desarrollados posteriormente en distintos trabajos (Ajzen, 1987; Ajzen y Fishbein, 1977; Fishbein y Ajzen, 1974), desde los que explicar las bajas correlaciones encontradas hasta el momento.

El primero de ellos, conocido como el *principio de agregación* (Ajzen y Fishbein, 1977; Fishbein y Ajzen, 1975), se basa en los principios elementales de la medición psicológica, desde los que se plantea que la medida de los constructos psicológicos a través de un único ítem, puede dar lugar, dada la complejidad de tales constructos, a problemas de fiabilidad y validez. Aplicado a la medida de la actitud y de la conducta, estos autores plantearon mediante su principio de agregación (aunque una idea similar ya fue apuntada anteriormente por Tittle y Hill, 1967) que era un error medir la actitud y la conducta a través de un solo ítem (algo que había ocurrido en muchos de los estudios realizados hasta esa fecha). Si la conducta depende, además de la actitud, de otros factores, sería más fiable obtener un rango de comportamientos hacia un mismo objeto de actitud, con el fin de observar la consistencia de la conducta y lograr así un indicador más válido y fiable de la tendencia evaluativa expresada a través de la conducta. Desde este principio, debería ser más fácil

encontrar altas correlaciones entre actitud y conducta cuando se miden a través de múltiples ítems. El problema de algunas investigaciones sobre la relación actitud-conducta, proviene de la utilización de medidas generales de actitud y criterios singulares de conducta, como el trabajo de DeFleur y Westie (1958), en el que las correlaciones encontradas fueron bajas. Sin embargo, cuando en la investigación se han utilizado medidas generales de actitud y criterios múltiples de conducta, las correlaciones entre ambas variables han mejorado significativamente. Prueba de ello es el trabajo de Weigel y Newman (1976) en el que aplican este principio. En su estudio sobre actitudes hacia la protección del ambiente, tomaron medidas generales de actitud y las relacionaron tanto con medidas individuales de conducta como con un índice general de conducta. Las correlaciones de la actitud con la conducta fueron débiles y variables cuando la medida de esta última fue individual, mientras que cuando se utilizó un índice general, las correlaciones fueron, en general, más fuertes y consistentes.

Desde este principio se podría concluir, por tanto, que la actitud medida de manera general es mejor predictora de una medida general de conducta (lo que los autores denominan criterio de acto múltiple) que de una medida singular (o criterio de acto único). Sin embargo, Kim y Hunter (1993), en su meta-análisis, aseguran que lo realmente importante no es que la medida de actitud y de conducta sea múltiple, sino cómo de relevante y conceptualmente válido es el constructo actitudinal a la hora de predecir la conducta. Desde su punto de vista, es posible que el uso de un criterio de actos múltiples de lugar a una alta correlación entre actitud y conducta, aun sin presentar validez de constructo, ya que el simple aumento de los ítems de un cuestionario incrementa su fiabilidad.

Una extensión de este principio de agregación es el segundo principio desarrollado por estos autores y conocido como el *principio de compatibilidad* (o de correspondencia, como se le llamó en su origen) (Ajzen, 1988; Ajzen y Fishbein, 1977; Fishbein y Ajzen, 1975). En este principio, los autores plantean que para obtener correlaciones entre actitud y conducta de moderadas a altas es necesario que ambas sean medidas al mismo nivel de especificidad o generalidad.

Una conducta no solo varía respecto al objetivo al que se dirige, sino también respecto a la acción ejecutada, al contexto en el que se ejecuta y al momento en el que se realiza. Sugirieron que tanto actitudes como conducta pueden ser analizadas en relación con estos cuatro elementos, es decir, a la acción, al objetivo, al contexto y al tiempo. Para obtener

altas correlaciones entre actitud y conducta es necesario que ambas estén definidas en el mismo nivel de especificidad o generalidad. Es decir, se ha de dar una *correspondencia* (o compatibilidad) entre actitud y conducta en relación con estos cuatro elementos, de manera que si la medida de la conducta se realiza en un nivel de especificidad que incluye los cuatro elementos, debería darse una equivalencia en la medida de la actitud, incluyendo esos mismos elementos. Al contrario, si una de las dos variables se mide a un nivel más general (incluyendo solo la acción, por ejemplo), la medida de la otra variable debería reflejar el mismo nivel de generalidad incluyendo ese mismo elemento.

Un trabajo realizado para demostrar la incidencia de este principio en el tamaño de la correlación entre actitud y conducta, lo encontramos en Davidson y Jaccard (1979). Estos investigadores utilizaron una medida conductual específica (sobre planificación familiar) que incluía los cuatro elementos y varias medidas actitudinales con distinto grado de generalidad/especificidad. Los resultados mostraron que, a medida que la actitud se hacía más específica (y por tanto más compatible con la medida conductual), su utilidad como predictor de la conducta aumentaba.

De acuerdo con el principio de compatibilidad, por tanto, la correlación entre actitud y conducta será más fuerte si se igualan las medidas de ambas respecto a los cuatro elementos. A mayor incompatibilidad, menor relación.

Ambos principios fueron utilizados para explicar los resultados encontrados en trabajos previos (como los de LaPiere, 1934 o los de DeFleur y Westie, 1958, entre otros), ya que en ellos se utilizaron medidas generales de actitud como predictoras de conductas muy específicas. Los propios Ajzen y Fishbein (1977), para demostrar la importancia de este principio, llevaron a cabo una revisión sobre 109 trabajos acerca de la relación entre actitud y conducta, analizando la magnitud de las correlaciones en función de la compatibilidad entre las medidas de actitud y conducta. En todos los trabajos en los que se daba una correspondencia en ambas medidas, las correlaciones fueron superiores a .40, mientras que en aquellos en los que tal compatibilidad era baja o no existía, las correlaciones no fueron significativas. Concluyeron que la variabilidad mostrada en la investigación respecto a las correlaciones entre estas variables podía ser explicada por este principio.

El principio de compatibilidad de Ajzen y Fishbein ha generado también importantes críticas, como la de algunos investigadores en el campo de la psicología social aplicada, para

los que las actitudes así medidas (al máximo nivel de especificidad) pierden su valor como disposiciones a comportarse favorable o desfavorablemente hacia una entidad, independientemente del contexto, el tiempo o el tipo de acción. Una conducta predicha desde una actitud cuya medida incluye los cuatro elementos, en realidad está siendo predicha desde la conducta misma y no desde una actitud entendida como disposición evaluativa general. Las actitudes así medidas, como plantean Dawes y Smith (1985), se convierten realmente en una medida de intención conductual y pierden interés. Para Manstead (1996), sin embargo, este principio no disminuye el valor heurístico del concepto de actitud, ya que con él se consigue que el investigador sea cauto y considere cuál es el nivel de especificidad o generalidad apropiado en su investigación a la hora de diseñar las medidas de actitud y de conducta. Si se quiere predecir una conducta, este principio aconseja cambiar las medidas de actitud hacia entidades generales por medidas de actitud hacia la conducta en cuestión.

Esta y otras nociones de congruencia entre actitud y conducta han sido englobadas en lo que se conoce como *relevancia actitudinal*, definida como el grado de similaridad entre elementos actitudinales y conductuales. Esta relevancia se ha convertido en uno de los principales objetivos a la hora de explicar la relación entre actitud y conducta y abarcaría, no solo los principios de agregación y compatibilidad, sino también otros principios que consideren, como una condición en la relación actitud-conducta, la validez de contenido del constructo actitudinal (Ajzen, 1988; Liska, 1974).

En la actualidad, parece haber consenso entre los científicos sociales sobre la necesidad de tener en cuenta todos estos principios psicométricos, porque generan un avance y refinamiento metodológico, además de mejorar las predicciones conductuales desde las actitudes. Pero el problema, como indican distintos autores (Eagly y Chaiken, 1993; Kraus, 1995; Ronis, Yates y Kirscht, 1989), radica en que este logro psicométrico no consigue un avance en la comprensión de los procesos psicológicos implicados en esa relación; es decir, se pueden detectar los problemas de medida que dan lugar a una baja relación entre actitud y conducta pero no se identifican las variables implicadas en ella y, por tanto, no se avanza en la comprensión del concepto actitudinal.

2.3.2.- Variables moderadoras de la relación actitud-conducta

Sobre la cuestión, ¿cuándo influyen las actitudes en la conducta?, el interés ha estado dirigido al papel jugado por un grupo amplio de variables de diversa índole, tratando de

descubrir si su manipulación afectaba al nivel de consistencia entre actitud y conducta. Alrededor de la década de los 70, autores como McArthur, Kiesler y Cook (1969), se preguntaban bajo qué condiciones las personas se comportan de acuerdo a sus actitudes y, posteriormente, Fazio y Zanna (1981) ampliaron esta cuestión sugiriendo que a la hora de estudiar la relación actitud-conducta, la pregunta debería ser “¿bajo qué condiciones, qué tipo de actitudes de qué tipo de personas predicen qué tipo de conductas?” (p. 165).

Han sido numerosas las investigaciones que señalan que las actitudes pueden predecir la conducta y que, en ocasiones, están fuertemente relacionadas. Pero, cada vez más, se acepta que no hay que esperar una predicción de la conducta desde la actitud de forma incondicional, sino que la fuerza de tal relación dependerá de una amplia variedad de factores que la moderan. En las últimas dos décadas, los investigadores se han interesado ampliamente en estos factores. Así, se han propuesto diversos constructos de tipo individual, situacional y relativos a la propia actitud, que parece que pueden determinar si esa relación será fuerte o débil (ver Kraus, 1995; Zanna y Fazio, 1982). A continuación, describiremos cada uno de estos factores y los estudios que han mostrado su incidencia en la relación entre actitud y conducta.

2.3.2.1.- Factores relacionados con la naturaleza de la actitud

Como se señalaba en la introducción a este capítulo, una de las grandes líneas de investigación desarrollada extensamente en los últimos años es el estudio de las bases y estructura actitudinal. Bajo el nombre de *intensidad de la actitud*, se han investigado los atributos o características de la actitud que la hacen más fuerte y mejor predictora del comportamiento (Raden, 1985). Recientemente, Petty y Krosnick (1995) han publicado una interesante revisión sobre el tema, incluyendo muchas de las variables relacionadas con la intensidad actitudinal y tratando de mostrar su relevancia. Sobre esta línea de investigación nos centraremos en este apartado.

Para Krosnick y Petty (1995), la intensidad de una actitud podría definirse a través de cuatro rasgos. Consideran que una actitud es fuerte si dirige el procesamiento de la información, es resistente al cambio, se mantiene estable en el tiempo y/o predice el comportamiento. La cuestión giraría en torno a si estos rasgos definitorios de la intensidad actitudinal son necesarios o suficientes. Mientras que para algunos autores, el aspecto central de la intensidad es la estabilidad temporal (Ajzen, 1996; Doll y Ajzen, 1992; Erber, Hodges

y Wilson, 1995), argumentando que la mejora en la relación actitud-conducta asociada con actitudes fuertes es una función de tal estabilidad, otros apuestan por la resistencia al cambio como el principal atributo (Eagly y Chaiken, 1995). Para estas autoras, las actitudes serán consideradas fuertes si pueden resistir a los mensajes persuasivos y están bien arraigadas en la estructura de conocimiento. Un trabajo reciente de Armitage y Conner (2000), proporciona evidencia apoyando ambos puntos de vista. Concluyen que esos cuatro rasgos definitorios de la intensidad actitudinal son suficientes, pero no necesarios, para que una actitud sea considerada fuerte.

¿Cuáles serían, entonces, las cualidades o características que hacen a una actitud más fuerte?. Los investigadores han identificado una amplia gama de aspectos que presumiblemente reflejan la fuerza de una actitud y que han mostrado estar asociadas con, al menos, una de las consecuencias que definen la intensidad de la actitud. Veamos algunas de esas características:

- *Cantidad de información o conocimiento sobre el objeto actitudinal* (Chaiken et al., 1995; Davidson, Yantis, Norwood y Montano, 1985; Wood, Rhodes y Biek, 1995). Adquirir más información acerca del objeto de actitud, además de reforzar tal actitud, incrementa la consistencia actitud-conducta (Kallgren y Wood, 1986) y se asocia a una mayor resistencia a la persuasión (Wood y Kallgren, 1988).

- *Implicación personal con el objeto* (Lieberman y Chaiken, 1996; Sherif y Cantril, 1947). La cantidad de implicación personal con el objeto de actitud (entendida como el grado en el cual la actitud está vinculada al autoconcepto), se asocia con una mejor predicción de la conducta, de forma que las actitudes de las personas más implicadas predicen mejor el comportamiento que las de las personas menos implicadas (Budd y Spencer, 1984; Sivacek y Crano, 1982).

- *Ambivalencia actitudinal* (Krosnick, Boninger, Chuang, Berent y Carnot, 1993; Thompson, Zanna y Griffin, 1995). La ambivalencia o estado en el cual una persona está inclinada a hacer de manera equivalente fuertes evaluaciones positivas y negativas del objeto de actitud, parece afectar al grado de predicción de la conducta, de forma que, a menor ambivalencia actitudinal, mayor predicción de la acción (Armitage y Conner, 2000; Lavine et al., 1998).

- *Consistencia afectivo-cognitiva* (Chaiken, Pomerantz y Giner-Sorolla, 1995; Norman,

1975). Determinada por el grado en el cual las evaluaciones con base afectiva (sentimientos, emociones...) y con base cognitiva (creencias) que se activan en respuesta a un objeto de actitud, son congruentes entre ellas. Una alta consistencia, se relaciona con una mayor predicción de la conducta.

- *Experiencia directa con el objeto de actitud* (Fazio y Zanna, 1981; Regan y Fazio, 1977). Las actitudes que se forman a través de la experiencia directa con el objeto de actitud, parecen ser mejores predictoras de la conducta que aquellas formadas sin contacto directo con el objeto actitudinal (a través de información de segunda mano).

- *Accesibilidad de la actitud* (Fazio, 1989, 1990). La accesibilidad o probabilidad de que una actitud sea activada espontáneamente ante el objeto de actitud, afecta a la predicción de la conducta, de forma que las actitudes más accesibles, son más consistentes con la conducta (Fazio, 1989). Estas dos últimas cualidades serán ampliadas en un apartado posterior.

Otras dimensiones de la intensidad actitudinal que se han relacionado con una mayor predicción de la conducta, son la importancia o grado en que el individuo se preocupa por su actitud (Boninger, Krosnick y Berent, 1995); la extremidad evaluativa o grado en el cual la persona es favorable u opuesta al objeto de actitud (Fazio y Zanna, 1978a); o la seguridad actitudinal o grado de confianza que acompaña a la actitud (Budd, 1986; Fazio y Zanna, 1978b).

De acuerdo con Prislín (1996), la intensidad de la actitud ha sido medida a través de estos y otros indicadores, utilizados a menudo de manera intercambiable y cuyas interrelaciones aún no están claras, lo que ha provocado cierta confusión conceptual y operacional en este campo. Fazio (1995), tratando de resolver tal confusión, establece una distinción entre estas cualidades. Para este autor, las únicas dimensiones que han de ser consideradas cualidades de la actitud (o indicadores de su intensidad o fuerza), son la accesibilidad, la ambivalencia y la consistencia afectivo-cognitiva. Las demás, sería más adecuado considerarlas como antecedentes de la actitud o propiedades que reflejan la relación entre el individuo y el objeto actitudinal, y que influyen en su fuerza (por ejemplo, la implicación o el compromiso con la actitud); o como consecuencias de esa fuerza actitudinal (p. ej. la estabilidad actitudinal).

A pesar de esta confusión, la mayoría de los autores coinciden al considerar la

importancia de este aspecto en la estructura de una actitud, incluso para algunos, la intensidad actitudinal debería ser medida en cualquier investigación sobre actitudes de forma rutinaria (Krosnick y Abelson, 1992).

Para concluir este apartado, vamos a detenernos algo más en los estudios sobre la experiencia directa con el objeto de actitud y la accesibilidad actitudinal, por ser dos de los indicadores de intensidad actitudinal más estudiados y que han dado lugar a un modelo teórico extensamente aceptado, como es el modelo de activación automática de la actitud propuesto por Fazio (1986).

2.3.2.1.1.- La experiencia directa con el objeto de actitud: El modelo de activación automática de Fazio

Como se ha comentado anteriormente, de los resultados de las investigaciones sobre la naturaleza de las actitudes puede deducirse que aquellas actitudes que se han formado a través de la experiencia conductual directa con el objeto de actitud, son más fuertes y mejores predictoras de la conducta que aquellas formadas sin experiencia directa (Fazio y Zanna, 1978a y b, 1981; Regan y Fazio, 1977). Las explicaciones que se han dado a este efecto distintivo sobre la conducta han sido diversas. Por ejemplo, en un primer momento, algunos autores plantearon que la razón por la cual las actitudes formadas a partir de la experiencia directa influían más en la conducta que las formadas sin tal experiencia, era la naturaleza distinta de ambas (Fazio y Zanna, 1981). Es decir, las primeras se formaban con mayor claridad, seguridad y confianza que las segundas, cualidades actitudinales que podrían funcionar como mediadoras de la relación entre experiencia directa y consistencia actitud-conducta, como revelan distintos estudios en esta línea (Fazio y Zanna, 1978a, b).

Ajzen y Fishbein (1980), por su parte, consideran que la razón por la cual las actitudes formadas a través de la experiencia directa predicen mejor la conducta, se debe a que estas actitudes son más estables que las basadas en otro tipo de información indirecta. Cuando una actitud hacia un objeto se forma desde experiencia indirecta, puede ocurrir que, ante el encuentro real con el objeto de actitud y la obtención de nueva información, ésta cambie, de forma que las correlaciones encontradas entre las actitudes antes del cambio y la conducta, serán probablemente más débiles (ya que tal conducta vendrá determinada por la nueva actitud). Por ese motivo, las actitudes basadas en experiencia indirecta son más inestables y, por consiguiente, menos predictoras de la conducta (ver también Ajzen y Sexton,

1999).

Otra posible explicación la proporcionan Zanna y Rempel (1988). De acuerdo con los autores, la experiencia directa con el objeto puede llevar a desarrollar una actitud basada en sus tres componentes, esto es, en información conductual, cognitiva y afectiva, lo que probablemente la hace más fuerte. Como indican Eagly y Chaiken (1993), incrementar la información de uno de esos tres componentes (en este caso el conductual) produce un incremento en los otros dos. Es decir, la experiencia directa conductual con el objeto de actitud, llevaría a obtener una mayor información sobre sus características y a generar nuevas emociones o sentimientos.

Pero la contribución que ha tenido quizá más influencia, ha sido la realizada por Fazio a través de un modelo teórico sobre actitudes formadas a través de la experiencia directa (Fazio, 1986, 1989; Fazio, Chen, McDonel y Sherman, 1982). Para Fazio y sus colegas, la razón por la que las actitudes formadas sobre la base de la experiencia directa son más predictivas de conductas futuras que las basadas en la experiencia indirecta, es que las primeras son más *accesibles* desde la memoria (la accesibilidad se mide a través de la latencia de respuesta o facilidad o rapidez con la que las evaluaciones pueden ser recuperadas desde la memoria). Esta idea deriva de su *modelo de activación automática de la actitud* (Fazio, 1986, 1989; Fazio, Powell y Herr, 1983), en el que las actitudes son definidas como asociaciones entre el objeto de actitud y sus evaluaciones. Cuanto más experiencia directa se tiene con el objeto de actitud, más fuerte será el vínculo asociativo entre el objeto de actitud y las formas en que tal objeto es evaluado. Además, otro aspecto que incrementa la accesibilidad de la actitud, es el número de veces que esa actitud ha sido expresada (Powell y Fazio, 1984). Las actitudes que han sido expresadas repetidamente, también son más accesibles a la memoria. Experiencia directa y expresión repetida de la actitud, por tanto, pueden incrementar el vínculo asociativo entre objeto-evaluación. El modelo señala que la probabilidad de que una actitud sea activada depende de la fuerza de la asociación entre objeto y evaluación, de forma que cuanto mayor es esa fuerza asociativa, más accesible es la actitud y, por consiguiente, más probable es que sea activada. Para Fazio, por tanto, la fuerza asociativa es la característica estructural de la actitud que determina su accesibilidad. Además, las actitudes más accesibles pueden ser espontánea y automáticamente activadas ante señales relacionadas con el objeto de actitud o ante el propio objeto sin que seamos conscientes de ello (Fazio, Sanbonmatsu, Powell y Kardes, 1986).

Por otra parte, los trabajos de Fazio y otros investigadores (Fazio, 1990; ver también Fazio y Zanna, 1981, para una revisión) han mostrado que las actitudes altamente accesibles tienen una mayor influencia en el procesamiento de la información y en la conducta. Por ejemplo, Fazio y Williams (1986) llevaron a cabo un estudio en el que midieron el grado de accesibilidad de las actitudes hacia el presidente de los EE.UU. y, varios meses después, se les preguntó a los participantes a quién habían votado. Los resultados indicaron que aquellas personas con actitudes altamente accesibles, mostraron una mayor consistencia entre sus actitudes y su conducta de voto que aquellas con actitudes bajas en accesibilidad. De forma similar, Doll y Ajzen (1992) afirman que las actitudes basadas en la experiencia directa, además de ser más accesibles en la memoria, son mejores predictoras de la conducta que las actitudes basadas en información secundaria.

Para Fazio (1989), el efecto moderador de algunas variables relacionadas con la intensidad actitudinal (como importancia de la actitud o experiencia directa, entre otras) en la consistencia entre actitud-conducta, se debe a la relación de tales variables con la accesibilidad actitudinal, es decir, la accesibilidad de la actitud es un moderador central en la relación actitud-conducta.

De acuerdo con el modelo, por tanto, las actitudes pueden guiar la conducta de una manera automática e inconsciente (sin procesamiento cognitivo consciente ni intención conductual, al contrario, como veremos posteriormente, del planteamiento formulado en la teoría de la acción razonada de Fishbein y Ajzen). Para que la actitud ejerza su influencia en la conducta, es necesario que primero sea activada en la memoria. Cuanto más probable es que una actitud sea activada en la memoria, más probable será su influencia en la conducta. Esto significa que actitud y conducta estarán fuertemente correlacionadas cuando tal actitud sea altamente accesible.

Algunos autores, sin embargo, han cuestionado el efecto moderador de la accesibilidad actitudinal en la activación automática de la actitud ante la mera observación del objeto. Un estudio llevado a cabo por Bargh, Chaiken, Gendler y Pratto (1992) mostró que la activación automática de la actitud se producía también con actitudes inaccesibles, es decir, con independencia de las diferencias individuales en tiempo de reacción de la evaluación (la llamada accesibilidad idiosincrática). Para estos autores, la accesibilidad normativa (o diferencias a través de objetos de actitud) determinaba los efectos de la activación automática en mayor grado que la accesibilidad idiosincrática, sugiriendo que cualquier actitud (no sólo

las más accesibles) podía ser activadas automáticamente. Posteriormente, Fazio (1995) sale al paso de tales conclusiones llevando a cabo un reanálisis de los datos de Bargh y colaboradores, encontrando que los efectos moderadores de la accesibilidad actitudinal sobre la activación automática se mantienen cuando se controlan las diferencias individuales en la línea base de rapidez de respuesta.

2.3.2.2.- Factores relacionados con la situación

Desde otras líneas de investigación, también se ha tratado de especificar las características de la situación que afectan al grado en el cual las personas actúan de acuerdo con sus actitudes. A pesar de que el interés por detectar en qué situaciones las actitudes son buenas predictoras del comportamiento ha sido menor (comparado con factores de tipo personal o actitudinal), distintos estudios clásicos en psicología social, como los de Milgram (1974) sobre obediencia a la autoridad o los de Latané y Darley (1970) sobre difusión de la responsabilidad, ya dejaron patente la incidencia de la situación en las relaciones entre actitudes y conducta, aunque éstos y otros experimentos no se realizaron bajo la perspectiva actitud-conducta, sino desde el marco de la influencia social y la conducta prosocial, respectivamente.

Sociólogos como Warner y DeFleur (1969), en su *hipótesis de la consistencia contingente*, apuntaban que la relación entre actitudes y conducta dependía de factores situacionales, como las normas, roles y grupos de referencia. Las normas sociales, por ejemplo, indican a las personas la forma en que han de comportarse en determinadas situaciones, por encima de las propias actitudes. Como se ha comprobado en diversos estudios (Ajzen y Fishbein, 1980; Fazio y Roskos-Ewoldsen, 1994), en determinadas situaciones, las normas son las culpables de la inconsistencia encontrada entre actitudes y conducta.

La naturaleza privada o pública del comportamiento, ha sido otro aspecto estudiado para comprobar su incidencia en la relación actitud-conducta (Frideres, 1971; ver Schuman y Johnson, 1976, para una revisión). Los resultados encontrados han sido contradictorios, probablemente porque no se ha dado una correspondencia entre las medidas privadas y públicas de actitud y conducta (Kraus, 1995). Fundamentalmente, el interés se ha centrado en la naturaleza pública o privada de la conducta, sin considerar si la medida de la actitud coincidía con ese grado de privacidad. Para Kraus (1995), una correspondencia en las medidas daría lugar a correlaciones más altas, puesto que si ambas medidas son privadas,

probablemente se incremente la sinceridad en la respuesta y si ambas son públicas, se incremente el deseo del individuo de mostrar una imagen consistente. Al contrario, una medida privada y otra pública, generaría bajas correlaciones entre actitud y conducta, al aumentar el grado en que los factores de la situación afectan a la medida pública, pero no a la privada.

La presión del tiempo cuando hay que tomar una decisión conductual, parece ser otra variable de la situación con efectos moderadores. Así, cuando hay que decidir qué hacer bajo presión temporal, las personas parecen confiar más en sus actitudes a la hora de tomar la decisión, mientras que ante situaciones en las que se dispone de tiempo suficiente para decidir, la relación entre actitud y conducta se debilita (Jamieson y Zanna, 1989; Liberman et al., 1988). En situaciones de presión temporal, por tanto, las actitudes parecen funcionar como un indicador rápido y sencillo de cómo actuar. Por último, las personas también parecen preferir y elegir aquellas situaciones que permiten mantener una consistencia entre sus actitudes y su comportamiento, antes que aquellas en las que es más difícil mantener tal consistencia (Snyder y Ickes, 1985).

2.3.2.3.- Factores relacionados con el individuo

Por último, comentaremos algunas de las diferencias individuales encontradas cuando se analiza la relación entre actitudes y conducta. Dentro de este grupo de variables personales, la *autovigilancia* (self-monitoring) ha sido la más estudiada y la que ha mostrado los efectos moderadores más consistentes. De acuerdo con Snyder (1974, 1979, 1987), la *autovigilancia* es un rasgo de la personalidad que diferencia entre individuos que se comportan de acuerdo a las demandas de la situación o a las demandas internas. Individuos clasificados como altos en autovigilancia, se preocupan y centran más su atención en aspectos de la situación a la hora de comportarse, por lo que sería esperable en ellos un vínculo menor entre actitudes y conducta. Al contrario, individuos clasificados como bajos en autovigilancia, prestan una mayor atención y se preocupan más por señales internas tales como sus actitudes, valores o sentimientos, sin importarles tanto el aspecto público de su conducta o que ésta se adecue a las demandas sociales. En individuos con estas características, se espera un vínculo entre actitud y conducta más fuerte.

Un extenso número de trabajos ha apoyado empíricamente estas predicciones (p. ej., Ajzen, Timko y White, 1982; DeBono y Snyder, 1995; Snyder y Tanke, 1976; Zanna, Olson y Fazio, 1980), al poner de relieve que las actitudes son mejores predictores del

comportamiento para individuos con un nivel bajo de autovigilancia que para individuos con un nivel alto. Por ejemplo, el trabajo de Ajzen, Timko y White (1982) sobre predicción de dos conductas distintas (de voto y fumar marihuana) desde las actitudes y la intención conductual, reveló que las diferencias individuales en autovigilancia moderaban la relación entre actitud y conducta. Por su parte, la predicción de la conducta desde la intención fue mayor para individuos bajos en autovigilancia que para altos. Los autores interpretaron estos resultados desde el análisis de Snyder (1974), al plantear que las intenciones conductuales de los individuos bajos en autovigilancia, permanecen más estables en el tiempo, puesto que se ven menos afectadas por señales externas o de la situación. Sin embargo, es probable que, puesto que los altos en autovigilancia se ven más afectados por esas señales, sus intenciones de conducta sean más inestables y, por consiguiente, puedan haber cambiado cuando se mide la conducta.

El metaanálisis llevado a cabo por Kraus (1995) también encontró apoyo empírico para los efectos moderadores de la autovigilancia en las correlaciones entre actitudes y conducta. Concretamente, la correlación entre estas variables para individuos bajos en autovigilancia fue de .50, frente a .25 para los altos.

A pesar de que la extensa investigación sobre autovigilancia parece confirmar su incidencia en la relación entre actitud y conducta, otros estudios han puesto de manifiesto que tales efectos moderadores se producen sólo ante determinadas circunstancias, como la presión de tiempo (Jamieson y Zanna, 1989), el estilo de autorregulación personal (Koestner, Bernieri y Zuckerman, 1992) o en individuos que muestran una historia de preferencia de situaciones relevantes a la propia actitud (DeBono y Snyder, 1995). Parece, por tanto, a la luz de los resultados de estos y otros trabajos, que nos encontramos ante una variable individual cuya influencia es aún confusa y que requiere futuras investigaciones que confirmen o no sus efectos moderadores en cualquier situación, individuo o tema actitudinal.

Además de la autovigilancia, han sido estudiadas otras variables personales como moderadoras de la relación entre actitud y conducta. Por ejemplo, la llamada *autoconciencia pública y privada* (self-consciousness) (Fenigstein, Scheier y Buss, 1975) o la llamada *autoconciencia objetiva* (self-awareness) (Duval y Wicklund, 1972; ver también Carver y Scheier, 1981), constructos que en ambos casos se refieren al grado en el cual las personas dirigen su atención hacia el exterior o interior de ellos mismos. Así, cuando la atención está centrada en sí mismo ("self"), se dice que el individuo está en un estado de autoconciencia

objetiva (Duval y Wicklund, 1972). Ese estado de autoconciencia objetiva puede ser una función de las características de la situación o de la propia disposición personal. Es decir, puede ser inducido a través de un espejo, escuchando su propia voz o incluso enfrentando a la persona a un grupo de oyentes (estado transitorio); o puede ser un rasgo o disposición personal. En cualquier caso, tal estado de conciencia objetiva de uno mismo lleva a las personas a ser conscientes o centrar su atención en sus propias normas, valores o convicciones.

En general, parece que ese estado de conciencia objetiva de uno mismo produce conductas consistentes con esas normas y valores. Por ejemplo, Carver (1975) encontró que, ante la presencia de un espejo, las correlaciones entre actitud y conducta tendían a ser más altas. De igual manera, el estudio llevado a cabo por Diener y Wallbom (1976) sobre el impacto de centrar la atención del individuo sobre él mismo, en relación a la tentación de engañar de los alumnos en un examen, puso de manifiesto que el engaño fue significativamente menor cuando tales alumnos realizaban la tarea frente a un espejo o mientras escuchaban sus propias voces grabadas.

2.4.- MODELOS TEÓRICOS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE ACTITUD Y CONDUCTA

Uno de los principales objetivos de la investigación actitudinal ha sido tratar de averiguar de qué manera las actitudes afectan a la conducta. El interés en este tema ha llevado también a proponer distintos modelos que reflejen la forma en que se produce esa relación. Concretamente, en los últimos años, el área más característica de la relación actitud-conducta ha sido, precisamente, la construcción y validación de modelos explicativos sobre esa relación. En cierta medida, algunos de estos modelos tratan de demostrar que las actitudes no solo se relacionan con la conducta, sino que son la causa del comportamiento. Es decir, que las actitudes pueden realmente ser entendidas como "...fuerzas dinámicas y directivas de la respuesta al objeto de actitud" (Allport, 1935, p. 810).

En los distintos modelos teóricos propuestos, la predicción y explicación de la conducta no se produce solo a partir de las actitudes, sino también teniendo en cuenta otros constructos interrelacionados, ya que se considera que la conducta es demasiado compleja para ser explicada exclusivamente desde las actitudes. Esto es, en cierta medida, razonable, si tenemos en cuenta que la psicología social entiende el comportamiento como un producto

social. Y puesto que las actitudes son consideradas esencialmente como atributos o disposiciones individuales, serían insuficientes para explicar o predecir por sí solas cualquier tipo de conducta asociada a ellas.

A lo largo del capítulo anterior, se han descrito algunas aproximaciones o modelos en el estudio de la relación entre actitud y conducta. En este capítulo, vamos a considerar dos de los modelos que en la actualidad están generando una mayor cantidad de investigaciones, dirigidas tanto a perfeccionarlos como, en algunos casos, a poner de relieve la insuficiencia de sus planteamientos. Nos referimos, por una parte, a la *teoría de la acción razonada* de Fishbein y Ajzen (1975; Ajzen y Fishbein, 1980) y de la *conducta planificada* (Ajzen, 1985; 1991) y, por otra, al *modelo MODE* de Fazio (1990). El modelo de la acción razonada y su versión posterior, la conducta planificada, pueden ser considerados los dos modelos que mayor interés e investigación empírica han suscitado en las últimas décadas. Por ello y porque se trata del modelo en el que nos basaremos para desarrollar este trabajo, llevaremos a cabo un análisis más pormenorizado tanto de sus planteamientos como de las investigaciones que han surgido posteriormente tomándolo como referencia. El segundo modelo que será descrito en este capítulo, el modelo MODE, se diseña para dar cabida a otro tipo de procesos a través de los cuales se produce la relación entre actitudes y conductas, pero que no quedan recogidos en los modelos de la acción razonada y de la conducta planificada.

Como se podrá ver más adelante, estos modelos se distinguen, entre otros aspectos, por explicar la conducta desde distintos tipos de actitud - bien desde actitudes hacia la conducta o bien desde actitudes hacia objetivos o "targets" (personas, grupos, instituciones, objetos...) - y también por explicar esta relación desde procesos más racionales o desde procesos más espontáneos.

2.4.1.- Modelos basados en procesos racionales: La teoría de la acción razonada y la teoría de la conducta planificada

La teoría de la acción razonada

En la década de los años 70, Martin Fishbein e Icek Ajzen fueron dos de los autores que más confianza depositaron en la actitud como determinante del comportamiento y que mayor interés mostraron por resolver los problemas sobre esta relación, primero buscando soluciones de tipo metodológico (con su principio de correspondencia ya descrito) y,

posteriormente, con el desarrollo de un modelo teórico, la *teoría de la acción razonada* (TAR), que acabara con las dudas sobre la existencia de esta relación.

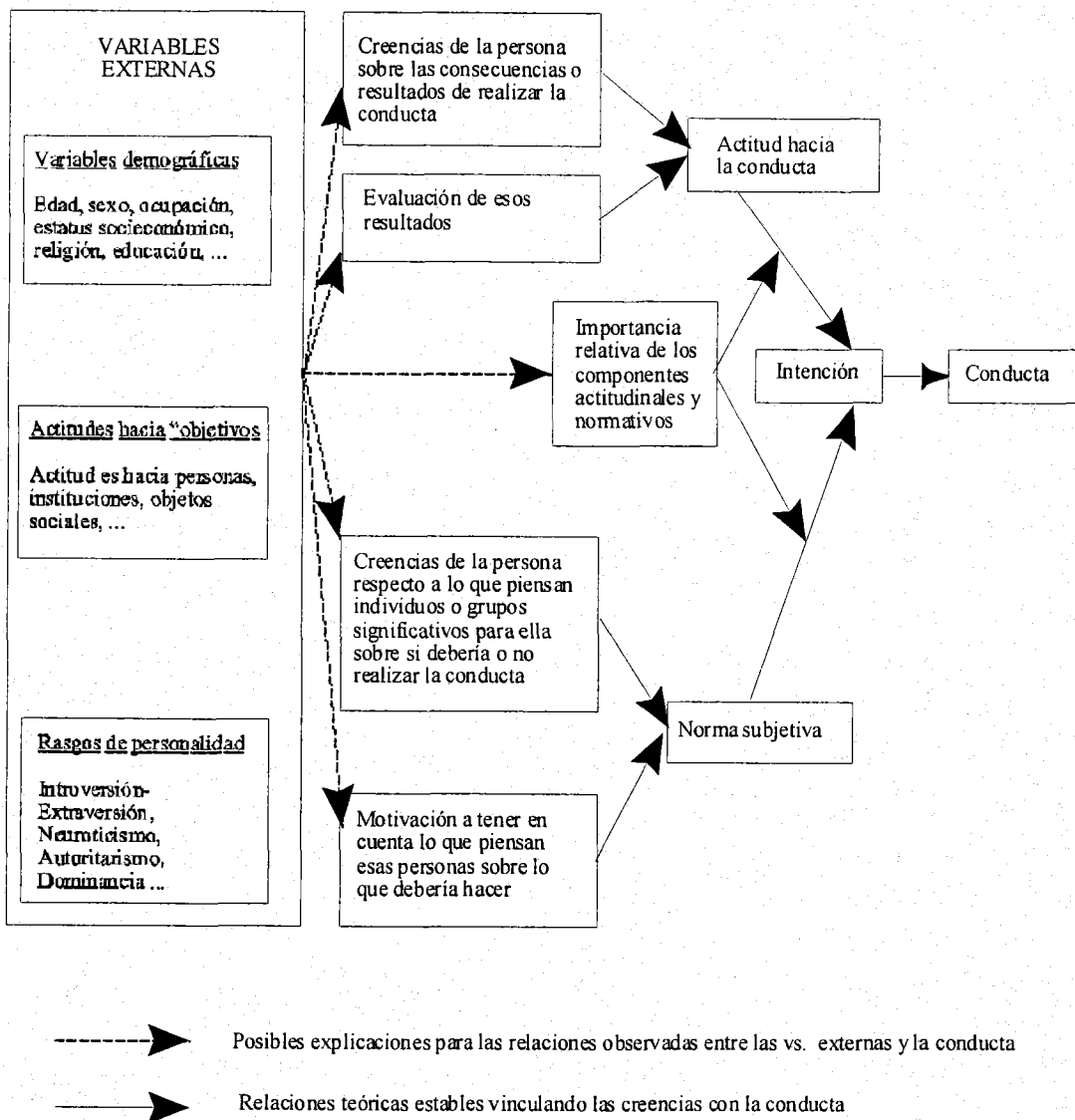
El objetivo de esta teoría se dirigió, principalmente, a la predicción y comprensión de la conducta, siendo dos los aspectos que delimitan de forma especial el modelo:

- la necesidad de aplicar el principio de correspondencia en las medidas de actitud y conducta, con el convencimiento de que mejoraría la relación entre ellas y
- considerar la actitud como un determinante más del comportamiento junto a otros factores de diversa índole y nó como la única causa directa.

Este modelo tuvo sus raíces en la teoría de Dulany (1962, 1968), quien trata de explicar el papel de la conciencia en el condicionamiento verbal. Este autor mostró que determinadas respuestas reforzadas en el individuo se relacionaban fuertemente con su intención de ejecutarlas. Fishbein (1963), aplica esta teoría al campo de las actitudes y formula su modelo de intención conductual, basado en la suposición de que muchas conductas humanas de interés para los científicos sociales son, en algún grado, voluntarias por naturaleza y, por tanto, guiadas por la intención conductual del individuo. Posteriormente, junto con Ajzen (Ajzen y Fishbein, 1980; Fishbein y Ajzen, 1975), lo convierten en la teoría de la acción razonada, cuya representación gráfica aparece en la figura 2.1.

Como se observa en el modelo, el determinante inmediato de una conducta no es la actitud, sino la *intención conductual* o decisión de comportarse de una manera determinada. En palabras de Ajzen, las intenciones son “indicadores de la fuerza con la que las personas están dispuestas a intentar, de cuanto esfuerzo planean ejercer, respecto a la ejecución de una conducta” (1991, p. 181). Cuanto mayor sea la intención del individuo de ejecutar una conducta, mayor será la probabilidad de que la ejecute. Para la TAR, además, las intenciones recogen supuestamente los factores motivacionales que afectan al comportamiento. Como se ve en el gráfico, el modelo no establece ningún camino directo desde las actitudes hasta la conducta, puesto que la intención media totalmente esta relación. Por tanto, si la conducta está bajo el control de la intención, el modelo únicamente podrá ser aplicado a conductas que puedan ser ejecutadas voluntariamente, es decir, que se ejecuten porque el individuo decide ejecutarlas. Así, Fishbein y Ajzen excluyeron del modelo aquellas conductas en las que no interviene la intención de realizarlas o que ocurren de manera automática o habitual. En

Figura 2.1. Representación gráfica de la Teoría de la Acción Razonada (Ajzen y Fishbein, 1980)



palabras de los propios autores

“... la teoría está basada en la suposición de que las personas generalmente son bastante racionales, haciendo un uso sistemático de la información que tienen disponible... Las personas consideran las implicaciones de sus acciones antes de que decidan realizar o no una determinada conducta” (Ajzen y Fishbein, 1980, p.5)

Uno de los dos determinantes de la intención conductual es la *actitud hacia la conducta*. El modelo no está interesado en las actitudes que tradicionalmente han sido estudiadas y a las que los autores se han referido como *actitudes hacia objetivos (targets)*, sino en lo que podría ser considerado un tipo específico de actitud, la actitud hacia la conducta, entendida como la evaluación global positiva o negativa del comportamiento. Los autores entienden la actitud hacia la conducta como la ubicación del individuo en una dimensión evaluativa bipolar con respecto a esa conducta. Además, puesto que conciben la actitud como un constructo unidimensional de naturaleza afectiva, indican que ha de ser medida mediante escalas que permitan al individuo situarse en una dimensión evaluativa referida a la conducta, como las utilizadas en el diferencial semántico de Osgood o las escalas tipo Guilford, Thurstone, Guttman o Likert (Fishbein y Ajzen, 1975). A esta forma de medir la actitud hacia la conducta la denominan medida directa de la actitud, en contraste con una medida indirecta que será descrita posteriormente.

El otro determinante de la intención conductual en la TAR es la *norma subjetiva* o las creencias del individuo acerca de si otras personas importantes para él aprobarían o desaprobarían la ejecución de la conducta en cuestión. Este componente también haría referencia al grado en que cual el individuo está dispuesto a tener en cuenta esas consideraciones sociales, aspecto que en la teoría es conocido como la motivación a cumplir. La TAR introduce así en el modelo el componente social que afecta al comportamiento o grado de presión social percibido por el individuo a la hora de comportarse.

Por consiguiente, de acuerdo con la TAR, una conducta particular estará determinada por la intención del individuo de realizarla que, a su vez, dependerá de la actitud hacia la conducta que presente el individuo y de su norma subjetiva. En el modelo, esta relación es expresada mediante la siguiente fórmula

$$C \sim IC = (AC)p_1 + (NS)p_2$$

donde C es la conducta, IC es la intención conductual, AC es la actitud hacia la conducta, NS es la norma subjetiva y p_1 y p_2 los pesos empíricos que indican la importancia relativa de cada componente a la hora de determinar la intención conductual.

La contribución relativa de la actitud hacia la conducta y de la norma subjetiva en la determinación de la intención, queda abierta en la teoría; la importancia que tiene cada elemento en la formación de la intención, según los autores, varía a través de conductas, individuos y situaciones. Parece claro, por ejemplo, que ciertas conductas afectan a personas de nuestro entorno (familia, amigos, pareja...) en mayor medida que otras, lo que posiblemente desemboque en que la norma subjetiva tenga mayor incidencia en la intención conductual. Por ejemplo, en un trabajo desarrollado por Smetana y Adler (1980) sobre la intención de abortar de un grupo de mujeres si el test de embarazo daba positivo, la norma subjetiva fue un predictor más importante de la intención que la actitud, puesto que se trataba de una conducta en la que era esperable una mayor presión social.

En esta línea, algunos estudios indican que la intención de las personas estará más afectada por la actitud hacia la conducta o por la norma subjetiva, dependiendo de su orientación colectivista o individualista (Trafimow y Finlay, 1996). Otro factor que también ha mostrado su efecto moderador en la relación entre la norma subjetiva y la intención, ha sido el carácter público o privado de la situación en la que se realiza la conducta, de manera que ante acciones que se realizan públicamente, se incrementa el poder predictivo de la norma subjetiva (Schuman y Johnson, 1976). Por último, los estudios de Snyder (1974, 1979, 1982) sobre la variable self-monitoring (anteriormente descrita), muestran que algunas personas están más inclinadas que otras a tener en cuenta las expectativas o deseos de los individuos que les rodean, mientras que otros están más interesados por lograr sus propias metas, aunque sean contrarias a los deseos de los demás. Para los primeros, es probable que el papel jugado por la norma subjetiva en la formación de la intención sea mayor que para los segundos, para quienes la actitud hacia la conducta tendrá probablemente un peso mayor en la intención.

En cualquier caso, la mayoría de los trabajos que han aplicado este modelo encuentran, en general, una mayor contribución de la actitud hacia la conducta que de la norma subjetiva en la formación de la intención. En este sentido, Ajzen (1991), en una revisión de 16 trabajos empíricos que aplican el modelo a diferentes tipos de conductas,

encontró que, excepto en uno de ellos, las actitudes contribuían de manera significativa a la predicción de la intención, mientras que la norma subjetiva no seguía un patrón predictivo claro, concluyendo que, en el tipo de comportamientos estudiados, las consideraciones personales se anteponeían a las sociales (ver el metaanálisis llevado a cabo por van den Putte, 1991).

Continuando con la descripción de la TAR, puesto que su objetivo no es únicamente predecir la conducta sino también explicarla, el modelo establece cuáles son los antecedentes de la actitud y de la norma subjetiva (ver figura 2.1). De acuerdo con la TAR, ambos componentes están basados en información cognitiva. Los autores explican la formación de la actitud basándose en los principios de la teoría de la expectativa-valencia, desde los que se plantea que la actitud es una función de las creencias y su evaluación. Concretamente, sus raíces se encuentran en la *teoría de la utilidad subjetiva esperada (USE)*, de Edwards (1954), quien presenta un modelo matemático de toma de decisión racional que supone que las personas evalúan la utilidad esperada o deseabilidad de las alternativas conductuales y seleccionan aquella que presente la mayor utilidad subjetiva. La USE asociada a una alternativa conductual sería la suma de la probabilidad percibida de cada resultado, multiplicada por la utilidad o deseabilidad de cada resultado

$$USE_j = \sum_i P_{ij} * U_{ij}$$

donde USE_j es la utilidad subjetiva esperada de la alternativa conductual j, P_{ij} es la probabilidad percibida del resultado i de la alternativa j y U_{ij} es la utilidad subjetiva o deseabilidad del resultado i de la alternativa j. Así, la utilidad subjetiva esperada de una acción dependerá de la probabilidad y la evaluación de las distintas consecuencias de esa acción. Fishbein aplicó este principio a las actitudes en los años 60, utilizándolo después junto a Ajzen en la formulación de la TAR, aunque en realidad ya había sido aplicado a las actitudes con anterioridad por Rosenberg (1956).

En la TAR, los determinantes de la actitud hacia la conducta son las *creencias conductuales*, referidas a las creencias acerca de las consecuencias de ejecutar la conducta y a la evaluación que hace la persona de esas consecuencias. La relación entre la actitud hacia la conducta y sus determinantes se expresa a través de la siguiente ecuación:

n

$$AC = \sum_{i=1}^n CC_i * EC_i$$

donde AC es la actitud hacia la conducta, CC_i es la intensidad de cada creencia conductual i (probabilidad subjetiva de que la conducta tendrá la consecuencia i), EC_i es la evaluación subjetiva de la consecuencia i y n es el número de consecuencias salientes. La estimación de la actitud hacia la conducta a través de una fórmula de este tipo, proporciona una medida "indirecta" de la actitud o basada en creencias. Como es de esperar (si el modelo de expectativa-valencia aquí aplicado es válido), esta medida indirecta debería correlacionar con la medida de la misma actitud obtenida de forma directa.

Por tanto, de acuerdo con esta ecuación, las actitudes se basan en un análisis racional de los beneficios y costes asociados a diversas y posibles consecuencias de la conducta, de manera que cuanto más positivas sean las consecuencias asociadas a la conducta y mayor sea la probabilidad de que ocurran, más positiva será la actitud hacia la conducta en cuestión.

Según los autores de este modelo, las actitudes de un individuo en particular estarán determinadas probablemente por un número relativamente pequeño de creencias conductuales (entre 5 y 9). Estas creencias sobresalientes se pueden obtener de dos formas distintas: o bien pidiendo al individuo que seleccione libremente las consecuencias que tiene para él realizar la conducta, de forma que las primeras respuestas reflejarían las creencias conductuales salientes para esa persona; o bien pidiendo a una muestra representativa de la población que indique libremente las consecuencias de llevar a cabo la conducta, de forma que las respuestas más frecuentes indicarían las creencias conductuales modales para la población de la que fue tomada la muestra.

Para medir las creencias conductuales, Ajzen y Fishbein (1980) utilizan una escala de probabilidad subjetiva y para medir la evaluación de las consecuencias, utilizan una dimensión evaluativa bipolar referida a cada consecuencia. Los autores asumen que las creencias salientes pueden ser distintas de individuo a individuo y de población a población, pero no incluyen en el modelo este aspecto a nivel operativo.

Un gran número de estudios ha investigado la validez del modelo de expectativa-valencia aplicado a las actitudes, analizando la correlación entre una medida de la actitud hacia la conducta basada en las creencias y una medida global de la actitud hacia la misma

conducta (Godin y Shephard, 1987; Jaccard y Davidson, 1972; Van der Pligt y De Vries, 1998). Los resultados de estos y otros estudios han mostrado que, si bien las correlaciones encontradas son estadísticamente significativas, la magnitud de la relación no es del tamaño que cabría esperar (Ajzen, 1991). Para Ajzen, la mayoría de los problemas que explican esas bajas correlaciones son de tipo metodológico, aunque también destaca otros motivos. Por ejemplo, una posibilidad es la de que el modelo de expectativa-valencia no recoja de forma apropiada (a través de una combinación multiplicativa de creencias y evaluación) la estructura y formación de la actitud. En este sentido, algunos trabajos realizados en el terreno de la toma de decisión conductual, han puesto de relieve la dificultad de seguir las reglas multiplicativas que proponen los autores de la TAR, considerando que esas combinaciones entre creencias y evaluaciones no describen adecuadamente los procesos a través de los cuales las personas forman sus actitudes, se comportan o toman decisiones. Tales decisiones, por lo general, están basadas en reglas de decisión prácticas o heurísticos que ayudan a simplificar la tarea (Payne, Bettman y Johnson, 1993). Esta ha sido una de las objeciones a la teoría, la que hace referencia a la dificultad de aplicar fórmulas basadas en los principios de expectativa-valencia cada vez que se quiere tomar una decisión conductual.

Pero, fundamentalmente, Ajzen explica las bajas correlaciones encontradas entre medidas directas e indirectas de la actitud, a partir de problemas de tipo metodológico. Por ejemplo, en muchos de los trabajos que encontraron bajas correlaciones, no se obtuvieron las creencias salientes ni desde la misma muestra que iba a ser estudiada, ni desde una muestra representativa de esa población. Desde su punto de vista, esas creencias salientes obtenidas en muestras no representativas no tienen por qué corresponderse con las de la muestra investigada y, por tanto, cabe esperar que no aparezcan altas correlaciones entre las medidas directas e indirectas de la actitud.

Por otra parte, Ajzen también hace referencia a la forma de puntuar la respuesta de los individuos a los ítems que miden creencias conductuales y a los que miden la evaluación de las creencias. El problema radica en determinar qué tipo de escalas (unipolares o bipolares) son las más adecuadas con el fin de obtener los mejores resultados en los análisis de regresión y correlación. Para Ajzen (1991), no existe en principio una razón que identifique cuál es la mejor alternativa, ya que ambas son equivalentes desde un punto de vista psicométrico. No obstante, después de comparar en un estudio empírico ambos sistemas de puntuación (Ajzen y Driver, 1991), Ajzen llega a la conclusión de que, aunque utilizar escalas bipolares tanto en el caso de las creencias como en el caso de la evaluación, mejora la relación entre medidas

directas e indirectas de la actitud, tal correlación sigue siendo de una magnitud moderada.

Por último, el autor menciona otro problema relacionado con los procesos cognitivos que siguen los individuos cuando contestan a una medida directa de la actitud frente a una basada en creencias. En su opinión, una medida de actitud basada en creencias probablemente genere una respuesta más razonada en el individuo, mientras que cuando se emplea una medida directa, la respuesta podría ser más automática. En este sentido, algunos estudios que han manipulado el grado de concentración requerido a la hora de medir las actitudes, han encontrado que la predicción de la intención y la conducta desde las actitudes mejora cuando se toman medidas de la actitud bajo condiciones de alta concentración y deliberación (Allen y Madden, 1990). De ello se podría concluir, por tanto, que las medidas actitudinales basadas en creencias van a presentar una mayor validez predictiva que una medida global de la actitud.

Sin embargo, no está tan claro que una medida actitudinal que genera más deliberación, correlacione mejor con la conducta que una medida basada en respuestas evaluativas más automáticas. De hecho, la investigación sobre *cognitivización* de Wilson (Wilson, Dunn, Bybee, Hyman y Rotondo 1984; Wilson, Dunn, Kraft y Lisle, 1989) ha mostrado que pedir a las personas que piensen en las razones por las cuales tienen determinadas actitudes, influye en la relación entre actitudes y conducta, de forma que las actitudes expresadas después de pensar en las razones, eran menos predictivas de la conducta que aquellas expresadas sin tal requerimiento. Tales hallazgos pondrían en tela de juicio la idea de que las medidas basadas en creencias son más predictivas de la intención conductual y de la conducta, si consideramos que hay una correspondencia entre *cognitivización* y una medida indirecta de la actitud basada en creencias. No hay que olvidar, sin embargo, que este autor estudia actitudes hacia objetivos (*targets*) y no hacia conductas, centrándose en relaciones entre actitudes y conductas en las que no intervienen las intenciones, por lo que no estaría tan clara la generalización de sus hallazgos a la TAR.

En cualquier caso, aunque para algunos autores es preferible la utilización de medidas directas de la actitud a las medidas indirectas o basadas en creencias (por ej. Parker, Manstead y Stradling, 1995), tal elección también supone claros inconvenientes en el plano de la intervención, puesto que conocer las creencias que subyacen a las actitudes ayudaría a modificar o cambiar esas actitudes. Para Ajzen, si se tienen en cuenta todos los problemas metodológicos anteriormente descritos, no hay duda de que las creencias sobresalientes

influirán en la actitud, como se ha demostrado ampliamente, por ejemplo, en el campo de los mensajes persuasivos (ver Petty y Cacioppo, 1986).

En relación al segundo componente del modelo o determinante de la intención conductual, la norma subjetiva, igual que ocurría con la actitud hacia la conducta, esta variable sería una función de las creencias del individuo acerca de la forma en que otras personas importantes para él esperan que se comporte, junto con su motivación a tenerlos en cuenta a la hora de actuar. Este tipo de creencias se denominan *creencias normativas*. La relación entre norma subjetiva y creencias normativas podría expresarse a través de la siguiente ecuación:

$$NS = \sum_{i=1}^n CN_i * MC_i$$

donde NS es la norma subjetiva; CN_i es la creencia normativa acerca de lo que algunos referentes *i* piensan sobre la ejecución de la conducta; MC es la motivación a cumplir con el referente *i*; y *n* es el número de personas o referentes significativos. Es decir, igual que ocurría con la actitud hacia la conducta, la forma de combinar los determinantes de la norma subjetiva es multiplicativa; cada creencia normativa se multiplica por su correspondiente motivación a cumplir, y la suma de estos productos proporciona una medida indirecta de la norma subjetiva. La medida global o directa se obtiene generalmente pidiendo al individuo que evalúe el grado en el cual la mayoría de las personas importantes para él aprobarían o desaprobarían la ejecución de una conducta determinada, así como el grado en que estarían dispuestos a tenerlos en cuenta a la hora de llevar a cabo la acción en cuestión. El producto de ambos ítems se tomaría como la medida directa de la norma subjetiva.

Los resultados de la investigación empírica ponen de manifiesto que la mejor correlación entre medidas directas de la norma subjetiva y medidas indirectas se consigue cuando se usan escalas bipolares para recoger las creencias normativas y escalas unipolares para recoger la motivación a cumplir. Concretamente, la correlación encontrada entre ambas medidas así puntuadas se ha situado entre .40 y .80 (Ajzen y Fishbein, 1980).

En relación a la distinción que hace el modelo entre las creencias conductuales y normativas, para algunos autores (Miniard y Cohen, 1981), tal distinción no es siempre tan clara. Parece que determinadas creencias conductuales pueden confundirse con determinadas

creencias normativas, lo que puede dar lugar a problemas estadísticos cuando ambos predictores son incluidos en una ecuación de regresión. Las altas correlaciones encontradas entre actitud y norma subjetiva en algunos estudios, ha sugerido que se trata de un mismo constructo con nombres distintos. De hecho, se propuso tratar la norma subjetiva como un determinante más de la actitud hacia la conducta, algo a lo que los autores del modelo se opusieron, argumentando que la separación entre aspectos actitudinales y normativos permitía recoger tanto los aspectos individuales como los sociales que regulan el comportamiento.

En la revisión realizada por Trafimow (1998) sobre la evidencia a favor y en contra de esta distinción, el autor concluye que, a pesar de que existen razones que cuestionan la distinción, la evidencia apoya claramente tal diferenciación (además de su valor práctico en intervención social). Así, en su trabajo, el autor incluye distintas investigaciones que muestran las diferencias entre los componentes actitudinales y normativos, como la de Shepherd (1987), quien mostró que actitudes y norma subjetiva predecían la intención de manera independiente; o la de Trafimow y Miller (1996), quienes encontraron que las creencias conductuales correlacionaban más con las actitudes que con la norma subjetiva, mientras que las creencias normativas correlacionaban más con la norma subjetiva que con las actitudes. Otros trabajos han encontrado que determinadas conductas están más bajo control actitudinal y que otras están más bajo control normativo (Trafimow y Fishbein, 1995); o que variables como el *self-monitoring* o la *autoconciencia privada* afectan de forma distinta a las relaciones entre actitud-conducta y entre norma subjetiva-conducta (Miller y Grush, 1986).

Para terminar y como puede verse en la figura 2.1, el modelo también recoge una relación de variables que los autores denominan *externas* (demográficas, de personalidad y actitudes generales y hacia objetivos) consideradas como todas aquellas variables que, aunque no han sido tenidas en cuenta por la teoría, influyen en la conducta, pero sólo a través de su impacto en los determinantes de la actitud hacia la conducta y la norma subjetiva. Frente a otras aproximaciones, los autores no tratan de explicar la conducta a través de aspectos demográficos, de personalidad o desde las actitudes hacia objetivos. Aunque reconocen su importancia potencial y no niegan que tales aspectos se relacionen con la conducta, desde su punto de vista, tal relación es indirecta, es decir, se relacionarán con la conducta sólo si se relacionan con alguno o varios de los componentes del modelo (Ajzen y Fishbein, 1980). En palabras de los autores "...una variable externa tendrá un efecto sobre la conducta sólo en el grado en que ésta influye en los determinantes de la conducta especificados por la TAR; que

ejerza o no tales efectos aportará poco a la validez de la teoría..... Tal validez dependerá del apoyo empírico a las relaciones especificadas en el modelo” (1980, p. 9). Incluso han llegado a afirmar que aquellas teorías que explican la conducta a través de estas variables consideradas por ellos externas, no sólo son innecesarias, sino que impiden el progreso científico. En este sentido, el que Fishbein y Ajzen no incluyeran en su modelo variables consideradas desde diversos campos como importantes predictores del comportamiento, llevó a un elevado número de autores a considerar la TAR como una teoría de las causas inmediatas de la conducta que no proporciona una descripción completa de ella.

Pero la realidad es que la teoría, que algunos describen como parsimoniosa y de especial interés por su simplicidad y facilidad en su operacionalización, ha sido aplicada a una amplia variedad de conductas, como la donación de sangre (Pomazal y Jaccard, 1976), el uso del preservativo (Fishbein et al., 1992; Fisher, 1984; Kashima, Gallois y McCamish, 1993), la conducta de voto (Fishbein, Middlestadt y Chung, 1986), conductas adictivas (Ajzen, Timko y White, 1982), de higiene (McCaul, O’Neill y Glasgow, 1988), entre otras, con un éxito considerable. Varios estudios meta-analíticos han evaluado la TAR para comprobar su grado de predicción. Por ejemplo, van den Putte (1991), basándose en 113 artículos empleando el modelo, puso de relieve que la teoría es un predictor útil de intención y de conducta en dominios conductuales distintos. Concretamente, la predicción de la conducta desde la intención fue de .62 y la predicción de la intención desde la actitud y la norma subjetiva fue de .68. Además, la relación entre intención y actitud fue más fuerte (.60) que la relación entre intención y norma subjetiva (.42).

Resultados similares fueron los obtenidos por Sheppard, Hartwick y Warshaw (1988). Sobre 87 estudios que habían empleado la TAR, encontraron unas correlaciones promedio de .66 para la relación entre intención conductual y actitud y norma subjetiva. Por su parte, la correlación promedio entre intención conductual y conducta fue de .53.

En cierta medida, todos estos resultados reflejan que se puede predecir la conducta con cierta seguridad más desde la intención conductual que desde la actitud; y que la intención puede ser predicha si se mide la actitud hacia la conducta y la norma subjetiva.

La teoría de la conducta planificada

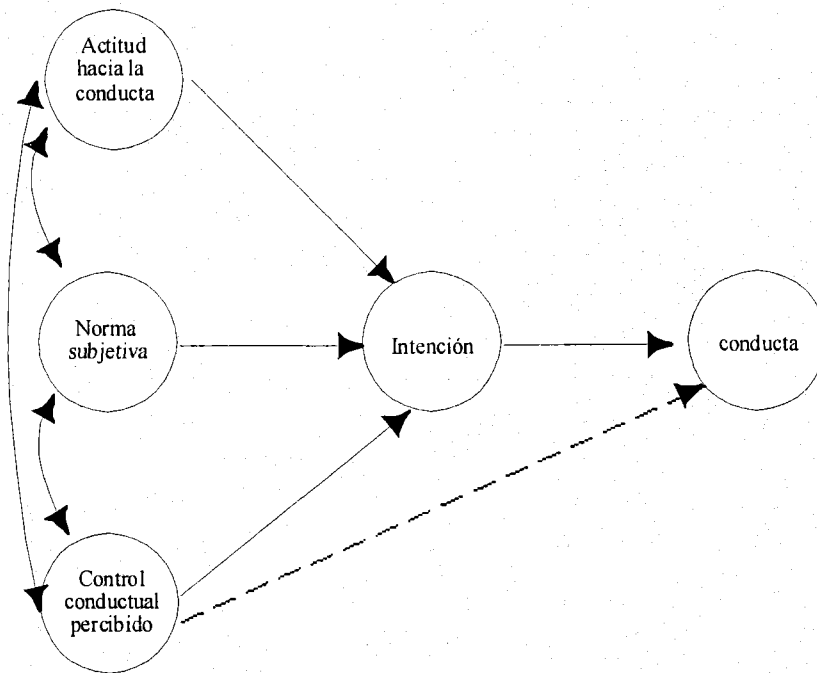
Como ya se dijo anteriormente, en los primeros momentos de la TAR, se planteó la

necesidad de que las conductas que se investigaban aplicando la teoría, estuvieran bajo completo control voluntario. Una conducta estará bajo control completo cuando no existen barreras u obstáculos ambientales y/o personales que interfieran con su ejecución. En cualquier caso, la TAR fue diseñada para estudiar conductas que están bajo control voluntario del individuo, fracasando en el intento de explicar conductas en las que el individuo tiene poco o ningún control. Ajzen (1985, 1988, 1991), consciente de este problema, trató de resolverlo incluyendo en el modelo un tercer determinante de la intención conductual, el *control conductual percibido (CCP)*, convirtiendo la teoría de la acción razonada en el modelo de la conducta planificada (TCP). Este nuevo componente hace referencia al grado en el cual un individuo percibe que la ejecución de la acción está bajo su control voluntario. Concretamente, se refiere a la “percepción del individuo de lo fácil o difícil que le resultará ejecutar la conducta, reflejando tanto la experiencia pasada como la anticipación de impedimentos y obstáculos futuros” (Schifter y Ajzen, 1985, p. 844). Una persona tendrá una alta percepción de control conductual si piensa que la conducta es fácil de ejecutar. Al contrario, si piensa que es difícil de ejecutar, su percepción de control será baja. Como apunta Ajzen (1988), se trataría de un constructo muy relacionado con el concepto de *autoeficacia* de Bandura (1977, 1982), referido a la “convicción de que uno puede ejecutar una conducta dada con éxito” (1977, p. 193). De hecho, Ajzen (1991) reconoce que todo su conocimiento sobre el control conductual percibido le llega de las investigaciones realizadas por Bandura y sus colaboradores. Sobre las investigaciones realizadas para comprobar el grado de semejanza entre ambos constructos, se hablará en un apartado posterior.

La teoría de la conducta planificada aparece en la figura 2.2. De acuerdo con el modelo, son tres en este caso los determinantes de la intención conductual: la actitud hacia la conducta, la norma subjetiva y el control conductual percibido. Cuanto más favorable sea la actitud hacia la conducta y la norma subjetiva, y cuanto más alto sea el control percibido sobre la conducta, más probable será que se forme una fuerte intención de ejecutarla (Ajzen, 1991). El autor plantea que la importancia que tenga cada uno de estos componentes a la hora de predecir la intención, dependerá de la situación y del tipo de conducta estudiada.

Por otra parte, el modelo postula que la ejecución conductual estará determinada, a su vez, por la intención conductual y el control conductual percibido. En este modelo son dos y no uno como en la TAR, los determinantes directos de la conducta. De nuevo, el autor establece que la importancia relativa de cada uno de estos componentes en la predicción de la conducta, variará a través de situaciones y dominios conductuales.

Figura 2.2. Representación de la Teoría de la conducta planificada (Ajzen, 1991)



Este planteamiento queda reflejado en los dos caminos representados en el modelo a través de los cuales el control conductual percibido afecta a la conducta. Como puede observarse en el gráfico, en uno de esos caminos el CCP influye en la conducta indirectamente a través de la intención. Esta vía trata de recoger el hecho de que, cuando las personas forman intenciones de comportarse de una manera determinada, tienen en cuenta cuanto control tienen sobre la conducta, independientemente de la evaluación positiva que hagan de tal conducta y de que piensen que los demás (familia, amigos,...) la aprobarían. Por tanto, la intención conductual recogería los efectos del control conductual percibido sobre la conducta. En el otro camino, el CCP influye directamente sobre la conducta junto con la intención conductual (línea punteada). Esta vía directa entre CCP y conducta trata de recoger dos aspectos: uno, de carácter motivacional, por el que cuanto mayor sea el control que percibe el individuo sobre la conducta, con mayor esfuerzo tratará de realizarla y, por tanto, mayor probabilidad habrá de que ocurra la acción. Es decir, si dos personas tienen la misma intención de

comportarse, aquel que perciba un control mayor sobre la conducta probablemente intentará con más fuerza realizarla y, por consiguiente, más fácil será que la conducta al final se realice. El otro aspecto, de carácter no psicológico, sería el que refleja el control real sobre la conducta. Si el individuo tiene intención de realizar una acción y, llegado el momento, ésta no se produce, probablemente se atribuirá a una falta de control sobre la acción. En definitiva, cuánto más coincida el control percibido con el control real (el que realmente se tiene cuando se vaya a producir la conducta), la aportación del CCP a la predicción de la conducta futura se producirá, en mayor medida, a través de la intención. Sin embargo, la aportación del CCP a la predicción de la conducta se producirá de forma directa, esto es, sin que medie la intención conductual, cuanto menos coincida la percepción de control con el control real.

Respecto a cuáles son los antecedentes de los componentes de la TCP (actitud hacia la conducta, norma subjetiva y control conductual percibido), en este caso se distinguen, además de las creencias conductuales y normativas de la TAR, un tercer tipo de creencias: las creencias de control. Así, el grado de control percibido sobre la conducta va a depender de las creencias del individuo acerca de si posee los recursos y oportunidades necesarios para ejecutar la conducta. Estas creencias se refieren tanto a factores de control internos (habilidades, recursos, emociones...) como externos (oportunidades, dependencia de otros, obstáculos...) y se han generado, en buena medida, a través de la experiencia pasada. De acuerdo con el autor, cuantos más recursos y oportunidades crea el individuo que posee y menos obstáculos o impedimentos anticipe, mayor será el control percibido sobre la conducta. La fórmula empleada para obtener una medida de CCP basada en creencias es la siguiente:

$$CCP = \sum_{i=1}^n CCo_i * PP_i$$

donde la percepción de control conductual (CCP) se obtiene multiplicando cada creencia de control (CCo) por la percepción del poder (PP) que tiene cada factor para facilitar o inhibir la conducta. La suma de estos productos proporciona una medida indirecta del control conductual percibido. Aunque Ajzen desarrolla esta medida de control percibido basada en creencias, la realidad es que por lo general, la investigación ha utilizado una medida "directa" de CCP, preguntando a los individuos cuánto control piensan que tienen sobre la conducta y/o cómo de fácil o difícil creen que sería realizarla.

En este sentido, algunos autores han hecho énfasis en la necesidad de distinguir conceptualmente entre cuestiones acerca del control y cuestiones acerca de la dificultad de realizar la acción. Chan y Fishbein (1993) y Sparks (1994), entre otros, plantean que los individuos pueden interpretar los ítems de control y los ítems de dificultad de distinta manera, de forma que puede haber conductas en las que se perciba un alto control, a pesar de que se perciban como difíciles de realizar. Con el fin de investigar si el CCP está siendo bien conceptualizado y operacionalizado, Sparks, Guthrie y Shepherd (1997) han llevado a cabo dos estudios para comprobar si esas dos medidas generan diferentes modelos de respuesta, encontrando, además de evidencia que apoya tal distinción, efectos predictivos en la medida de dificultad percibida sobre la intención, pero no en la medida del control percibido.

Volviendo a la descripción del modelo, los primeros trabajos realizados por Ajzen para demostrar el poder predictivo de la TCP sobre la TAR, los desarrolla sobre la pérdida de peso (Schifter y Ajzen, 1985) y sobre la asistencia a clase y el logro académico (Ajzen y Madden, 1986). En el primer caso, el control conductual percibido mejoró la predicción de la intención de perder peso una vez tenidas en cuenta la actitud hacia la conducta y la norma subjetiva. Además, la intención se mostró como un predictor útil de la conducta sólo en interacción con el CCP, es decir, entre intención y pérdida de peso real se dió una relación positiva sólo en aquellos casos en los que las personas tuvieron una percepción relativamente alta de control sobre esta conducta.

En el caso de la asistencia a clase, sin embargo, los resultados mostraron que la TAR era suficiente para predecir la conducta. El control conductual percibido no mejoró la predicción de la conducta, una vez tenida en cuenta la intención conductual. Frente a la pérdida de peso, la asistencia a clase es una conducta en la que se tiene un grado de control relativamente alto y, por tanto, es razonable que el CCP no mejore el poder predictivo de la intención sobre la conducta.

Otros ejemplos de estudios que han encontrado, en una amplia gama de conductas, una mejora significativa en la predicción de la intención y/o la conducta al añadir el control conductual percibido a la TAR, son los de Beale y Manstead (1991) sobre alimentación infantil; Netemeyer y Burton (1990) sobre conducta de voto; Parker, Manstead y Stradling (1995) sobre infracciones en la conducción; Godin (1993) sobre hacer ejercicio físico; Marcoux y Shope (1997) sobre consumo de alcohol; Conner y McMillan (1999) sobre fumar marihuana; Armitage y Conner (1999a) sobre consumo de dieta baja en calorías; Drake y

McCabe (2000) sobre conducta íntima extramarital; o Richardson, Beazley, Delaney y Langille (1997) sobre el uso del preservativo, entre otros.

Pero también aparecen trabajos en la literatura sobre el tema en los que, o bien no se encuentra apoyo a la TCP, como es el caso de Chang y Fishbein (1993) sobre uso del preservativo y el de Knibbe, Oostveen y Van de Goor (1991) sobre consumo de alcohol; o bien se encuentran resultados mixtos, como el de Madden, Ellen y Ajzen (1992), sobre una variedad de conductas con distinto grado de control; o el de Norman y Conner (1996), sobre hacerse un chequeo médico. En ellos, a medida que otras variables adquirirían importancia en el modelo, el CCP perdía su poder predictivo. En algunos trabajos, el control conductual percibido ha mostrado ser buen predictor cuando las correlaciones entre actitud-intención y entre norma subjetiva-intención son bajas (Reinecke, Schmidt y Ajzen, 1996), pero no cuando son altas (Chang y Fishbein, 1993).

En cualquier caso, los distintos metaanálisis sobre los estudios que han añadido el control percibido a las variables de la TAR (Ajzen, 1991; Conner y Armitage, 1998; Godin y Kok, 1996) reflejan una mejora significativa en la capacidad predictiva del modelo en una amplia gama de conductas, bien incrementando significativamente el total de la varianza explicada por la intención conductual, bien actuando como un predictor de la conducta independiente de la intención. Por ejemplo, el metaanálisis llevado a cabo por Godin y Kok (1996) sobre 54 trabajos empíricos, señala que la TCP explica un 41% de la varianza de intención y un 34% de la varianza de conductas relacionadas con la salud. Por su parte, Ajzen (1991), en una revisión de doce trabajos aplicando la TCP a distintos tipos de conductas (como beber alcohol, votar en las elecciones, perder peso o buscar empleo, entre otras), encuentra que, tanto la intención conductual como el CCP, contribuyen de manera significativa a la predicción de la conducta. De los dos componentes, la intención se mostró en la mayoría de los casos como el mejor predictor de la conducta, excepto en la pérdida de peso, en la que el CCP superó la capacidad predictiva de la intención conductual. La correlación múltiple osciló desde .20 a .70, con un promedio de .51.

Por su parte, el metaanálisis realizado por Conner y Armitage (1998) comparando la TAR con la TCP, revela que, por término medio, el CCP explica el 5% de la varianza de intención por encima de las actitudes y la norma subjetiva; y el 1% de la varianza de conducta por encima de la intención.

Para terminar y a modo de conclusión sobre la aportación de estas dos teorías a la investigación actitudinal, sería interesante mencionar el metaanálisis llevado a cabo por Sutton (1998), en el que muestra que los modelos de la TAR/TCP explican, por término medio, entre el 40 y el 50% de la varianza en intención; y entre el 19 y 38% de la varianza en conducta. Para este autor, la interpretación de estos porcentajes respecto al poder predictivo de las teorías será distinta, según se analicen en relación con el máximo ideal de la varianza explicada (100%) o en relación al tamaño del efecto habitualmente encontrado en las ciencias de la conducta. Si el análisis se realiza desde la segunda óptica, probablemente nos encontramos ante una teoría con un buen poder predictivo. Desde el punto de vista de este autor, no hay que olvidar que, aunque estos modelos no expliquen un porcentaje muy alto de la varianza de intención y de conducta, el número de predictores que utilizan es reducido, lo que los convierte en modelos más interesantes que otros que hayan explicado la conducta a través de un número amplio de constructos.

2.4.1.1.- Principales críticas a las teorías de la acción razonada y de la conducta planificada

A pesar de que los datos aportados por distintos meta-análisis han puesto de relieve la validez del modelo, sin embargo, la teoría deja sin resolver un número importante de cuestiones.

Por ejemplo, algunos autores han incidido en la naturaleza correlacional y de diseño transversal de los estudios que apoyan la TAR/TCP, cuestionando su utilidad para establecer relaciones causales entre sus componentes. Hay dudas acerca de si estos modelos son realmente explicativos de la conducta o sólo predictivos. Los distintos estudios de diseño transversal realizados para comprobar la existencia de relaciones causales entre los componentes del modelo, han sugerido que no hay evidencia empírica que demuestre que las creencias sean la causa de tales componentes. Concretamente, estudios como los de Armitage (1997), Brubaker y Fowler (1990) o Brubaker y Wickersham (1990), mostraron que cambiar las creencias no modificaba ni la actitud, ni la norma subjetiva, ni la intención, ni la conducta, concluyendo que, entre las creencias y los componentes de la TCP, se daba una relación predictiva, más que causal.

Entre los estudios con diseño longitudinal, encontramos el de Armitage y Conner (1999b), quienes evaluaron la validez predictiva de la TCP, así como el orden causal de los

predictores de este modelo sobre el tiempo. Los resultados pusieron de relieve, por una parte, que los antecedentes de la intención y la conducta explicaban una proporción de varianza significativa de ambos, tanto para las medidas tomadas en el mismo momento temporal como para las tomadas en distintos momentos de tiempo. Por otra parte, aunque sí se encontró una relación estable sobre el tiempo entre las creencias de control y el CCP, no ocurrió lo mismo en el caso de las creencias conductuales y la actitud hacia la conducta, ya que no mostraron un papel causal en la formación de la actitud (todas las creencias conductuales fueron predictoras de la actitud en T1, mientras que sólo tres de ellas lo fueron en T2, esto es, tres meses después). Estos resultados apoyaron la hipótesis de Eiser (1994), quien plantea que distintas creencias conductuales pueden volverse salientes en diferentes momentos, por lo que las actitudes no tienen que estar necesariamente determinadas por las creencias conductuales, aunque sí puedan ser inferidas desde la actitud o la conducta. Aunque también es posible que el problema derive de una errónea operacionalización de los constructos (Bagozzi, 1986). En este sentido, Ajzen (1991), sin embargo, señala que existe suficiente evidencia que apoya la relación entre las creencias (conductuales, normativas y de control) y los constructos del modelo (actitud hacia la conducta, norma subjetiva y control conductual percibido), pero que aún no está clara la forma en la que se produce esa relación.

A pesar de que han sido pocos los estudios diseñados experimentalmente con el fin de subsanar estos problemas, los trabajos que han afrontado tal demanda aplicando la TAR, han confirmado los lazos causales entre algunos de sus componentes, como es el caso de la actitud y la conducta (Beale y Manstead, 1991; Parker, Stradling y Manstead, 1996).

Por otra parte, hasta hace muy poco tiempo, en la mayoría de los estudios dirigidos a investigar la validez de las dos teorías, se utilizaban análisis de regresión múltiple, metodología que no permitía examinar la contribución de todas las variables simultáneamente y que generaba ciertos problemas de validez de constructo a las teorías. Sin embargo, en los últimos años, están siendo aplicadas otras técnicas con el fin de paliar tales problemas, como es el caso de las ecuaciones estructurales, que permiten al investigador postular hipótesis acerca de la relación entre las variables de los modelos.

También se han planteado limitaciones a las teorías en relación a la intención conductual. En concreto, distintos metaanálisis han mostrado una variabilidad en la magnitud de la relación entre intención y conducta (p. ej., Godin y Kok, 1996), poniendo en entredicho la validez de la intención como determinante directo de la conducta o, lo que es lo mismo,

poniendo de relieve la posibilidad de que otros factores no incluidos en la teoría influyan en la relación intención-conducta.

En este sentido, aunque son pocos los trabajos dedicados a mostrar la influencia de ciertos factores en la relación entre intención y conducta, sí se han observado algunos efectos moderadores en ciertas variables, como la estabilidad temporal de la intención (Sheeran, Orbell y Trafimow, 1999), la accesibilidad (Bassili, 1995), la implementación de la intención (Gollwitzer y Brandstätter, 1997) o los autoesquemas (Sheeran y Orbell, 2000). En relación a esta última variable, definida por Markus (1997) como “aquellas generalizaciones cognitivas acerca de uno mismo, que derivan de la experiencia pasada y que organizan y guían el procesamiento de la información relativo al *self*...” (p. 64), diversos trabajos han puesto de manifiesto que tener un autoesquema en un dominio particular (frente a no tenerlo) genera una mayor relación entre intención y conducta y que esta variable incrementa la cantidad de varianza explicada de la intención, una vez controlados los efectos de los predictores de la acción razonada, del control percibido y de la experiencia pasada (Sheeran y Orbell, 2000).

En general, ante esta limitación de la intención conductual, Fishbein y Ajzen han manifestado en distintas ocasiones que tal relación no tiene por qué ser necesariamente alta, puesto que una de las condiciones de la validez predictiva de la intención es su estabilidad temporal. El intervalo de tiempo que transcurre entre la medida de la intención y la medida de la conducta, podría ser el responsable de una débil relación entre las variables. Cuanto mayor sea ese intervalo de tiempo, mayor probabilidad hay de que cambie la intención y, por tanto, de que disminuya su relación con la conducta (Ajzen y Madden, 1986). Por ello, Ajzen y Fishbein (1980; Ajzen, 1991) recomiendan que se tomen las medidas de intención cerca de la realización de la conducta.

Respecto a tal estabilidad, trabajos longitudinales como los de Sheeran, Orbell y Trafimow (1999) o los de Sheeran y Orbell (1998) y Trafimow y Miller (1996), han mostrado el efecto moderador de la estabilidad de la intención sobre la relación intención-conducta. El intervalo de tiempo que transcurre entre la medida de la intención y la de la conducta futura, se relaciona negativamente con la fuerza de la correlación entre intención conductual y conducta futura.

También en relación al concepto de intención conductual, otra crítica dirigida a las

TAR/TCP ha sido la omisión de una variable motivacional, *el deseo*, que de alguna forma, puede también dirigir la intención de actuar de una persona. En este sentido, Bagozzi (1992), en su *teoría de la auto-regulación (self-regulation)*, está de acuerdo en entender la intención como el determinante directo de la conducta pero, al contrario que en la TAR/TCP, quienes determinan directamente la intención son el deseo y la norma subjetiva, mientras que las actitudes afectan a la intención a través del deseo. Es decir, la influencia de la actitud sobre la intención estará mediada completamente por el deseo de actuar de una forma determinada. Para Bagozzi (1992), las actitudes no implican necesariamente un componente motivacional y ciertas intenciones no pueden ser formadas sin componentes motivacionales como los deseos. El deseo es considerado por este modelo como una causa más directa de la intención que las actitudes, aunque éstas pueden generar los deseos. Algunos trabajos diseñados para comprobar si el deseo afecta a la intención de manera independiente, han apoyado las hipótesis de Bagozzi (p. ej. Bagozzi y Kimel, 1995; Leone, Perugini y Ercolani, 1999). Sin embargo, otros autores (Ajzen, 1988; Fishbein y Stasson, 1990) han argumentado que el deseo queda recogido en la intención, ya que ambos constructos se basan en procesos motivacionales. Bagozzi (1992), por su parte, se defiende señalando que intención y deseo son constructos diferentes, puesto que la intención implica deseo, pero el deseo no implica necesariamente intención. Además, es posible tener deseos opuestos pero no intenciones opuestas (McCann, 1986).

Pero posiblemente, las mayores críticas se han dirigido a la suficiencia de los modelos. Para Fishbein y Ajzen, las TAR/TCP incluyen las variables suficientes para predecir y explicar la intención y la conducta, puesto que otras variables externas a los modelos no logran explicar varianza en intención, una vez han sido tenidos en cuenta los efectos de la actitud hacia la conducta, la norma subjetiva y, en el caso de la TCP, el control conductual percibido. Sin embargo, un elevado número de investigaciones está poniendo de relieve que no es tal la suficiencia de los modelos mediante la inclusión de nuevos constructos que parecen mejorar la utilidad de las teorías¹.

2.4.1.2.- Nuevas versiones del modelo de la conducta planificada

Como se vio anteriormente, el control conductual percibido ha sido la variable añadida a la TAR que ha mejorado su capacidad predictiva y la posibilidad de ampliar el

¹ ver Conner y Armitage, 1998; Eagly y Chaiken, 1993, para una revisión.

rango de conductas a las que puede ser aplicado, incluyendo aquellas que no están bajo nuestro control completo. Pero además del control, en los últimos años se están proponiendo otras variables que parecen tener efectos predictivos sobre la intención, (y en ocasiones sobre la propia conducta), independientemente de los demás componentes de la TCP. Tal es el caso de la conducta pasada/hábito, las normas morales personales, las evaluaciones afectivas, la autoidentidad o la autoeficacia. El propio Ajzen (1991) reconoce la posibilidad de renovación en su modelo cuando plantea que “está abierto a la incorporación de nuevos predictores si se muestra que explican una parte significativa de la varianza de la intención o de la conducta, después de tener en cuenta las variables del modelo” (p. 199). Describiremos a continuación cada una de las variables que han mostrado una mejora en la capacidad predictiva de las TAR/TCP.

2.4.1.2.1.- Conducta pasada/hábito²

Como se ha visto, las teorías de la acción razonada y de la conducta planificada enfatizan el carácter razonado de los antecedentes de la conducta. Sin embargo, desde una perspectiva conductista y, más concretamente, desde las teorías del aprendizaje social (Allport, 1924; Hull, 1943; Watson, 1919) se plantea que cuando una conducta es ejecutada de manera satisfactoria, será repetida en el futuro, convirtiéndose en habitual y perdiendo su carácter deliberado. La conducta, entonces, estaría más guiada por procesos automáticos de estímulo-respuesta que por los procesos de razonamiento descritos en las TAR/TCP.

Distintas investigaciones han puesto de relieve la relación encontrada entre conducta pasada y actual sin que medien los componentes del modelo de Ajzen y Fishbein. Uno de los primeros autores en tener en cuenta el hábito en un modelo sobre la relación entre actitud y conducta fue Triandis (1977,1980) en su modelo de conducta interpersonal y, posteriormente, esta variable ha recibido una atención considerable. Para este autor, la probabilidad de que

²Aunque conducta pasada y hábito se diferencian teóricamente, en numerosas investigaciones no se distingue entre ambos conceptos a la hora de evaluarlos. La conducta pasada es medida como hábito, en vez de ser medida como frecuencia de conducta pasada. Se habla de “hábito” cuando los procesos que inician y controlan la ejecución se hacen automáticos (Ouellette y Wood, 1998). Como indica Triandis (1980), algunas conductas se hacen tan rutinarias a través de la repetición, que el individuo ya no decide comportarse de forma consciente, sino que lo hace de la manera acostumbrada. Sin embargo, haber realizado con frecuencia una conducta en el pasado no la convierte en automática.

se produzca una conducta es una función de a) el hábito o número de veces que la conducta ha sido realizada en el pasado; b) la intención de comprometerse en la conducta, que a su vez estará determinada por la actitud, el afecto y los factores sociales; y c) las condiciones facilitadoras (Triandis, 1977). El concepto de “afecto” se refiere a las emociones que genera pensar en la conducta y aunque este constructo ha sido utilizado en algunas investigaciones como equivalente a la actitud hacia la conducta de la TAR, el autor insiste en diferenciar ambos constructos, ya que el afecto, al contrario que la actitud hacia la conducta, es entendido como una reacción emocional (o visceral) fuertemente condicionada positiva o negativamente que se genera al pensar en la ejecución de la conducta y que no está basada en un procesamiento cognitivo como lo estaría la actitud hacia la conducta. Por su parte, las condiciones facilitadoras harían referencia a la anticipación de control voluntario sobre la acción.

En su modelo, Triandis sugiere que intención y hábito interactúan en su predicción de la conducta. Su hipótesis establece que, cuanto más habitual es la conducta, menos afectada estará por la intención. Es decir, cuando una misma conducta ha sido ejecutada de forma frecuente en el pasado, se producirá un incremento en la fuerza del hábito y, como consecuencia, disminuirá la probabilidad de que tal conducta esté guiada por la intención de realizarla. La intención será un buen predictor de conductas poco o nada habituales y un mal predictor cuando el hábito es un fuerte componente de la acción.

Aunque Triandis y sus colegas encuentran (utilizando técnicas de regresión múltiple) que su modelo funciona bien, sin embargo, el propio autor reconoce que su modelo no predice la intención conductual consistentemente mejor que la teoría de la acción razonada (Triandis, 1977, 1980).

Otros pioneros en incorporar la conducta pasada a la predicción del comportamiento fueron Bentler y Speckart (1979) quienes, a través de ecuaciones estructurales, compararon la TAR con un modelo alternativo en el que incluyeron la conducta pasada. En ese modelo alternativo de actitud-conducta, los autores proponen, por una parte, una influencia directa desde la conducta pasada a la intención y a la conducta actual y, por otra, un camino directo desde la actitud a la conducta actual.

Es decir, el modelo propone tanto un vínculo directo de la conducta pasada con la conducta actual, como un vínculo indirecto a través de la intención. El vínculo directo

recogería los postulados de las teorías del aprendizaje por los que ciertas predisposiciones de conducta aprendidas o condicionadas no quedan recogidas en los conceptos de actitud e intención.

En su primer estudio (en el que aplican el modelo en el campo del consumo de drogas y alcohol), Bentler y Speckart (1979) confirmaron sus hipótesis sobre los nuevos vínculos de su modelo, ya que encontraron una influencia directa desde la actitud a la conducta y desde la conducta pasada a la intención y a la conducta futura. Sus resultados, de alguna forma, cuestionaron la teoría de la acción razonada. No obstante, como apunta Tiffany (1990), las conductas a las que se aplicaron los dos modelos en este estudio, no estaban bajo control voluntario completo y, puesto que la TAR fue diseñada para predecir conductas voluntarias, era esperable que su grado de predicción fuera menor.

En un estudio posterior, Bentler y Speckart (1981) aplicaron su modelo a tres conductas diferentes, relacionadas con hacer ejercicio físico, estudiar y salir con los amigos. Nuevamente, los resultados confirmaron la influencia directa de la conducta pasada en la intención y en la conducta futura, aunque en esta ocasión, sin embargo, no se encontró una influencia directa de la actitud en la conducta futura, una vez habían sido controlados los efectos de la intención conductual. Trabajos posteriores comparando la TAR con el modelo ampliado de Bentler y Speckart, corroboraron la influencia de la conducta pasada en la intención y en la conducta futura, así como la ausencia de un camino directo entre actitud y conducta futura (Bagozzi, 1981; Fredricks y Dossett, 1983).

Algunas de las razones propuestas para explicar los resultados de estos trabajos, apuntaban al hecho de que, en la mayoría de las conductas estudiadas, el control voluntario era bajo. Para Beck y Ajzen (1991), por ejemplo, los efectos de la conducta pasada deberían estar mediados por el nuevo componente del modelo de la conducta planificada, el control conductual percibido, puesto que la repetición de la conducta implicaría un aumento en la percepción de control. Sus estudios incluyendo medidas de conducta pasada en la TCP, mostraron el poder predictivo del control conductual percibido, una vez controlados los efectos de la conducta pasada.

Es cierto que un número importante de los estudios que han puesto de manifiesto los efectos de la conducta pasada, han empleado el modelo de la acción razonada y no el de la conducta planificada (p. ej., Bagozzi, 1981; Fredricks y Dossett, 1983; O'Callaghan, Callan

y Baglioni, 1999). Un trabajo reciente llevado a cabo por Leone, Perugini y Ercolani (1999) con el fin de analizar los efectos de la conducta pasada tanto en la TAR como en la TCP, puso de relieve que esta variable era un fuerte predictor de intención y conducta en la acción razonada, pero no en la conducta planificada.

Sin embargo, también hay trabajos que demuestran que la TCP mejora significativamente su poder predictivo cuando se incluyen medidas de conducta pasada (Bagozzi y Kimmel, 1995). En este sentido, la revisión llevada a cabo por Conner y Armitage (1998) con 16 estudios que incluyen la conducta pasada, puso de relieve que, por término medio, la conducta pasada explicaba un 7,2% de la varianza de la intención (una vez tenidos en cuenta los componentes de la TCP) y un 13% de la varianza de la conducta futura (una vez tenidos en cuenta la intención y el control conductual percibido), lo que, a juicio de los autores, podría estar indicando, o bien la necesidad de incluir medidas de conducta pasada en la TCP para incrementar su poder predictivo, o bien la posibilidad de que las respuestas a las medidas de conducta pasada y conducta futura, estén afectadas por la influencia de otras variables no incluidas en el modelo, tales como la autoidentidad, efectos que algunos estudios ya han puesto de manifiesto (Conner y McMillan, 1999). En cualquier caso, insisten en la necesidad de incorporar medidas de conducta pasada o habitual en la TCP junto a intención y control conductual percibido, al menos para predecir conductas ejecutadas con frecuencia.

Sin embargo, para Ajzen (1985), no es útil incluir medidas de conducta pasada en un modelo causal del comportamiento, aunque reconoce el papel jugado por las conductas habituales en la predicción de la conducta sin que medie un modelo de razonamiento deliberado. Deja la influencia de la conducta pasada para aquellos casos en los que una meta conductual presenta aspectos atractivos y desagradables a la vez, situación en la que se producen tendencias conductuales conflictivas que podrían ser resueltas a través de respuestas más familiares o rutinarias.

Lo cierto es que, al margen de todos estos planteamientos, los resultados de diversos estudios señalan a la conducta pasada como el mejor predictor de la conducta futura en determinado tipo de comportamientos (p, ej., Bagozzi y Kimmel, 1995; Norman y Smith, 1995). Autores como Charng, Piliavin y Callero (1988) o Verplanken, Aarts, Van Knippenberg y Van Knippenberg (1994) han encontrado efectos de interacción entre la conducta pasada y la actitud e intención, de forma que, cuanto menor es la frecuencia de ejecución conductual en el pasado, la relación de la actitud o la intención con la conducta

futura es mayor. El meta-análisis realizado por Ouellette y Wood (1998) sobre la predicción de la conducta futura desde la conducta pasada, presenta evidencia que apoya esta relación, encontrando además que, la estabilidad/inestabilidad del contexto en el que se ejecuta o repite la conducta, es un factor determinante en la capacidad predictiva del hábito. Así, el hábito es un buen predictor de conductas repetidas en el pasado cuando el contexto es estable, mientras que para aquellas conductas que no han sido repetidas con frecuencia en el pasado o que han sido ejecutadas en contextos inestables o difíciles, la conducta pasada afecta a la futura a través de la intención conductual.

A modo de conclusión y siguiendo a Sheeran y Orbell (1999), son varias las interpretaciones que distintos autores dan a la relación encontrada entre conducta pasada y presente:

Una de ellas, se refiere al uso de medidas equivalentes para ambas conductas (pasada y futura). Aunque esto podría incrementar la correlación entre ambas variables, el propio Ajzen (1991) reconoce que la cantidad de varianza que añadía la conducta pasada a la predicción de la conducta futura en sus investigaciones con la conducta planificada, era demasiado grande como para deberse al uso de formatos de respuesta equivalentes en la medida de los dos constructos.

Otra explicación se refiere a la inestabilidad de la intención en el tiempo. Si el intervalo de tiempo que transcurre entre la medida de la intención y la medida de la conducta es grande, esto puede dar lugar a un cambio en la intención y disminuir su poder predictivo. En este sentido, un trabajo llevado a cabo por Sheeran, Orbell y Trafimow (1999) puso de manifiesto el papel moderador jugado por la estabilidad temporal de la intención conductual en la relación entre intención-conducta y entre conducta pasada- conducta futura, de forma que, cuando la intención conductual era estable en el tiempo, la conducta pasada no se relacionaba con la ejecución conductual, mientras que cuando la intención era inestable, la conducta pasada era el mejor predictor de la conducta futura.

También se ha explicado la asociación entre conducta pasada y presente por la fuerza del hábito en determinadas conductas. Es probable que, en conductas poco frecuentes o en las cuales es improbable que se desarrollen hábitos, se produzca un proceso deliberado de razonamiento a la hora de actuar y los efectos de la conducta pasada estén mediados por la intención. Sin embargo, en conductas ejecutadas frecuentemente en el pasado, puede que no

se siga ese proceso de razonamiento, sino que sean automáticamente activadas por aspectos situacionales y del contexto, de forma que su ejecución se deba más a un proceso no consciente o no voluntario (hábito) que a la intención de comportarse de una forma determinada (Ouellette y Wood, 1998). Es decir, que sean las señales de la situación donde ocurre la conducta las que sirvan para activar automáticamente la conducta habituada (Bargh y Barndollar, 1996). En este sentido, Aarts, Verplanken y van Knippenberg (1998) plantean que las conductas habituales podrían funcionar como fuentes de información o reglas simplificadas de decisión que ayudan a comportarse.

En definitiva, parece que los resultados de la investigación en este ámbito están dando razones empíricas y teóricas para incorporar medidas de conducta pasada en la TAR/TCP como predictor adicional de la conducta.

2.4.1.2.2.- Normas morales personales

Como se vio anteriormente, la TCP describe tres tipos de creencias (conductuales, normativas y de control) que determinan la actitud, norma subjetiva y percepción de control respectivamente. En concreto, las creencias conductuales se refieren a las ventajas y desventajas de comportarse de una forma determinada, mientras que las normativas hacen referencia a la aprobación o desaprobación social de la conducta. Sobre tales creencias han surgido diversas críticas, como la que hace referencia a la falta de distinción entre creencias normativas sociales y personales, distinción que, aunque fue considerada en la versión original de la TAR por Fishbein, en 1967, posteriormente no fue contemplada.

Cuando los resultados de un número importante de investigaciones pusieron de manifiesto la débil capacidad predictiva de la norma subjetiva en la intención conductual (Godin y Kok, 1996; Sheppard et al., 1988; van den Putte, 1991), se empezó a pensar en, o bien la posibilidad de que el factor social fuera menos importante a la hora de determinar la intención conductual del individuo, o bien en que las normas sociales no estuvieran recogiendo otros elementos de la misma importancia a la hora de determinar la acción.

Así, algunos autores (Beck y Ajzen, 1991; Gorsuch y Ortberg, 1983; Pomazal y Jaccard, 1976; Zuckerman y Reis, 1978) insistieron en la necesidad de distinguir entre normas sociales y normas personales, considerando los sentimientos personales acerca de lo que está bien o mal (obligación moral o norma personal) como una medida distinta de la presión social

percibida.

Concretamente, la norma personal se relaciona con los valores del individuo en relación con una conducta determinada, describiendo las reglas que cada persona tiene en relación a tal conducta. Para ciertas conductas, tales reglas serán de tipo moral, mientras que para otras, estarán relacionadas, por ejemplo, con la identidad personal (Cialdini, Kallgren y Reno, 1990). La norma moral, entonces, haría referencia a las reglas morales internalizadas, reflejando tanto la percepción del individuo de lo que moralmente es correcto o incorrecto, como la culpa anticipada o consecuencias afectivas esperadas de romper tales reglas. Por consiguiente, las normas morales estarían representando sólo algunas de las normas personales respecto a la acción.

Un número importante de autores, incluido el propio Ajzen (1991), han defendido la necesidad de incorporar en la TCP medidas basadas en las normas personales cuando se estudian conductas poco éticas o socialmente indeseables, puesto que la norma social únicamente recogería la percepción individual acerca de cómo los demás esperan que te comportes y no tus sentimientos de responsabilidad moral sobre la conducta u obligación moral percibida. Los resultados encontrados en estos estudios (Beck y Ajzen, 1991; Kurland, 1995; Parker, Manstead y Stradling, 1995), han puesto de relieve la utilidad predictiva de añadir medidas de norma personal/moral a la TCP, al menos para este tipo de conductas.

Por ejemplo, la investigación de Beck y Ajzen (1991) sobre distintas acciones deshonestas (como copiar en un examen) empleando la TCP, junto con medidas de norma moral, puso de manifiesto que la inclusión de tal medida incrementaba de forma significativa la cantidad de varianza explicada de intención entre un 3 y un 6% o, lo que es lo mismo, que la norma moral predecía significativamente la intención, una vez tenidos en cuenta los componentes de la TCP.

También han sido investigadas con la TCP otro tipo de conductas socialmente indeseables, como cometer infracciones en la conducción, añadiendo medidas de norma moral y de culpa anticipada (Parker, Manstead y Stradling, 1995). Los resultados pusieron de manifiesto que, en este dominio conductual, la norma personal era un importante factor en la formación de la intención, una vez tenidos en cuenta los demás componentes de la TCP. Concretamente, la norma personal contribuyó entre un 10 y un 15% a la explicación de la varianza de la intención de cometer distintas infracciones en la conducción.

En la revisión llevada a cabo por Conner y Armitage (1998) sobre once estudios que incluían la norma moral en la TCP, encontraron que, por término medio, en nueve de ellos la norma moral añadía un 4% a la predicción de la intención conductual y que tal variable se relacionaba estrechamente con las actitudes, norma subjetiva y creencias conductuales. Además, estos autores destacan la importancia de determinar en cuál de los componentes de la TCP está influyendo la obligación moral percibida, si en las actitudes, la norma subjetiva o en el control conductual percibido. De acuerdo con ciertas investigaciones (Kurland, 1995; Raats, Shepherd y Sparks, 1995; Sparks, Shepherd y Frewer, 1995), la norma moral funciona como un antecedente de las actitudes o, incluso, recoge la influencia de la norma subjetiva, lo que pondría de manifiesto que el papel jugado por la norma moral dependerá del tipo de conducta estudiado.

Para terminar y a la luz de los datos encontrados en la investigación empírica, parece que las normas morales personales funcionan como un predictor útil en la TCP, al menos cuando la conducta estudiada se asocie claramente con un sentimiento ético o de responsabilidad moral.

2.4.1.2.3.- Evaluación afectiva de la conducta

Además de la distinción entre creencias normativas sociales y personales, se insiste en la necesidad de distinguir en los modelos entre respuestas afectivas y evaluativas. La TAR/TCP no diferencia entre los sentimientos y emociones respecto a la conducta y la evaluación de los costes y beneficios de realizarla. Igual que otros modelos socio-cognitivos, las TAR/TCP han subestimado el papel desempeñado por los procesos afectivos en la determinación del comportamiento, a pesar de la evidencia en la distinción entre determinantes cognitivos (costes y beneficios) y determinantes afectivos (sentimientos positivos y negativos) de la actitud y la intención (por ej. Ajzen y Driver, 1991; Bagozzi, 1989).

Las *evaluaciones afectivas de la conducta*, por tanto, hacen referencia al afecto que el individuo espera experimentar mientras realiza la acción. Concretamente, han sido definidas como las creencias que tiene el individuo acerca del afecto que podría experimentar mientras ejecuta la conducta, multiplicado por la evaluación de tales afectos.

Autores como Manstead y Parker (1995) o van der Pligt y de Vries (1998), por ejemplo, han señalado la posibilidad de que los métodos tradicionales para medir las creencias

conductuales generen únicamente creencias más instrumentales o racionales, dejando fuera otro tipo de creencias más afectivas o emocionales. Manstead y Parker (1995) ejemplifican esta distinción en el dominio de la comisión de infracciones en la conducción. Así, plantean la necesidad de distinguir entre los sentimientos generados por la velocidad (conducir rápido es excitante) y la percepción de los costes y beneficios asociados a la velocidad (conducir rápido incrementa la probabilidad de tener un accidente).

En algunos de sus estudios sobre actitudes hacia la comisión de infracciones en la conducción, utilizan medidas tanto afectivas como evaluativas, encontrando modestas correlaciones entre ambas. Concluyen que la intención de comportarse de una determinada manera en la conducción y la conducta resultante, estaría basada diferencialmente tanto en evaluaciones acerca de los costes y beneficios de llevar a cabo la conducta, como en las evaluaciones acerca de los sentimientos y emociones respecto a la conducta (Parker, Stradling y Manstead, 1996).

Otros trabajos, como los de Richard et al. (1996), han encontrado efectos significativos del afecto anticipado, una vez tenidos en cuenta los componentes de la TCP, en conductas como consumo de alcohol y drogas blandas o de comida basura, pero no encontraron tales efectos en otro tipo de conductas (p. ej., estudiar). Estos efectos han sido confirmados en otros dominios conductuales, como la prevención del sida (Richard, van der Pligt y de Vries, 1995) o las infracciones en la conducción (Parker et al. 1992), entre otras.

Desde estos y otros resultados, distintos autores se preguntan si algunos tipos de intenciones y conductas se forman principalmente por evaluaciones afectivas frente a cognitivas y, bajo qué condiciones y por qué, unas evaluaciones van a dominar sobre las otras a la hora de formar las actitudes hacia la conducta (Manstead y Parker, 1995).

Si se demuestra el papel jugado por el afecto en la TCP en otros dominios conductuales, sería interesante incluir medidas de evaluación afectiva entre los componentes del modelo. Lo que los datos no parecen haber dejado claro aún, es el lugar que ocuparía esta nueva variable en la teoría de la conducta planificada, es decir, si las creencias afectivas determinan la actitud junto a otras creencias conductuales o si se trata de un predictor directo de la intención junto con actitudes, norma subjetiva y control percibido (Richard et al., 1998).

2.4.1.2.4.- Autoidentidad

En distintas investigaciones también se ha señalado la importancia de incluir en la TAR/TCP medidas de autoidentidad (self-identity). La *autoidentidad* ha sido definida como el grado en el cual la ejecución de una conducta determinada llega a convertirse en un importante componente del autoconcepto de la persona (Conner y McMillan, 1999; Sparks y Shepherd, 1992).

Este constructo ha sido considerado como un importante determinante de la conducta individual (Tajfel, 1978; Turner, 1982; Stryker, 1968, 1980). Por ejemplo, de acuerdo con la *teoría de la identidad* (Stryker, 1968, 1987), el *yo (self)* es concebido como una colección de identidades que reflejan los diferentes roles que desempeñamos en la estructura social, por lo que, como indica Callero (1985), actuaremos de acuerdo con las expectativas de conducta apropiadas a cada uno de esos roles.

La teoría de la identidad conecta directamente con la *teoría de la identidad social* (Tajfel y Turner, 1986), puesto que parte del autoconcepto puede derivar de la identificación del individuo con los grupos sociales a los que pertenece. La identidad social se entendería como un constructo que media en la relación entre el self y la estructura social de los grupos. Concretamente, podría hablarse de un continuo entre identidad social y personal, de forma que cada individuo se situaría en un punto de ese continuo en función de que se identifique más con las características (actitudes, conductas, creencias, sentimientos) de un grupo o con las personales (Terry, Hogg y White, 1999). Por ejemplo, aquellas personas que se identifican fuertemente con un grupo, probablemente se comprometan en conductas ligadas a las normas grupales.

Dentro de este área, existe una perspectiva que defiende la idea de que la autoidentidad (o identidad de rol) debe ser considerada como identidad social y, por tanto, no tendría capacidad predictiva sobre la intención conductual o la acción independientemente de los efectos de la identidad social o grupal (Turner, Oakes, Haslam y McGarty, 1994). Desde una perspectiva diferente, se plantea que la autoidentidad o identidad de rol puede tener efectos sobre la intención, independientemente de las normas grupales percibidas o la identidad social (Thoits y Virshup, 1997). Algunos estudios, diseñados con el fin de examinar este tipo de hipótesis (Terry y Hogg, 1996; Terry, Hogg y White, 1999), han puesto de relieve que, en aquellas personas fuertemente identificadas con grupos sociales, aparece una relación

entre intención y normas grupales, independientemente del grado de importancia de la ejecución conductual para su autoconcepto.

Por otra parte, los primeros trabajos sobre el papel jugado por la autoidentidad en la TAR/TCP, pusieron de manifiesto que esta variable contribuía a la predicción de la intención, independientemente de la actitud hacia la conducta (Biddle, Bank y Slavings, 1987; Charng, Piliavin y Callero, 1988). Otros trabajos también mostraron los efectos de la autoidentidad sobre la conducta, independientemente de la intención conductual (Granberg y Holmberg, 1990). Desde entonces y hasta el momento actual, en la investigación en este campo se ha subrayado la incidencia de esta variable en distintos tipos de conductas, como el consumo de dieta vegetariana (Armitage y Conner, 1999a), el consumo de drogas blandas (Conner y McMillan, 1999) o el ejercicio físico (Theodorakis, 1994).

A pesar de estas evidencias, autores como Sparks y Shepherd (1992) han expresado sus dudas a la hora de aceptar la autoidentidad como un componente más de las TAR/TCP. Desde su punto de vista, el papel que jugaría este constructo en el modelo y la influencia que ejercería sobre la intención, sería a través de las actitudes, puesto que la autoidentidad debería ser considerada el reflejo de las creencias y valores de las personas y, por tanto, no explicaría más de la intención y la conducta de lo que explican la actitud y la intención, respectivamente. Por tanto, según estos autores, su inclusión en el modelo no contribuiría ni a un avance teórico ni empírico de las TAR/TCP.

Sin embargo, aunque en un principio defendían que la autoidentidad no incrementaría la predicción de la intención conductual por encima de la actitud, sus hallazgos en el dominio del consumo de dieta vegetariana reflejaron que esta variable funcionaba en la TCP como un predictor independiente de la intención conductual (Sparks y Shepherd, 1992; Dennison y Shepherd, 1995; Sparks y Guthrie, 1998).

La investigación en este terreno también se ha dirigido a examinar si los efectos de la autoidentidad en la intención y la conducta varían dependiendo de las veces que ha sido ejecutada la conducta en el pasado. Para Charng, Piliavin y Callero (1988), por ejemplo, si una conducta ha sido ejecutada repetidamente en el pasado y se convierte en habitual, la intención de realizarla en el futuro dependerá más de la importancia que tenga para la autoidentidad del individuo esa conducta, que de sus sentimientos o juicios sobre la conducta o de sus expectativas acerca de lo que los demás esperan que haga. La repetición de una

conducta incrementa la probabilidad de que tal conducta se convierta en un importante componente de la autoidentidad y de que el individuo trate de validar esa identidad actuando en consecuencia. Estos autores demostraron que en la intención de donar sangre, la autoidentidad y la actitud tenían efectos predictivos independientes. Además, a medida que la frecuencia de donación era mayor, también era mayor tanto la identificación del individuo como donador de sangre, como la influencia de tal variable en la determinación de la intención y la conducta.

En este sentido, se ha planteado que la medida de la autoidentidad es en realidad una medida de conducta pasada (Sparks, 1994). Sin embargo, diversos trabajos han puesto de manifiesto que los efectos predictivos de la autoidentidad sobre la intención y/o la conducta se mantienen, una vez controlados los efectos de la conducta pasada (p. ej. Theodorakis, 1994).

La autoidentidad también se ha relacionado con la obligación moral percibida, puesto que ciertas identidades se asocian con ciertos valores morales (p. ej., comunista) o, incluso, ciertos rasgos identificativos del individuo pueden ser valores en sí mismos (p. ej. bondadoso, honrado). El trabajo realizado por Sparks y Guthrie (1998), en el que se añadieron medidas de autoidentidad y de obligación moral percibida a las variables de la TCP, puso de relieve los efectos predictivos de la autoidentidad sobre la intención conductual, independientemente de la obligación moral percibida y de los demás componentes del modelo.

Para terminar, la revisión realizada por Conner y Armitage (1998) sobre el papel jugado por la autoidentidad en la TCP, puso de manifiesto que, aunque la cantidad de varianza explicada de la intención por esta nueva variable era, por término medio, del 1% (por encima de lo explicado por las variables del modelo), el tamaño de las correlaciones entre intención y autoidentidad variaba desde .06 a .71 lo que, a juicio de los autores, reflejaría la conveniencia de incluir, al menos en determinado tipo de conductas, la autoidentidad como un determinante directo más de la intención conductual.

2.4.1.2.5.- Autoeficacia

Finalmente, otra variable que está siendo investigada como predictora adicional en el modelo de la conducta planificada, es la *autoeficacia*. Ajzen (1991) define el concepto de *control conductual percibido* como la percepción que tiene el individuo sobre lo fácil o difícil

que le resultará ejecutar una conducta determinada, entendiéndolo como un concepto sinónimo al de *autoeficacia* (*self-efficacy*) de Bandura (1977, 1982). Para Bandura (1982), la autoeficacia haría referencia a la confianza que tienen las personas en su propia habilidad y capacidad para ejecutar con éxito una determinada tarea y se relacionaría directamente con los recursos internos del individuo (p. ej. sus habilidades o su motivación). Este autor mantiene, igual que lo hace Ajzen respecto al CCP, que el grado de autoeficacia percibido por el individuo determinará, en gran medida, el esfuerzo que estará dispuesto a realizar a la hora de ejecutar la conducta. De la misma forma que el CCP, la autoeficacia afecta a la motivación de las personas a comportarse: individuos con fuerte intención de comportarse de una manera determinada y con una alta percepción de autoeficacia, finalmente realizarán la acción con mayor probabilidad que aquellos individuos con la misma intención conductual, pero con baja percepción de autoeficacia.

Como apunta Ajzen (1991), existe un solapamiento claro entre ambos conceptos. De acuerdo con el autor, el CCP coincidiría con la autoeficacia en relación a la percepción del individuo de los factores internos que constriñen el comportamiento (habilidades, motivaciones, emociones,...). Pero el CCP también recogería los factores externos que afectan a la ejecución conductual (tiempo, oportunidades, dependencia de otros, obstáculos,...). Congruente con este argumento, un número importante de autores que han aplicado la TCP, incluyen en el modelo medidas de autoeficacia o de CCP de manera equivalente, considerándolos constructos similares a nivel conceptual y operativo (p. ej. De Vries et al., 1988).

Sin embargo, no parece estar tan clara la equivalencia de ambos conceptos, puesto que los datos aportados por un considerable número de investigaciones apuntan a una distinción teórica entre CCP y autoeficacia (Armitage, 1997; Armitage y Conner, 1999a y b; Manstead y van Eekelen, 1998; Terry, 1993; Terry y O'Leary, 1995; White, Terry y Hogg, 1994). Mientras que para Ajzen la autoeficacia es similar al CCP y, por tanto, no aumentaría el grado de predicción del modelo de la conducta planificada, para otros autores ambos conceptos son diferentes, al capturar distintos aspectos del control percibido por el individuo.

En este sentido, Terry (1993), por ejemplo, sugiere que el CCP hace referencia únicamente a los condicionamientos externos que afectan a la conducta, mientras que la autoeficacia recoge sólo los condicionamientos internos, por lo que sería conveniente distinguirlos a nivel conceptual e incluir medidas de ambos en el modelo de la conducta

planificada. Por su parte, Sparks et al. (1997) indican que, cuando se mide el CCP en el modelo preguntando a los individuos por la facilidad o dificultad de llevar a cabo una determinada conducta, no es posible distinguir entre facilidad o dificultad en relación a factores externos o internos, lo que, en palabras de Armitage y Conner (1999a) desemboca en que el constructo de Ajzen “quede vagamente definido” (p. 74). Según Sparks et al. (1997), los ítems sobre el control percibido (¿cuánto control sientes que tienes sobre la ejecución de la conducta?) se relacionan con factores de control externo, mientras que los ítems sobre dificultad percibida (para mí, llevar a cabo la conducta sería...fácil/difícil) pueden recoger tanto factores de control externo como interno.

Armitage y Conner (1997), desde una perspectiva similar, distinguen entre autoeficacia y percepción de control sobre la conducta, entendiendo la primera como la confianza del individuo en su habilidad para realizar la conducta y la segunda como el grado en el cual la persona percibe control sobre los recursos externos. Plantean que aunque estos dos constructos deberían ser diferenciados, no pueden ser concebidos como completamente independientes, puesto que ser muy confiado en la propia habilidad para realizar la conducta puede llevar a desestimar el control externo y, de la misma manera, percibir que no existen factores externos que impiden la conducta puede aumentar la percepción de autoeficacia.

El trabajo de Terry y O’Leary (1995) sobre la conducta hacer ejercicio de forma regular, incluía en la TCP medidas separadas de CCP y de autoeficacia. Los resultados de esta investigación pusieron de manifiesto que la autoeficacia era un predictor independiente de la intención conductual, pero no ocurría lo mismo con el CCP. Este último, sin embargo, resultó ser un predictor independiente de la conducta futura. Resultados similares fueron encontrados por White et al. (1994) en su estudio sobre el uso del preservativo con una nueva pareja, concluyendo que sería necesaria la distinción en el modelo entre ambos constructos.

Un trabajo más reciente que apoya esta distinción es el de Sparks, Guthrie y Shepherd (1997), entre cuyos objetivos estaba comprobar si los individuos respondían de manera diferente a los ítems de control percibido y de dificultad percibida, además de analizar si la predicción sobre la intención conductual de cada medida era distinta. Entre otros resultados, encontraron que se daban modelos diferentes de respuesta a los ítems de control percibido y de dificultad percibida, así como efectos predictivos independientes de la dificultad percibida sobre la intención, pero no del control percibido.

Desde el punto de vista de estos autores y a modo de conclusión sobre este apartado, los ítems que se utilicen en la investigación para medir el CCP deberían estar determinados, en gran medida, por el tipo de conducta a estudiar, de forma que, en función de cuál sea la conducta, se debería hacer más hincapié en ítems que midan factores de control externo o interno. De acuerdo con esta estimación, cuando se quiera medir con la TCP conductas cuya ejecución se asocien claramente con cierto grado de dificultad, sería conveniente medir el CCP a través de ítems que hagan referencia explícita a la facilidad/dificultad de realizar la conducta, puesto que probablemente mostrarán mayores efectos predictivos sobre la intención conductual. Además, también sugieren la necesidad de solucionar distintos problemas, como el de la fiabilidad entre ítems cuando se usan diferentes medidas de CCP; el de las diferencias conceptuales entre control y dificultad percibida; así como determinar los efectos predictivos de las diferentes medidas de CCP para muestras y tipos de conducta distintos.

2.4.2.- El modelo MODE

Continuando con la búsqueda de los procesos a través de los cuales las actitudes guían el comportamiento, se han propuesto otros modelos alternativos a las teorías de la acción razonada/planificada y a sus variantes, entre los que destacaríamos el modelo MODE de Fazio (1990), propuesto también para explicar la relación entre actitud y conducta, que culmina el desarrollo teórico iniciado con su modelo de la activación automática de la actitud (Fazio, 1986, 1989) ya comentado en otro apartado de este trabajo.

El término MODE quiere decir *motivación y oportunidad* como *determinantes*. El modelo trata de recoger las dos formas a través de las cuales las actitudes dirigen la conducta: a través de un proceso planeado o deliberado o a través de un proceso automático o espontáneo, así como las condiciones bajo las cuales se dan cada uno de estos procesos.

De acuerdo con Fazio (1990), hay situaciones en las que la persona toma decisiones conductuales a partir de un considerable trabajo cognitivo (procesamiento deliberado). Para que ese procesamiento razonado se produzca, es necesario que se de la suficiente motivación para deliberar y la suficiente oportunidad para considerar la información disponible detenidamente. Es decir, la motivación y la oportunidad serían prerequisites para que el proceso actitud-conducta ocurra de una manera deliberada.

Como ya se ha visto, las teorías de la acción razonada y planificada son un claro

ejemplo de un procesamiento deliberado en su explicación de la relación entre actitud y conducta. Pero Fazio y sus colegas han llevado a cabo distintos trabajos para demostrar que, para que las personas se impliquen en un proceso deliberado recordando y evaluando sus creencias acerca del objeto de actitud, es necesario que se de tanto la motivación como la oportunidad de hacerlo (Sanbonmatsu y Fazio, 1990; Schuette y Fazio, 1995).

Sin embargo, no siempre se da la motivación necesaria ni la oportunidad para realizar un procesamiento deliberado o razonado sobre los juicios o las decisiones conductuales. En tales casos, Fazio plantea que las actitudes influirán de una manera más espontánea (procesamiento espontáneo o automático) sin que el individuo tenga que considerar cuál es su actitud y sin que tenga necesariamente que ser consciente de que su actitud está influyendo. En estos casos, las actitudes pueden afectar también a la conducta, pero los procesos a través de los cuales lo hacen son considerablemente diferentes a los anteriores.

En su modelo sobre activación automática de la actitud (Fazio, 1986), el autor describe cómo se produce este procesamiento espontáneo. Para que las actitudes dirijan la conducta de una manera espontánea, es necesario que sean altamente accesibles desde la memoria y, por consiguiente, que se activen automáticamente ante el objeto de actitud. Una vez activadas, afectarán a la percepción del objeto de forma consistente con el carácter positivo o negativo que tenga tal actitud (selección perceptiva). Es decir, si un objeto de actitud activa una actitud favorable, ésta dirigirá la atención del individuo y generará que se fije en los aspectos positivos (no en los negativos) de ese objeto. La percepción resultante, junto con otros factores de la situación que también pueden ser activados (como las normas sociales), determinarán la definición que haga el individuo del evento y, en base a ella, se producirá la conducta (Fazio y Towles-Schwen, 1999).

Todo este proceso no requiere necesariamente un razonamiento deliberado. El autor plantea que las conductas se producen simplemente a partir de la definición que haga el individuo del evento que, a su vez, ha estado influida por la activación automática de la actitud. Como señala Fazio (1990), esta secuencia no requiere ni intención, ni esfuerzo cognitivo ni control por parte del individuo.

Cuando una actitud inicial es relativamente inaccesible y cuando el individuo está motivado y tiene la capacidad cognitiva para pensar detenidamente acerca de sus sentimientos, su actitud será el resultado de consideraciones más cuidadosas acerca de sus

pensamientos actuales. Como consecuencia, sería esperable una mayor relación con la conducta de las actitudes altamente accesibles frente a las menos accesibles. De hecho, muchos trabajos con diseños tanto correlacionales como experimentales, han demostrado el papel moderador de la accesibilidad en la relación actitud-conducta de la manera hipotetizada por Fazio (para una revisión, ver Fazio, 1995).

2.4.2.1.- Críticas recientes al modelo

Han surgido distintas críticas sobre las proposiciones del modelo. Por ejemplo, para algunos autores, este modelo asume que, cuando el proceso es espontáneo, la conducta simplemente sigue a la definición del evento, pero no explica de qué manera la dirige (Conner y Armitage, 1998).

Por otra parte, otras investigaciones han cuestionado la idea de que únicamente las actitudes altamente accesibles se activen de una manera automática, ya que se ha observado que también ocurre este tipo de activación con actitudes cuyo tiempo de reacción es alto (Bargh, Chaiken, Govender y Pratto, 1992).

Una tercera crítica viene de la mano de Ajzen (1996). Este autor defiende que su teoría de la conducta planificada es suficiente para explicar cualquier tipo de proceso que se de entre la actitud y la conducta. Así, plantea que su teoría no se limita necesariamente a conductas realizadas bajo un gran razonamiento. Es cierto que muchas conductas repetidas frecuentemente en el pasado o rutinarias no requieren una fuerte deliberación, pero eso no significa que la TCP no se cumpla, sino que la actitud, la norma subjetiva, la percepción de control y la intención formadas en el pasado pueden ser directamente recordadas desde la memoria. Además, desde su punto de vista, la TCP sugiere que cuando la conducta sigue un proceso espontáneo, tal conducta estará basada en creencias que sean salientes en ese momento y la predicción de la conducta será acertada si en el momento de medir la actitud y la intención también son salientes esas mismas creencias. Al contrario, se espera una menor predicción conductual cuando la conducta ha sido ejecutada inmediatamente después de llevar a cabo una deliberación más cuidadosa (y que desemboca en creencias diferentes) que cuando se midieron las actitudes e intenciones. En este caso, la conducta sigue el mismo esquema propuesto por la conducta planificada para explicarla, pero el hecho de que las creencias hayan cambiado respecto a las medidas anteriormente, reduce la capacidad predictiva del modelo.

Desde el punto de vista de autoras como Eagly y Chaiken (1993), es necesario integrar los modelos de Ajzen y de Fazio ya que, para ellas, ambos modelos son compatibles más que mutuamente excluyentes. Por ello, es necesario determinar si los procesos que siguen a la accesibilidad de la actitud son, como plantea Fazio, automáticos e inconscientes en naturaleza o van emparejados con procesos más conscientes y razonados de la manera descrita en la TCP.

En cualquier caso y desde el punto de vista de distintos autores (Aarts et al., 1998; Conner y Armitage, 1998), el trabajo de Fazio proporciona una nueva y útil visión de los procesos a través de los cuales las actitudes influyen en la conducta. Cuando la motivación y la oportunidad están presentes, las actitudes afectarán a la conducta a través de la intención, tal y como propone el esquema de la conducta planificada. Cuando no hay suficiente motivación ni oportunidad, las actitudes afectarán a la conducta de una manera más automática, sin que necesariamente medie una intención deliberada hacia la conducta. Bajo este modelo de procesos “dobles” (*dual process*) sobre la relación entre actitud y conducta, podría explicarse, como plantea Aarts et al. (1998), que ciertas conductas repetidas en el pasado, a medida que van siendo más frecuentes o habituales, pasen de estar bajo la influencia de procesos más deliberados a estar bajo la influencia de procesos más espontáneos.

Recientemente, una nueva visión sobre el concepto de actitud trata de integrar la perspectiva que considera la actitud como una evaluación estable almacenada en la memoria (tal es el caso del modelo MODE de Fazio) y la perspectiva que considera las actitudes como construcciones dependientes del contexto y, por tanto, más temporales (p. ej. Anderson, 1974; Smith, 1996). La estabilidad de la actitud sobre el tiempo, o su activación automática desde la mente, son indicadores de que la actitud permanece almacenada en memoria. Sin embargo, también se ha argumentado que las actitudes se pueden inferir desde la conducta (Bem, 1972) o que pedir a las personas que piensen por qué sienten de una manera determinada puede llevarles a construir una nueva actitud (Wilson et al., 1989). Wilson y sus colegas (Wilson, Hodges y LaFleur, 1995; Wilson, Lindsey y Schooler, 2000), desde una nueva perspectiva, recogen ambas posibilidades (estabilidad y temporalidad de la actitud) en un modelo de actitudes “dobles” (*dual*), en el que se plantea que las personas pueden tener distintas evaluaciones del mismo objeto actitudinal, puesto que cuando se forma una nueva actitud sobre un objeto, ésta no reemplaza a la antigua, sino que la anula de forma temporal e inconsciente, generándose una actitud *doble*.

Definen *actitud doble* como las diferentes evaluaciones de un mismo objeto de actitud, que incluiría una actitud *implícita* y una actitud *explícita* (Wilson, Lindsey y Schooler, 2000). La actitud implícita, siguiendo a los autores, sería aquella evaluación más habitual y automática que se ha formado sin que el individuo sea consciente y que influye en conductas que las personas no ven como expresiones de su actitud. Consistente con el modelo MODE de Fazio, estas actitudes serían las que se expresan o las que guían la conducta por defecto (se activan automáticamente, como diría Fazio) cuando las personas no tienen la motivación o capacidad cognitiva para recordar una actitud más reciente al encontrarse con el objeto de actitud. Cuando la situación posibilita el recuerdo (porque existe motivación o capacidad cognitiva), las personas expresarán o actuarán sobre la base de la actitud explícita. Es decir, las personas pueden tener dos actitudes diferentes hacia el mismo objeto de manera simultánea (distintas evaluaciones resumidas de un mismo objeto actitudinal). Dependiendo de la situación, aparecerá la actitud implícita (la que se activa automáticamente o que es más accesible) o la actitud explícita (la que es recuperada desde la memoria). Al contrario de lo que ocurre con el concepto de ambivalencia actitudinal (cuando el individuo reconoce tener sentimientos positivos y negativos hacia un mismo objeto), las actitudes dobles no generan conflicto, puesto que la explícita predomina sobre la implícita, siendo considerada por el individuo como una única actitud.

Entre las implicaciones de este modelo, encontramos las que atañen al tema de la relación entre actitud y conducta. Desde la hipótesis de las actitudes dobles, que haya o no consistencia dependerá probablemente del tipo de actitud implicada (implícita o explícita), puesto que cada una predice distintos tipos de conducta.


2.4.3.- Conclusión

A modo de conclusión final sobre este apartado, podríamos considerar la teoría de la conducta planificada (y a su vez de la acción razonada) como uno de los modelos más fructíferos en cuanto a investigación generada, dirigida fundamentalmente, más que a criticarla, a perfeccionarla o a incrementar su ya demostrada capacidad predictiva. Una parte importante de la teoría contemporánea acerca de la relación entre actitud y conducta, se ha desarrollado sobre la base y modificación de la teoría de la conducta planificada. Se trata de una teoría que parece haber conseguido incluir muchos de los factores que podrían ser considerados relevantes en los planes de acción de una persona. Los aspectos del modelo que quedan aún por solucionar, además, están dando lugar actualmente a numerosas líneas de

investigación que abren nuevos e interesantes campos en el área de las actitudes.

Nos encontramos, en definitiva, ante un modelo capaz de capturar buena parte de los factores que explican el comportamiento y muy útil para explorar las creencias que subyacen a determinadas conductas (por ejemplo, en el campo de la salud), con el fin de modificarlas o desarrollar programas específicos de intervención. Además, habría que reconocer a Ajzen su honestidad a la hora de tener en cuenta las críticas y apreciaciones realizadas por otros autores, puesto que el autor ha puesto a prueba en repetidas ocasiones (como no debería ser de otra manera) las aportaciones realizadas por otros investigadores y, lo que es más importante, reconociendo, en no pocos casos, las conclusiones a las que se llega en esos otros trabajos. No sería de extrañar, por tanto, que a raíz de tales aportaciones, Ajzen desarrollara una nueva versión de su modelo incluyendo alguna de esas otras variables adicionales, como en algún momento él ya planteó que haría si quedara demostrado su poder predictivo sobre los componentes del modelo.

No obstante, también es importante señalar que, entre las críticas más habituales al modelo, se menciona su falta de capacidad para mejorar la comprensión acerca del papel jugado por las actitudes como fuerzas directivas y dinámicas sobre la conducta. El hecho de que se centre en los determinantes directos del comportamiento (y, sobre todo, en actitudes hacia conductas) le lleva a dejar de explicar de qué forma las actitudes más generales (hacia objetivos) influyen en la conducta. El modelo de Fazio avanza en este sentido al trabajar con actitudes hacia objetivos o entidades, aunque todavía es necesario descubrir la secuencia causal entre actitud y conducta teniendo en cuenta ambos tipos de actitud (hacia la conducta y hacia objetivos a los que la conducta se dirige).



CAPÍTULO III
Objetivos de la investigación y método

3.1.- PROBLEMA

Las investigaciones más recientes en el área de las relaciones interpersonales, están poniendo de relieve la incidencia del estilo de apego adulto en nuestras relaciones más cercanas. Este nuevo constructo parece mejorar nuestra comprensión de las diferencias individuales en las relaciones y de los procesos responsables de su éxito o fracaso.

En general, el estudio del apego adulto se está abordando, entre otros aspectos, desde su estabilidad a través de la historia de las relaciones íntimas, desde su relación con la calidad y funcionamiento de las relaciones románticas, desde su relación con modelos de afrontamiento del estrés o con modelos de comunicación e, incluso, desde la incidencia de estos esquemas cognitivos en todo el procesamiento de la información.

Nosotros estamos interesados en constatar la influencia del apego en el funcionamiento de las relaciones cercanas, particularmente de las relaciones románticas, continuando con los estudios desarrollados hasta el momento. Pero, además, puesto que cada estilo de apego se asocia a unos esquemas cognitivos particulares acerca de las relaciones íntimas, nos interesa analizar si las personas con distintos estilos de apego se diferencian en sus actitudes y conducta hacia las relaciones íntimas. Además, en este sentido pensamos que, dada la influencia que parece ejercer el estilo de apego en nuestro comportamiento dentro de las relaciones, sería interesante comprobar su poder predictivo sobre la conducta íntima. Para ello, hemos elegido un modelo sobre la relación actitud-conducta, la teoría de la conducta planificada (TCP; Ajzen, 1985; Ajzen y Madden, 1986), teoría que trata de predecir y explicar la conducta a partir de cuatro componentes (actitud hacia la conducta, norma subjetiva, control conductual percibido e intención conductual).

Esta teoría hipotetiza que otras variables distintas a las propuestas por el modelo están totalmente mediadas por sus componentes principales (Ajzen, 1988; Ajzen y Fishbein, 1980; Ajzen y Madden, 1986). Si los efectos de la variable que aquí se estudia (el estilo de apego adulto) están realmente mediados por las variables de la TCP, no deberíamos encontrar ninguna vía directa desde el estilo de apego a la intención y/o a la conducta. Sin embargo, como se ha visto en capítulos anteriores, la propia teoría reconoce que, dependiendo de la conducta objeto de estudio, el poder predictivo de sus componentes puede variar e, incluso, puede ser necesaria la inclusión de nuevos componentes en el modelo (Ajzen, 1991). Creemos que en este dominio conductual específico (la conducta íntima), el estilo de apego puede

mejorar la capacidad predictiva de la TCP, dado que la teoría del apego supone que bajo los estilos de apego adulto subyacen esquemas cognitivos que contienen una creencias, expectativas, actitudes, metas y estrategias conductuales específicas (Collins y Read, 1994). Dicho de otro modo, es posible que el estilo de apego funcione como una variable con poder predictivo sobre la conducta, independientemente de las variables incluidas en la TCP, en el área de las relaciones interpersonales.

Es en esta dirección en la que se ha enfocado el presente trabajo y en el que se plantean las siguientes cuestiones:

- ❶ ¿Cómo afecta el estilo de apego adulto al funcionamiento y calidad de las relaciones interpersonales, fundamentalmente de las relaciones amorosas?
- ❷ ¿En qué medida los esquemas mentales (internal working models) que subyacen a los estilos de apego adulto, dirigen las actitudes, intenciones y conductas íntimas que presentan los individuos en sus relaciones románticas?
- ❸ ¿Es necesario incluir el estilo de apego adulto en un modelo predictivo del comportamiento como es la teoría de la conducta planificada cuando se estudian conductas íntimas?

3.2.- OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo general que persigue este trabajo es investigar el estilo de apego adulto y su incidencia en la relación actitud-conducta desde el modelo de la conducta planificada.

Para alcanzar este objetivo, hemos elegido algunas conductas típicas de las relaciones románticas. La elección de estas conductas, obedece a varias razones:

1.- No todas las conductas interpersonales son consideradas conductas de apego. De acuerdo con la teoría, existen cuatro temas centrales en el apego: *calidez/sensibilidad hacia el otro; disponibilidad emocional cuando se necesita (safe haven); separación (búsqueda de proximidad); y usar a la pareja como una base segura* (ver Collins, 1996). Cualquier conducta que refleje alguno de estos temas, será considerada una conducta que responde a una función del apego. Siguiendo a Feeney y Noller (1996), entre las conductas que pueden ser consideradas como conductas que responden a esas funciones, encontramos el descubrimiento

de pensamientos y sentimientos a la pareja (*self-disclosure*) y la expresión de amor y afecto; comportarse de acuerdo con los deseos del otro; así como aquellas conductas que reflejen deseos de posesión o dependencia de la pareja.

2.- Algunos estudios han mostrado que aspectos tales como la cantidad de información que descubrimos a los demás, o el tiempo que pasamos con ellos, incrementa el grado de intimidad o cercanía entre las personas (Berscheid, Snyder y Omoto, 1989; Hays, 1984; Miller y Kenny, 1986; Reis y Patrick, 1996). La investigación sobre apego adulto, en concreto, ha mostrado que una alta puntuación en la dimensión *evitación de la intimidad* (p. e., evitativos-temerosos y evitativos-indiferentes), se asocia con actitudes poco favorables hacia el descubrimiento de información y hacia compartir el tiempo libre con los demás, mientras que bajas puntuaciones en esta dimensión, se asocia con actitudes más favorables (Tidwell, Reis y Shaver, 1996). Por otra parte, también se ha puesto de manifiesto que altas puntuaciones en la dimensión *ansiedad en las relaciones* (p. e., ansiosos/ambivalentes o preocupados), se asocia con una mayor tendencia a complacer los deseos de los demás en las relaciones íntimas (p. e., Pistole, 1989).

3.- El modelo de la conducta planificada aconseja tomar medidas conductuales cercanas a la medida de la intención conductual (Ajzen y Fishbein, 1980; Ajzen, 1991). En este trabajo, el intervalo de tiempo que pasa entre una medida de intención y una medida conductual es de 20 días. Dado ese corto período de tiempo, no todas las conductas íntimas pueden ser igualmente válidas para poder ser medidas, por la dificultad de que ocurran en ese intervalo de tiempo.

Todas estas razones llevaron a que, finalmente, las cuatro conductas íntimas seleccionadas fueran las siguientes:

- ❖ *contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mi.*
- ❖ *expresarle verbalmente a mi pareja mis sentimientos hacia ella (por ejemplo, decirle te quiero).*
- ❖ *hacer cosas únicamente porque le gustan a mi pareja (incluso aunque a mi no me gusten).*
- ❖ *llevar a mi pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios conmigo.*

Una vez delimitadas las conductas íntimas, y de acuerdo con los problemas planteados anteriormente, los objetivos de este trabajo son los siguientes:

OBJETIVO 1: Constatar si, en consonancia con la investigación en este ámbito, los individuos seguros evalúan más positivamente sus relaciones íntimas que los individuos inseguros. Concretamente, si los individuos seguros difieren de los inseguros en el grado de satisfacción, estabilidad, compromiso e intimidad percibida en la relación.

OBJETIVO 2: Comprobar si las actitudes, intenciones y conductas íntimas de cada estilo de apego adulto, reflejan los modelos internos activos (internal working models) que subyacen a cada patrón.

OBJETIVO 3: Examinar la suficiencia de la teoría de la conducta planificada incorporando en el modelo el estilo de apego adulto. Específicamente, determinar si, en el ámbito de las relaciones íntimas, el EAA mejora tanto la predicción de la intención, una vez tenidas en cuenta la actitud hacia la conducta, la norma subjetiva y el control conductual percibido, como la predicción de la conducta futura, una vez tenidas en cuenta la intención conductual y el control percibido.

En relación a este último objetivo, sólo se han considerado dos conductas íntimas, una que hace referencia a la cantidad de información personal que se descubre a la pareja y otra que hace referencia a las actividades que se comparten con ella. Estas conductas son las siguientes:

- ① *contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mi;*
- ② *llevar a mi pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios conmigo.*

3.3.- HIPÓTESIS DEL ESTUDIO

De los objetivos planteados anteriormente, se derivan las siguientes hipótesis:

OBJETIVO 1: Constatar si, en consonancia con la investigación en éste ámbito, los individuos con diferentes estilos de apego presentan diferencias en la calidad de sus relaciones

íntimas, concretamente, en el grado de satisfacción, estabilidad, compromiso e intimidad percibida en la relación.

Hipótesis 1.1.: De los cuatro estilos de apego, los seguros serán los que se encuentren más satisfechos con su relación de pareja, los que perciban una mayor estabilidad, un mayor compromiso y un mayor grado de intimidad. Además, los seguros y los preocupados presentarán las relaciones más duraderas.

Hipótesis 1.2.: Dentro del grupo de los inseguros, el estilo preocupado será el que perciba la mayor inestabilidad en su relación, mientras que los dos estilos evitativos (temeroso e indiferente) presentarán los niveles más bajos de satisfacción con su relación, el menor nivel de compromiso, y el menor grado de intimidad.

OBJETIVO 2: Comprobar si las actitudes, intenciones y conductas íntimas de cada estilo de apego adulto, reflejan los modelos internos activos (internal working models) que subyacen a cada patrón.

Hipótesis 2.1.: De los cuatro estilos de apego, los individuos con estilos de apego seguro y preocupado presentarán actitudes más positivas hacia el descubrimiento de información íntima (self-disclosure) y hacia la cercanía/proximidad con la pareja que los dos estilos evitativos (temeroso e indiferente).

Hipótesis 2.2.: De los cuatro estilos de apego, el estilo preocupado presentará las actitudes más positivas hacia satisfacer los deseos de la pareja (hacer cosas únicamente porque le gustan a su pareja), seguidos de los seguros, mientras que los evitativos presentarán las actitudes más negativas.

Hipótesis 2.3.: Los individuos con apego seguro y preocupado tendrán una mayor intención de autodescubrirse (self-disclosure) y de estar siempre cerca de la pareja que los individuos con apego evitativo (temerosos e indiferentes). Es decir, los seguros y los preocupados estarán más dispuestos que los dos tipos de evitativos a contar a su pareja aspectos íntimos, a mostrar sus sentimientos, y a llevar, siempre que sea posible, a su pareja a todos los sitios.

Hipótesis 2.4.: Los individuos preocupados mostrarán la mayor intención de

satisfacer los deseos de la pareja, seguidos de los individuos con apego seguro, mientras que los evitativos (temeroso e indiferente) mostrarán la menor intención. Es decir, los jóvenes con estilo preocupado serán los que más dispuestos estén de todos los grupos a hacer cosas únicamente porque le gustan a su pareja.

Hipótesis 2.5.: Se espera que los seguros y los preocupados descubran más información personal y sentimientos a la pareja, y compartan más actividades con ella. Al contrario, ambos estilos evitativos serán los que menos información personal descubran a la pareja y los que menos actividades compartan con ella.

Hipótesis 2.6.: De los cuatro grupos de apego, los preocupados serán los que más veces hayan realizado conductas dirigidas a complacer los deseos de la pareja y los evitativos los que menos.

3.4.- MÉTODO

3.4.1.- Participantes

La muestra de este estudio está formada por 1573 estudiantes de la Universidad de Granada, de los que 924 (58,7%) tenían pareja en el momento de realizar el estudio y 649 (41,3%) no tenían. La clasificación de los participantes según el estatus de la relación es la siguiente: el 6,3% (n=58) salía de vez en cuando con la pareja, el 6,5% (n=60) salía asiduamente, el 79,3% (n=730) eran novios, el 3,7% (n=34) vivía con su pareja, sin estar casados, el 0,9% (n=8) estaba casado y el 3,3% (n=30) describía su relación o estatus como "otra". La duración media de las relaciones es de 29,67 meses (D.T.=26,88). Los participantes con pareja en tiempo 1 (T1) tenían que completar una medida de su conducta veinte días después del cuestionario inicial (T2); de los 924 participantes que completaron el primer cuestionario, 538 contestaron al segundo, lo que significa una tasa de respuesta del 58,2 %.

Las características principales de la muestra general son las siguientes:

Sexo:

- Hombres = 494 (31,4%).

- Mujeres = 1079 (68,6%).

Estos porcentajes se aproximan a los datos facilitados por la Delegación de Educación respecto a los porcentajes de hombres y mujeres que estudiaban en la Universidad de Granada en el mismo curso académico en el que se recogieron los datos de este trabajo (1999/2000). Concretamente, de los 59.651 estudiantes universitarios que cursaban sus estudios ese año, el 42,6% (n=25.414) eran hombres y el 57,4% (n=34.237) mujeres .

Edad:

Las edades de los participantes oscilan entre los 17 y 41 años.

- Media = 20, 77.

- Mediana = 20.

Titulación:

La distribución de los participantes del estudio de acuerdo con su titulación, es la siguiente:

- Diplomaturas: Magisterio (5,3%), Óptica (10,4%), Relaciones Laborales (15,1%).

- Licenciaturas: Pedagogía (3,6%), Psicología (38,4%), Farmacia (8,7%), Física (3,1%), Educación Física (15,4%).

3.4.2.- Estudio piloto

De acuerdo con el procedimiento propuesto por Ajzen y Fishbein (1980), durante el curso 1998/99 se administró un cuestionario a una parte de la muestra de los estudiantes del estudio principal (N=112) para elicitación de las creencias modales. En ese cuestionario, se incluían preguntas abiertas acerca de las ventajas y desventajas de realizar cada una de las cuatro conductas íntimas. Las ocho respuestas más frecuentemente mencionadas (para cada conducta) fueron empleadas en el cuestionario principal para evaluar las creencias conductuales. También se les pidió que enumeraran las personas (o grupos de personas) más importantes en sus vidas que aprobarían y que desaprobarían la ejecución de cada conducta.

Las cinco personas señaladas con más frecuencia que aprobarían cada conducta íntima, y las cinco más frecuentes que la desaprobarían, proporcionaron la base para las creencias normativas incluidas en el cuestionario principal.

3.4.3.- Procedimiento

La aplicación de los cuestionarios se llevó a cabo en el curso académico 1999/00, durante los meses de Marzo, Abril y Mayo; y entre los meses de Noviembre y Diciembre del curso académico siguiente (2000/01). La recogida de datos se realizó en cada una de las Facultades y Escuelas Universitarias durante las horas lectivas, en dos momentos de tiempo diferentes (T1 y T2), y fue llevada a cabo por dos investigadores del departamento de Psicología Social de la Universidad de Granada. El tiempo de duración del cuestionario en tiempo 1 (T1) era de aproximadamente 1 hora, y de 15 minutos en tiempo 2 (T2). Se trató de controlar que el momento en el que se aplicaban los cuestionarios no coincidiera con fechas de exámenes, para evitar una disminución en el número de asistentes a clase. El número de alumnos que constituían los distintos grupos a los que se aplicó el cuestionario oscilaba entre un mínimo de 25 y un máximo de 60.

La participación de los alumnos era voluntaria y los cuestionarios anónimos. No obstante, se les pedía un código para poder identificar los cuestionarios de un mismo participante en los dos momentos de recogida de información. Sin embargo, con el fin de que la medida de la conducta en Tiempo 2 no estuviera influida por la propia investigación, terminado el primer cuestionario, se agradeció la colaboración a los participantes sin hacerles ninguna mención sobre el propósito de realizar otro cuestionario veinte días después. Únicamente se les dijo que era conveniente poner un código para que, si posteriormente era necesario, pudieran identificar su cuestionario.

El primero de los cuestionarios administrados (T1) incluía: datos personales (edad, sexo), dos medidas del estilo de apego adulto (RQ), un cuestionario sobre las relaciones de pareja, así como las variables predictoras del modelo de la conducta planificada para medir las cuatro conductas íntimas (actitud, intención, norma subjetiva y control conductual percibido).

Veinte días después (T2), se administró el segundo cuestionario, en el que los participantes tenían que indicar cómo se habían comportado en ese período de tiempo. Este

cuestionario era contestado únicamente por aquellos individuos de la muestra que en Tiempo 1 tenían pareja.

El orden de presentación de los ítems fue contrabalanceado, tanto en el caso de la medida del estilo de apego adulto como en el de la medida de las variables de la TCP. Concretamente, en este último caso, todos los ítems pertenecientes a una misma conducta eran presentados juntos, pero el orden en el cual se presentaba cada bloque de ítems de cada conducta se contrabalanceó. Igual ocurrió con el orden de presentación de la medida de cada conducta en tiempo 2.

Análisis preliminares indicaron que no había diferencias significativas entre los alumnos que contestaron el cuestionario en tiempo 2 (T2) y los que no lo hicieron, al menos en aquellas variables incluidas en tiempo 1 (edad, sexo, historia de las relaciones íntimas, TCP). Cabría asumir, por tanto, que los participantes que respondieron en tiempo 2 eran una muestra representativa de los que respondieron en tiempo 1.

3.4.4.- Definición de las variables

Las variables incluidas en el estudio se han seleccionado a partir de las investigaciones revisadas sobre el tema y de los objetivos expuestos anteriormente.

A continuación, se presenta la definición operativa de estas variables y, en el siguiente apartado, se describirán los instrumentos empleados en su medida.

- 1.- Estilo de apego adulto: Esta variable ha sido definida como aquellas representaciones cognitivas que guían el comportamiento interpersonal y el procesamiento de la información (Hazan y Shaver, 1987), o como los patrones de conducta interpersonal y estrategias prototípicas para regular los sentimientos de seguridad en las relaciones cercanas (Griffin y Bartholomew, 1994b).

Esta variable ha sido medida a través del Relationship Questionnaire (RQ) de Bartholomew y Horowitz (1991) en sus dos versiones.

- 2.- Actitud hacia la conducta:

Entendida como la evaluación global positiva o negativa del comportamiento, o ubicación del individuo en una dimensión evaluativa bipolar con respecto a esa conducta (Fishbein y Ajzen, 1975).

3.- Norma subjetiva:

Creencias del individuo acerca de si otras personas importantes para él aprobarían o desaprobarían la ejecución de la conducta, junto con el grado en que cual estaría dispuesto a tener en cuenta esas consideraciones sociales a la hora de comportarse (Fishbein y Ajzen, 1975).

4.- Intención conductual:

Decisión de comportarse de una manera determinada, o indicaciones de la fuerza que las personas planean ejercer respecto a la ejecución del comportamiento (Ajzen, 1991).

5.- Control conductual percibido:

Percepción que tiene el individuo sobre lo fácil o difícil que le resultará ejecutar una conducta determinada (Ajzen, 1991).

Las variables 2, 3, 4 y 5, fueron evaluadas a través de un cuestionario elaborado para esta investigación (el Cuestionario de Conducta Planificada), basado en las recomendaciones que dan los autores de la teoría de la acción razonada/planificada sobre cómo se deben medir cada uno de los componentes del modelo (Ajzen y Fishbein, 1980; Ajzen, 1985, 1991).

6.- Relaciones íntimas:

En esta investigación, el término *íntima* se refiere a una intimidad emocional. Expresa la idea de estar unido a personas con las que se ha tenido o se tiene una relación muy cercana (o amorosa), con las que se comparten mutuamente sentimientos, pensamientos y experiencias.

Para evaluar la historia de relaciones íntimas del individuo y la calidad de sus relaciones actuales, se desarrolló un cuestionario específico con preguntas relativas a las

relaciones pasadas y al funcionamiento de la relación actual. Nosotros estudiamos cuatro áreas amplias o índices del funcionamiento de la relación: satisfacción general con la relación, estabilidad percibida, nivel de compromiso e intimidad.

3.4.5.- Instrumentos de medida

3.4.5.1.- RELATIONSHIP QUESTIONNAIRE (RQ):

El RQ (Bartholomew y Horowitz, 1991) mide el estilo de apego adulto a través de la presentación de cuatro párrafos cortos, cada uno describiendo un modelo de apego prototípico aplicado a las relaciones personales cercanas en general.

Se utilizaron dos medidas diferentes: una medida discreta, en la que los participantes recibían las cuatro descripciones y tenían que elegir aquella que mejor representara su comportamiento en las relaciones íntimas; y una medida continua, en la que los participantes evaluaban su grado de acuerdo con cada una de las cuatro descripciones. Tales descripciones iban acompañadas de una escala de 7 puntos (1=totalmente en desacuerdo, 7=totalmente de acuerdo).

Distintos estudios han encontrado que, comparada con otras medidas de apego adulto, esta medida presenta las correlaciones más altas entre la medida categórica y la medida continua (p. ej., Tidwell, Reis y Shaver, 1996). En general, la medida continua ha exhibido una mayor fiabilidad (coeficiente de fiabilidad de alrededor de .50 para las escalas evaluando cada uno de los cuatro modelos de apego) que la medida categórica (coeficiente kappa de alrededor de .35) (Crowell et. al., 1999). El RQ también ha mostrado validez convergente con otras medidas de apego adulto, como la medida de los tres grupos de Hazan y Shaver (Scharfe y Bartholomew, 1994) o el Cuestionario de Estilos de Relación (RSQ; Griffin y Bartholomew, 1994a,b).

La razón principal por la que se ha elegido esta medida de cuatro estilos de apego frente a otras medidas de tres, ha sido que parece confirmarse que son cuatro, en lugar de tres, los estilos de apego adulto; además, por otra parte, un número importante de los estudios que han examinado este constructo en distintos ámbitos, llegan a la conclusión de que es necesario distinguir entre los dos estilos de evitación (indiferente y temeroso) propuestos por Bartholomew y Horowitz (1991). Los autores de estos trabajos plantean que tal distinción

ayudaría a avanzar en el estudio del apego adulto, por lo que recomiendan el empleo de esta medida de los cuatro estilos en futuras investigaciones (p.e., Mikulincer, 1998; Mikulincer y Arad, 1999; Mikulincer, Orbach y Iavnieli, 1998; Tidwell, Reis y Shaver, 1996).

Otras razones obedecen a su facilidad de aplicación y a su brevedad, así como al casi exclusivo empleo de esta medida en muestras similares a la de esta investigación.

3.4.5.2.- CUESTIONARIO SOBRE LA HISTORIA DE RELACIONES ÍNTIMAS

Este cuestionario fue creado expresamente para esta investigación, aunque está basado en ítems que han sido empleados y validados en diversos trabajos para investigar aspectos de las relaciones íntimas (ver Collins y Read, 1990; Cyranowski y Andersen, 1998; Spanier, 1976).

En primer lugar, se les pedía información referente a la edad, el sexo, el número de parejas en los últimos tres años y si tenían o no pareja en ese momento.

En segundo lugar, y únicamente para aquellos individuos que tenían pareja, se incluyeron una serie de preguntas relativas a las características de su relación. Así, los participantes indicaban el tipo o estatus de la relación (p. e., sales asiduamente; novios o relación parecida; matrimonio, etc) y la duración de la relación (número de meses). Además, también se incluyeron los siguientes ítems: probabilidad de que se acabe la relación en los próximos seis meses, probabilidad de que la relación acabe en matrimonio, grado de estabilidad de la relación, grado de satisfacción con la relación y grado de intimidad. Todos estos ítems fueron evaluados a través de escalas de 7 puntos. Por ejemplo, los participantes indicaban el grado de satisfacción con la relación en una escala de 7 puntos, desde nada satisfactoria (1), hasta muy satisfactoria (7).

Como indicador de la estabilidad de la relación, se trabajó tanto con la pregunta acerca del grado de estabilidad percibida, como con la duración de la relación, ya que éste último es uno de los predictores clásicos más empleados en la investigación como índice de la estabilidad.

Como medida de compromiso, se incluyó tanto la probabilidad de que se acabase la

relación en los próximos seis meses, como la probabilidad de que la relación acabase en matrimonio, ambas medidas también extensamente empleadas como indicadores del grado de compromiso percibido.

El cuestionario sobre la historia de las relaciones íntimas incluye también otros ítems acerca de las relaciones que no han sido descritas ni estudiadas en este trabajo, pero que serán utilizadas en posteriores investigaciones.

3.4.5.3.- CUESTIONARIO DE CONDUCTA PLANIFICADA (TCP)

TIEMPO 1 (T1)

El primer cuestionario evaluaba, para cada conducta íntima, los componentes de la teoría de la conducta planificada (intención, actitud, norma subjetiva y control conductual percibido). El cuestionario se elaboró siguiendo las recomendaciones que dan los autores sobre las medidas de cada uno de los componentes del modelo (Ajzen y Fishbein, 1980; Ajzen, 1985, 1991). Para todas las medidas, las mayores puntuaciones indican los mayores niveles en ese constructo.

Actitud hacia la conducta. Se tomaron medidas directas e indirectas de la actitud. La medida directa de la actitud se obtuvo a través de los siguientes ítems: “¿cuál es tu actitud hacia contarle a tu pareja aspectos tuyos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para ti, durante los próximos veinte días?” y “¿cuál es tu actitud hacia llevar a tu pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios contigo durante los próximos veinte días?”, utilizando en ambos casos una escala tipo Likert de 7 puntos, desde -3 (totalmente contraria) hasta +3 (totalmente favorable).

La medida indirecta de la actitud (o medida basada en las creencias conductuales) se obtuvo a través de la suma de los productos de la probabilidad percibida de cada consecuencia conductual por la evaluación de esas consecuencias. Para evaluar las creencias conductuales, se pedía a los participantes que indicaran la probabilidad de que ocurrieran las ocho consecuencias correspondientes si realizaban cada una de las conductas íntimas (cuatro consecuencias positivas y cuatro negativas para cada conducta). Para medir la evaluación de las consecuencias, los participantes indicaban el grado en el que sentían que cada una de esas ocho consecuencias (en cada conducta) eran positivas o negativas. Tanto la probabilidad

percibida como la evaluación, fueron medidas con escalas bipolares (-3 a +3), desde nada probable a muy probable en el primer caso y desde muy negativa a muy positiva en el segundo.

Norma subjetiva. Esta variable también se midió de forma directa e indirecta. La medida global o directa se obtuvo preguntando a los participantes en qué grado estarían dispuestos/as a tener en cuenta, a la hora de realizar cada conducta íntima, lo que las personas importantes para ellos pensaban sobre la realización de la conducta. La respuesta se daba en una escala de 7 puntos, desde -3 (nada dispuesto/a) hasta +3 (totalmente dispuesto/a).

La medida indirecta de la norma subjetiva (o creencias normativas) se obtuvo evaluando, a través de una escala bipolar tipo Likert, el grado en el que el individuo creía que cada una de las personas o grupos de personas importantes para él (padres, hermanos, amigos, pareja, otros familiares) aprobarían o desaprobarían que llevase a cabo la conducta (desde -3 a +3), junto con el grado en el cual estaría dispuesto/a a cumplir con tales expectativas (a través de una escala unipolar, desde 1=nada dispuesto/a hasta 7=totalmente dispuesto/a). A través de la suma de los productos de cada expectativa por cada motivación a cumplir, se obtuvo un índice de la presión normativa basado en las creencias. Tanto las creencias normativas como las conductuales, se obtuvieron del cuestionario piloto anteriormente descrito aplicado a la misma muestra.

Algunas investigaciones emplean medidas directas de la actitud y la norma subjetiva (p. ej., Parker, Manstead y Stradling, 1995; Sparks y Guthrie, 1998), mientras que otras utilizan medidas indirectas (p. ej., White, Terry y Hogg, 1994). Los autores del modelo indican que tanto la actitud como la norma subjetiva pueden ser medidas de manera directa e indirecta y que cualquiera de las dos fórmulas son igualmente aconsejables (Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen, 1991). Nosotros hemos optado por trabajar con una medida directa en el caso de la actitud hacia la conducta (a través de una escala tipo Likert) y con una medida indirecta en el caso de la norma subjetiva, calculada a través de la suma de los productos de cada creencia normativa por su motivación a cumplir correspondiente, obteniendo al final una única puntuación para cada individuo en esta variable.

Control conductual percibido. Para medir la percepción de control conductual, se utilizaron cuatro ítems, seleccionados a partir de una revisión de la literatura sobre la teoría de la conducta planificada (Bagozzi y Kimmel, 1995; Madden, Ellen y Ajzen, 1992; Manstead y

Parker, 1995). Todos los ítems fueron medidos usando escalas unipolares de siete puntos (de 1 a 7). Los ítems que evaluaban el control fueron los siguientes: "Si yo quisiera contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mí, en los próximos veinte días, lo haría sin problemas..." (muy en desacuerdo-muy de acuerdo); "¿Cuánto depende esta conducta únicamente de ti, de tu propia voluntad (cuánto control piensas que tienes sobre ella)...?" (ningún control-control completo); "Las cosas que pueden pasar que escapan a tu control y que pueden impedir que realices esta conducta en los próximos veinte días son..." (muy pocas-muy numerosas); y "Para mí, contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mí, en los próximos veinte días será..." (muy fácil-muy difícil). Para la segunda conducta (llevar a mi pareja a todos los sitios conmigo), se utilizaron los mismos ítems adaptados. Los cuatro ítems fueron sumados para obtener una medida de control conductual percibido en cada conducta; el coeficiente alfa de Cronbach para estos ítems fue de .74 en la primera conducta y de .77 en la segunda.

Nosotros hemos optado por utilizar solo una medida "directa" de esta variable, porque no existe aún un consenso respecto a la manera más apropiada de medir el control conductual percibido (si a través de una medida directa o de una medida basada en creencias de control). De hecho, una gran parte de los estudios empleando la TCP evalúan este constructo únicamente a través de la medida directa.

Intención. La intención conductual se evaluó a través de los siguientes ítems: "En el período que comprenden los próximos veinte días (tengo intención de, se que sucederá, se que lo haré) ...le contaré a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mí/...llevaré a mi pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios conmigo", acompañados de una escala unipolar de 7 puntos, desde nada probable (1) hasta muy probable (7).

TIEMPO 2 (T2)

Conducta futura: Transcurridos veinte días desde que habían contestado al primer cuestionario, los participantes contestaron a un segundo cuestionario en el que tenían que indicar con qué frecuencia habían realizado cada una de las dos conductas íntimas en los últimos veinte días. En concreto, la medida de la conducta futura se obtuvo a través de los siguientes ítems: "durante los últimos veinte días, ¿con qué frecuencia le has contado a tu pareja aspectos tuyos íntimos (de cualquier tipo) que eran importantes para ti?" y "durante los últimos veinte días, ¿con qué frecuencia has llevado a tu pareja, siempre que ha sido


posible, a todos los sitios contigo?”, seguidos en ambos casos de una escala unipolar de siete puntos, desde ninguna frecuencia (1) hasta mucha frecuencia (7). Los participantes también tenían que indicar si continuaban su relación con la misma pareja que cuando contestaron en tiempo 1.

3.5.- Análisis de datos

Todos los análisis se realizaron a través del paquete estadístico SPSS 10.0 para Windows. Para verificar cada una de las hipótesis propuestas en este estudio, los análisis realizados fueron los siguientes:

Con el fin de comprobar si existían diferencias entre los grupos de apego en la calidad de sus relaciones románticas (en satisfacción, estabilidad, compromiso e intimidad), se llevaron a cabo distintos análisis de varianza, seguidos de la prueba de Scheffé de comparaciones múltiples, procedimiento que también se utilizó para examinar si había diferencias en las actitudes, la intención y la conducta íntima según el estilo de apego adulto.

En relación al tercer objetivo del trabajo, es decir, para comprobar si el estilo de apego adulto contribuía a la predicción de la intención y de la conducta desde la teoría de la conducta planificada, se emplearon análisis de regresión lineal por bloques.



CAPÍTULO IV
Resultados y discusión

En este capítulo presentamos, en primer lugar, los resultados encaminados a contrastar cada una de las hipótesis planteadas en el presente trabajo y, en segundo lugar, la discusión de tales resultados.

4.1.- RESULTADOS

4.1.1.- *Distribución de los estilos de apego adulto*

Utilizando el sistema de clasificación de estilos de apego adulto de Bartholomew (Bartholomew y Horowitz, 1991), examinamos la distribución de individuos seguros, preocupados, evitativos-temerosos y evitativos-indiferentes en nuestra muestra (tabla 4.1).

La distribución de los estilos de apego adulto de los participantes, basada en la medida categórica, mostró que un 39,8% se clasificaban a sí mismos como seguros, un 20,7% como preocupados, un 20,2% como evitativos-temerosos y un 18,9% como evitativos-indiferentes en las relaciones cercanas.

Tabla 4.1: Distribución de los Estilos de Apego Adulto en la muestra general

<i>Estilo de Apego</i>	<i>n</i>	<i>%</i>
Seguros	626	39,8
Preocupados	326	20,7
Evitativos-Temerosos	318	20,2
Evitativos -Indiferentes	298	18,9
Total	15681	100

¹ Perdidos por el sistema: 5

Esta distribución es similar a las encontradas en previos estudios (p. ej., Bartholomew y Horowitz, 1991; Brennan y Bosson, 1998; Diehl, Elnick, Bourbeau y Labouvie-Vief, 1998). No obstante, cabría señalar que, comparándola con la distribución obtenida por Bartholomew, se dan ligeras diferencias en relación al estilo preocupado, estilo que aparece

en nuestra muestra sobre-representado (20,7% frente a 14%). Cabe señalar, no obstante, que en la mayoría de los trabajos que han empleado este sistema de clasificación, el estilo seguro siempre presenta el mayor porcentaje, mientras que la distribución de los otros tres estilos es más variable. En general, los estudios han empleado muestras de estudiantes universitarios con edades similares a los de nuestra muestra (entre 20 y 30 años). Sin embargo, es interesante anotar que, cuando se ha estudiado la distribución de los estilos de apego por grupos de edades, la distribución no ha variado en el caso de adultos de mediana edad (alrededor de los 40 años), pero sí ha sufrido cambios significativos en el caso de adultos mayores (alrededor de los 70 años), incrementándose la proporción de indiferentes y reduciéndose la de temerosos (Diehl, op. cit.).

4.1.2.- Estilo de apego y calidad de la relación

El primer objetivo que perseguíamos en esta investigación era constatar si, en consonancia con los resultados de la investigación en éste ámbito, los individuos con diferentes estilos de apego adulto (EAA) presentan diferencias en la calidad y funcionamiento de sus relaciones amorosas, concretamente en el grado de satisfacción, estabilidad, compromiso e intimidad percibida en la relación:

Hipótesis 1.1.: De los cuatro estilos de apego, los seguros serán los que se encuentren más satisfechos con su relación de pareja, los que perciban una mayor estabilidad, un mayor compromiso y un mayor grado de intimidad. Además, los seguros y los preocupados presentarán las relaciones más duraderas.

Hipótesis 1.2.: Dentro del grupo de inseguros, el estilo preocupado será el que perciba la mayor inestabilidad en su relación, mientras que los dos estilos evitativos (temeroso e indiferente) presentarán los niveles más bajos de satisfacción con su relación, el menor nivel de compromiso, y el menor grado de intimidad.

Para alcanzar este objetivo, se llevaron a cabo distintos análisis de varianza y comparaciones múltiples post hoc (a través de pruebas Scheffé).

Tabla 4.2.: Resultados del análisis de varianza cuando se comparan los Estilos de Apego Adulto en satisfacción e intimidad percibida en la relación

V. dependiente	F	p
Satisfacción con la relación.	44,654	0,000
Intimidad percibida.	54,433	0,000

Tabla 4.3.: Resultados del análisis de varianza cuando se comparan los Estilos de Apego Adulto en estabilidad y compromiso en la relación

V. dependiente	F	p
Estabilidad percibida.	46,204	0,000
Duración de la relación.	10,745	0,000
Probabilidad de que la relación finalice.	42,927	0,000
Probabilidad de que acabe en matrimonio.	41,49	0,000
Número de parejas últimos tres años.	5,811	0,001

En las tablas 4.2 y 4.3 aparecen los resultados encontrados para cada una de las variables analizadas según el estilo de apego. Como se observa en las tablas, los resultados muestran diferencias significativas según el estilo de apego adulto en todas las variables relacionadas con la calidad y funcionamiento de las relaciones. Veamos los resultados obtenidos para cada una de las variables estudiadas:

Satisfacción. El análisis de varianza puso de relieve efectos significativos del estilo de apego adulto en esta variable (ver tabla 4.2). Como se esperaba, las pruebas Scheffé post hoc revelaron que los participantes con un estilo de apego seguro se mostraban significativamente más satisfechos con su relación ($M=6,36$, $D.T=.91$) que los participantes con estilos de apego preocupado ($M=5,73$, $D.T=1,29$), evitativo-temeroso ($M=5,53$, $D.T=1,24$) y evitativo-indiferente ($M=5,30$, $D.T=1,39$). Entre los inseguros, las únicas diferencias significativas en satisfacción se dieron entre preocupados y evitativos-indiferentes. Los preocupados mostraron los niveles más altos de satisfacción. De los cuatro estilos de

apego, el evitativo-indiferente obtuvo los niveles de satisfacción más bajos, aunque las diferencias entre los dos grupos de evitativos no fueron significativas (ver tabla 4.4).

Estabilidad. Dos ítems fueron incluidos para examinar la estabilidad de la relación, el grado de estabilidad percibida y la duración de la relación. Se llevaron a cabo sendos análisis de varianza, tomando como variable dependiente las puntuaciones en ambas medidas y como variable independiente el estilo de apego adulto. Los resultados mostraron, nuevamente, efectos significativos del EAA en la estabilidad percibida y en la duración de la relación (tabla 4.3).

En concreto, las comparaciones post hoc realizadas revelaron que los seguros percibían significativamente el mayor grado de estabilidad en su relación ($M=6,11$, $D.T=1,15$), seguidos de los preocupados ($M=5,21$, $D.T=1,62$), los evitativos-temerosos ($M=5,00$, $D.T=1,58$) y, por último, los evitativos-indiferentes ($M=4,89$, $D.T=1,59$). De nuevo, el estilo indiferente presentó los niveles más bajos de estabilidad percibida en la relación, aunque en este caso las diferencias entre los tres estilos inseguros no fueron significativas (ver tabla 4.4).

Respecto a la duración media de la relación para cada estilo, los datos mostraron que los seguros ($M=33,20$, $D.T=28,01$) y los preocupados ($M=31,85$, $D.T=27,00$) presentaban las relaciones más duraderas, frente a los dos tipos de evitativos ($M=23,48$, $D.T=24,56$, para indiferentes; $M=20,45$, $D.T=21,43$, para temerosos).

Si tomamos estos resultados de manera conjunta, se observa que, de los cuatro grupos de apego, el estilo evitativo (tanto indiferente como temeroso) presenta las relaciones menos estables, tanto en lo que respecta a la duración real como a la estabilidad percibida. Frente a este grupo, seguros y preocupados se involucran en relaciones más duraderas pero, mientras que los primeros perciben una alta estabilidad en sus relaciones, la percepción de estabilidad en preocupados es significativamente más baja.

Compromiso. Esta variable se estudió a través de dos índices, uno evaluando la probabilidad de que la relación terminara en los próximos seis meses y otro evaluando la probabilidad de que la relación acabara en matrimonio. Para explorar nuestras predicciones acerca del grado de compromiso en la relación, se llevaron a cabo análisis de varianza utilizando el EAA como variable independiente y las puntuaciones en las dos medidas de

compromiso como variable dependiente.

Los resultados del ANOVA mostraron importantes diferencias significativas según el estilo de apego, tanto para la probabilidad de que la relación finalizase como para la probabilidad de que la relación acabara en matrimonio (tabla 4.3). Como se observa en la tabla 4.4, los dos estilos evitativos creían más probable que su relación se rompiera en los próximos seis meses ($M=3,01$, $D.T=1,91$ para indiferentes, $M=3,00$, $D.T=1,82$ para temerosos) que los preocupados ($M=2,34$, $D.T=1,60$) y los seguros ($M=1,71$, $D.T=1,20$). El estilo seguro presentó puntuaciones medias significativamente más bajas en esta variable que los tres estilos inseguros, seguido del estilo preocupado, y de nuevo no aparecieron diferencias significativas entre ambos tipos de evitativos.

En cuanto a la segunda medida de compromiso, la probabilidad de que la relación acabase en matrimonio fue significativamente mayor para los individuos seguros ($M=5,20$, $D.T=1,76$), comparados con los tres estilos inseguros. Entre estos últimos, los preocupados percibían significativamente un mayor grado de compromiso ($M=4,53$, $D.T=1,90$) que los evitativos, quienes presentaron las puntuaciones más bajas ($M=3,51$, $D.T=2,05$ para indiferentes, $M=3,74$, $D.T=1,80$ para temerosos).

De manera adicional, y como un índice más del grado de estabilidad y compromiso en sus relaciones, los participantes tenían que indicar el número de parejas que habían tenido en los últimos tres años. Con esta medida pretendíamos examinar la estabilidad y compromiso que los individuos con distintos estilos de apego muestran en sus relaciones pasadas en general.

Los resultados del análisis de varianza pusieron de manifiesto efectos significativos para el estilo de apego (tabla 4.3). Comparaciones posteriores con el test Scheffé mostraron que el estilo evitativo-indiferente era el que más relaciones había tenido en el pasado ($M=2,54$, $D.T=2,79$), por encima del preocupado ($M=2,02$, $D.T=1,70$), temeroso ($M=2,11$, $D.T=1,83$) y seguro ($M=1,99$, $D.T=1,65$). Estos últimos fueron los que menos veces habían cambiado de pareja en ese mismo período de tiempo. Cabe señalar, no obstante, que entre seguros, preocupados y temerosos, las diferencias no fueron significativas y que entre ambos tipos de evitativos las diferencias encontradas no alcanzaron el nivel de significación estándar del .05 (tabla 4.4).

Intimidad. Por último, se llevó a cabo otro análisis de varianza para estudiar el grado de intimidad percibida en la relación amorosa. Como puede observarse (tabla 4.2), los análisis mostraron una vez más efectos significativos del EAA. En consonancia con nuestras predicciones, los seguros percibían significativamente los niveles más altos de intimidad en sus relaciones ($M=6,29$, $D.T=,83$), comparados con los otros tres estilos inseguros. Dentro de este último grupo, los preocupados percibían significativamente un mayor grado de intimidad en su relación ($M=5,91$, $D.T=1,06$) que ambos tipos de evitativos, quienes percibían los niveles más bajos ($M=5,38$, $D.T=1,23$ para indiferentes, $M=5,17$, $D.T=1,37$ para temerosos). Tampoco en este caso se encontraron diferencias significativas entre los dos estilos evitativos (ver tabla 4.4).

Tabla 4.4.: Comparaciones post hoc (Scheffé) entre los Estilos de Apego Adulto en las variables estudiadas

	Seguro/E. Indifer.	Seguro/ Preocupado.	Seguro/E. Temeroso	E.Indif./ Preocupado.	E.Indif./ E. Temeroso	Preocupado/ E. Temeroso
Satisfacción con la relación.	0,000	0,000	0,000	0,009	0,431	0,498
Estabilidad percibida.	0,000	0,000	0,000	0,244	0,937	0,634
Duración de la relación.	0,000	0,951	0,000	0,051	0,837	0,000
Prob. de que finalice.	0,000	0,000	0,000	0,000	1	0,000
Prob. de matrimonio.	0,000	0,000	0,000	0,000	0,801	0,000
Número de parejas.	0,000	0,997	0,842	0,012	0,061	0,949
Intimidad percibida.	0,000	0,000	0,000	0,000	0,448	0,000

4.1.3.- Estilo de apego y actitudes, intención y conducta íntima.

El segundo objetivo del trabajo era comprobar si las actitudes, intenciones y conductas de cada estilo de apego reflejaban los esquemas cognitivos (internal working models) que subyacen a cada patrón.

De acuerdo con estos esquemas, esperábamos que tanto la actitud, como la intención y la conducta íntima de cada estilo fueran diferentes. Veamos los resultados encontrados para las distintas hipótesis formuladas:

1.- Actitud hacia la conducta íntima

Hipótesis 2.1.: De los cuatro estilos de apego, los individuos con apego seguro y preocupado presentarán actitudes más positivas hacia el descubrimiento de información íntima (self-disclosure) y hacia la cercanía/proximidad con la pareja, que los dos estilos evitativos (temeroso e indiferente).

Hipótesis 2.2.: De los cuatro estilos de apego, los preocupados presentarán las actitudes más positivas hacia satisfacer los deseos de la pareja (hacer cosas únicamente porque le gustan a su pareja), seguidos de los seguros, mientras que los evitativos presentarán las actitudes más negativas.

Para comprobar estas dos primeras hipótesis, se realizaron distintos análisis de varianza tomando como variables dependientes las actitudes hacia las cuatro conductas íntimas y como variable independiente el EAA. Los resultados obtenidos en relación con esta hipótesis pusieron de relieve la existencia de diferencias significativas según el estilo de apego en todas las actitudes medidas (ver tabla 4.5).

Actitud hacia el descubrimiento de información personal. En la tabla 4.6 aparecen las comparaciones entre los grupos de apego para esta actitud. Los resultados revelaron que, de los cuatro estilos, los seguros presentaban significativamente las actitudes más positivas, tanto hacia contar aspectos íntimos a la pareja, como hacia la expresión de sentimientos (M=2,35, D.T=1,01; M=2,38, D.T=1,17, respectivamente), seguidos de los preocupados (M=2,07, D.T=1,20; M=2,09, D.T=1,40). Los individuos evitativos presentaron las actitudes más negativas hacia el descubrimiento de información íntima. Concretamente, el estilo evitativo-temeroso presentó actitudes más negativas hacia contar aspectos íntimos a la pareja

(M=0,99, D.T=1,60) que el estilo evitativo-indiferente (M=1,51, D.T=1,35), aunque las diferencias encontradas entre ambos estilos evitativos no fueron significativas en el caso de la actitud hacia la expresión de sentimientos (M=1,23, D.T=1,74, para los indiferentes; M=1,04, D.T=1,80, para los temerosos).

Tabla 4.5.: Resultados del análisis de varianza cuando se comparan los Estilos de Apego Adulto en cada una de las actitudes hacia las conductas seleccionadas

V. dependiente	F	p
contar aspectos íntimos	93,006	0,000
complacer deseos	17,188	0,000
expresar los sentimientos	78,814	0,000
llevar a la pareja a todos sitios	83,098	0,000

Tabla 4.6.: Comparaciones post hoc (Scheffé) entre los Estilos de Apego en cada una de las actitudes hacia las conductas seleccionadas

	Seguro/ E.Indifer.	Seguro/ Preocup.	Seguro/ E.Temeroso	E.Indif./ Preocupa.	E.Indif./ E.Temeroso	Preocupad./ E.Temeroso
contar aspectos íntimos	0,000	0,017	0,000	0,000	0,000	0,000
complacer deseos	0,000	0,963	0,000	0,000	0,397	0,009
expresar los sentimientos	0,000	0,04	0,000	0,000	0,466	0,000
llevar siempre a la pareja.	0,000	0,092	0,000	0,000	0,088	0,000

Actitud hacia la cercanía/proximidad con la pareja. Los resultados de la prueba Scheffé (tabla 4.6) indicaron que los seguros y los preocupados presentaban las actitudes más positivas hacia llevar a la pareja a todos los sitios (M=1,53, D.T=1,50 para seguros; M=1,25,

D.T=1,67 para preocupados), mientras que los evitativos mostraron las actitudes más negativas (M=0,93, D.T=1,75 para temerosos, M=-0,03, D.T=1,70 para indiferentes).

Actitud hacia satisfacer los deseos de la pareja. Por último, los resultados encontrados para la actitud hacia hacer cosas que le gustasen a la pareja, pusieron de manifiesto que los seguros (M=-0,31, D.T=1,80) y los preocupados (M=-0,37, D.T=1,69) presentaban las actitudes más positivas hacia esa conducta, mientras que los evitativos (M=-0,84, D.T=1,71 para temerosos; M=-1,08, D.T=1,66 para indiferentes) presentaban las actitudes más negativas (ver tabla 4.6).

En resumen, las comparaciones entre los cuatro grupos de apego revelan que, frente a los inseguros, los individuos seguros presentan las actitudes más positivas hacia el descubrimiento de sentimientos y de información íntima, y que los seguros y los preocupados presentan las actitudes más positivas hacia pasar el mayor tiempo posible con la pareja y complacer sus deseos. Frente a ellos, los evitativos-temerosos y los evitativos-indiferentes presentaron las actitudes más negativas, sin que aparecieran diferencias significativas entre ellos. Sólo en el caso de la actitud hacia el descubrimiento de aspectos íntimos a la pareja, el estilo evitativo-temeroso presentó las actitudes más negativas.

2.- *Intención conductual*

Hipótesis 2.3.: Los individuos con apego seguro y preocupado tendrán mayor intención de autodescubrirse (self-disclosure) y de estar siempre cerca de la pareja que los individuos con apego evitativo (temerosos e indiferentes). Es decir, los seguros y los preocupados estarán más dispuestos que los dos tipos de evitativos a contar a su pareja aspectos íntimos, a mostrar sus sentimientos, y a llevar, siempre que sea posible, a su pareja a todos los sitios.

Hipótesis 2.4.: Los individuos preocupados mostrarán la mayor intención de satisfacer los deseos de la pareja, seguidos de los individuos con apego seguro, mientras que los evitativos (temeroso e indiferente) mostrarán la menor intención. Es decir, los jóvenes con un estilo preocupado serán los que más dispuestos estén de todos los grupos a hacer cosas únicamente porque le gustan a su pareja.

En orden a comprobar estas hipótesis, se realizaron distintos análisis de varianza

tomando como medida independiente el EAA y como medida dependiente la intención conductual. Como se observa en la tabla 4.7., los resultados mostraron efectos significativos del EAA en la intención de llevar a cabo todas las conductas íntimas.

Tabla 4.7.: Resultados del análisis de varianza cuando se comparan los Estilos de Apego en la intención de realizar cada una de las conductas íntimas

V. dependiente	F	p
contar aspectos íntimos	102,239	0,000
complacer los deseos de la pareja	22,208	0,000
expresar los sentimientos	105,805	0,000
llevar a la pareja a todos sitios	80,161	0,000

Intención de descubrir información íntima a la pareja. Los resultados de los análisis revelaron que las personas con estilos de apego seguro estaban más dispuestas a contar aspectos íntimos a la pareja (M=6,07, D.T=1,28) y a expresarle sus sentimientos (M=6,22, D.T=1,34) que todos los demás grupos de apego. Los individuos preocupados, a su vez, manifestaban una mayor intención de autodescubrirse (M=5,62, D.T=1,48 para la intención de contar aspectos íntimos; M=5,71, D.T=1,64 para la intención de expresar los sentimientos) que los individuos evitativos. Estos últimos presentaron las intenciones más bajas. Concretamente, frente a los indiferentes (M=4,88, D.T=1,63), los temerosos fueron los que tenían significativamente menos intención de contar aspectos íntimos a la pareja (M=4,42, D.T=1,74) y los que estaban menos dispuestos a expresar sus sentimientos (M=4,52, D.T=1,84 para temerosos; M=4,66, D.T=1,97 para indiferentes) aunque, en este último caso, las diferencias entre ambos estilos evitativos no fueron significativas (ver tabla 4.8).

Intención de pasar el mayor tiempo posible cerca de la pareja. En este caso, las comparaciones post hoc entre los grupos pusieron de relieve que, como se esperaba, los seguros (M=5,26, D.T=1,66) mostraron significativamente la mayor intención de llevar siempre a la pareja a todas partes, seguidos de los preocupados (M=4,77, D.T=1,80) quienes, a su vez, mostraron una intención mayor que los temerosos (M=4,02, D.T=1,74) y los indiferentes (M=3,55, D.T=1,74). Este último estilo fue el que mostró una intención significativamente menor (tabla 4.8).

Tabla 4.8.: Comparaciones post hoc (Scheffé) entre los Estilos de Apego en la intención de realizar cada una de las conductas íntimas

	Seguro/ E.Indifer.	Seguro/ Preocupado.	Seguro/ E.Temeroso	E.Indif./ Preocupa.	E.Indif./ E.Temeroso	Preocupado/ E.Temeroso
contar aspectos íntimos	0,000	0,000	0,000	0,000	0,002	0,000
complacer los deseos	0,000	0,919	0,000	0,000	0,278	0,000
expresar los sentimientos	0,000	0,000	0,000	0,000	0,765	0,000
compartir tiempo	0,000	0,001	0,000	0,000	0.01	0,000

Intención de satisfacer los deseos de la pareja. Para terminar, los resultados encontrados para esta conducta mostraron que los seguros ($M=3,58$, $D.T=1,78$) y los preocupados ($M=3,49$, $D.T=1,64$), manifestaban tener una mayor intención de hacer cosas que le gustasen a su pareja que los temerosos ($M=2,99$, $D.T=1,63$) y los indiferentes ($M=2,72$, $D.T=1,55$), que fueron los que indicaron tener una menor intención de comportarse de ese modo. Igual que ocurrió en el caso de la medida actitudinal, esta fue la conducta para la que, de manera general, todos los estilos de apego mostraron las puntuaciones más bajas.

En síntesis, los análisis revelaron que, frente a estilos inseguros, el estilo seguro manifestó una mayor intención de autodescubrirse a la pareja y de compartir el mayor tiempo posible junto a ella. Además, los individuos seguros y los preocupados fueron los dos grupos más dispuestos a complacer los deseos de su pareja. Al contrario, los evitativos-temerosos fueron los menos dispuestos a descubrir información íntima a la pareja, y los evitativos-indiferentes los que afirmaban tener una menor intención de estar el mayor tiempo posible cerca de la pareja.

3.- Conductas íntimas

Hipótesis 2.5.: Congruente con sus actitudes e intención conductual, se espera que los seguros y los preocupados descubran más información personal y sentimientos a la pareja, y compartan más actividades con ella, en las últimas tres semanas. Al contrario, ambos estilos evitativos serán los que menos información personal descubran a la pareja y los que menos actividades compartan con ella durante ese mismo intervalo de tiempo.

Hipótesis 2.6.: De los cuatro grupos de apego, los preocupados serán los que más veces hayan realizado conductas dirigidas a complacer los deseos de la pareja, mientras que los evitativos serán los que menos veces lo hayan hecho.

Para comprobar ambas hipótesis, se llevaron a cabo nuevamente distintos análisis de varianza, con el EAA como variable independiente y las cuatro conductas íntimas como variables dependientes. Tal y como aparece en la tabla 4.9, los resultados mostraron efectos significativos del estilo de apego en las conductas íntimas estudiadas.

Tabla 4.9.: Resultados del análisis de varianza cuando se comparan los Estilos de Apego en cada una de las conductas

V. dependiente	F	P
contar aspectos íntimos a la pareja	21,376	0,000
complacer sus deseos	3,908	0,009
expresar los sentimientos	28,233	0,000
compartir el mayor número de actividades	11,793	0,000

Descubrimiento de información personal: La tabla 4.10 refleja las comparaciones entre los grupos de apego respecto a la frecuencia con la que cada uno había realizado la conducta en las últimas tres semanas. Como puede observarse, los individuos seguros habían contando significativamente más aspectos íntimos a su pareja (M=5,90, D.T=1,55) que los otros tres estilos de apego. Dentro del grupo de los inseguros, los preocupados descubrieron significativamente más aspectos íntimos a la pareja (M=5,27, D.T=1,76) que los evitativos-indiferentes (M=4,44, D.T=1,81), pero no que los evitativos-temerosos (M=4,63, D.T=1,90). Una vez más, no aparecieron diferencias significativas entre ambos tipos de evitativos en esta

conducta. En cuanto a la frecuencia con la que cada grupo había expresado sus sentimientos a la pareja en los últimos veinte días, las pruebas también revelaron que los seguros ($M=5,73$, $D.T=1,72$) y los preocupados ($M=5,33$, $D.T=1,96$) presentaban las puntuaciones más altas, mientras que los dos estilos evitativos presentaban las más bajas ($M=4,10$, $D.T=2,14$ para evitativos-temerosos, $M=3,81$, $D.T=2,16$ para evitativos-indiferentes).

Actividades compartidas con la pareja: Como se esperaba, los individuos seguros habían compartido más actividades con la pareja en los últimos veinte días ($M=5,63$, $D.T=1,68$) que los demás grupos de apego (ver tabla 4.10). Sin embargo, en contra de nuestras predicciones, no aparecieron diferencias entre los tres estilos inseguros respecto al tiempo que habían pasado con la pareja en ese período de tiempo ($M=5,01$, $D.T=2,16$ para preocupados; $M=4,84$, $D.T=2,19$ para temerosos; $M=4,27$, $D.T=2,06$ para indiferentes).

Tabla 4.10.: Comparaciones *post hoc* (Scheffé) entre los Estilos de Apego en cada una de las conductas

	Seguro/ E.Indifer.	Seguro/ Preocupado.	Seguro/ E.Temeroso	E.Indif./ Preocupado.	E.Indif./ E.Temeroso	Preocupado/ E.Temeroso
contar aspectos íntimos	0,000	0,012	0,000	0,017	0,932	0,111
complacer los deseos	0,119	0,149	0,141	0,985	1	0,991
expresar los sentimientos	0,000	0,311	0,000	0,000	0,846	0,000
actividades compartidas.	0,000	0,039	0,022	0,096	0,037	0,954

Satisfacción de los deseos de la pareja: Por último, los resultados encontrados para esta conducta pusieron de relieve que, aunque el ANOVA revelaba efectos significativos para el estilo de apego (tabla 4.9), las comparaciones posteriores entre los grupos no mostraron diferencias entre ellos ($M=3,90$, $D.T=2,04$ para seguros; $M=3,38$, $D.T=1,92$ para preocupados; $M=3,28$, $D.T=1,92$ para evitativos-temerosos; $M=3,26$, $D.T=1,98$ para evitativos-indiferentes). De las cuatro conductas íntimas medidas, ésta fue la que presentó una

frecuencia menor, en consonancia con las actitudes e intenciones que los cuatro grupos de apego manifestaron con anterioridad.

En definitiva, los datos revelaron que, veinte días después de medir sus actitudes e intenciones, los individuos seguros fueron los que más aspectos íntimos habían descubierto a la pareja, los que más tiempo habían pasado junto a ella y, junto al grupo de preocupados, los que más veces le habían expresado sus sentimientos. Frente a los seguros, los dos grupos de evitativos fueron los que menos información íntima descubrieron a la pareja y los que, junto a preocupados, menos tiempo compartieron con ella. No hubo diferencias entre los cuatro grupos de apego respecto a las veces que habían actuado para satisfacer los deseos de la pareja.

4.1.4.-- *El estilo de apego en la relación actitud-conducta*

El tercer objetivo de este trabajo era examinar la capacidad predictiva del estilo de apego adulto cuando se incorpora al modelo de la conducta planificada como una variable adicional a las ya existentes. Con este objetivo pretendíamos comprobar la utilidad del apego adulto para predecir conductas íntimas en las relaciones amorosas.

En concreto, nuestro último objetivo fue comprobar si, en el ámbito de las relaciones íntimas, el EAA contribuye tanto a la predicción de la intención, una vez tenidas en cuenta la actitud hacia la conducta, la norma subjetiva y el control conductual percibido, como a la predicción de la conducta futura, una vez tenidos en cuenta el control percibido y la intención conductual. Veamos los resultados encontrados en relación con este tercer objetivo.

Las correlaciones entre las variables predictoras de la TCP y las medidas de apego adulto aparecen en las tablas 4.11. y 4.12. Como puede observarse, las actitudes, la norma subjetiva y el control conductual percibido correlacionaban significativamente con las escalas de apego adulto en ambas conductas amorosas, excepto en el caso de la escala del apego preocupado, escala que no se relacionaba significativamente ni con la actitud, ni con la norma subjetiva ni con el control conductual percibido. presentaba en el caso de la conducta “descubrir información íntima a la pareja”. Tampoco fue significativa la correlación entre la escala del apego evitativo-temeroso y la norma subjetiva aparecieron En esa misma tabla, se observan las correlaciones encontradas entre las tres variables predictoras de la TCP y la intención conductual. Las más altas se dieron entre la intención y la actitud ($r=.742$, $p<.001$ para el descubrimiento de información íntima; $r=.768$, $p<.001$ para compartir el mayor

tiempo con la pareja). También se encontraron correlaciones significativas entre las escalas de apego seguro, evitativo-indiferente y evitativo-temeroso, y la intención conductual en la dirección esperada.

Todas las escalas de apego correlacionaban significativamente con las dos conductas íntimas futuras. Por su parte, la correlación entre intención y conducta futura fue de .418 ($p < .001$) en el caso de los autodescubrimientos y de .37 ($p < .01$) en el caso del tiempo compartido con la pareja.

Predicción de la intención conductual

Tanto para la intención de contar a la pareja aspectos íntimos, como para la intención de llevar a la pareja a todos los sitios, se emplearon análisis de regresión lineal por bloques, en orden a determinar en qué medida las variables de la TCP (actitud hacia la conducta, norma subjetiva y control conductual percibido) y las medidas de apego adulto contribuían a la predicción de la intención conductual.

En cada análisis se incluyeron, en el bloque 1 de la ecuación de regresión, las medidas de actitud, norma subjetiva y control conductual percibido, tal y como sugiere la TCP, mientras que las medidas de apego adulto se incluyeron en el bloque 2. Este procedimiento permitía considerar los efectos de las medidas de apego sobre la intención conductual después de controlar los predictores de la TCP.

Los resultados encontrados para ambas conductas aparecen en las tablas 4.13. y 4.14. Como se observa en ambas tablas, cuando las variables estándar del modelo se incluían en la ecuación (bloque 1), la actitud y el control conductual aparecían como predictores significativos tanto de la intención de autodescubrirse a la pareja como de la intención de compartir el máximo tiempo junto a ella. En ambas conductas íntimas, la actitud fue la variable que más contribuyó a explicar la intención conductual ($\beta = .644$, $p < .001$ para la intención de descubrir información íntima; $\beta = .639$, $p < .001$ para la intención de llevar a la pareja a todos los sitios), seguida del control conductual percibido ($\beta = .199$, $p < .001$; $\beta = .255$,

Tabla 4.11. Correlaciones entre las variables de la TCP y el apego adulto. Conducta: contar aspectos íntimos

		ACTITUD	NORMA	CONTROL	INTENC.	C.FUT.	SEGURO	EV.IND.	PREOC.	EV.TEM.
ACTITUD	Correlación	1,000	,237	,421	,742	,397	,256	-,244	-,016	-,346
	Sig. (bilateral)	,	,000	,000	,000	,000	,000	,000	,710	,000
NORMA	Correlación	,237	1,000	,233	,258	,153	,163	-,113	-,072	-,086
	Sig. (bilateral)	,000	,	,000	,000	,000	,000	,008	,095	,045
CONTROL	Correlación	,421	,233	1,000	,487	,390	,277	-,204	-,067	-,368
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,	,000	,000	,000	,000	,120	,000
INTENCIÓN	Correlación	,742	,258	,487	1,000	,418	,261	-,277	-,043	-,350
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,	,000	,000	,000	,317	,000
C.FUTURA	Correlación	,397	,153	,390	,418	1,000	,246	-,219	-,145	-,300
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,000	,	,000	,000	,001	,000
SEGURO	Correlación	,256	,163	,277	,261	,246	1,000	-,239	-,183	-,511
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,000	,000	,	,000	,000	,000
EVITATIVO INDIFERENTE	Correlación	-,244	-,113	-,204	-,277	-,219	-,239	1,000	-,125	,169
	Sig. (bilateral)	,000	,008	,000	,000	,000	,000	,	,003	,000
PREOCUPADO	Correlación	-,016	-,072	-,067	-,043	-,145	-,183	-,125	1,000	,137
	Sig. (bilateral)	,710	,095	,120	,317	,001	,000	,003	,	,001
EVITATIVO TEMEROSO	Correlación	-,346	-,086	-,368	-,350	-,300	-,511	,169	,137	1,000
	Sig. (bilateral)	,000	,045	,000	,000	,000	,000	,000	,001	,

Tabla 4.12. Correlaciones entre las variables de la TCP y el apego adulto. Conducta: llevar a la pareja a todos los sitios

		ACTITUD	NORMA	CONTROL	INTENC	C.FUT	SEGURO	EV.IND	PREOC	EV.TEM
ACTITUD	Correlación	1,000	,417	,324	,748	,378	,249	-,345	,055	-,272
	Sig. (bilateral)		,000	,000	,000	,000	,000	,000	,203	,000
NORMA	Correlación	,417	1,000	,357	,413	,262	,173	-,181	-,093	-,169
	Sig. (bilateral)	,000		,000	,000	,000	,000	,000	,031	,000
CONTROL	Correlación	,324	,357	1,000	,481	,209	,182	-,115	-,069	-,177
	Sig. (bilateral)	,000	,000		,000	,000	,000	,007	,111	,000
INTENCIÓN	Correlación	,748	,413	,481	1,000	,377	,244	-,323	,017	-,270
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000		,000	,000	,000	,693	,000
CONDUCTA FUTURA	Correlación	,378	,262	,209	,377	1,000	,179	-,220	-,111	-,164
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,000		,000	,000	,010	,000
SEGURO	Correlación	,249	,173	,182	,244	,179	1,000	-,239	-,183	-,511
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,000	,000		,000	,000	,000
EVITATIVO INDIFERENTE	Correlación	-,345	-,181	-,115	-,323	-,220	-,239	1,000	-,125	,169
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,007	,000	,000	,000		,003	,000
PREOCUPADO	Correlación	,055	-,093	-,069	,017	-,111	-,183	-,125	1,000	,137
	Sig. (bilateral)	,203	,031	,111	,693	,010	,000	,003		,001
EVITATIVO TEMEROSO	Correlación	-,272	-,169	-,177	-,270	-,164	-,511	,169	,137	1,000
	Sig. (bilateral)	,000	,000	,000	,000	,000	,000	,000	,001	

p<001, respectivamente). La norma subjetiva presentó los efectos más débiles sobre la intención de descubrir información íntima a la pareja ($\beta=.058$, $p<.05$) y no tuvo efectos sobre la intención de pasar la mayor parte del tiempo junto a la pareja ($\beta=.054$, ns), aunque en el primer caso, su contribución a la predicción de la intención fue significativa.

Tabla 4.13.: Resultados del análisis de regresión por bloques de la intención de contar aspectos íntimos sobre las variables de la TCP y el estilo de apego adulto

Paso	Predictor	β	Sig.
1	Actitud	0,644	0,000
	Norma subjetiva	0,058	0,044
	Control conductual percibido	0,199	0,000
2	Actitud	0,619	0,000
	Norma subjetiva	0,056	0,054
	Control conductual percibido	0,176	0,000
	Seguro	0,000	0,87
	Evitativo - Indiferente	-0,078	0,009
	Preocupado	-0,022	0,445
	Evitativo - Temeroso	-0,052	0,128

En el caso de la intención de descubrir aspectos íntimos a la pareja, la TCP explicaba cerca de un 60% de la varianza de intención ($R^2=.591$), mientras que en el caso de la intención de llevar a la pareja a todos los sitios, las tres variables del modelo explicaban el 62% de la intención conductual ($R^2=.623$).

Tabla 4.14.: Resultados del análisis de regresión por bloques de la intención de llevar a la pareja a todos los sitios sobre las variables de la TCP y el estilo de apego adulto.

Paso	Predictor	β	Sig.
1	Actitud	0,639	0,000
	Norma subjetiva	0,054	0,074
	Control conductual percibido	0,255	0,000
2	Actitud	0,609	0,000
	Norma subjetiva	0,049	0,104
	Control conductual percibido	0,252	0,000
	Seguro	0,000	0,996
	Evitativo - Indiferente	-0,066	0,022
	Preocupado	0,000	0,945
	Evitativo - Temeroso	-0.039	0,21

Las tablas 4.13 y 4.14 muestran los resultados encontrados cuando las medidas de apego adulto fueron incluidas en la ecuación de regresión (bloque 2). Como puede observarse y, en contra de lo esperado, no hubo cambios significativos en el porcentaje de varianza explicada de la intención conductual cuando se incluyeron las cuatro medidas de apego en las dos conductas íntimas ($R^2=.599$ para la intención de autodescubrirse; $R^2=.629$ para la intención de llevar a la pareja a todos los sitios). Es decir, después de controlar los efectos de la actitud, la norma subjetiva y el control percibido sobre la intención conductual, la incorporación de las medidas de apego no contribuyeron a una mejora significativa de la predicción de la intención.

No obstante, cabría señalar que la escala del apego indiferente presentaba valores de beta significativos. En concreto, esta escala contribuía levemente a la predicción de la intención de descubrir información íntima a la pareja ($\beta=-.078$, $p<.01$) y a la predicción de

la intención de llevarla a todos los sitios ($\beta = -.066$, $p < .05$). Es decir, puntuaciones altas en la escala del apego indiferente se asociaban con una menor intención de descubrir información íntima y con una menor intención de estar siempre cerca de la pareja. En cualquier caso, estos resultados deberían ser interpretados con cautela, puesto que la incorporación en la ecuación de regresión de las cuatro medidas de apego no producía un incremento significativo en la cantidad de varianza explicada de la intención.

Predicción de la conducta

Para predecir las dos conductas íntimas, se realizaron sendos análisis de regresión lineal por bloques (uno para la información conductual sobre la frecuencia de autodescubrimientos a la pareja y otro para la frecuencia con la que se había llevado a la pareja a todas partes).

Tabla 4.15.: Resultados del análisis de regresión por bloques de la conducta "contar aspectos íntimos a la pareja" sobre la intención, el control conductual percibido y el estilo de apego adulto.

Paso	Predictor	β	Sig.
1	Intención	0,303	0,000
	Control conductual percibido	0,257	0,000
2	Intención	0,252	0,000
	Control conductual percibido	0,19	0,000
	Seguro	0,046	0,311
	Evitativo - Indiferente	-0,1	0,014
	Preocupado	-0,113	0,004
	Evitativo - Temeroso	-0,087	0,059

De acuerdo con la TCP, la conducta futura puede ser predicha desde la intención conductual y el control conductual percibido. En el bloque 1, por tanto, se incluyeron ambas variables predictoras. En el bloque 2, se incluyeron las medidas de apego adulto, con el fin

de establecer si estas variables tenían una influencia directa sobre la conducta, una vez controlados los dos predictores de la TCP. Las tablas 4.15 y 4.16 presentan los resultados encontrados en los análisis de regresión por bloques.

Tabla 4.16.: Resultados del análisis de regresión por bloques de la conducta "llevar a la pareja a todos los sitios" sobre la intención, el control conductual percibido y el estilo de apego adulto.

Paso	Predictor	β	Sig.
1	Intención	0,352	0,000
	Control conductual percibido	0,041	0,372
2	Intención	0,307	0,000
	Control conductual percibido	0,03	0,508
	Seguro	0,043	0,369
	Evitativo - Indiferente	-0,12	0,006
	Preocupado	-0,118	0,004
	Evitativo - Temeroso	0,015	0,744

Como puede observarse en el caso de la conducta "descubrir aspectos íntimos a la pareja", la intención y el control conductual percibido aparecen como predictores significativos de la conducta futura ($\beta=.303$, $p<.001$; $\beta=.237$, $p<.001$, respectivamente), en consonancia con la TCP. Intención y control explicaban un 21% de la varianza de la conducta futura ($R^2=.218$).

Cuando las medidas de apego adulto se incluyeron en la ecuación de regresión (bloque 2), la cantidad de varianza explicada de la conducta futura experimentó un incremento ($R^2=.254$). Las medidas de apego adulto explicaban un 3% más de la varianza de la conducta amorosa. Es decir, como se esperaba, se produjo una mejora en la predicción de la conducta futura al incluir las medidas de apego adulto, una vez controlados los efectos de la intención y el control conductual percibido.

Además, los valores de beta mostraron que algunas escalas de apego presentaban efectos significativos sobre la conducta futura, en concreto la escala de apego evitativo-indiferente ($\beta = -.100$, $p < .05$) y la escala de apego preocupado ($\beta = -.113$, $p < .01$). No se encontraron efectos independientes sobre la conducta ni en el caso de la escala de apego seguro ($\beta = .046$, ns) ni en el caso de la escala de apego evitativo-temeroso ($\beta = -.087$, ns).

Todos estos resultados revelarían que la frecuencia con la que se descubre información íntima a la pareja se relaciona con una mayor intención de hacerlo, con una mayor percepción de control sobre la conducta y con bajas puntuaciones en las escalas de apego indiferente y preocupado.

Respecto a la frecuencia con la que se llevaba a la pareja a todos los sitios, los resultados mostraron nuevamente efectos significativos de la intención conductual ($\beta = .352$, $p < .001$) sobre la conducta futura. Sin embargo, el control conductual percibido no aparecía en esta ocasión como un predictor significativo (ver tabla 4.16). Intención y CCP explicaban un 14% de la varianza de la conducta futura ($R^2 = .139$). Si tenemos en cuenta el coeficiente de regresión obtenido para la conducta anterior, la TCP se mostró como un predictor moderado de la conducta amorosa.

Al añadir las medidas del apego adulto a la ecuación de regresión (bloque 2), los resultados mostraron una mejora en la capacidad predictiva del modelo ($R^2 = .170$). Concretamente, se produjo un incremento de un 3% en la cantidad de varianza explicada de la conducta, por encima de lo explicado por la TCP. De nuevo, dos escalas de apego mostraron efectos significativos sobre la conducta íntima, la escala de apego evitativo-indiferente ($\beta = -.120$, $p < .01$) y la escala del apego preocupado ($\beta = -.118$, $p < .01$).

Los resultados revelaron, en este caso, que la frecuencia con la que se llevaba a la pareja a todos sitios se relacionaba con una mayor intención de hacerlo y con bajas puntuaciones en las escalas de apego indiferente y preocupado.

4.2.- DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

1.- Evaluación de la relación según el estilo de apego

El primer objetivo que perseguíamos en este trabajo, era comprobar si tener un apego

seguro se asociaba con una evaluación más positiva de las relaciones amorosas que tener un apego inseguro. Nosotros esperábamos encontrar, de acuerdo con las dos primeras hipótesis, que los individuos seguros en el apego percibirían mayor calidad y mejor funcionamiento de sus relaciones románticas que los inseguros, explorando para ello características de las relaciones tales como la satisfacción, la estabilidad, el compromiso y la intimidad.

Los resultados encontrados en relación con este primer objetivo, apoyaron ampliamente nuestras hipótesis. Tener un estilo de apego seguro se asociaba con una evaluación general positiva de la relación amorosa, mientras que tener un estilo de apego inseguro se asociaba con una evaluación de la relación más negativa. Estos hallazgos son consistentes con los encontrados en otros estudios sobre apego adulto (Collins y Read, 1990; Feeney y Noller, 1990; Feeney, Noller y Callan, 1994; Hazan y Shaver, 1987, 1990; Keelan, Dion y Dion, 1994; Kirkpatrick y Davis, 1994; Kirkpatrick y Hazan, 1994; Knobloch et al., 2001; Levy y Davis, 1988; Senchak y Leonard, 1992; Simpson, 1990).

Si realizamos un análisis más detallado de cada variable explorada, se observa que los individuos que se describían como seguros en el apego presentaban los niveles más altos de satisfacción en sus relaciones románticas, percibían la mayor estabilidad, se sentían más comprometidos en ellas y experimentaban los mayores niveles de intimidad con su pareja. Además, presentaban las relaciones más duraderas y mostraban menos rupturas en su historia de relaciones pasadas. Frente a los seguros, y como se esperaba, los tres estilos inseguros se sentían menos satisfechos con su relación de pareja y percibían un menor grado de intimidad, estabilidad y compromiso.

Todos estos resultados corroboran los encontrados en otros estudios sobre el papel jugado por el estilo de apego adulto en la calidad de las relaciones románticas. De manera general, los adultos seguros tienden a estar más satisfechos que los inseguros en sus relaciones, y exhiben mayores índices de compromiso, estabilidad, confianza e interdependencia (Feeney, Noller y Callan, 1994; Keelan, Dion y Dion, 1994; Moshenko, 1998; Senchak y Leonard, 1992), aunque cabe señalar que estos resultados han estado moderados, en algunas ocasiones, por el género (ver Collins y Read, 1990; Kirkpatrick y Davis, 1994). Se han encontrado claras diferencias entre hombres y mujeres en la calidad percibida en la relación según el estilo de apego. Estos datos indican la necesidad de considerar el rol de género para entender mejor la incidencia del estilo de apego en la calidad

de las relaciones. Nosotros no hemos examinado si el género juega un papel moderador en esta relación, por lo que esta hipótesis permanece como una cuestión importante a examinar en trabajos posteriores.

Respecto a la segunda hipótesis, los resultados confirmaron parcialmente nuestras expectativas. Por una parte, y como se esperaba, dentro del grupo de los inseguros se encontraron diferencias significativas en algunas de las características de las relaciones estudiadas. Así, por ejemplo, los individuos preocupados se sentían significativamente más satisfechos con su relación de pareja que los evitativos-indiferentes, aunque no con respecto a los evitativos-temerosos, y también percibían un mayor grado de compromiso e intimidad en su relación que los dos estilos evitativos. Por tanto, entre los inseguros, el estilo evitativo (indiferente y temeroso) se vinculaba con los niveles más bajos de compromiso, intimidad y satisfacción en la relación. Estos resultados están en consonancia con los encontrados en otros trabajos, donde se ha puesto de relieve que, frente a otros estilos inseguros, el estilo preocupado presentaba los índices más altos en algunas características de las relaciones e, incluso, en aspectos tales como la intimidad percibida, variable en la que presentaban las mayores puntuaciones, en algunos casos por encima de los individuos seguros (Feeney y Noller, 1991; Mikulincer y Nachshon, 1991; Tidwell et al., 1996). Este hallazgo se ha interpretado como un índice más que refleja los extremos deseos de cercanía y unión de este tipo de personas. En nuestro caso, sin embargo, el estilo seguro fue el grupo que más intimidad percibía en su relación.

Por otra parte, al contrario de lo que se esperaba, no aparecieron diferencias entre los tres estilos inseguros respecto a la estabilidad percibida. Las puntuaciones más bajas, (aunque no fueron estadísticamente significativas respecto a los temerosos), se dieron entre los indiferentes, y no entre los preocupados como se había predicho. Cabe señalar, no obstante, que frente a los evitativos, los individuos seguros y los preocupados presentaban las relaciones actuales más duraderas y, frente a los evitativos-indiferentes, informaban haber tenido menor número de relaciones en el pasado. Es decir, pese a mostrar, junto a los seguros, menos rupturas en sus relaciones pasadas y relaciones presentes más duraderas, los individuos preocupados percibían una mayor inestabilidad que los seguros en su relación.

Todos estos resultados parecen confirmar los esquemas cognitivos que la teoría predice para cada patrón. El estilo seguro se caracteriza por sentirse cómodo con la cercanía e intimidad afectiva, por su tendencia a confiar en los demás cuando los necesita, y por una

percepción sobre sí mismo de ser una persona amada y valorada. Este esquema parece dar lugar a relaciones más íntimas, estables y satisfactorias, como se ha puesto de relieve a la vista de nuestros resultados.

El estilo preocupado (o ansioso/ambivalente) se caracteriza por tener un fuerte deseo de mantener relaciones íntimas, pero también por su excesiva preocupación por ser abandonado y por la ausencia de una reciprocidad en los sentimientos. Estas características hacen que éste sea el estilo de apego que presenta más variabilidad en sus emociones, más conflicto en sus relaciones y más experiencias de celos. Pero también se ha encontrado que presentan relaciones tan estables y duraderas como las de los seguros (Kirkpatrick y Davis, 1994). Desde el punto de vista de estos autores, sus deseos de cercanía y dependencia, junto con su baja autoestima (que les lleva a creer que tienen pocas posibilidades de atraer a los demás), podrían dar lugar a que este sea el grupo de apego que realice un mayor esfuerzo por mantener las relaciones.

En nuestro caso, esta suposición parece confirmarse. Los individuos preocupados presentaban relaciones tan duraderas como las de los seguros, a pesar de sentirse menos satisfechos con su relación y percibir un menor compromiso y estabilidad. De su percepción más negativa, cabría esperar relaciones menos duraderas que en el caso de los seguros. Sin embargo, los resultados encontrados son contrarios a esta expectativa, y podrían confirmar la hipótesis de que los individuos preocupados se esfuerzan más para mantener la relación, por su necesidad o dependencia afectiva y por su esquema de sí mismos negativo. Las personas con un estilo de apego preocupado parecen tener relaciones tan estables o duraderas como las de los seguros, aunque no tan satisfactorias.

Estos resultados son consistentes con los encontrados en la literatura sobre satisfacción y estabilidad en las relaciones. Se ha observado una falta de correspondencia entre estabilidad y grado de satisfacción, de manera que ni todas las relaciones estables son satisfactorias, ni todas las insatisfactorias acaban en ruptura (p. ej., Rands, Levinger y Mellinger, 1981). Quizá un estilo de apego preocupado pueda ser la explicación de por qué algunas relaciones insatisfactorias se mantienen durante largo tiempo.

Los datos encontrados para los individuos evitativos, también están en consonancia con la teoría del apego (Bowlby, 1969, 1973, 1980). De acuerdo con esta teoría, este estilo

se caracteriza, fundamentalmente, por su evitación de la intimidad. No se sienten cómodos en relaciones afectivas demasiado cercanas, y no suele preocuparles si serán aceptados o rechazados por los demás. El estilo evitativo se origina cuando los esfuerzos realizados en el pasado para lograr la cercanía con la figura de apego han sido inútiles. Si esta situación se ha repetido con frecuencia en el pasado, el individuo internalizará un esquema prototípico de las relaciones que le llevará a realizar un ajuste defensivo. Tal ajuste conlleva tanto la supresión de pensamientos y/o sentimientos dolorosos, como el desarrollo de estrategias conductuales destinadas a mantener la distancia interpersonal, tales como la evitación de la intimidad. Como señalan Cassidy y Kobak (1988), la evitación es más un proceso defensivo diseñado para mantener una distancia segura emocional que un proceso dirigido a eliminar cualquier tipo de contacto social.

No es sorprendente, por tanto, que en el presente trabajo los evitativos, que parecen preferir evitar la intimidad y mantener la distancia emocional en sus relaciones, sean los que encuentren sus relaciones menos satisfactorias, íntimas y estables, y los que se sientan menos comprometidos en ellas. Además, si en sus relaciones evitan vincularse emocionalmente y se sienten menos satisfechos con ellas, es lógico que experimenten más rupturas y relaciones menos duraderas que otros grupos de apego. También es posible que presenten una historia de rupturas mayor que otros grupos de apego con el fin de evitar establecer relaciones afectivas más estrechas. Algunos estudios han encontrado que, entre los evitativos, el estilo temeroso es el que menos se implica en relaciones firmes de pareja (Collins, 1996). En nuestro caso, empleando la medida de los cuatro grupos de Bartholomew (1990; Bartholomew y Horowitz, 1991), no se encontraron diferencias significativas entre los dos estilos evitativos ni en *duración de la relación*, ni en *historia de relaciones pasadas*. No obstante, cabe resaltar que el estilo temeroso presentó la duración media más baja, y que el estilo indiferente presentó el mayor número de relaciones pasadas.

En definitiva, los resultados obtenidos en relación con este primer objetivo, confirman las hipótesis planteadas al respecto, corroborando los resultados de muchos trabajos que muestran de manera consistente que el estilo de apego funciona como un predictor importante de la naturaleza y calidad de las relaciones adultas románticas.

2.- *Diferencias según el estilo de apego en actitudes, intención y conducta en las relaciones amorosas*

El segundo objetivo que perseguíamos en esta investigación, era comprobar si los esquemas cognitivos sobre uno mismo y los demás en las relaciones interpersonales (*internal working models*) dirigen al individuo hacia determinadas actitudes, intenciones y conductas íntimas en las relaciones amorosas.

De forma general, los resultados encontrados en relación con este segundo objetivo confirmaron ampliamente nuestras predicciones respecto a cada estilo de apego adulto.

Así, como se esperaba, frente al estilo evitativo, los individuos seguros y los preocupados presentaban las actitudes más positivas hacia el descubrimiento de información íntima a la pareja, se mostraban más dispuestos a desvelar información personal en el futuro y manifestaban haber realizado esta conducta con mayor frecuencia que los demás grupos de apego durante las tres semanas anteriores. Igualmente, comparados con los evitativos, ambos presentaban las actitudes más positivas hacia la expresión de sus sentimientos a la pareja, una mayor intención de hacerlo y una mayor frecuencia conductual.

También, y en consonancia con nuestras predicciones, los individuos seguros y los preocupados presentaban actitudes más positivas que los evitativos hacia compartir el mayor tiempo posible junto a su pareja (*cercanía/proximidad*), indicando también una mayor disposición a estar cerca de su pareja en las semanas siguientes. Sin embargo, frente a los tres estilos inseguros, los individuos con un estilo seguro de apego fueron quienes, con mayor frecuencia, realizaron la conducta veinte días después.

Por último, los estilos preocupado y seguro presentaban las actitudes más positivas hacia, y la mayor intención de, satisfacer los deseos de la pareja (*calidez/sensibilidad hacia el otro*). Aunque ambos estilos mostraban diferencias significativas respecto a los evitativos en sus actitudes e intenciones, no hubo diferencias entre los cuatro grupos de apego en la medida conductual. Cabría señalar, además, que para esta conducta se encontraron las puntuaciones más bajas (tanto en actitud, como en intención y conducta) en los cuatro grupos de apego.

Nosotros esperábamos que las actitudes del estilo preocupado hacia satisfacer los deseos de la pareja fueran las más positivas y que se comportaran con mayor frecuencia que los demás grupos de apego en esta dirección. El estilo preocupado se caracteriza,

principalmente, por su extremo deseo de intimidad y por su excesivo temor a ser rechazado en sus relaciones interpersonales. Este miedo al rechazo puede dar lugar, como algunos estudios han mostrado (Pistole, 1989), a una tendencia a complacer, en mayor medida que otros estilos, los deseos de la pareja. Al contrario, los resultados de este estudio han puesto de manifiesto que los individuos preocupados se diferencian de los evitativos en sus actitudes e intención hacia esta conducta, pero no de los individuos seguros.

Desde nuestro punto de vista, que el grupo de apego seguro presente actitudes tan positivas como los preocupados (e igual disposición) hacia complacer a la pareja, podría estar reflejando el esquema positivo que tienen los primeros sobre los demás en las relaciones. Esta visión positiva incluye una percepción de los demás como personas en las que se puede confiar, y disponibles cuando se les necesita. De acuerdo con estas expectativas, es posible que estos individuos sean más sensibles a las necesidades de los demás, y piensen que ellos deben, equitativamente, responder también a los deseos de su pareja. Es decir, preocupados y seguros muestran actitudes similares, pero por diferentes motivos.

Respecto a las actitudes, intenciones y conductas íntimas de los individuos evitativos, los resultados apoyaron ampliamente nuestras hipótesis. Tanto los evitativos-indiferentes como los evitativos-temerosos presentaban las actitudes más negativas hacia todas las conductas íntimas medidas, manifestaban estar menos dispuestos a comportarse en el futuro de manera íntima en su relación, y presentaban una menor frecuencia conductual en todos los casos. Además, globalmente cabría destacar que, de los tres grupos de apego inseguro, las puntuaciones más bajas (en unos casos significativas y en otros sin alcanzar el nivel de significación estándar) en la mayoría de las medidas actitudinales y conductuales, las presentó el estilo evitativo-indiferente, excepto en el caso de la actitud e intención de descubrir información íntima, en el que el estilo evitativo-temeroso presentó puntuaciones significativamente más bajas que los demás grupos. Esta fue una de las pocas ocasiones en las que se observaron diferencias significativas entre los dos estilos evitativos (además de en el caso de la intención de llevar a la pareja a todos los sitios). El estilo evitativo-indiferente presentó, comparado con el estilo temeroso, una menor intención de estar a menudo cerca de la pareja.

Todos estos hallazgos son consistentes con los datos encontrados en la literatura sobre apego adulto. Por un lado, el estilo de apego adulto ha sido claramente vinculado con modelos de autodescubrimiento en las relaciones (Briggs, 2001; Keelan et al., 1998;

Mikulincer y Nachshon; 1991; Pistole, 1993). Por ejemplo, Mikulincer y Nachshon (1991) encontraron que los individuos seguros y los preocupados se mostraban más dispuestos a autodescubrirse en una variedad de conversaciones con la pareja que los evitativos, y que estos últimos, además de ser los que menos descubrimientos hacían, también eran los que mostraban las actitudes más negativas hacia el descubrimiento de información personal por parte de la pareja (ver también Feeney y Noller, 1991).

Por su parte, Pistole (1989) encontró que el estilo de apego seguro empleaba, en general, estrategias de comunicación ante situaciones conflictivas con la pareja más constructivas que los otros estilos, lo que desembocaba en una mejor resolución de los problemas de pareja.

Otros estudios empleando la medida de los cuatro grupos de apego, han puesto de relieve que los individuos seguros y los preocupados están más dispuestos y descubren más información acerca de su personalidad y su cuerpo que los individuos indiferentes y los temerosos (Briggs, 2001) y que los seguros muestran actitudes más positivas y una mayor tendencia a hablar con la pareja de temas relacionados con la sexualidad que los ansiosos/ambivalentes y los evitativos (Feeney et al., 1999).

De los estudios que han analizado la relación entre comunicación y apego, se podría concluir que los seguros y los preocupados se comunican más con la pareja que los evitativos, aunque la manera de comunicarse de los seguros es la más eficaz. Nuestros resultados corroboran los encontrados en la literatura al respecto, y ponen de manifiesto que los individuos seguros y los preocupados, no sólo presentan actitudes más positivas que los evitativos hacia la comunicación con su pareja, sino que también desvelan más información íntima y expresan más sus sentimientos cotidianamente.

Dado que el estilo de apego se ha vinculado con los modelos de autodescubrimiento de información y también con el grado de satisfacción en las relaciones, algunos autores sugirieron la posibilidad de que la relación entre estilo de apego y satisfacción estuviera moderada por el estilo de comunicación (Kobak y Hazan, 1991; Senchak y Leonard, 1992), hipótesis que ha sido confirmada por algunos trabajos (p. ej. Feeney, 1994).

En general, parece que el estilo de apego y los modelos de comunicación son

dimensiones centrales que contribuyen conjuntamente a la satisfacción y la estabilidad de las relaciones de pareja (Fitzpatrick y Sollie, 1999; Keelan, Dion y Dion, 1998). Incluso algunos autores añaden que aquellos descubrimientos de información personal que implican emociones y sentimientos, parecen generar una mayor percepción de intimidad que otro tipo de información personal (Laurenceau, Barret y Pietromonaco, 1998; Reis y Shaver, 1988; Reis y Patrick, 1996).

Los datos encontrados en este estudio parecen confirmar estas relaciones. Los individuos seguros eran los que más satisfechos se mostraban con su relación, los que percibían mayor estabilidad e intimidad y los que más información personal y sentimientos comunicaban a la pareja. Es posible que la relación aquí encontrada entre seguridad en el apego y calidad de la relación se explique, en parte, por esa mayor tendencia de los seguros a comunicarse con la pareja, aunque en este trabajo no se ha puesto a prueba esta hipótesis.

Finalmente, nuestros datos también pusieron de manifiesto que los seguros y los preocupados presentaban actitudes más positivas y una mayor disposición hacia compartir más tiempo con la pareja que los evitativos, resultados que corroboran los encontrados en otros estudios (p. ej., Tidwell et al., 1996). De nuevo, los individuos evitativos mostraban las actitudes más negativas ante conductas que podrían incrementar la cercanía en las relaciones.

Esta estrategia conductual evitativa ha sido puesta de manifiesto por distintos trabajos en situaciones diferentes. Por ejemplo, se ha encontrado que este estilo de apego se distancia de la pareja ante situaciones de ansiedad provocada que requieren confianza y apoyo emocional (Simpson, Rholes y Nelligan, 1992). También se ha encontrado que los hombres evitativos son menos cálidos y más distantes que los seguros ante una discusión de pareja (Simpson, Rholes y Phillips, 1996), y que reaccionan con enfado y hostilidad ante las demandas de interdependencia de la pareja en situaciones dolorosas (Rholes et al., 1999). Algunos trabajos, incluso, han estudiado el tipo de interacción social cotidiana que presenta cada estilo de apego, encontrando que los evitativos participan en menos actividades sociales, mantienen la distancia afectiva y se divierten menos que otros estilos (Bartholomew y Horowitz, 1991; Hazan y Shaver, 1987; Tidwell, Reis y Shaver, 1996). Como la teoría del apego predice, los evitativos parecen tener como meta mantener el control y la autonomía en sus relaciones más cercanas.

Como se desprende de los resultados de distintas investigaciones, existen varios índices que reflejan la tendencia de los evitativos a escapar de la intimidad: (1) se implican menos en relaciones románticas estables; (2) dedican menos tiempo a interactuar con los demás (pareja o amigos) y (3) son menos descubridores de información íntima o personal. Los dos últimos índices parecen ser factores que disminuyen la probabilidad de estrechar los lazos afectivos o de incrementar el nivel de intimidad (Hays, 1984; Berscheid et al., 1989; Reis y Patrick, 1996). Todos estos índices han aparecido claramente entre los individuos evitativos de este trabajo.

En definitiva, los jóvenes con estilos seguro y preocupado en el apego, presentan las actitudes más positivas hacia la dependencia y la intimidad (y conductas más íntimas), congruente con sus esquemas positivos sobre los demás, mientras que los jóvenes con estilos de apego evitativo, presentan las actitudes más negativas hacia la dependencia e intimidad (y conductas más evitativas), congruente con sus esquemas negativos sobre los demás.

3.- Incidencia del estilo de apego en la relación actitud-conducta

Para finalizar, un último propósito de esta investigación era examinar la capacidad predictiva del estilo de apego adulto sobre la conducta íntima desde el modelo de la conducta planificada. Los resultados encontrados en relación con esta cuestión, pusieron de manifiesto que las medidas de apego adulto mejoraban la proporción de varianza explicada por las variables de la TCP sobre la conducta íntima futura, pero no mejoraban significativamente la predicción de la intención conductual.

Sin incluir las medidas de apego, las variables predictoras de la TCP explicaban una alta proporción de la varianza de la intención conductual. Específicamente, los datos revelaron que la actitud, la norma subjetiva y el control percibido explicaban un 60% de la varianza de la intención de descubrir información íntima a la pareja y un 63% de la varianza de la intención de llevar a la pareja a todos los sitios. Estos resultados están en consonancia con los reseñados en las investigaciones sobre la teoría (p. ej., Godin y Kok, 1996; Sutton, 1998) donde se señala que este modelo explica, por término medio, entre el 40 y el 50% de la varianza de la intención.

Por otra parte, el predictor más fuerte de la intención en ambas conductas fue la

actitud, mientras que la presión normativa reflejó los efectos más débiles. De acuerdo con Ajzen (1991), la importancia que tenga cada uno de los componentes de la TCP a la hora de predecir la intención, dependerá de la situación y del tipo de conducta estudiada. Parece que determinadas conductas están más bajo control actitudinal, mientras que otras están más bajo control normativo (p. ej. Trafimow y Fishbein, 1995); así, los efectos de las normas serán mayores en conductas que son más visibles y, por consiguiente, abiertas a una mayor evaluación social. Dada la naturaleza privada de las conductas de este estudio, era previsible que la intención estuviera menos influida por factores normativos que otro tipo de conductas más públicas.

En la formación de la intención de descubrir información íntima a la pareja y de pasar el mayor tiempo con ella, el control conductual percibido también se mostró como un predictor importante. Aquellos individuos que percibían un mayor control sobre ambas conductas mostraban una mayor intención de realizarlas, aunque la percepción de control estaba más fuertemente asociada con la intención de compartir más tiempo con la pareja que con la intención de autodescubrirse.

En el caso de la predicción de la conducta futura, el CCP funcionó como un predictor de la frecuencia con la que se había descubierto información íntima a la pareja, pero no de la frecuencia con la que se había llevado a la pareja a todos los sitios. Estos resultados podrían ser esperables, dada la distinta naturaleza de ambas conductas y también serían consistentes con lo propuesto por la TCP. Así, para que el control se relacione con la conducta futura, es necesario que se produzca una percepción de control exacta que coincida con el control real (Ajzen, 1988, 1991). Obviamente, esta exactitud en la percepción de control es más probable en el caso de los autodescubrimientos que en el caso de llevar a la pareja a todos los sitios. Esta última conducta requiere una mayor disponibilidad y cooperación por parte de otros (en este caso de la pareja) que la primera y, por tanto, las variables de control serían menos apropiadas para predecirla. Es decir, una alta percepción de control sobre esta conducta no dirige necesariamente a su realización.

Cuando se incorporaron las cuatro medidas de apego adulto al modelo y, contrario a lo esperado, no se produjo un incremento significativo en la varianza explicada de la intención en ninguna de las dos conductas interpersonales. Aunque los valores finales de beta mostraban efectos significativos en el caso de la escala del apego indiferente, las cuatro medidas de apego no incrementaron el poder predictivo del modelo sobre la intención. A ello

habría que añadir las correlaciones significativas encontradas entre las variables predictoras de la TCP y las medidas de apego. En concreto, las relaciones más altas se dieron entre las actitudes y las escalas de apego adulto, lo que indicaría que los efectos de las medidas de apego sobre la intención conductual se producirían, básicamente, a través de las actitudes. Una posible explicación se encontraría en el hecho de que el estilo de apego adulto se considera el reflejo de unas creencias, expectativas y sentimientos de las personas hacia ellos mismos y hacia los demás en las relaciones. Por tanto, con la medida actitudinal ya se estaría recogiendo la influencia que tienen estos factores en la formación de la intención.

No obstante, el hecho de que la escala de apego indiferente presentara un efecto independiente sobre la intención en ambas conductas, podría estar sugiriendo que en la intención de realizar conductas dirigidas a incrementar la intimidad en la relación amorosa influiría, además de una actitud positiva y una alta percepción de control sobre la conducta, una baja puntuación en esta escala de apego. Es decir, nuestros resultados podrían estar indicando que esta escala recoge algo más que unas actitudes específicas hacia las relaciones románticas.

Respecto a la predicción de la conducta futura, la intención y el control conductual percibido explicaban el 22% de la frecuencia con la que se había descubierto información íntima a la pareja y el 14% de la frecuencia con la que se había llevado a la pareja a todos los sitios. Aunque relativamente bajos, estos porcentajes están en consonancia con los encontrados en la investigación con la TCP, en la que se muestra que el modelo explica, por término medio, entre el 19 y 38% de la varianza en conducta (Godin y Kok; 1996; Sutton, 1998). No obstante, en un trabajo anterior analizando una conducta interpersonal similar a la aquí estudiada (contar secretos a los amigos/as más cercanos), nuestros datos revelaron que las tres variables del modelo de la conducta planificada explicaban un 76% de la varianza de la intención y que intención y control explicaban cerca de un 41% de la varianza de la conducta futura (Monteoliva, García y Calvo, 2000). Pensamos que la posibilidad de que un número de participantes rompiera su relación durante las tres semanas previas a la recogida de la medida conductual, podría explicar los bajos porcentajes encontrados en este trabajo. En cualquier caso, todos estos resultados parecen indicar que el modelo de la conducta planificada funciona mejor para predecir nuestras intenciones que para predecir nuestra conducta futura.

Cuando se incluyeron las medidas de apego en la ecuación de regresión, los resultados pusieron de manifiesto, tal y como se esperaba, efectos independientes de estas medidas sobre la conducta futura. Estas variables generaron un incremento de un 3% en la predicción de ambas conductas. Además, la incorporación de las variables de apego a la ecuación de regresión atenuó los valores de beta para la intención y para el CCP, aunque no lo suficiente para dejar de ser significativos.


En concreto, las escalas del estilo de apego preocupado y del estilo evitativo-indiferente se mostraron como predictores significativos de las dos conductas íntimas. Así, una baja intención de realizar la conducta, junto con una alta puntuación tanto en la escala del apego preocupado como en la escala del apego indiferente, predecían una menor frecuencia de autodescubrimientos íntimos a la pareja y una menor frecuencia de actividades compartidas con ella.

Además, cabría señalar que, puesto que la cantidad de varianza explicada de la conducta íntima por la TCP era relativamente baja en ambos casos, el incremento del 3% al incorporar las medidas de apego adulto supondría en realidad alrededor de un 15% más sobre lo explicado por la TCP. Si comparamos esta mejora en la predicción conductual con la encontrada en la investigación para variables como la conducta pasada, que incrementa, por término medio, alrededor del 13% o para el propio control conductual percibido, que incrementa, por término medio, alrededor del 1%, (ver Conner y Armitage, 1998), podríamos considerar que las variables de apego mejoran la capacidad predictiva de la TCP sobre la conducta íntima.

En definitiva, nuestros datos ponen de relieve que las actitudes, la norma y el control percibido recogen los efectos de las medidas de apego sobre la intención conductual o, dicho de otra forma, el apego adulto no explica más de la intención de comportarse íntimamente en la relación de lo ya explicado por los componentes del modelo de la conducta planificada. Los resultados están en consonancia con lo propuesto por la TCP (Ajzen, 1985, 1988, 1991) respecto a que los efectos sobre la intención de otras variables adicionales al modelo, deberían estar mediados a través de sus variables predictoras. Sin embargo y contrario a lo propuesto en el modelo, incluir medidas de apego adulto a la TCP parece mejorar la predicción de la conducta íntima futura, una vez han sido tenidas en cuenta la intención y el control conductual percibido.



CAPÍTULO V



CAPÍTULO V
Conclusiones y sugerencias

5.1.- CONCLUSIONES

Este trabajo perseguía, principalmente, comprobar si un nuevo constructo teórico, el estilo de apego adulto, afecta al curso de las relaciones interpersonales cercanas. Para ello, hemos investigado su incidencia en la calidad de las relaciones románticas, así como su capacidad predictiva en la relación entre actitudes y conducta.

Los objetivos del trabajo derivan de los postulados de la teoría del apego, teoría que propone que las diferencias en las expectativas, las creencias, las actitudes y la conducta en las relaciones interpersonales se deben, en gran medida, al estilo de apego adulto, o lo que es igual, a particulares esquemas cognitivos sobre las relaciones que dirigen, no solo los pensamientos, sino los sentimientos y la conducta (Bowlby, 1973; Main, Kaplan y Cassidy, 1985).

Los resultados de nuestro estudio proporcionan un sólido apoyo a la idea de que el estilo de apego adulto es un importante predictor de la naturaleza y calidad de las relaciones adultas amorosas.

Por una parte, este trabajo ha confirmado que los individuos apegados seguramente se diferencian claramente de los individuos apegados de manera insegura en la calidad de sus relaciones íntimas. Esta hipótesis ha sido apoyada por las cuatro variables medidas: satisfacción, intimidad, estabilidad y compromiso. Las mayores diferencias respecto a todas las características estudiadas se han dado entre los individuos seguros y los evitativos, con los preocupados situándose entre ambos grupos.

Por otra parte, este estudio también proporciona suficiente apoyo a la idea de que, por sus diferentes esquemas cognitivos, los estilos de apego están vinculados con distintos modelos de actitudes y conductas interpersonales. Nuestros datos han revelado que existen claras diferencias en las actitudes, en la tendencia a comportarse y en la propia conducta amorosa según el estilo de apego adulto. Como la teoría predice, los individuos evitativos en el apego presentan actitudes más negativas hacia aquellas conductas que puedan llevar a establecer un mayor vínculo afectivo, están menos dispuestos a implicarse en ellas y exhiben, en general, un comportamiento menos íntimo hacia la pareja que los individuos con estilos de apego seguro o preocupado.

Para algunos autores, los efectos del estilo de apego sobre la conducta están

supeditados a las características de la situación, puesto que el sistema de apego se activa únicamente ante situaciones que amenazan los sentimientos de seguridad del individuo (Ainsworth et al., 1978; Simpson et al., 1992). En contra de esta hipótesis, otros autores entienden el estilo de apego como una variable disposicional cuya influencia afecta a la conducta en cualquier situación interpersonal (Collins y Read, 1994; Griffin y Bartholomew, 1994b).

Los resultados encontrados en este estudio parecen apoyar esta última hipótesis. Nuestros datos han puesto de relieve que los distintos estilos de apego presentan diferentes actitudes y se comportan de manera distinta en respuesta a los mismos eventos cotidianos de las relaciones que no amenazan los sentimientos de seguridad, resultados que confirman los reseñados en otros trabajos que han analizado distintas situaciones cotidianas interpersonales (p. ej. Tidwell et al., 1996).

Finalmente, nuestros resultados también han puesto de relieve la incidencia del apego adulto en la relación entre actitud y conducta. Los resultados no solo corroboran su valor predictivo sobre el comportamiento, sino también que este constructo es algo más que unas creencias y actitudes hacia las relaciones. Es decir, que el estilo de apego contribuya a la predicción y explicación de la conducta íntima por encima de variables como las actitudes y la intención conductual, apoyaría hipótesis como las de Collins y Read (1994) quienes, como se recordará, proponen que los esquemas mentales de apego, además de contener unas actitudes y creencias hacia las situaciones interpersonales, incluyen el recuerdo sobre las experiencias pasadas de apego, unas metas y necesidades que guían la respuesta en las situaciones sociales y unos planes de acción para lograr tales metas.

Por otra parte, el hecho de que estas dos medidas de apego se revelaran como predictores de la conducta amorosa futura, independientemente de los efectos de la intención y el control conductual percibido, también sugeriría que el estilo de apego en adultos puede ser una característica personal estable con la que las personas llegan a sus relaciones amorosas y que les lleva a comportarse de una manera prototípica, al margen del tipo de pareja y de la calidad de la relación. A pesar de ello, esta explicación no deja de ser sólo hipotética, ya que sería necesario realizar estudios con carácter longitudinal que permitieran evaluar una misma conducta íntima a través de diferentes relaciones amorosas. No obstante, existen estudios que, a través de la TCP, han observado efectos predictivos independientes del estilo de amor *ludus* sobre la frecuencia con la que se mantienen relaciones sexuales fuera

de la pareja (Drake y McCabe, 2000), una vez tenidos en cuenta el control y la intención. Como ya se comentó en anteriores capítulos, este estilo de amor ha sido asociado con el estilo de apego evitativo en adultos (p. ej. Hazan y Shaver, 1987), lo que apoyaría, en alguna medida, los resultados encontrados en este trabajo.

Lo que sí parece claro es que cuando esta variable se incorpora a un modelo predictivo-explicativo del comportamiento (la teoría de la conducta planificada) que afirma recoger todos los factores que lo explican, se produce cierto incremento en su poder predictivo sobre la conducta interpersonal, una vez tenidos en cuenta todos los componentes del modelo. Como se ha visto en el segundo capítulo de este trabajo, un considerable número de estudios está cuestionando la suficiencia de las TAR/TCP, proponiendo otras variables (conducta pasada, normas morales, autoidentidad, etc.) que parecen tener efectos predictivos sobre la intención y/o la conducta, independientemente de los demás componentes de los modelos. Los resultados de la investigación en este ámbito han llevado a pensar en la necesidad de incorporar, por ejemplo, medidas de conducta pasada en la TCP para incrementar su poder predictivo, al menos en el estudio de conductas ejecutadas con frecuencia en el pasado. En palabras del propio Ajzen (1991), su modelo “está abierto a la incorporación de nuevos predictores si se muestra que explican una parte significativa de la varianza de la intención o de la conducta, después de tener en cuenta las variables del modelo” (p. 199).

La cuestión es si nuestros resultados pudiesen estar apuntando hacia la necesidad de medir el apego adulto en la TCP, al menos cuando se predicen conductas interpersonales íntimas. La incorporación de este constructo podría ser particularmente relevante para predecir y/o explicar un amplio rango de comportamientos interpersonales, junto con las demás variables del modelo.

En definitiva, y como conclusión final, podemos establecer, a raíz de los resultados encontrados, que el estilo de apego contribuye directamente a la calidad de las relaciones amorosas, a la formación de unas actitudes hacia la conducta íntima y a la predisposición a comportarse de una manera determinada en las relaciones. Además, por su incidencia en las actitudes y la conducta interpersonal, parece mejorar, en cierta medida, el poder predictivo de algunos modelos teóricos que predicen y explican la conducta, en este caso la conducta íntima.

A pesar de que la aplicación de la teoría del apego adulto al ámbito de las relaciones

cercanas está aún en sus inicios, son ya muchos los trabajos que han mostrado la incidencia de este constructo en aspectos tales como la percepción y la atribución en las relaciones (Collins, 1996; Man y Hamid, 1998), la atención (Baldwin et al., 1993) y la memoria (Baldwin et al., 1996), el control de las emociones (Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990; Simpson, 1990) o, como en nuestro caso, en las actitudes y la predicción de la conducta interpersonal. Es decir, parece cada vez más clara la incidencia de las representaciones mentales de apego en los procesos cognitivos, afectivos y conductuales en las relaciones, por lo que pensamos que la investigación en el ámbito de las relaciones cercanas debería incluir los procesos de apego para lograr un mayor avance en el conocimiento del funcionamiento interpersonal.

5.2.- SUGERENCIAS

No queremos finalizar este trabajo sin exponer algunas de sus implicaciones en el área de los procesos interpersonales.

En primer lugar, desde nuestros resultados y los de otros estudios, se podría afirmar que tener un apego seguro incrementa la probabilidad de éxito en las relaciones amorosas, mientras que tener un apego inseguro incrementa la probabilidad de insatisfacción y fracaso en ellas.

En este sentido, es conocido cómo la ausencia de intimidad y de fuertes vínculos afectivos entre las personas afecta a su salud tanto física como psicológica. Por ejemplo, tal ausencia ha sido vinculada con problemas de depresión y de soledad (McAdams, 1989; Reis y Franks, 1994), con una mayor probabilidad de desarrollar conductas de riesgo para la salud, como el alcoholismo o las prácticas sexuales inseguras (Brennan y Shaver, 1995) o con un menor apoyo social (Reis, 1990). Dado que los individuos con apego evitativo presentan, en general, las relaciones interpersonales menos íntimas o cercanas y las más insatisfactorias, y parecen ser más propensos a problemas de tipo interpersonal y de salud mental (Bartholomew y Horowitz, 1991; Hazan y Shaver, 1987; Simpson et al., 1992), éste podría ser un grupo de riesgo en el que habría que determinar, de forma más detenida, las consecuencias de su temor a la intimidad, estableciendo mecanismos que posibiliten un cambio en sus esquemas sobre las relaciones (p. ej., en sus creencias y expectativas).

En términos de recomendaciones, nosotros sugeriríamos realizar futuros estudios

dirigidos a evaluar, fundamentalmente en personas con estilos de apego inseguro, las creencias y expectativas asociadas a conductas que incrementan la intimidad dentro de las relaciones interpersonales, con la idea de favorecer un cambio en su percepción negativa de la intimidad y en la valoración de las consecuencias de estrechar los vínculos afectivos en sus relaciones.

Nosotros hemos recogido medidas indirectas de la actitud en este trabajo que, aunque no han sido utilizadas, nos posibilitan la exploración de las creencias y expectativas asociadas a cada estilo de apego adulto en relación con las conductas amorosas en futuros estudios.

En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, muchos de los trabajos que han estudiado el apego en las relaciones románticas emplean medidas que no distinguen entre los dos estilos evitativos. Sin embargo, de acuerdo con Bartholomew (1990; Bartholomew y Horowitz, 1991), sería conveniente distinguir entre dos formas de evitación en el apego, una forma indiferente y otra temerosa. Ambas se asemejan en cuanto a su tendencia a evitar la intimidad emocional, pero difieren en su necesidad de ser aceptados por los demás para poder mantener una alta autoestima. Mientras que los evitativos-indiferentes restan valor a la importancia de tener relaciones cercanas, acentuando la independencia y la excesiva confianza en sí mismos, los temerosos evitan la cercanía en las relaciones por su temor a ser rechazados y por su desconfianza en sí mismos y en los demás. Desde estas premisas, nosotros seleccionamos la medida de apego de Bartholomew para distinguir entre esas dos formas de evitación. Sin embargo, nuestros resultados no han arrojado datos que permitan identificar claras diferencias entre ambos estilos, al menos en las variables analizadas. Es posible que estas diferencias salgan más claramente a la luz cuando se estudien las creencias y expectativas asociadas a cada conducta íntima, lo que apuntaría hacia un posterior objetivo de investigación.

En tercer lugar, un aspecto a considerar es que este es el primer estudio que emplea la teoría de la conducta planificada para predecir conductas amorosas incluyendo como variable adicional el apego adulto. Aunque investigaciones posteriores deberán contrastar nuestros resultados, pensamos que la incorporación de este constructo en modelos que tratan de explicar la conducta interpersonal permitiría mejorar nuestra comprensión sobre cuáles son los factores que predicen nuestro comportamiento en las relaciones cercanas. No obstante, cabe la posibilidad de que la relación encontrada entre las medidas de apego adulto y las medidas de la conducta futura se esté viendo afectada por la influencia de otras variables no

incluidas en el modelo. Nos referimos a variables tales como la autoidentidad, cuyos efectos en la TCP ya se han puesto de manifiesto en distintas ocasiones (Charng, Piliavin y Callero, 1988; Granberg y Holmberg, 1990).

Como se comentó en el capítulo teórico correspondiente, el *yo (self)* se concibe como una colección de identidades reflejando los diferentes roles que desempeñamos en la estructura social (Stryker, 1987). El individuo se identifica con unos valores, actitudes, conductas, creencias y sentimientos específicos hacia él mismo en determinadas situaciones que conforman su identidad personal (Terry, Hogg y White, 1999).

Uno de los roles ejercidos por el individuo sería el que desempeña en sus relaciones más cercanas. En este sentido, el modelo sobre uno mismo descrito en la teoría del apego adulto (Bartholomew, 1990; Bowlby, 1973, 1980; Griffin y Bartholomew, 1994b) representa las expectativas y creencias generales acerca de la propia valía, de manera que el individuo se puede percibir a sí mismo como digno o merecedor de amor y atención, o como indigno de afecto.

Desde nuestro punto de vista, este esquema cognitivo o modelo del *self* en las relaciones, por tanto, haría también alusión a la imagen que el individuo tiene de sí mismo y, por consiguiente, formaría parte de su autoidentidad. En consecuencia, es posible que las medidas de apego adulto presenten cierto solapamiento con una medida de identidad personal. Aunque no se trata nada más que de una especulación, pensamos que podría ser interesante comprobar empíricamente el papel jugado por el apego y por la autoidentidad en la TCP en futuros estudios.

Antes de concluir, tendríamos que reconocer una serie de limitaciones que presenta este trabajo. Una primera limitación se refiere a la necesidad de tomar medidas de apego adulto a ambos miembros de la pareja, puesto que se ha visto que el estilo de apego de la pareja es también un predictor importante de la valoración que hace el individuo de su relación (Collins y Read, 1990; Simpson, 1990). En este estudio, sin embargo, únicamente se ha trabajado con el estilo de apego de un miembro de la pareja, aunque también se han tomado medidas del estilo de apego del otro miembro, por lo que contamos con los datos para realizar un nuevo estudio en el que se incluirían medidas de apego de ambos.

Una segunda limitación se refiere al empleo de cuestionarios para medir la conducta

interpersonal. Somos conscientes de la dificultad de conocer el grado en el cuál la descripción de la conducta a través de un cuestionario refleja con exactitud la conducta real. Aunque la investigación en esta área ha encontrado resultados consistentes empleando diferentes técnicas de medida conductual (como la observación, la entrevista, el cuestionario o la técnica del diario), sería necesario realizar futuras investigaciones que repliquen los resultados de este estudio empleando otras técnicas para recoger la información conductual (p. ej. a través de la observación de la conducta en el laboratorio o en su medio natural). Sin embargo, a pesar de las críticas a este tipo de medida conductual y, como señalan algunos autores (Banai, Weller y Mikulincer, 1998; Bartholomew y Shaver, 1998) numerosos trabajos han mostrado la validez del cuestionario. Por ejemplo, empleando este tipo de medida, se ha encontrado que el estilo de apego se relaciona, entre otros aspectos, con los esquemas mentales sobre uno mismo (Collins y Read, 1990; Mikulincer, 1995), con las estrategias de afrontamiento del dolor (Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990; Mikulincer, Florian y Weller, 1993), con los modelos de comunicación (Feeney, 1994) y de autodescubrimientos (Mikulincer y Nachshon, 1991) o con la búsqueda y suministro de apoyo social ante situaciones estresantes (Simpson, Rholes y Nelligan, 1992). Es decir, una gran parte de la investigación en apego adulto ha contrastado sus hipótesis empleando cuestionarios para medir la conducta.

En tercer lugar, la muestra estaba formada por estudiantes universitarios de primer ciclo, implicados, en la mayoría de los casos, en relaciones de pareja en sus fases iniciales. Para poder generalizar nuestros resultados y establecer conclusiones más firmes, quizá sería útil replicar este estudio con muestras de adultos de mayor edad, implicados en relaciones de pareja más firmes o estables (p. ej. en matrimonios), ya que es oportuno considerar una relación amorosa desde una perspectiva dinámica, con procesos diferentes en los inicios y en fases posteriores.

Por último, nosotros hemos encontrado efectos del estilo de apego en el grado de comunicación con la pareja. Aunque esta relación ha sido puesta de manifiesto en diversas ocasiones, no existe un claro acuerdo en considerar el estilo de apego como la variable que explica estas diferencias en comunicación. Así, para autores como Miller y Kenny (1986), que las personas divulguen más o menos información personal a la pareja (pensamientos, sentimientos, etc.) es una característica de la relación, más que una disposición personal. El diseño transversal de este trabajo no nos permite trazar conclusiones en esta dirección. Sería necesario llevar a cabo estudios longitudinales que permitieran clarificar este aspecto.



REFERENCIAS

- Aarts, H.; Verplanken, B. y van Knippenberg, A. (1998). Predicting behavior from actions in the past: Repeated decision making or a matter of habit? *Journal of Applied Social Psychology*, 28(15), 1355-1374.
- Abelson, R. P. y Prentice, D. A. (1989). Beliefs as possessions: A functional perspective. En A. R. Pratkanis; S. J. Breckler y A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function* (pp. 361-381). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Abelson, R. P., Kinder, D. R., Peters, M.D. y Fiske, S. T. (1982). Affective and semantic components in political person perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, 619-630.
- Adam, K. S. (1994). Suicidal behavior and attachment: A developmental model. En M. B. Sperling y W. H. Berman (Eds.), *Attachment in adults: Theory, assessment, and treatment* (pp. 275-298). New York: Guilford.
- Agnew, C.R. (1998). Modal versus individually-derived beliefs about condom use: measuring the cognitive underpinnings of the theory of reasoned action. *Psychology and Health*, 13, 271-287.
- Ainsworth, M. D. S. (1979). Infant-mother attachment. *American Psychologist*, 34, 932-937.
- Ainsworth, M. D. S. (1985). Attachments across the life span. *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, 61, 792-812.
- Ainsworth, M. D. S. (1989). Attachments beyond infancy. *American Psychologist*, 44, 709-716.
- Ainsworth, M. D. S. (1991). Attachments and other affectional bonds across the life cycle. En C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde y P. Marris. (Eds.), *Attachment across the life cycle*, (pp. 33-51). New York: Tavistock/Routledge.
- Ainsworth, M. D. S., Bell, S. M. y Stayton, D. (1974). Infant-mother attachment and social development. En M. P. Richards (Ed.), *The introduction of the child into the social world* (pp. 99-135). London: Cambridge University Press.
- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A study of the strange situation*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Ajzen, I. y Madden, T. (1986). Prediction of goal-directed behavior Attitudes, intentions, and perceived behavioral control. *Journal of Experimental Social Psychology*, 22, 453-474.
- Ajzen, I. (1984). Attitudes. En R. J. Corsini (Ed.), *Wiley encyclopedia of psychology* (Vol. 1, pp. 99-100). New York: Wiley.
- Ajzen, I. (1985). From intentions to actions: A Theory of Planned Behavior. En J. Kuhl y J.

Referencias

- Beckman (Eds.): *Action control: From cognitions to behaviors*. New York, NY: Springer, (pp. 11 -39).
- Ajzen, I. y Driver, B. L. (1991). Prediction of leisure participation from behavioral, normative, and control beliefs: An application of the theory of planned behavior. *Leisure Sciences*, 13, 185-204.
- Ajzen, I. (1987). Attitudes, traits, and actions: Dispositional prediction of behavior in personality and social psychology. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 20, pp. 1-63). San Diego, CA: Academic Press.
- Ajzen, I. (1988). *Attitudes, personality and behavior*. Chicago: Dorsey.
- Ajzen, I. (1991). The theory of planned behavior. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50, 179-211.
- Ajzen, I. (1996). The directive influence of attitudes on behavior. En P. Gollwitzer y J. A. Bargh (Eds.), *The psychology of action*. NY: Guilford, pp. 385-403.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1977). Attitude-behavior relations: A theoretical analysis and review of empirical research. *Psychological Bulletin*, 84, 888-918.
- Ajzen, I. y Fishbein, M. (1980). *Understanding attitudes and predicting social behavior*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Ajzen, I. y Madden, T. J. (1986). Prediction of goal-directed behavior: attitudes, intentions and perceived behavioral control. *Journal of Experimental Social Psychology*, 22, 453-474.
- Ajzen, I. y Sexton, J. (1999). Depth of processing, belief congruence and attitude-behavior correspondence. En S. Chaiken y Y. Trope (Eds.): *Dual-process theories in social psychology*. New York: Guilford Press, pp. 117-138.
- Ajzen, I., Timko, C. y White, J. B. (1982). Self-monitoring and the attitude-behavior relation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, 426-435.
- Albarracín, D.; Fishbein, M. y Middlestadt, S. (1998). Generalizing behavioral findings across times, samples, and measures: a study of condom use. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 8, 657-674.
- Alexander, P. (1993). The differential effects of abuse characteristics and attachment in the prediction of long-term effects of sexual abuse. *Journal of Interpersonal Violence*, 8(3), 346-362.
- Allen, P. A. y Madden, D. J. (1990). Evidence for a parallel input serial analysis model of word

- processing. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance*, 16(1), 48-64.
- Allport, G.W. (1935). Attitudes. In En C. Murchison (Ed.), *Handbook of social psychology* (pp. 798-844). Worcester: Clark University Press.
- Altman, I. y Taylor, D. A. (1973). *Social penetration: The development of interpersonal relationships*. New York: Rinehart and Winston.
- Altman, I. y Low, S. (1992). *Place attachment*. New York: Plenum.
- Andersen, S. M. y Cole, S. W. (1990). "Do I know you?": The role of significant others in general social perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59(3), 384-399.
- Arend, R., Gove, F. L. y Sroufe, L. A. (1979). Continuity of individual adaptation from infancy to kindergarten: A predictive study of ego-resiliency and curiosity in preschoolers. *Child Development*, 50(4), 950-959.
- Armitage, C.J. y Conner, M. (1999c). Predictive validity of the theory of planned behaviour: the role of questionnaire format and social desirability. *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 9, 261-272.
- Armitage, C.J.; Conner, M. y Norman, P. (1999). Differential effects of mood on information processing: evidence from the theories of reasoned action and planned behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 29, 419-433.
- Armitage, C.J. y Conner, M. (1999a). Distinguishing perceptions of control from self-efficacy: Predicting consumption of a low-fat diet using the theory of planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 29, 1, 72-90.
- Armitage, C.J. y Conner, M. (1999b). The theory of planned behaviour: Assessment of predictive validity and "perceived control". *British Journal of Social Psychology*, 38, 35-54.
- Armitage, C. J. y Conner, M. (2000) Attitudinal ambivalence, A test of three key hypotheses.
- Armsden, G. C. y Greenberg, M. T. (1987). The inventory of parent and peer attachment: Individual differences and their relationship to psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427-453.
- Aronson, E. (1969). The theory of cognitive dissonance: A current perspective. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 4, pp. 1-34). San Diego, CA: Academic Press.
- Aspelmeier, J. E. (2000). An empirical investigation of attachment working models as mental

Referencias

- structures representing social and personal information. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 61(2-B), 1131.
- Bagozzi, R. P. (1986). Attitude formation under the theory of reasoned action and a purposeful behaviour reformulation. *British Journal of Social Psychology*, 25(2), 95-107.
- Bagozzi, R. P. (1989). An investigation of the role of affective and moral evaluations in the purposeful behaviour model of attitude. *British Journal of Social Psychology*, 28(2), 97-113.
- Bagozzi, R. P. (1981). Attitudes, intentions, and behavior: A test of some key hypotheses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 41,607-627.
- Bagozzi, R. P. y Kimmel, S. K. (1995). A comparison of leading theories for the prediction of goal-directed behaviours. *British Journal of Social Psychology*, 34, 437-461.
- Bagozzi, R. P. (1992). The self-regulation of attitudes, intentions, and behavior. *Social Psychology Quarterly*, 55(2), 178-204.
- Bagozzi, R. P. y Burnkrant, R. E. (1979). Attitude organization and the attitude-behavior relationship. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37,913-929.
- Bakermans-Kranenburg, M. J. y van Ijzendoorn, M. H. (1993). A psychometric study of the Adult Attachment Interview: Reliability and discriminant validity. *Developmental Psychology* 29(5), 870-879.
- Baldwin, M. (1992). Relational schemas and the processing of social information. *Psychological Bulletin*, 112, 461-484.
- Baldwin, M. W. y Fehr, B. (1995). On the instability of attachment style ratings. *Personal Relationships*, 2, 247-261.
- Baldwin, M. W., Fehr, B., Keedian, E., Seidel, M. y Thomson, D. W. (1993). An exploration of the relational schemata underlying attachment styles: Self-report and lexical decision approaches. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 19, 746-754.
- Baldwin, M. W., Keelan, J. P., Fehr, B., Enns, V., et. al. (1996). Social-cognitive conceptualization of attachment working models: Availability and accessibility effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(1), 94-109.
- Banai, E., Weller, A. y Mikulincer, M. (1998). Inter-judge agreement in evaluation of adult attachment style: The impact of acquaintanceship. *British Journal of Social Psychology*, 37(1), 95-109.

- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological Review*, 84, 191-215.
- Bandura, A. (1982). Self-efficacy mechanism in human agency. *American Psychologist*, 37, 122-147.
- Bandura, A. (1969). *Principles of behavioral modification*. New York: Holt, Rinehart y Winston.
- Bargh, J. A. y Barndollar, K. (1996). Automaticity in action: The unconscious as repository of chronic goals and motives. En P. M. Gollwitzer y J. A. Bargh (Eds.), *The psychology of action: Linking cognition and motivation to behavior*, (pp. 457-481). New York: The Guilford Press.
- Bargh, J. A., Chaiken, S., Govender, R. y Pratto, F. (1992). The generality of the automatic attitude activation effect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 893-912.
- Bargh, J. A. (1994). The four horsemen of automaticity: Awareness, intention, efficiency, and control in social cognition. En R. S. Wyer y T. K. Srull (Eds.), *Handbook of social cognition*, (2ª ed, pp. 1-40). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Bartholomew, K. y Shaver, P. R. (1998). Methods of assessing adult attachment: Do they converge? En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*. (pp. 25-45). New York: The Guilford Press.
- Bartholomew, K. y Horowitz, L. M. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 226-244.
- Bartholomew, K. (1993). From childhood to adult relationship: Attachment theory and research. En S. Duck (Ed.), *Understanding relationship processes: Vol. 2. Learning about relationships* (pp. 30-62). Beverly Hills, CA: Sage.
- Bartholomew, K. (1990). Avoidance of intimacy: An attachment perspective. *Journal of Social and Personal Relationships*, 7, 147-178.
- Bassili, J. N. (1995). Response latency and the accessibility of voting intentions: what contributes to accessibility and how it affects vote choice. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 686-695.
- Beale, D. A. y Manstead, A. S. R. (1991). Predicting mothers' intentions to limit frequency of infants' sugar intake: Testing the theory of planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 21, 409-431.
- Beck, L. y Ajzen, I. (1991). Predicting dishonest actions using the theory of planned behavior. *Journal of Research in Personality*, 25, 285-301.

Referencias

- Belsky, J. y Cassidy, J. (1994). Attachment and close relationships: An individual-difference perspective. *Psychological Inquiry*, 5(1), 27-30.
- Bem, D.J. (1972). Self-perception theory. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol.6, pp. 1-62). San Diego, CA: Academic Press.
- Bem, D. J. (1967). Self-perception: An alternative interpretation of cognitive dissonance phenomena. *Psychological Review*, 74, 183-200.
- Benoit, D. y Parker, K. C. (1994). Stability and transmission of attachment across three generations. *Child Development*. 65(5), 1444-1456.
- Benter. P.M. y Speckart, G. (1979). Models of attitude-behavior relations. *Psychological Review*, 86, 5, 452-464.
- Benter. P.M. y Speckart, G. (1981). Attitudes "cause" behaviors: a structural equation analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 40 (2), 226-238.
- Berman, W. H. y Sperling, M. B. (1994). The structure and function of adult attachment. En M. B. Sperling y W. H. Berman (Eds.), *Attachment in adults: Clinical and developmental perspectives* (pp. 3-28). New York: The Guilford Press.
- Berscheid, E., Snyder, M. y Omoto, A. M. (1989). Issues in studying close relationships: Conceptualizing and measuring closeness. En C. Hendrick (Ed), *Close relationships. Review of personality and social psychology*, Vol. 10. (pp. 63-91). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Berscheid, E. (1988). Some comments on love's anatomy: Or, whatever happened to old-fashioned lust?. En R. J. Sternberg y M. L. Barnes (Eds.), *The psychology of love*. (pp. 359-374). New Haven: Yale University Press.
- Biddle, B. J., Bank, B. J. y Slavings, R. L. (1987). Norms, preferences, identities and retention decisions. *Social Psychology Quarterly*, 50, 322-337.
- Billig, M. y Tajfel, H. (1973). Social categorization and similarity in intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 3, 27-52.
- Birnbaum, G. E., Orr, I., Mikulincer, M. y Florian, V.(1997). When marriage breaks up: Does attachment style contribute to coping and mental health?. *Journal of Social and Personal Relationships*, 14(5), 643-654.
- Blain, M. D., Thompson, J. M. y Whiffen, V. E. (1993). Attachment and perceived social support in late adolescence: The interaction between working models of self and others. *Journal of Adolescent Research*, 8(2), 226-241.

- Blau, P. M. (1964). *Exchange and power in social life*. New York, Wiley.
- Blue, C.L. (1995). The predictive capacity of the theory of reasoned action and the theory of planned behavior in exercise research: an integrated literature review. *Research in Nursing y Health*, 18, 105-121.
- Blumer, H. (1955). Attitudes and the social act. *Social Problems*, 3, 59-65.
- Boninger, D. S., Krosnick, J. A. y Berent, M. K. (1995). Origins of attitude importance: self-interest, social identification, and value relevance. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 61-80.
- Bookwala, J. y Zdaniuk, B. (1998). Adult attachment styles and aggressive behavior within dating relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 15(2), 175-190.
- Borman, E. y Cole, H. (1993). *A comparison of three measures of adult attachment*. Comunicación presentada al encuentro bienal de la Sociedad para la Investigación en Desarrollo Infantil, Nueva Orleans.
- Borman-Spurrell, E., Allen, J., Hauser, S., Carter, A. y Cole, H. (1994). *Attachment in young adulthood: How different measures of adult attachment relate to adjustment*. Manuscrito no publicado, Universidad de Harvard.
- Bornstein, R. F. (1989). Exposure and affect: Overview and meta-analysis of research, 1968-1987. *Psychological Bulletin*, 106, 265-289.
- Bowlby, J. (1989). The role of attachment in personality development and psychopathology. En Stanley I. Greenspan y George H. Pollock (Eds.). *The course of life, Vol. 1: Infancy*. (pp. 229-270). Madison, CT, US: International Universities Press.
- Bowlby, J. (1969). Disruption of affectional bonds and its effects on behavior. *Canada's Mental Health Supplement*, 59, 12.
- Bowlby, J. (1969/1982). *Attachment and loss* (Vol. 1). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss* (Vol. 2). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. London: Tavistock.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss* (Vol. 3). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1988). *A secure base*. New York: Basic Books.
- Breckler, S.J. (1984a). Empirical validation of affect, behavior, and cognition as distinct

Referencias

- components of attitude. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, 1191-1205.
- Breckler, S. J. (1984b). Validation of affect, behavior, and cognition as distinct components of attitude (Tesis Doctoral, Universidad de Ohio). *Dissertation Abstracts International*, 44, 3569B.
- Brennan, K. A. y Shaver, P. R. (1995). Dimensions of adult attachment, affect regulation, and romantic relationship functioning. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 267-283.
- Brennan, K. A. y Bosson, J. K. (1998) Attachment-style differences in attitudes toward and reactions to feedback from romantic partners: An exploration of the relational bases of self-esteem. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 24(7), 699-714.
- Brennan, K. A., Morris, K. A. (1997). Attachment styles, self-esteem, and patterns of seeking feedback from romantic partners. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 23(1), 23-31.
- Brennan, K. A., Wu, S. y Loev, J. (1998). Adult romantic attachment and individual differences in attitudes toward physical contact in the context of adult romantic relationships. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*. (pp. 394-428). New York: The Guilford Press.
- Brennan, K. A., Shaver, P. R. y Tobey, A. E. (1991). Attachment styles, gender and parental problem drinking. *Journal of Social and Personal Relationships*, 8, 451-466.
- Brennan, K. A., Clark, C. L. y Shaver, P. R. (1998). Self-report measurement of adult attachment: An integrative overview. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*, (pp. 46-76). New York: The Guilford Press.
- Bretherton, I. (1990). Open communication and internal working models: Their role in the development of attachment relationships. En R. A. Thompson (Ed), *Nebraska Symposium on Motivation: Socioemotional development*. Vol. 36. (pp. 57-113). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Bretherton, I., Ridgeway, D. y Cassidy, J. (1990). Assessing internal working models of the attachment relationship: An attachment story completion task for 3-year-olds. En M. T. Greenberg, D. Cicchetti, et. al. (Eds.), *Attachment in the preschool years: Theory, research, and intervention*. The John D. and Catherine T. MacArthur Foundation series on mental health and development. (pp. 273-308). Chicago: The University of Chicago Press.
- Bretherton, I. (1985). Attachment theory: Retrospect and prospect. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50 (1y2), 3-35.

- Brewer, M. B. (1999). The psychology of prejudice: Ingroup love or outgroup hate? *Journal of Social Issues*, 55(3), 429-444.
- Briggs, K. M. (2001). Relationships between attachment style and self-disclosure of genital herpes. *Dissertation Abstracts international: Section B: The Sciences and engineering*. 61 (12-B), 6750.
- Brown, L. S. y Wright, J. (2001). Attachment theory in adolescence and its relevance to developmental psychopathology. *Clinical Psychology and Psychotherapy*, 8(1), 15-32.
- Brown, J. D. (1993). Self-esteem and self-evaluation: Feeling is believing. En Suls, J. M. (Ed), *The self in social perspective. Psychological perspectives on the self.* (pp. 27-58). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Brubaker, R. G. y Fowler, C. (1990). Encouraging college males to perform testicular self-examination: Evaluation of a persuasive message based on the revised theory of reasoned action. *Journal of Applied Social Psychology*, 17, 1411-1422.
- Brubaker, R. G. y Wickersham, D. (1990). Encouraging the practice of testicular self-examination: A field application of the theory of reasoned action. *Health Psychology*, 9(2), 154-163.
- Budd, R.J. (1987). Response bias and the theory of reasoned action. *Social Cognition*, 5, 2, 95-107.
- Budd, R. J.(1986) Predicting cigarette use, The need to incorporate measures of salience in the theory of reasoned action. *Journal of Applied Social Psychology*, 16(8), 663-685.
- Budd, R. y Spencer, C. (1984) Latitude of rejection, centrality and certainty, Variables affecting the relationship between attitudes, norms and behavioural intentions. *British Journal of Social Psychology*, 23(1), 1 8.
- Burnkrant, R. y Page, T.J. (1988). The structure and antecedents of the normative and attitudinal components of Fishbein's theory of reasoned action. *Journal of Experimental Social Psychology*, 24, 66-87.
- Byrne, D. (1971). The ubiquitous relationship: Attitude similarity and attraction: A cross-cultural study. *Human Relations*, 24(3), 201-207.
- Byrne, D. E. y Clore, G.L. (1970). A reinforcement model of evaluative responses. *Personality: An International Journal*, 1, 103-128.
- Cacioppo, J.T., Marshall-Goodell, B.S., Tassinari, L.G. y Petty, R. E. (1992). Rudimentary determinants of attitudes: Classical conditioning is more effective when prior knowledge about the attitude stimulus is low than high. *Journal of Experimental Social Psychology*, 28, 207-233.

Referencias

- Calabrese, M. L. (1998). Object representations as they relate to adult attachment, intimacy, and self-esteem. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(6-B), 3050.
- Campbell, J. D. (1986). Similarity and uniqueness: The effects of attribute type, relevance, and individual differences in self-esteem and depression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50(2), 281-294.
- Campbell, J. D y Tesser, A. (1985). Self-evaluation maintenance processes in relationships. En S. Duck y D. Perlman (Eds.), *Understanding personal relationships: An interdisciplinary approach*. (pp. 107-135). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Campbell, D. T. (1963). Social attitudes and other acquired behavioral dispositions. En S. Koch (Ed.), *Psychology: A study of a science* (Vol. 6, pp. 94-172). New York: McGraw-Hill.
- Campbell, A., Converse, P. E., Miller, W. E. y Stokes, D. E. (1960). *The American voter*. New York: Wiley.
- Campos, J. J., Barrett, K., Lamb, M. E., Goldsmith, H. H. y Stenberg, C. (1983). Socioemotional development. En P. H. Mussen, M. M. Haith y J. J. Campos (Eds.), *Handbook of child psychology: Vol. 2. Infancy and developmental psychobiology*. (pp. 783-915). New York: Wiley.
- Canary, D. J. y Seibold, D. R. (1984). *Attitudes and behavior: An annotated bibliography*. New York: Praeger.
- Carnelley, K. B., Pietromonaco, P. R. y Jaffe, K. (1994). Depression, working models of others, and relationship functioning. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 127-140.
- Carnelley, K. B. y Ruscher, J. B. (2000). Adult attachment and exploratory behavior in leisure. *Journal of Social Behavior and Personality*, 15(2), 153-165.
- Carver, C. S. (1997). Adult attachment and personality: Converging evidence and a new measure. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 23(8), 865-883.
- Carver, C. S. (1975). Physical aggression as a function of objective self-awareness and attitudes toward punishment. *Journal of Experimental Social Psychology*, 11(6), 510-519.
- Carver, C. S. y Scheier, M. F. (1981). *Attention and self-regulation: A control-theory approach to human behavior*. New York: Springer-Verlag.
- Cash, T. F. (1975). Self-disclosure in the acquaintance process: Effects of sex, physical attractiveness, and approval motivation. *Dissertation Abstracts International*, 35(7-B), 3572.

- Cassidy, J. (1986). The ability to negotiate the environment: An aspect of infant competence as related to quality of attachment. *Child Development*, 57(2), 331-337.
- Cassidy, J. y Kobak, R. R. (1988). Avoidance and its relations to other defensive processes. En J. Belsky y T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment theory* (pp. 300-323). Hillsdale: Erlbaum.
- Cassidy, J. y Mohr, J. J. (2001). Unsolvable fear, trauma, and psychopathology: Theory, research, and clinical considerations related to disorganized attachment across the life span. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 8(3), 275-298.
- Ceglian, C. P. y Gardner, S. (1999). Attachment style: A risk for multiple marriages? *Journal of Divorce and Remarriage*, 31(1-2), 125-139.
- Chaiken, S.; Pomerantz, E. M y Giner Sorolla, R.(1995) Structural consistency and attitude strength. En R. E. Petty y J. A. Krosnick (Ed). *Attitude strength, Antecedents and consequences*. Ohio State University series on attitudes and persuasion, Vol. 4. (pp. 387-412). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Chaiken, S. y Strangor, C. (1987). Attitudes and attitude change. *Annual Review of Psychology*, 38, 575-630.
- Chaiken, S. (1979). Communicator physical attractiveness and persuasion. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1387-1397.
- Chaiken, S. y Baldwin, M. W. (1981). Affective-cognitive consistency and the effect of salient behavioral information on the self-perception of attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 1-12.
- Chan, D. K. S. y Fishbein, M. (1993). Determinants of college women's intentions to tell their partners to use condoms. *Journal of Applied Social Psychology*, 23, 18, 1455-1470.
- Charng, H., Piliavin, J. A. y Callero, P. L. (1988). Role identity and reasoned action in the prediction of repeated behavior. *Social Psychology Quarterly*, 51, 303-317.
- Chatzisarantis, N.L.D. y Biddle, S.J.H. (1998). Functional significance of psychological variables that are included in the theory of planned behaviour: a self-determination theory approach to the study of attitudes, subjective norms, perceptions of control and intentions. *European Journal of Social Psychology*, 28, 303-322.
- Cialdini, R. B.; Reno, R. R. y Kallgren, C. A. (1990). A focus theory of normative conduct: Recycling the concept of norms to reduce littering in public places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58(6), 1015-1026.

Referencias

- Cialdini, R. B., Petty, R. , y Cacioppo, J. T. (1981). Attitude and attitude change. *Annual Review of Psychology*, 32, 357-404.
- Cohn, D. A., Silver, D. H., Cowan, C. P., Cowan, P. A., et. al. (1992). Working models of childhood attachment and couple relationships. *Journal of Family Issues*, 13(4), 432-449.
- Collins, N. L. y Read, S. J. (1994). Cognitive representations of attachment: The structure and function of working models. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 5, pp. 53-90). London: Jessica Kingsley.
- Collins, N. L. (1996). Working models of attachment: Implications for explanation, emotion and behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 810-832.
- Collins, N. L. y Read, S. J. (1990). Adult attachment, working models and relationship quality in dating couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 644-663.
- Conner, M. y Armitage, C.J. (1998). Extending the theory of planned behavior: A review and avenues for further research. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 15, 1429-1464.
- Conner, M. y McMillan, B. (1999). Interaction effects in the theory of planned behaviour: studying cannabis use. *British Journal of Social Psychology*, 38, 195-222.
- Corcoran, K. O. (1998). Deficits in conflict style, attachment, social self-efficacy, and perspective taking of parents seeking parenting skills training. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 58(9-B), 5188.
- Creasy, G. y Hesson-McInnis, M. (2001). Affective responses, cognitive appraisals, and conflict tactics in late adolescent romantic relationships: Associations with attachment orientations. *Journal of Counseling Psychology*, 48(1), 85-96.
- Crittenden, P. (1985). Social networks, quality of child-rearing, and child development. *Child Development*, 56, 1299-1313.
- Crittenden, P. M. (1988). Distorted patterns of relationship in maltreating families: The role of internal representation models. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 6(3), 183-199.
- Crittenden, P. M. (1990). Internal representational models of attachment relationships. *Infant Mental Health Journal*, 11(3), 259-277.
- Crowell, J. A., Fraley, R. C. y Shaver, P. R. (1999). Measurement of individual differences in adolescent and adult attachment. En J. Cassidy y P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: theory, research and clinical applications* (pp. 434-465). New York: The Guilford Press.

- Crowell, J. A., Waters, E., Treboux, D., O'Connor, E., et. al. (1996). Discriminant validity of the Adult Attachment Interview. *Child Development*, 67(5), 2584-2599.
- Crowell, J. A. y Treboux, D. (1995). A review of adult attachment measures: Implications for theory and research. *Social Development*, 4, 294-327.
- Crowell, J. A. y Owens, G. (1996). Current relationship interview and scoring system. Manuscrito no publicado, Universidad de Nueva York.
- Cyranowski, Jill-M; Andersen, Barbara-L Schemas, sexuality, and romantic attachment. *Journal of Personality and Social Psychology*. 1998 May; Vol 74(5), 1364-1379
- Davidson, A. R., Yantis, S., Norwood, M. y Montano, D. E. (1985). Amount of information about the attitude object and attitude-behavior consistency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 1184-1198.
- Davidson, A. R. y Jaccard, J. J. (1979). Variables that moderate the attitude-behavior relation: Results of a longitudinal survey. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1364-1376.
- Davila, J., Burge, D. y Hammen, C. (1997). Why does attachment style change? *Journal of Personality and Social Psychology*, 73(4), 826-838.
- Davis, D. y Ostrom, T. M. (1984). Attitude measurement. En R. J. Corsini (Ed.), *Wiley encyclopedia of psychology* (Vol. 1, pp. 97-99). New York: Wiley.
- Davis, M. H. y Oathout, H. A. (1987). Maintenance of satisfaction in romantic relationships: Empathy and relational competence. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53(2), 397-410.
- Dawes, R. M. y Smith, T. L. (1985). Attitude and opinion measurement. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *Handbook of social psychology* (3ª ed., Vol. 1, pp. 509-566). New York: Random House.
- DeBono, K. G. y Snyder, M. (1995). Acting on one's attitudes: the role of a history of choosing situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 629-636.
- DeFleur, M. L., y Westie, F. R. (1958). Verbal attitudes and overt acts: An experiment on the salience of attitudes. *American Sociological Review*, 23, 667-673.
- Deutscher, I. (1966). Words and deeds: Social science and social policy. *Social Problems*, 13, 235-254.
- Devine, P. G. (1995). Prejudice and outgroup perception. En A. Tesser (Ed.), *Advanced Social*

Referencias

- Psychology*. (pp. 467-524). New York: Mc Graw Hill.
- Diehl, M., Elnick, A. B., Bourbeau, L. S. y Labouvie-Vief, G. (1998). Adult attachment styles: Their relations to family context and personality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74(6), 1656-1669.
- Diener, E. y Wallbom, M. (1976). Effects of awareness on antinormative behavior. *Journal of Research in Personality*, 10(1), 107-111.
- Dion, K. K. y Dion, K. L. (1978). Defensiveness, intimacy, and heterosexual attraction. *Journal of Research in Personality*, 12(4), 479-487.
- Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*. 60(3-B), 1341
- Dockery, T. M. y Bedeian, A. G. (1989). Attitudes versus actions: LaPiere's (1934) classic study revisited. *Social Behavior and Personality*, 17 (1), 9-16.
- Doi, S. C. y Thelen, M. H. (1993). The Fear-of-Intimacy Scale: Replication and extension. *Psychological Assessment*, 5(3), 377-383.
- Doll, J. y Ajzen, I. (1992). Accessibility and stability of predictors in the theory of planned behaviour. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 5, 754-765.
- Doob, L. W. (1947). The behavior of attitudes. *Psychological Review*, 54, 135-156.
- Douglas, J. D. y Atwell, F. C. (1988). *Love, intimacy, and sex*. Newbury Park, CA: Sage.
- Dozier, M. y Kobak, R.R. (1992) Psychophysiology in attachment interviews: Converging evidence for deactivating strategies, *Child Development*. 63(6), 1473-1480.
- Drake, C. R. y McCabe, M. P. (2000). Extrarelationship involvement among heterosexual males: An explanation based on the theory of planned behavior, relationship quality, and past behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 30(7), 1421-1439.
- Duggan, E. S. y Brennan, K. A. (1994). Social avoidance and its relation to Bartholomew's adult attachment typology. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11(1), 147-153.
- Dulany, D. E. (1962). The place of hypotheses and intentions: An analysis of verbal control in verbal conditioning. *Journal of Personality*, 30, 102-129.
- Dulany, D. E. (1968). Awareness, rules, and propositional control: A confrontation with S-R behavior theory. En T. Dixon y D. Horton (Eds.), *Verbal behavior and general behavior theory* (pp. 340-387). Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

- Dutton, D. G.; Saunders, K.; Starzomski, A. y Bartholomew, K. (1994) Intimacy-anger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships. *Journal of Applied Social Psychology* 24(15), 1367-1386
- Duval, S. y Wicklund, R. A. (1972). *A theory of objective self awareness*. New York: Academic Press.
- Eagly, A. H. (1992). Uneven progress: Social psychology and the study of attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63(5), 693-710.
- Eagly, A. H. y Chaiken, S. (1993). *The psychology of attitude*. Fort Worth, TX: Harcourt Brace Jovanovich.
- Eagly, A. H. y Himmelfarb, S. (1974). Current trends in attitude theory and research. En S. Himmelfarb y A. H. Eagly (Eds.), *Readings in attitude change* (pp. 594-610). New York: Wiley.
- Edwards, W. (1954). The theory of decision making. *Psychological Bulletin*, 51,380-417.
- Edwards, K. (1990). The interplay of affect and cognition in attitude formation and change. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 202-216.
- Egeland, B. y Farber, E. A. (1984). Infant-mother attachment: Factors related to its development and changes over time. *Child Development*, 55(3), 753-771.
- Eiser, J. R. (1994). Toward a dynamic conception of attitude consistency and change. En R. R. Vallacher y A. Nowak, (Eds). *Dynamical systems in social psychology*, (pp. 197-218). San Diego: Academic Press.
- Elicker, J., Englund, M. y Sroufe, L. A. (1992). Predicting peer competence and peer relationships in childhood from early parent-child relationships. En R. D. Parke y G. W. Ladd (Eds.), *Family-peer relationships: Modes of linkage*. (pp. 77-106). Hillsdale, NJ, US: Lawrence Erlbaum Associates.
- Erber, M. W.; Hodges, S. D. y Wilson, .T. D. (1995) Attitude strength, attitude stability, and the effects of analyzing reasons. En R. E. Petty y J. A. Krosnick (Ed). *Attitude strength, Antecedents and consequences*. Ohio State University series on attitudes and persuasion, Vol. 4. (pp. 433- 454). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Erickson, M. F., Sroufe, L. A. y Egeland, B. (1985). The relationship between quality of attachment and behavior problems in preschool in a high-risk sample. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1y2), 147-166.
- European Journal of Social Psychology*, 26(3), 447 477.

Referencias

- Evans, L. y Wertheim, E. H. (1998) Intimacy patterns and relationship satisfaction of women with eating problems and the mediating effects of depression, trait anxiety and social anxiety. *Journal of Psychosomatic Research*. 44(3-4), 355-365.
- Eysenck, H.J. y Eysenck, S.B. (1975). *Manual of the Eysenck Personality Questionnaire (Junior and Adult)*. London: Hodder and Stoughton.
- Fazio, R. H., Jackson, J. R., Dunton, B. C. y Williams, C.J. (1995). Variability in automatic attitude activation as an unobtrusive measure of racial attitudes: a bona fide pipeline. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 103-127.
- Fazio, R. H., y Zanna, M. P. (1978a). Attitudinal qualities relating to the strength of the attitude-behavior relationship. *Journal of Experimental Social Psychology*, 14, 398-408.
- Fazio, R. H. y Williams, C. J. (1986). Attitude accessibility as a moderator of the attitude-perception and attitude-behavior relations: An investigation of the 1984 presidential election. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 505-514.
- Fazio, R. H. y Towles-Schwen, T. (1999). The MODE model of attitude-behavior processes. En S. Chaiken y Y. Trope (Eds), *Dual-process theories in social psychology*. New York: The Guilford Press, (pp. 97-116).
- Fazio, R. H., Sanbonmatsu, D. M., Powell, M. C. y Kardes, F. R (1986). On the automatic activation of attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 229-238.
- Fazio, R. H., Powell, M. C. y Williams, C.J. (1989). The role of attitude accessibility in the attitude-to-behavior process. *Journal of Consumer Research*, 16, pp 280-288.
- Fazio, R. H. y Zanna, M. P. (1981). Direct experience and attitude-behavior consistency. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 14, pp.161-202). San Diego, CA: Academic Press.
- Fazio, R. H. y Zanna, M. P. (1978b). On the predictive validity of attitudes: The roles of direct experience and confidence. *Journal of Personality*, 46, 228-243.
- Fazio, R. H., Herr, P.M. y Olney, T.J. (1984). Attitude accessibility following a self-perception process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47,277-286.
- Fazio, R.H., Chen, J., McDonel, E. C. y Sherman, S. J. (1982). Attitude accessibility, attitude-behavior consistency, and the strength of the object-evaluation association. *Journal of Experimental Social Psychology*, 18,339-357.
- Fazio, R. H. (1999). The MODE model of attitude-behavior processes. En S. Chaiken y Y. Trope (Eds.): *Dual-process theories in social psychology*. New York: Guilford Press, pp. 97-116.

- Fazio, R. H. (1995). Attitudes as object-evaluation associations: determinants, consequences, and correlates of attitude accessibility. En R.E. Petty y J.A. Krosnick (Eds.): *Attitude strength. Antecedents and consequences*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Fazio, R. H. (1990). Multiple processes by which attitudes guide behavior: The MODE model as an integrative framework. In M. P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 23, pp. 75-109). San Diego, CA: Academic Press.
- Fazio, R. H., Zanna, M. P. y Cooper, J. (1977). Dissonance and self-perception: An integrative view of each theory's proper domain of application. *Journal of Experimental Social Psychology*, 13, 464-479.
- Fazio, R. H. (1989). On the power and functionality of attitudes: The role of attitude accessibility. En A. R. Pratkanis, S. J. Breckler y A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function* (pp. 153-179). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Fazio, R.H., Powell, M.C. y Herr, P.M. (1983). Towards process model of the attitude-behavior relation: Accessing one's attitude upon mere observation of the attitude object. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 723—735.
- Fazio, R. H. (1987). Self-perception theory: A current perspective. In M. P. Zanna, J. M. Olson y C. P. Herman (Eds.), *Social influence: The Ontario Symposium* (Vol.5, pp. 129-150). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Fazio, R. H. (1986). How do attitudes guide behaviour?. En R. M. Sorrentino y E. T. Higgins (Eds.): *Handbook of motivation and cognition: Foundations of social behavior*. New York, NY, US: The Guilford Press, (pp. 204-243).
- Feather, N. T. (1995). Values, valences and choice: the influence of values on the perceived attractiveness and choice of alternatives. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 1135-1151.
- Feeney, J. A., Kelly, L., Gallois, C., Peterson, C. y Terry, D. J. (1999) Attachment style, assertive communication, and safer-sex behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 29(9), 1964-1983.
- Feeney, B. C. y Kirkpatrick, L. A. (1996). The effects of adult attachment and presence of romantic partners on physiological responses to stress. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70(2), 255-270.
- Feeney, J. A. y Noller, P. (1990). Attachment style as a predictor of adult romantic relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 281-291.
- Feeney, J. A. y Noller, P. (1996). *Adult Attachment*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Referencias

- Feeney, J. A. (1994). Attachment style, communication patterns and satisfaction across the life cycle of marriage. *Personal Relationships*, 1, 333-348.
- Feeney, J. A., Noller, P. y Hanrahan, M. (1994). Assessing adult attachment: Developments in the conceptualization of security and insecurity. En M. B. Sperling y W. H. Berman (Eds.), *Attachment in adults: Theory, assessment and treatment* (pp. 128-152). New York: Guilford.
- Feeney, J. A., Noller, P. y Callan, V. J. (1994). Attachment style, communication and satisfaction in the early years of marriage. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 5, pp. 269-308). London: Jessica Kingsley.
- Feeney, J. A., Noller, P. y Patty, J. (1993). Adolescents' interactions with the opposite sex: Influence of attachment style and gender. *Journal of Adolescence*, 16, 169-186.
- Feldman, J.M. y Lynch, J. G., Jr. (1988). Self-generated validity and other effects of measurement on belief, attitude, intention, and behavior. *Journal of Applied Psychology*, 73, 421-435.
- Fenigstein, A., Scheier, M. F. y Buss, A. H. (1975). Public and private self-consciousness: Assessment and theory. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 43, 522-527.
- Festinger, L. y Carlsmith, J. M. (1959). Cognitive consequences of forced compliance. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 58, 203-210.
- Festinger, L. (1954) A theory of social comparison processes. *Human Relations*, 7, 117-140
- Festinger, L. (1964). Behavioral support for opinion change. *Public Opinion Quarterly*, 28, 404-417.
- Festinger, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. Evanston, IL: Row, Peterson.
- Fishbein, M. y Stasson, M. (1990). The role of desires, self-predictions, and perceived control in the prediction of training session attendance. *Journal of Applied Social Psychology*, 20, 173-198.
- Fishbein, M.; Chan, D. K.; O'Reilly, K.; Schnell, D.; Wood, R.; et-al. (1992). Attitudinal and normative factors as determinants of gay men's intentions to perform AIDS-related sexual behaviors: A multiple analysis. *Journal of Applied Social Psychology*, 22(13), 999-1011.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1975). *Belief, attitude, intention and behavior: An introduction to theory and research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1974). Attitudes toward objects as predictors of single and multiple behavioral criteria. *Psychological Review*, 81, 59-74.

- Fishbein, M. (1963). An investigation of the relationships between beliefs about an object and the attitude toward that object. *Human Relations*, 16, 233-240.
- Fishbein, M. (1967). A consideration of beliefs, and their role in attitude measurement. En M. Fishbein (Ed.), *Readings in attitude theory and measurement* (pp. 257-266). New York: Wiley.
- Fishbein, M., Middlestadt, S. E. y Chung, J. (1986). Predicting participation and choice among first time voters in U.S. partisan elections. En S. Kraus y R. Perloff (Eds.), *Mass media and political thoughts: An information processing approach* (pp. 65-82). Beverly Hills, CA: Sage.
- Fisher, W. A.; Rye, B.J. y Fisher, J.D. (1995). Understanding and promoting AIDS-preventive behavior: insights from the theory of reasoned action. *Health Psychology*, 14, 3, 255-264.
- Fiske, S. T. y Linville, P. W. (1980). What does the schema concept buy us? *Personality and Social Psychology Bulletin*, 6, 543-557.
- Fiske, S. T. y Taylor, S. E. (1991). *Social cognition*. New York: McGraw-Hill.
- Fitzpatrick, J. y Sollie, D. L. (1999). Unrealistic gendered and relationship specific beliefs: Contributions to investments and commitment in dating relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 16(6), 852-867.
- Fleming, D. (1967). Attitude: The history of a concept. *Perspectives in American History*, 1, 285-365.
- Fonagy, P., Steele, H. y Steele, M. (1991). Maternal representations of attachment during pregnancy predict the organization of infant-mother attachment at one year of age. *Child Development*, 62(5), 891-905.
- Fox, N. A., Kimmerly, N. L. y Schafer, W. D. (1991). Attachment to mother/attachment to father: A meta-analysis. *Child Development*, 62, 210-225.
- Fraley, R. C. y Shaver, P. R. (1998). Airport separations: A naturalistic study of adult attachment dynamics in separating couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75(5), 1198-1212.
- Fraley, R. C., Davis, K. E. y Shaver, P. R. (1998). Dismissing-avoidance and the defensive organization of emotion, cognition, and behavior. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*. (pp. 249-279). New York: The Guilford Press.
- Fraley, R. C. (2000). Attachment continuity from infancy to adulthood: Meta-analysis and dynamic

Referencias

- modeling of developmental mechanisms. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 60(8-B), 4273.
- Fraley, R. C., Waller, N. G. y Brennan, K. A. (2000). An item response theory analysis of self-report measures of adult attachment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78(2), 350-365.
- Fraley, R. C. y Shaver, P. R. (1997). Adult attachment and the suppression of unwanted thoughts. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73(5), 1080-1091.
- Fraley, R. C. y Waller, N. G. (1998). Adult attachment patterns: A test of the typological model. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*. (pp. 77-114). New York: The Guilford Press.
- Frankel, K. A. y Bates, J. E. (1990). Mother toddler problem solving: Antecedents in attachment, home behavior, and temperament. *Child Development*, 61(3), 810-819.
- Fredricks, A. J. y Dossett, D.L. (1983). Attitude-behavior relations: a comparison of the Fishbein-Ajzen and the Bentler-Speckart models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 3, 501-512.
- Fuendeling, J. M. (1999) Adult attachment and affect regulation: A test of a stylistic model.
- Gallo, L. C. y Smith, T. W. (2001) Attachment style in marriage: Adjustment and responses to interaction.
- Gallois, C.; Terry, D.; Timmins, P.; Kashima, Y.; et-al (1994) Safe sexual intentions and behavior among heterosexuals and homosexual men: Testing the theory of reasoned action. *Psychology and Health*, 10(1), 1-16
- Gao, Y., Treboux, D., Owens, G., Pan, H. y Crowell, J. (1995). *Working models of adult relationships: Foundation in childhood, fine tuning in marriage*. Poster presentado en el encuentro bienal de la Sociedad para la Investigación del Desarrollo Infantil, Indianápolis.
- Gao, Y., Crowell, J., Waters, E. y Treboux, D. (1998). *Attachment working models and secure base behavior*. Trabajo presentado al Encuentro bienal de la Sociedad Internacional para el Estudio de las Relaciones, Saratoga Springs, NY.
- George, C., Kaplan, N., y Main, M. (1985). *The Attachment Interview for Adults*. Manuscrito no publicado, Departamento de Psicología, Universidad de California, Berkeley.
- Giles, M. y Rea, A. (1999). Career self-efficacy: an application of the theory of planned behaviour. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 72, 393-398.

- Giner-Sorolla, R. (1999). Affect in attitude. Immediate and deliberative perspectives. En S. Chaiken y Y. Trope (Eds.): *Dual-process theories in social psychology*. New York: Guilford Press, pp. 441-461.
- Godin, G.; Shephard, R. J. (1986) Importance of type of attitude to the study of exercise-behavior. *Psychological Reports*, 58(3), 991-1000.
- Godin, G. (1993). The theories of reasoned action and planned behavior: Overview of findings, emerging research problems and usefulness for exercise promotion. *Journal of Applied Sport Psychology*, 5(2), 141-157.
- Godin, G. y Kok, G. (1996). The theory of planned behavior: A review of its applications to health-related behaviors. *American Journal of Health Promotion*, 11(2), 87-98.
- Goldsmith, H. H. y Harman, C. (1994). Temperament and attachment: Individuals and relationships. *Current Directions in Psychological Science*, 3(2), 53-57.
- Gollwitzer, P. M. (1990). Action phases and mind-sets. En E. T. Higgins y R.M. Sorrentino (Eds.): *Handbook of motivation and cognition: Foundation of social behavior* (pp. 53-92). New York, NY: Guilford.
- Gollwitzer, P. M. y Brandstaetter, V. (1997). Implementation intentions and effective goal pursuit. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73(1), 186-199.
- Gollwitzer, P. M. y Bayer, U. (1999). Deliberative versus implemental mindsets in the control of action. En S. Chaiken y Y. Trope (Eds.): *Dual-process theories in social psychology*. New York: Guilford Press, pp. 403-422.
- Gorsuch, R.L. y Orberg, J. (1983). Moral obligation and attitudes: their relation to behavioral intentions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 5, 1025-1028.
- Grabill, C. M. y Kerns, K. A. (2000). Attachment style and intimacy in friendship. *Personal Relationships*, 7(4), 363-378.
- Granberg, D. y Holmberg, S. (1990). The intention-behavior relationship among U.S. and Swedish voters. *Social Psychology Quarterly*, 53, 44-54.
- Green, J. D. y Campbell, W. K. (2000) Attachment and exploration in adults: Chronic and contextual accessibility. *Personality and Social Psychology Bulletin*. 26(4), 452-461
- Greenberg, M. T. y Speltz, M. L. (1988). Attachment and the ontogeny of conduct problems. En J. Belsky y T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp. 177-218). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Referencias

- Greenberg, M. T., Siegel, J. M. y Leitch, C. J. (1983). The nature and importance of attachment relationships to parents and peers during adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 12, 373-386.
- Greenspoon, J. (1955). The reinforcing effect of two spoken sounds on the frequency of two responses. *American Journal of Psychology*, 68,409-416.
- Greenwald, A. G. (1989). Why attitudes are important: Defining attitude and attitude theory 20 years later. En A. R. Pratkanis, S.J. Breckler, & A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function* (pp. 429-440). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Grice, M. J.(1999) Attachment, race, and gender in late life: Relationships to depression, anxiety, and self-efficacy. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 60(6-B): 2943
- Griffin, D. W. y Bartholomew, K. (1994b). Models of the self and other: Fundamental dimensions underlying measures of adult attachment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67(3), 430-445.
- Griffin, D. W. y Bartholomew, K. (1994a). The metaphysics of measurement: The case of adult attachment. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 5, pp. 17-52). London: Jessica Kingsley.
- Grossmann, K. E y Grossmann, K. (1991). Attachment quality as an organizer of emotional and behavioral responses in a longitudinal perspective. En C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde, et. al. (Eds.), *Attachment across the life cycle*. (pp. 93-114). New York, NY, US: Tavistock/Routledge.
- Guttman, L. (1944). A basis for scaling qualitative data. *American Sociological Review*, 9, 139-150.
- Guttman, L. (1941). The quantification of a class of attributes: A theory and method of scale construction. En P. Horst, *The prediction of personal adjustment* (Bulletin N° 48, pp. 319-348). New York: Social Science Research Council.
- Haddock, G.; Rothman, A.J.; Reber, R. y Schwarz, N. (1999). Forming judgments of attitude certainty, intensity, and importance: the role of subjective experiences. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25 (7), 771-782.
- Hammond, J. R. y Fletcher, G. J. O. (1991). Attachment styles and relationship satisfaction in the development of close relationships. *New Zealand Journal of Psychology*, 20(2), 56-62.
- Harlow, H.F y Harlow, M.K. (1966). Effects of early social deprivation in monkeys. *Revue de Medecine Psychosomatique*, 8(1), 11-24.

- Hatfield, E. (1983). What do women and men want from love and sex?. En E. R. Allgeier y N. B. McCormick (Eds.), *Changing boundaries: Gender roles and sexual behavior*. (pp. 106-134). Palo Alto: Mayfield.
- Hatfield, E. y Sprecher, S. (1986). Measuring passionate love in intimate relationships. *Journal of Adolescence*, 9, 383-410.
- Hatfield, E., Walster G. W. y Berscheid, E. (1978). *Equity: Theory and research*. Boston: Allyn and Bacon.
- Hays, A. M. (1984). Intimacy and sexuality in the elderly: Discussion. *Journal of Geriatric Psychiatry*, 17(2), 161-165.
- Hazan, C. y Hutt, M. J. (1989). Continuity and change in inner working models of attachment. En K. Davis (Coord.), *Adult attachment, Mental Models and Relationship Formation*. Symposium realizado en el encuentro anual de la Sociedad para la Psicología Social Experimental, Santa Mónica, CA.
- Hazan, C. y Shaver, P. R. (1990). Love and work: An attachment-theoretical perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 270-280.
- Hazan, C. y Shaver, P. R. (1994). Attachment as an organizational framework for research on close relationships. *Psychological Inquiry*, 5(1), 1-22.
- Hazan, C. y Zeifman, D. (1994). Sex and the psychological tether. In K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 5, pp. 151-178). London: Jessica Kingsley.
- Hazan, C., Zeifman, D. y Middleton, K. (1994). *Adult romantic attachment, affection, and sex*. Comunicación presentada a la séptima Conferencia Internacional sobre Relaciones Personales, Groningen, Holanda.
- Hazan, C. y Shaver, P. R. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Heider, F. (1946). Attitudes and cognitive organization. *Journal of Psychology*, 21, 107-112.
- Henderson-King, E. y Henderson-King, D. (1997). Media Effects on Women's body esteem: social and individual difference factors. *Journal of Applied Social Psychology*, 27 (5), 399-417.
- Herek, G. M. (1986). The instrumentality of attitudes: Toward a neofunctional theory. *Journal of Social Issues*, 42 (2), 99-114.
- Hesse, E. (1999). The adult attachment interview. En J. Cassidy y P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment* (pp. 395-433). New York: Guilford Press.

Referencias

- Hesse, E. y Main, M. (2000) Disorganized infant, child, and adult attachment: Collapse in behavioral and attentional strategies. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 48(4), 1097-1127
- Hidalgo, M. C. y Hernández, B. (2000). Medición de los estilos de apego adulto. Efecto del orden de presentación. En D. Caballero, T. Méndez y J. Pastor (Eds.), *La mirada psicossociológica: Grupos, procesos, lenguajes y culturas* (pp. 683-688). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Hidalgo, M. C. y Hernández, B. (2001). Place attachment: Conceptual and empirical questions. *Journal of Environmental Psychology*, 21, 273-281.
- Himmelfarb, S. y Eagly, A. H. (1974). Orientations to study of attitudes and their change. In S. Himmelfarb y A. H. Eagly (Eds.), *Readings in attitude change* (pp. 2-49). New York: Wiley.
- Himmelfarb, S. (1993). The measurement of attitudes. En A. H. Eagly y S. Chaiken (Eds.), *The psychology of attitude*, (pp. 23-87). Fort Worth, TX: Harcourt Brace Jovanovich.
- Horowitz, L.M. (1979). On the cognitive structure of interpersonal problems treated in psychotherapy. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47(1), 5-15.
- Hull, C. L. (1943). *Principles of behavior: An introduction to behavior theory*. New York: Appleton Century Crofts.
- Insko, C. A. (1965). Verbal reinforcement of attitude. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 621-623.
- Insko, C. A. y Schopler, J. (1967). Triadic consistency: A statement of affective-cognitive-conative consistency. *Psychological Review*, 74,361-376.
- Jaccard, J. J. y Davidson, A. R. (1972). Toward an understanding of family planning behaviors: An initial investigation. *Journal of Applied Social Psychology*, 2(3), 228-235.
- Jaccard, J. J. y Davidson, A. R. (1975). A comparison of two models of social behavior: Results of a survey sample. *Sociometry*, 38,497-517.
- Jamieson, D. W. y Zanna, M. P. (1989). Need for structure in attitude formation and expression. En A. R. Pratkanis, S. J. Breckler y A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function* (pp. 383-406). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Johnston, M. A. (1999) Influences of adult attachment in exploration. *Psychological Reports*, 84(1), 31-34

- Journal of Social and Personal Relationships*, 18(2), 263-289
- Judd, C. M., Drake, R. A., Downing, J. W. y Krosnick, J. A. (1991). Some dynamic properties of attitude structures: Context-induced response facilitation and polarization. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60,193-202.
- Kahle, L. R. y Berman, J.J. (1979). Attitudes cause behavior: A cross-lagged panel analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37,315-321.
- Kallgren, C. A. y Wood, W. (1986). Access to attitude-relevant information in memory as a determinant of attitude-behavior consistency. *Journal of Experimental Social Psychology*, 22, 328-338.
- Kashima, Y.; Gallois, C. y McCamish, M. (1993). The theory of reasoned action and cooperative behaviour: It takes two to use a condom. *British Journal of Social Psychology*, 32(3), 227-239.
- Katz, D. (1960). The functional approach to the study of attitudes. *Public Opinion Quarterly*, 24, 163-204.
- Katz, D. y Stotland, E. (1959). A preliminary statement to a theory of attitude structure and change. En S. Koch (Ed.), *Psychology: A study of a science* (Vol. 3, pp: 423-475). New York: McGraw-Hill.
- Keelan, J. P. R, Dion, K. L. y Dion, K. K. (1994). Attachment style and heterosexual relationships among young adults: A short-term panel study. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 201-214.
- Keelan, J. P., Dion, K. K. y Dion, K. L. (1998). Attachment style and relationship satisfaction: Test of a self-disclosure explanation. *Canadian Journal of Behavioural Science*, 30(1), 24-35.
- Kelley, H. H. y Thibaut, J. W. (1978). *Interpersonal relations: A theory of interdependence*. New York, Wiley.
- Kelley, H. H. (1967). Attribution theory in social psychology. En D. Levine (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol. 15, pp. 192-238). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Kelman, H. C. (1958). Compliance, identification and internalization: Three processes of attitude change. *Journal of Conflict Resolution*, 2,51-60.
- Kelman, H. C. (1974). Attitudes are alive and well and gainfully employed in the sphere of action. *American Psychologist*, 29,310-324.
- Kenny, D. A. y La Voie L. (1984). The Social Relations Model. *Advances in Experimental Social*

Referencias

- Psychology*. 18, 142-182.
- Kenny, D. A. (1994). *Interpersonal perception: A social relations analysis*. New York: The Guilford Press.
- Kim, M. S. y Hunter, J. E. (1993). Attitude-behavior relations: A meta-analysis of attitudinal relevance and topic. *Journal of Communication*, 43, 1, 101-142.
- Kirkpatrick, L. A. y Shaver, P. R. (1990). Attachment theory and religion: Childhood attachments, religious beliefs, and conversion. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 29(3), 315-334.
- Kirkpatrick, L. A. (1998b). God as a substitute attachment figure: A longitudinal study of adult attachment style and religious change in college students. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 24(9), 961-973.
- Kirkpatrick, L. A. y Shaver, P. R. (1992). An attachment-theoretical approach to romantic love and religious belief. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 266-275.
- Kirkpatrick, L. A. y Hazan, C. (1994). Attachment styles and close relationships: A four-year prospective study. *Personal Relationships*, 1, 123-142.
- Kirkpatrick, L. A. (1994). The role of attachment in religious belief and behavior. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 5, pp. 239-265). London: Jessica Kingsley.
- Kirkpatrick, L. A. (1992). An attachment-theory approach to the psychology of religion. *International Journal for the Psychology of Religion*, 2(1), 3-28.
- Kirkpatrick, L. A. y Davis, K. E. (1994). Attachment style, gender and relationship stability: A longitudinal analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 502-512.
- Kirkpatrick, L. A. (1998a). Evolution, pair-bonding, and reproductive strategies: A reconceptualization of adult attachment. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships*, (pp. 353-393). New York: The Guilford Press.
- Klinger, E. (1977). *Meaning and void: Inner experience and the incentives in people's lives*. Minneapolis: Minnesota Press.
- Klohnen, E. C. y John, O. P. (1997). *A circumplex conception of internal working models of attachment*. Manuscrito enviado para publicación.
- Klohnen, E. C. y John, O. P. (1998). Working models of attachment: A theory-based prototype approach. En J. A. Simpson y W. S. Rholes, (Eds.). *Attachment theory and close*

- relationships*. (pp. 115-140). New York: The Guilford Press.
- Klohnen, E. C. y Mendelsohn, G. A. (1998). Partner selection for personality characteristics: A couple-centered approach. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 24(3), 268-278.
- Knibbe, R. A.; Oostveen, T. y Van de Goor, I. (1991). Young people's alcohol consumption in public drinking places: Reasoned behaviour or related to the situation?. *British Journal of Addiction*, 86(11), 1425-1433.
- Knobloch, L.K.; Solomon, D.H. y Cruz, M.G. (2001) The role of relationship development and attachment in the experience of romantic jealousy. *Personal Relationships*. 8(2), 205-224.
- Kobak, R. R. (1994). Adult attachment: A personality or relationship construct? *Psychological Inquiry*, 5(1), 42-44.
- Kobak, R. R.; Sudler, N. y Gamble, W. (1991) Attachment and depressive symptoms during adolescence: A developmental pathways analysis. *Development and Psychopathology*, 3(4), 461-474
- Kobak, R. R. y Hazan, C. (1991). Attachment in marriage: Effects of security and accuracy of working models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60, 861-869.
- Kobak, R. R. y Sceery, A. (1988). Attachment in late adolescence: Working models, affect regulation, and representations of self and others. *Child Development*, 59, 135-146.
- Koestner, R., Bernieri, F. y Zuckerman, M. (1992). Self-regulation and consistency between attitudes, traits and behaviors. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 52-59.
- Koffka, K. (1935). *Principles of gestalt psychology*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Köhler, W. (1929). *Gestalt psychology*. New York: Liveright.
- Kothandapani, V. (1971). Validation of feeling, belief, and intention to act as three components of attitude and their contribution to prediction of contraceptive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 19,321-333.
- Kraus, S. J. (1995). Attitudes and the prediction of behavior: A meta-analysis of the empirical literature. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21(1), 58-75.
- Krausz, M.; Bizman, A. y Braslavsky, D.(2001) Effects of attachment style on preferences for and satisfaction with different employment contracts: An exploratory study. *Journal of Business and Psychology*, 16(2), 299-316
- Krech, D. y Crutchfield, R. S. (1948). *Theory and problems of social psychology*. New York:

Referencias

McGraw-Hill.

- Krosnick, J. A., Boninger, D. S., Chuang, Y. C., Berent, M. K y Carnot, C. G. (1993). Attitude strength: one construct or many related constructs?. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 1132-1151.
- Krosnick, J. A. y ; Abelson, R. P. (1992) The case for measuring attitude strength in surveys. En J. M. Tanur. (Ed). *Questions about questions, Inquiries into the cognitive bases of surveys*. (pp. 177- 203). New York: Russell Sage Foundation.
- Krosnick, J. A., Betz, A. L, Jussim, L. J. y Lynn, A. R. (1992). Subliminal conditioning of attitudes. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 152-162.
- Krosnick, J. A. y Petty, R. E. (1995). Attitude strength: an overview. En R. E. Petty y J. A. Krosnick (Eds.), *Attitude Strength: Antecedents and consequences*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum, pp. 247-282.
- Kruglanski, A. W. (1989) *Lay epistemics and human knowledge: Cognitive and motivational bases*. New York: Plenum Press
- Kurland, N. B. (1995). Ethical intentions and the theories of reasoned action and planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 25, 297-313.
- Kutner, B., Wilkins, C., y Yarrow, P. R. (1952). Verbal attitudes and overt behavior involving racial prejudice. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 47, 649-652.
- Lam, S.P. (1999). Predicting intentions to conserve water from the theory of planned behavior, perceived moral obligation and perceived water right. *Journal of Applied Social Psychology*, 29, 5, 1058-1071.
- Lamb, M. E., Thompson, R. A., Gardner, W. P, Charnov, E. L. y Estes, D. (1985). Security of infantile attachment as assessed in the strange situation: Its study and biological interpretation. *Annual Progress in Child Psychiatry and Development*, 53-114.
- Lameiras, M. (1997). *Las actitudes: situación actual y ámbitos de aplicación*. Promolibro: Valencia.
- LaPiere, R. T. (1934). Attitudes vs. actions. *Social Forces*, 13, 230-237.
- Laurenceau, J. P.; Barrett, L. F.; y Pietromonaco, P. R. (1998) Intimacy as an interpersonal process: The importance of self-disclosure, partner disclosure, and perceived partner responsiveness in interpersonal exchanges. *Journal of Personality and Social Psychology*.74(5), 1238-1251
- Lavine, H.; Thomsen, C. J.; Zanna, M. P. y Borgida, E.(1998) On the primacy of affect in the

- determination of attitudes and behavior, The moderating role of affective cognitive ambivalence. *Journal of Experimental Social Psychology*, 34(4), 398- 421.
- Lee, J. A. (1988). Love-styles. En R. J. Sternberg y M. Barnes (Eds.), *The psychology of love*, (pp. 38-67). New Haven, CT: Yale University Press.
- Lee, J. A. (1973). *The colors of love: An exploration of the ways of loving*. Ontario: New Press.
- Leone, L; Perugini, M. y Ercolani, A.P. (1999). A comparison of three models of attitude-behavior relationship in the studying behavior domain. *European Journal of Social Psychology*, 29, 161-189.
- Lepper, M. R.; Greene, D. y Nisbett, R. E. (1973) Undermining children's intrinsic interest with extrinsic reward: A test of the "overjustification" hypothesis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 28(1), 129-137.
- Levy, M. B. y Davis, K. E. (1988). Lovestyles and attachment styles compared: Their relations to each other and to various relationship characteristics. *Journal of Social and Personal Relationships*, 5, 439-471.
- Lewis, M., Feiring, C. y Rosenthal, S. (2000). Attachment over time. *Child Development*, 71(3), 707-720.
- Lewis, M. (1972). State as an infant-environment interaction: An analysis of mother-infant interactions as a function of sex. *Merrill-Palmer Quarterly*, 18, 95-121.
- Lewis, M. y Feiring, C. (1991). Attachment as personal characteristic or a measure of environment. En J. Gewirtz y B. Kurtines (Eds.), *Intersections with attachment*. Hilldale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates. pp. 1-21.
- Lewis, M. (1999). Contextualism and the issue of continuity. *Infant Behavior and Development*, 22(4), 431-444.
- Liberman, A. y Chaiken, S. (1996) The direct effect of personal relevance on attitudes. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22(3), 269-279.
- Likert, R. (1932). A technique for the measurement of attitudes. *Archives of Psychology* 140, 5-53.
- Liska, A.Z. (1984). A critical examination of the causal structure of the Fishbein y Ajzen attitude-behavior model. *Social Psychology Quarterly*, 47, 61-74.
- Liska, A.Z. (1974). Emergent issues in the attitude-behavior consistency controversy. *American Sociological Review*, 39, 261-272.

Referencias

- Lord, C. G. y Lepper, M. R. (1999). Attitude Representation Theory. En M. P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 31. (pp. 265-343). San Diego, CA, US: Academic Press.
- Lorenz, K. (1935). The companion in the bird's world. The fellow-member of the species as releasing factor of social behavior. *Journal fuer Ornithologie*, 83, 137-213.
- Lorenz, K. Z. (1958). The evolution of behavior. *Scientific American*, 199(6), 67-83.
- Lott, A. J. y Lott, B. E. (1968). A learning theory approach to interpersonal attitudes. En A.G. Greenwald, T.C. Brock. y T. M. Ostrom (Eds.), *Psychological Foundation of Attitudes* (pp. 67-88). San Diego, CA: Academic Press.
- Lott, B. E. (1955). Attitude formation: The development of a color preference response through mediated generalization. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 50, 321-326.
- Lydon, J. E., Zanna, M. P. y Ross, M. (1988). Bolstering attitudes by autobiographical recall: Attitude persistence and selective memory. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 14, 78-86.
- Lykken, D. T., Bouchard, T. J., McGue, M. y Tellegen, A. (1993). Heretability of interests: a twin study. *Journal of Applied Psychology*, 78, 641-649.
- Lyons-Ruth, K., Alpern, L. y Repacholi, B. (1993). Disorganized infant attachment classification and maternal psychosocial problems as predictors of hostile-aggressive behavior in the preschool classroom. *Child Development*, 64, 572-585.
- Madden, T. J.; Ellen, P. S. y Ajzen, I. (1992). A comparison of the theory of planned behavior and the theory of reasoned action. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 1, 3-9.
- Main, M. y Solomon, J. (1986). Discovery of an insecure disorganized/disoriented attachment pattern: Procedures, findings and implications for classification of behavior. En M. Yogman y T. B. Brazelton (Eds.), *Affective development in infancy* (pp. 95-124). Norwood, NJ: Ablex.
- Main, M. (1991). Metacognitive knowledge, metacognitive monitoring and singular (coherent) vs. multiple (incoherent) model of attachment. En C. M. Parkes; J. Stevenson-Hinde y P. Marris (Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 127-159). London: Tavistock/Routledge.
- Main, M. y Weston, D. R. (1981). The quality of the toddler's relationship to mother and to father: Related to conflict behavior and the readiness to establish new relationships. *Child Development*, 52, 932-940.

- Main, M., Kaplan, N. y Cassidy, J. (1985). Security in infancy, childhood and adulthood: A move to the level of representation. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1y2), 66-104.
- Malatesta, C. Z. y Wilson, A. (1988). Emotion cognition interaction in personality development: A discrete emotions, functionalist analysis. *British Journal of Social Psychology*, 27(1), 91-112.
- Man, K. y Hamid, P. N. (1998). The relationship between attachment prototypes, self-esteem, loneliness and causal attributions in Chinese trainee teachers. *Personality and Individual Differences*, 24(3), 357-371.
- Manstead, A. S. R. (1996). Attitudes and behaviour. En G.R. Semin & K. Fiedler (Eds), *Applied Social Psychology*. Sage Publications: London.
- Manstead, A. S. R. y Van Eekelen, S. A. M. (1998). Distinguishing between perceived behavioral control and self-efficacy in the domain of academic achievement and behaviors. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 15, 1375-1392.
- Manstead, A. S. R. y Parker, D. (1995). Evaluating and extending the theory of planned behaviour. *European Review of Social Psychology*, 6, 69-95.
- Marcoux, B. C. y Shope, J. T. (1997). Application of the theory of planned behavior to adolescent use and misuse of alcohol. *Health Education Research*, 12(3), 323-331.
- Markus, H. y Zajonc, R. B. (1985). The cognitive perspective in social psychology. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *Handbook of social psychology* (3ª ed., Vol. 1, pp. 137-230). New York: Random House.
- Matas, L., Arend, R. A. y Sroufe, L. A. (1978). Continuity of adaptation in the second year: The relationship between quality of attachment and later competence. *Child Development*, 49, 547-556.
- Mauricio, A. M. y Gormley, B. (2001) Male perpetration of physical violence against female partners. *Journal of Interpersonal Violence*, 16(10), 1066-1081
- McAdams, D. P. (1989). *Intimacy: The need to be close*. New York: Doubleday.
- McArthur, L. Z., Kiesler, C. A. y Cook, B. P. (1969). Acting on an attitude as a function of self-percept and inequity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 12, 295-302.
- McCann, H. J. (1986). Intrinsic intentionality. *Theory and Decision*, 20(3), 247-273.
- McCarthy, G. (1999). Attachment style and adult love relationships and friendships: A study of a

Referencias

- group of women at risk of experiencing relationship difficulties. *British Journal of Medical Psychology*, 72(3), 305-321.
- McCaul, K. D.; O'Neill, H. K. y Glasgow, R. E. (1988). Predicting the performance of dental hygiene behaviors: An examination of the Fishbein and Ajzen model and self-efficacy expectations. *Journal of Applied Social Psychology*, 18(2), 114-128.
- McClellan, A. C. y Killeen, M. R. (2000). Attachment theory and violence toward women by male intimate partners. *Journal of Nursing Scholarship*, 32(4), 353-360.
- McCrae, R. R. y Costa, P. T. (1985) Comparison of EPI and psychoticism scales with measures of the five-factor model of personality. *Personality and Individual Differences*, 6(5), 587-597
- McDermott, R. (1998). Adolescent HIV prevention and intervention: a prospect theory analysis. *Psychology, Health and Medicine*, 3(4), 371-387.
- McGuire, W. I. (1985). Attitudes and attitude change. En O. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *Handbook of social psychology* (3rd ed., Vol. 2, pp. 233-346). New York: Random House.
- Mickelson, K. D., Kessler, R. C. y Shaver, P. R. (1997). Adult attachment in a nationally representative sample. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73(5), 1092-1106.
- Mikulincer, M. y Nachshon, O. (1991). Attachment styles and patterns of self-disclosure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 321-331.
- Mikulincer, M., Orbach, I. e Iavnieli, D. (1998). Adult attachment style and affect regulation: Strategic variations in subjective self-other similarity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75 (2), 436-448.
- Mikulincer, M., Florian, V. y Weller, A. (1993). Attachment styles, coping strategies, and posttraumatic psychological distress: The impact of the Gulf War in Israel. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 817-826.
- Mikulincer, M. y Shaver, P. R. (2001). Attachment theory and intergroup bias: Evidence that priming the secure base schema attenuates negative reactions to out-groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81(1), 97-115.
- Mikulincer, M., Florian, V. y Tolmacz, R. (1990). Attachment styles and fear of personal death: A case study of affect regulation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58(2), 273-280.
- Mikulincer, M. y Erev, I. (1991). Attachment style and the structure of romantic love. *British Journal of Social Psychology*, 30(4), 273-291.

- Mikulincer, M. (1997). Adult attachment style and information processing: Individual differences in curiosity and cognitive closure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72(5), 1217-1230.
- Mikulincer, M. y Florian, V. (1998) The relationship between adult attachment styles and emotional and cognitive reactions to stressful events. En J. A. Simpson y W. S. Rholes (Ed). *Attachment theory and close relationships*. (pp. 143-165). New York: The Guilford Press.
- Mikulincer, M. (1998). Attachment working models and the sense of trust: An exploration of interaction goals and affect regulation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74(5), 1209-1224.
- Mikulincer, M. y Arad, D. (1999). Attachment working models and cognitive openness in close relationships: A test of chronic and temporary accessibility effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(4), 710-725.
- Milgram, S. (1974). *Obedience to authority: An experimental view*. New York: Harper y Row.
- Millar, M. G. y Tesser, A. (1989). The effects of affective-cognitive consistency and thought on the attitude-behavior relation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 25, 189-202.
- Millar, M.G. y Millar, K.U. (1990). Attitude change as a function of attitude type and argument type. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 217-228.
- Millar, M. G. y Tesser, A. (1986). Effects of affective and cognitive focus on the attitude-behavior relation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 270-276.
- Miller, L. C., Kenny, D. A. (1986). Reciprocity of self-disclosure at the individual and dyadic levels: A social relations analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50(4), 713-719.
- Miller, L. E. y Grush, J. E. (1986). Individual differences in attitudinal versus normative determination of behavior. *Journal of Experimental Social Psychology*, 22(3), 190-202.
- Millstein, S.G. (1996). Attitudes and behaviour. In: G.R. Semin & Fiedler (Eds): *Applied Social Psychology*. Sage Publications: London.
- Millstein, S.G. (1996). Utility of the theories of reasoned action and planned behavior for predicting physician behavior: a prospective analysis. *Health Psychology*, 15, 5, 398-402.
- Miniard, P. W. y Cohen, J. B. (1981). An examination of the Fishbein-Ajzen behavioral-intentions model's concepts and measures. *Journal of Experimental Social Psychology*, 17, 309-339.
- Mischell, W. (1968). *Personality and Assessment*. New York: Wiley.

Referencias

- Money, J. (1980). *Love and love sickness: The science of sex, gender difference, and pair-bonding*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Monteoliva, A.; García, J. M. A. y Calvo, A. (2000) Influencia de la conducta pasada en la predicción de la conducta futura desde la teoría de la acción planificada. En D. Caballero, T. Méndez y J. Pastor (Eds), *La mirada psicosociológica: grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Morrison, D.M.; Baker, S.A. y Gillmore, M.R. (1998). Condom use among high-risk heterosexual teens: a longitudinal analysis using the theory of reasoned action. *Psychology and Health*, 13, 207-222.
- Moshenko, B. J. (1998) Interpersonal intimate relationships in adult men: sequelae of childhood attachments current attachment style and commitment. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 58(9-B), 5195.
- Muris, P.; Meesters, C.; van Melick, M. y Zwambag, L.(2001) Self-reported attachment style, attachment quality, and symptoms of anxiety and depression in young adolescents. *Personality and Individual Differences*, 30(5), 809-818
- Nauha, S. y Silven, M. (2000) Does childhood attachment predict the choice of spouse? *Psykologia*, 35(1), 71-82
- Netemeyer, R. G. y Burton, S. (1990). Examining the relationships between voting behavior, intention, perceived behavioral control, and expectation. *Journal of Applied Social Psychology*, 20, 661-680.
- Noller, P. y Clarke, S. (1995). *Attachment to God: links of religion to attachment theory and mental health*. Comunicación presentada a la National Council of Family Relations, Portland, OR.
- Norman, R. (1975). Affective-cognitive consistency, attitudes, conformity, and behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 83-91.
- Norman, P. y Conner, M. (1996). Predicting health-check attendance among prior attenders and nonattenders: The role of prior behavior in the theory of planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 26(11), 1010-1026.
- Notani, A.S. (1998). Moderators of perceived behavioral control's predictiveness in the theory of planned behavior: a meta-analysis. *Journal of Consumer Psychology*, 7(3), 247-271.
- O'Callaghan, F. V.; Callan, V. J. y Baglioni, A. (1999). Cigarette use by adolescents: Attitude-behavior relationships. *Substance Use and Misuse*, 34(3), 455-468.
- O'Connor, E., Pan, H., Waters, E. y Posada, G. (1995). *Attachment classification, romantic jealousy*

- and aggression in couples*. Comunicación presentada al encuentro bienal de la Sociedad para la Investigación en Desarrollo Infantil, Indianapolis, Indiana.
- Ognibene, T. C. y Collins, N. L. (1998). Adult attachment styles, perceived social support and coping strategies. *Journal of Social and Personal Relationships*, 15(3), 323-345.
- Olson, J. M. y Zanna, M. P. (1987). Understanding and promoting exercise: A social psychological perspective. *Canadian Journal of Public Health*, 78, S1-S7.
- Olson, J. M., Vernon, P. A. y Aitken, J. (2001). The heritability of attitudes: A study of twins. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(6), 845-860.
- Orne, M. T. (1962). On the social psychology of the psychological experiment: With particular reference to demand characteristics and their implications. *American Psychologist*, 17, 776-783.
- Osgood, C.E., Suci, G.J. y Tannenbaum, P.H. (1957). *The measurement of meaning*. Urbana: University of Illinois Press.
- Ostrom, T. M. (1969). The relationship between the affective, behavioral and cognitive components of attitude. *Journal of Experimental Social Psychology*, 5, 12-30.
- Ouellette, J.A. y Wood, W. (1998). Habit and intention in everyday life: the multiple processes by which past behavior predicts future behavior. *Psychological Bulletin*, 124, 1, 54-74.
- O'Keefe, D.J. (1980). The relationship of attitudes and behavior: A constructivist analysis. En D.P. Cushman y R.D. McPhee (Eds): *Message-attitude-behavior relationship*. Academic Press: New York, 117-148.
- Páez, D.; Ubillos, S.; Pizarro, M. y León, M. (1994). Modelos de creencias de salud y de la acción razonada aplicados al caso del SIDA. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 47, 2, 141-149.
- Parker, D. y Manstead, A.S.R. (1996). The social psychology of driver behaviour. En G.R. Semin y K. Fiedler (Eds), *Applied Social Psychology*. Sage Publications: London.
- Parker, D.; Manstead, A.S.R.; Stradling, S.G.; Reason, J.T. y Baxter, J.S. (1992). Intention to commit driving violations: an application of the theory of planned behavior. *Journal of Applied Psychology*, 77, 1, 94-101.
- Parker, D., Manstead, A.S.R. y Stradling, S.G. (1995). Extending the theory of planned behaviour: The role of personal norm. *British Journal of Social Psychology*, 34, 127-137.
- Parker, D.; Stradling, S. G. y Manstead, A. S. R. (1996). Modifying beliefs and attitudes to

Referencias

- exceeding the speed limit: An intervention study based on the theory of planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 26(1), 1-19.
- Parkes, C. M. (1975). Psycho-social transitions: Comparison between reactions to loss of a limb and loss of a spouse. *British Journal of Psychiatry*, 127, 204-210.
- Peak, H. (1955). Attitude and motivation. En M. R. Jones (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol.3, pp. 149-188). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Peele, S. (1975). *Love and addiction*. New York: Taplinger.
- Perlman, D. y Fehr, B. (1987). The development of intimate relationships. En D. Perlman y S. Duck (Eds.), *Intimate relationships: Development, dynamics, and deterioration*. (pp. 13-42). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Personality and Social Psychology Bulletin*, 26(11), 1421-1432.
- Personality and Individual Differences*, 19(2), 235-241
- Petrova, K. G., Ajzen, I. y Driver, B. L. (1995). Salience of anti-abortion beliefs and commitment to an attitudinal position: on the strength, structure and predicative validity of anti-abortion attitudes. *Journal of Applied Social Psychology*, 25, 463-483.
- Petty, R. E. y Krosnick J. A (1995.), *Attitude Strength: Antecedents and consequences*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum
- Petty, R. E.; Wegener, D. T. y Fabrigar, L. R. (1997). Attitudes and attitudes change. *Annual Review of Psychology*, 48, 609-647.
- Petty, R. E. y Cacioppo, J. T. (1986). *Communication and persuasion: Central and peripheral routes to attitude change*. New York: Springer-Verlag.
- Petty, R. E. y Cacioppo, J. T. (1981). *Attitudes and persuasion: Classic and contemporary approaches*. Dubuque, IA: Brown Company Publishers.
- Pfaller, J., Kiselica, M. y Gerstein, L. (1998). Attachment style and family dynamics in young adults. *Journal of Counseling Psychology*, 45(3), 353-357.
- Pianta, R. C.; Egeland, B. y Adam, E. K. (1996) Adult attachment classification and self-reported psychiatric symptomatology as assessed by the Minnesota Multiphasic Personality Inventory--2. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 64(2), 273-281
- Pierce, G. R.; Sarason, B. R. y Sarason, I. G. (1992). General and specific support expectations and stress as predictors of perceived supportiveness: An experimental study. *Journal of*

- Personality and Social Psychology*, 63, 297-307.
- Pietromonaco, P. R. y Carnelley, K. B. (1994). Gender and working models of attachment: Consequences for perceptions of self and romantic relationships. *Personal Relationships*, 1, 63-82.
- Pincus, A. L. y Wilson, K. R. (2001) Interpersonal variability in dependent personality. *Journal of Personality*, 69(2), 223-251
- Pistole, M. C. (1993) Attachment relationships: self-disclosure and trust. *Journal of mental health counseling*. 15(1), 94-106
- Pistole, M. C. (1989). Attachment in adult romantic relationships: Style of conflict resolution and relationship satisfaction. *Journal of Social and Personal Relationships*, 6, 505-510.
- Planalp, S. (1987). Interplay between relational knowledge and events. En R. Burnett, P. McGhee, et. al. (Eds.), *Accounting for relationships: Explanation, representation and knowledge*, (pp. 175-191). New York: Methuen.
- Pomazal, R. J. y Jaccard, J. J. (1976). An informational approach to altruistic behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 33, 317-326.
- Pottharst, K. (1990). The search for methods and measures. En K. Pottharst (Ed), *Research explorations in adult attachment*. American University studies, Serie 8, Psicología (Vol. 14, pp. 9-37). New York: Peter Lang Publishing.
- Powell, M. C. y Fazio, R. H. (1984). Attitude accessibility as a function of repeated attitudinal expression. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 139-148.
- Pratkanis, A. R. y Greenwald, A.G. (1989). A sociocognitive model of attitude structure and function. *Advances in Experimental Social Psychology*, 22, 245-285.
- Pratkanis, A. R. (1989). The cognitive representation of attitudes. En A. R. Pratkanis, S.J. Breckler y A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function*, (pp.71-98). Hilldale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Priel, B. y Shamai, D.(1995) Attachment style and perceived social support: Effects on affect regulation.
- Prislin, R. (1996) Attitude stability and attitude strength, One is enough to make it stable.
- Quine, L.; Rutter, D.R. y Arnold, L. (1998). Predicting and understanding safety helmet use among schoolboy cyclists: a comparison of the theory of planned behaviour and the health belief model. *Psychology and Health*, 13, 251-269.

Referencias

- Raats, M. M.; Shepherd, R. y Sparks, P. (1995). Including moral dimensions of choice within the structure of the theory of planned behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 25(6), 484-494.
- Raden, D. (1985). Strength-related attitude dimensions. *Social Psychology Quarterly*, 48, 312-330.
- Rahim, M. A. (1983). A measure of styles of handling interpersonal conflict. *Academy of Management Journal*, 26, 368-376.
- Rands, M., Levinger, G. y Mellinger, G. D. (1981). Patterns of conflict resolution and marital satisfaction. *Journal of Family Issues*, 2, 297-321.
- Reedy, M. N.; Birren, J. E. y Schaie, K. W. (1981) Age and sex differences in satisfying love relationships across the adult life span. *Human Development*, 24(1), 52-66
- Regan, D. T. y Fazio, R. H. (1977). On the consistency between attitudes and behavior: Look to the method of attitude formation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 13, 28-45.
- Reinecke, J.; Schmidt, P. y Ajzen, I. (1996). Application of the theory of planned behavior to adolescents' condom use: A panel study. *Journal of Applied Social Psychology*, 26(9), 749-772.
- Reis, H. T. (1985). On specificity in the impact of social participation on physical and psychological health. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48(2), 456-471.
- Reis, H. T. (1990). Intimacy and sexuality in the elderly: Discussion. The role of intimacy in interpersonal relations. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 9(1), 15-30.
- Reis, H. T. y Knee, C. R. (1996). What we know, what we don't know, and what we need to know about relationship knowledge structures. En G. J. Fletcher y J. Fitness (Eds.), *Knowledge structures in close relationships: A social psychological approach*. (pp. 169-191). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Reis, H. T. y Patrick, B. C. (1996). Attachment and intimacy: Component processes. En E. T. Higgins y A. W. Kruglanski (Eds.), *Social psychology: Handbook of basic principles*, (pp. 523-563). New York: The Guilford Press.
- Reis, H. T. y Shaver, P. (1988). Intimacy as an interpersonal process. En S. Duck y D. F. Hay (Eds.), *Handbook of personal relationships: Theory, research and interventions*, (pp. 367-389). New York, NY: John Wiley and Sons.
- Reis, H. T. y Franks, P. (1994). The role of intimacy and social support in health outcomes: Two processes or one? *Personal Relationships*, 1(2), 185-197.

- Remshard, M. E. (1999) Adult attachment styles, love styles, sexual attitudes, and sexual behaviors of college students. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*,
- Rholes, W. S., Simpson, J. A. y Orina, M. M. (1999). Attachment and anger in an anxiety-provoking situation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76(6), 940-957.
- Rice, K. G. (1990). Attachment in adolescence: A narrative and metaanalytic review. *Journal of Youth and Adolescence*, 19, 511-538.
- Richard, R.; van der Pligt, J. y de Vries, N. (1995). Anticipated affective reactions and prevention of AIDS. *British Journal of Social Psychology*, 34, 9-21.
- Richardson, H. R. L; Beazley, R. P; Delaney, M. E. y Langille, D. B. (1997). Factors influencing condom use among students attending high school in Nova Scotia. *Canadian Journal of Human Sexuality*, 6(3), 185-196.
- Ricks, M. H. (1985). The social transmission of parental behavior: Attachment across generations. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1y2), 211-227.
- Riggins, E. C. (1999). The measurement of attachment styles, dimensions and intensity across adult age groups. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*. 60(1-B), 0391.
- Rivera, D. L. (1999). Adult attachment patterns and their relationship to marital satisfaction. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(11-B), 6120.
- Rodríguez, A. y Seoane, J. (1989). *Creencias, actitudes y valores*. Madrid: Alhambra.
- Rokeach, M. (1968). *Beliefs, attitudes and values: A theory of organization and change*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Rokeach, M. (1973). *The nature of human values*. New York: Free Press.
- Ronis, D. L., Yates, J. F. y Kirscht, J. P. (1989). Attitudes, decisions and habits as determinants of repeated behavior. En A. R. Pratkanis, S. J. Breckler, y A. G. Greenwald, (Eds.), *Attitude Structure and Function*. Hilldale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Rosenberg, M. J. (1953). The experimental investigation of a value-theory of attitude structure (tesis Doctoral, Universidad de Michigan). *Dissertation Abstracts International*, 13, 899.
- Rosenberg, M. J. (1956). Cognitive structure and attitudinal affect. *Journal of Abnormal and Social*

Referencias

- Psychology*, 53, 367-372.
- Rosenberg, M.J. (1960). An analysis of affective-cognitive consistency. En C. I. Hovland, y M. J. Rosenberg (Eds.), *Attitude organization and change: An analysis of consistency among attitude component* (pp. 15-64). New Haven, CT: Yale University Press.
- Rosenberg, M.J. y Hovland, C. I. (1960). Cognitive, affective, and behavioral components of attitudes. En C. I. Hovland, y M. J. Rosenberg (Eds.), *Attitude organization and change: An analysis of consistency among attitude components* (pp. 1-14). New Haven, CT: Yale University Press.
- Ross, L.; Greene, D. y House, P. (1977) The false consensus effect: An egocentric bias in social perception and attribution processes. *Journal of Experimental Social Psychology*, 13(3), 279-301
- Rothbard, J. C. y Shaver, P. R. (1994). Continuity of attachment across the life span. En M. B. Sperling y W. H. Berman (Eds.), *Attachment in adults: Theory, assessment, and treatment*, (pp. 31-71). New York: Guilford.
- Rubenstein, C. y Shaver, P (1982). *In search of intimacy*. New York: Delacorte.
- Rutter, M. (1990). Psychosocial resilience and protective mechanisms. En J. E. Rolf, A. N. Masten; et-al. (Eds.), *Risk and protective factors in the development of psychopathology*. (pp. 181-214). New York: Cambridge University Press.
- Sagi, A., van Ijzendoorn, M. H., Scharf, M., Koren-Karie, N., et. al. (1994). Stability and discriminant validity of the Adult Attachment Interview: A psychometric study in young Israeli adults. *Developmental Psychology* 30(5), 771-777.
- Salancik, G. R. y Conway, M. (1975). Attitude inferences from salient and relevant cognitive content about behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 829-840.
- Sanbonmatsu, D. M. y Fazio, R. H. (1990). The role of attitudes in memory-based decision making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 614-622.
- Sanders, J. A., Wiseman, R. L. y Matz, S. I. (1991). Uncertainty reduction in acquaintance relationships in Ghana and the United States. En S. Ting-Toomey y F. Korzenny (Eds.), *Cross-cultural interpersonal communication. International and intercultural communication annual*, Vol. 15. (pp. 79-98). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Sarnoff, I. y Katz, D. (1954). The motivational basis of attitude change. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 49, 115-124.
- Sawyer, A. G. (1975). Demand artifacts in laboratory experiments in consumer research. *Journal*

- of Consumer Research*, 1(4), 20-30.
- Scharfe, E. y Bartholomew, K. (1994). Reliability and stability of adult attachment patterns. *Personal Relationships*, 1, 23-43.
- Schifter, D. y Ajzen, I. (1985). Intention, perceived control, and weight loss: an application of the Theory of Planned Behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 3, 843-851.
- Schirmer, L. L. (2000) Interrelationships among adult attachment style, work stress, social support, and indexes of strain. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 60(7-A), 2389
- Schirmer, L. L. y Lopez, F. G. (2001) Probing the social support and work strain relationship among adult workers: Contributions of adult attachment orientations. *Journal of Vocational Behavior*, 59(1), 17-33
- Schuette, R. A. y Fazio, R. H. (1995). Attitude accessibility and motivation as determinants of biased processing: A test of the MODE model. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 704-710.
- Schuman, H. y Johnson, M. P. (1976). Attitudes and behavior. *Annual Review of Sociology*, 2, 161-207.
- Schwarz, N. y Strack, F. (1991). Context effects in attitude surveys: Applying cognitive theory to social research. En W. Stroebe y M. Hewstone (Eds.), *European review of social psychology* (Vol.2, pp.31-50). Chichester, England: Wiley.
- Schwarz, N. (2000). Social judgment and attitudes: warmer, more social, and less conscious. *European Journal of Social Psychology*, 30, 149-176.
- Sears, D. O. y Funk, C. L. (1991). The role of self-interest in social and political attitudes. En M. P. Zanna (Ed), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 24, pp.2-91). San Diego, CA: Academic Press.
- Sears, D. O. (1986). College students in the laboratory: Influences of a narrow data base on social psychology's view of human nature. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 515-530.
- Seifer, R., Schiller, M., Sameroff, A. J., Resnick, S. y Riordan, K. (1996). Attachment, maternal sensitivity, and infant temperament during the first year of life. *Developmental Psychology*, 32, 12-15.
- Senchak, M. y Leonard, K. E. (1992). Attachment styles and marital adjustment among newlywed couples. *Journal of Social and Personal Relationships*, 9, 5144.

Referencias

- Shaver, P. R. y Hazan, C. (1994). Attachment. En A. L. Weber y J. H. Harvey (Eds.), *Perspectives on close relationships*. (pp. 110-130). Needham Heights, MA, US: Allyn y Bacon.
- Shaver, P. R. y Fraley, R. C. (2000). *Self-Report measures of a attachment*. [on line]. Obtenido el 5 de Octubre de 2001 en URL: <http://psychology.ucdavis.edu/Shaver/measures.html>.
- Shaver, P. R.; Collins, N. y Clark, C. L. (1996) Attachment styles and internal working models of self and relationship partners. En : G. J. O. Fletcher y J. Fitness (Ed). *Knowledge structures in close relationships: A social psychological approach*. (pp. 25-61). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates,
- Shaver, P. R. y Brennan, K. A. (1992). Attachment styles and the "big five" personality traits: Their connections with each other and with romantic relationship outcomes. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 536-545.
- Shaver, P. R., Belsky, J. y Brennan, K. A. (2000). The adult attachment interview and self-reports of romantic attachment: Associations across domains and methods. *Personal Relationships*, 7(1), 25-43.
- Shaver, P. R. y Hazan, C. (1993). Adult romantic attachment: Theory and evidence. En D. Perlman y W. Jones (Eds.), *Advances in personal relationships* (Vol. 4, pp. 29-70). London: Jessica Kingsley.
- Shaver, P. R., Hazan, C. y Bradshaw, D. (1988). Love as attachment: The integration of three behavioral systems. En R. J. Sternberg y M. Barnes (Eds.), *The psychology of love* (pp. 68-99). New Haven, CT: Yale University Press.
- Shaver, P. R. y Hazan, C. (1988). A biased overview of the study of love. *Journal of Social and Personal Relationships*, 5, 473-501.
- Shaver, P. R.; Papalia, D.; Clark, C. L.; Koski, L. R.; et-al (1996) Androgyny and attachment security: Two related models of optimal personality. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22(6), 582-597
- Shavitt, S. (1990). The role of attitude objects in attitude functions. *Journal of Experimental Social Psychology*, 26, 124-148.
- Shaw, M.E. y Wright, J.M. (1967). *Scales for the measurement of attitudes*. New York: McGraw-Hill.
- Sheeran, P. y Orbell, S. (1998). Do intentions predict condom use? Meta-analysis and examination of six moderator variables. *British Journal of Social Psychology*, 37(2), 231-250.
- Sheeran, P. y Orbell, S. (1999). Implementation intentions and repeated behaviour: augmenting the

- predictive validity of the theory of planned behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 29, 349-369.
- Sheeran, P.; Norman, P. y Orbell, S. (1999). Evidence that intentions based on attitudes better predict behaviour than intentions based on subjective norms. *European Journal of Social Psychology*, 29, 403-406.
- Sheeran, P. y Orbell, S. (2000). Self-schemas and the theory of planned behaviour. *European Journal of Social Psychology*, 30(4), 533-550.
- Sheeran, P.; Orbell, S. y Trafimow, D. (1999). Does the temporal stability of behavioral intentions moderate intention-behavior and past behavior-future behavior relations?. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25, 6, 721-730.
- Shepherd, G. J. (1987). Individual differences in the relationship between attitudinal and normative determinants of behavioral intent. *Communication Monographs*, 54(2), 221-231.
- Sheppard, B. H., Hartwick, J. y Warshaw, P. R. (1988). The theory of reasoned action: A meta-analysis of past research with recommendations for modifications and future research. *Journal of Consumer Research*, 15, 325-343.
- Sherif, M. y Cantril, H. (1947). *The psychology of ego-involvements: Social attitudes and identifications*. New York: Wiley.
- Shi, L. (1999) Conflict resolution in romantic relationships: An examination of adult attachment and early attachment experience. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 60(4-B), 1903
- Shrigley, R.L. y Koballa, T. R. (1992). A decade of attitude research based on Hovland's learning theory model. *Science Education*, 76, 1, 17-42.
- Shumaker, S. A. y Taylor, R. B. (1983). Toward a clarification of people-place relationships: a model of attachment to place. En N. R. Feimer y E. S. Geller (Eds.), *Environmental Psychology. Directions and perspectives*. New York: Praeger.
- Sideridis, G.D.; Kaissidis, A. y Padeliadu, S. (1998). Comparison of the theories of reasoned action and planned behaviour. *British Journal of Educational Psychology*, 68, 563-580.
- Silverberg, S. B; Vazsonyi, A. T.; Schlegel, A. E. y Schmidt, S. (1998) Adolescent apprentices in Germany: Adult attachment, job expectations, and delinquency attitudes. *Journal of Adolescent Research*, 13(3), 254-271
- Simonson, I. (1992). The influence of anticipating regret and responsibility on purchase decisions. *Journal of Consumer Research*, 19(1), 105-118.

Referencias

- Simpson, J. A. (1990). Influence of attachment styles on romantic relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 971-980.
- Simpson, J. A. y Gangestad, S. W. (1991) Personality and sexuality: Empirical relations and an integrative theoretical model. En K. McKinney y S. Sprecher (Ed) *Sexuality in close relationships*. (pp. 71-92). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates
- Simpson, J. A., Rholes, W. S. y Nelligan, J. S. (1992). Support seeking and support giving within couples in an anxiety-provoking situation: The role of attachment styles. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62, 434-446.
- Simpson, J.A., Rholes, W. S. y Phillips, D.(1996). Conflict in close relationships: An attachment perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(5), 899-914.
- Sivacek, J. y Crano, W. D. (1982). Vested interest as a moderator of attitude-behavior consistency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 210-221.
- Smallbone, S. W. y Dadds, M. R. (2000) Attachment and coercive sexual behavior. *Sexual Abuse: Journal of Research and Treatment*, 12(1), 3-15
- Smith, E. R. y Henry, S. (1996) An in-group becomes part of the self: Response time evidence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22(6), 635-642
- Smith, E. R.; Murphy, J. y Coats, S. (1999) Attachment to groups: Theory and management. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(1), 94-110
- Smith, M. B. (1947). The personal setting of public opinions: A study of attitudes toward Russia. *Public Opinion Quarterly*, 11, 507-523.
- Smith, M. J. (1998). The relationship between gender traits, sex-role egalitarian attitudes, attachment styles, and life satisfaction. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 59(5-B), 2474.
- Smith, M. B., Bruner, J.S. y White, R. W. (1956). *Opinions and personality*. New York: Wiley.
- Snyder, M. y Tanke, E. D. (1976). Behavior and attitude: Some people are more consistent than others. *Journal of Personality*, 44(3), 501-517.
- Snyder, M. (1979). Self-monitoring processes. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, (vol. 12). New York: Academic Press.
- Snyder, M. (1982). When believing means doing: Creating links between attitudes and behavior. En M. P. Zanna, E. T. Higgins, & C. P. Herman (Eds.), *Consistency in social behavior: The Ontario Symposium* (Vol. 2, pp. 105-130). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

- Snyder, M. y Rothbart, M. (1971). Communicator attractiveness and opinion change. *Canadian Journal of Behavioural Science*, 3,377-387.
- Snyder, M. (1987). *Public appearances/private realities: The psychology of self-monitoring*. New York: Freeman.
- Snyder, M. y DeBono, K. G. (1989). Understanding the functions of attitudes: Lessons for personality and social behavior. En A. R. Pratkanis, S. J. Breckler y A. G. Greenwald (Eds.), *Attitude structure and function* (pp. 339-359). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Snyder, M. (1974). Self-monitoring of expressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 30, 526-537.
- Spanier, G. B. (1976) Measuring dyadic adjustment: New scales for assessing the quality of marriage and similar dyads. *Journal of Marriage and the Family*, 38(1), 15-28.
- Sparks, P., Guthrie, C.A. y Shepherd, R. (1997). The dimensional structure of the perceived behavioral control construct. *Journal of Applied Social Psychology*, 27, 5, 418-438.
- Sparks, P. y Shepherd, R. (1992). Self-identity and the theory of planned behavior: Assessing the role of identification with "green consumerism". *Social Psychology Quarterly*, 55(4), 388-399.
- Sparks, P.; Shepherd, R. y Frewer, L. J. (1995). Assessing and structuring attitudes toward the use of gene technology in food production: The role of perceived ethical obligation. *Basic and Applied Social Psychology*, 16(3), 267-285.
- Sparks, P. y Guthrie, C. A. (1998). Self-identity and the theory of planned behavior: A useful addition or an unhelpful artifice?. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 15, 1393-1410.
- Spence, J. T. (1984) Gender identity and its implications for the concepts of masculinity and femininity. *Nebraska Symposium on Motivation*, 32: 59-95
- Spieker, S. J. (1986). Patterns of very insecure attachment found in samples of high-risk infants and toddlers. *Topics in Early Childhood Special Education*, 6(3), 37-53.
- Spitz, R. A. (1949). Are parents necessary? *Psyche*, 4, 692-707.
- Sroufe, L. A., Egeland, B. y Kreutzer, T. (1990). The fate of early experience following developmental change: Longitudinal approaches to individual adaptation in childhood. *Child Development*, 61(5), 1363-1373.
- Sroufe, L. A. y Waters, E. (1977). Attachment as an organizational construct. *Child Development*,

Referencias

- 48, 1184-1199.
- Staats, A. W. (1968). Social behaviorism and human motivation: Principles of the attitude-reinforcer-discriminative system. En A. G. Greenwald, T. C. Brock, y T. M. Ostrom (Eds.), *Psychological foundations of attitudes* (pp. 33-66). San Diego, CA: Academic Press.
- Staats, A. W. y Staats, C. K. (1958). Attitudes established by classical conditioning. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 57,37-40.
- Staats, A. W., Staats, C. K. y Crawford, H. L. (1962). First-order conditioning of meaning and the parallel conditioning of a GSR. *Journal of General Psychology*, 67, 159- 167.
- Stang, D. J. (1974). Intuition as artifact in mere exposure studies. *Journal of Personality and Social Psychology*, 30, 647-653.
- Steele, C. M. (1988). The psychology of self-affirmation: Sustaining the integrity of the self. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 21, pp. 261-302). San Diego, CA: Academic Press.
- Steen, D.M.; Peay, M.Y. y Owen, N. (1998). Predicting australian adolescents intentions to minimize sun exposure. *Psychology and Health*, 13, 111-119.
- Stefani, D. (1993). Teoría de la Acción Razonada: una aplicación a la problemática de la internación geriátrica. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 25, 2, 205-223.
- Stephan, C. W. y Bachman, G. F. (1999) What's sex got to do with it? Attachment, love schemas, and sexuality. *Personal Relationships*, 6(1), 111-123
- Stern, P. C., Dietz, T., Kalof, L. y Guagnano, G. A. (1995). Values, beliefs and preenvironmental action: attitude formation toward emergent attitude objects. *Journal of Applied Social Psychology*, 25, 1611-1636.
- Sternberg, R. J. (1986). A triangular theory of love. *Psychological Review*, 93, 119-135.
- Strahan, B. J. (1995). Predictors of depression: An attachment theoretical approach. *Journal of Family Studies*, 1(1), 33-47.
- Stryker, S. (1987). Identity theory: Developments and extensions. En K. Yardley y T. Honess (Eds.), *Self and identity: Psychosocial perspectives*. (pp. 89-103). New York: John Wiley and Sons.
- Suemer, N. y Guengor, D. (1999). Psychometric evaluation of adult attachment measures on Turkish samples and a cross-cultural comparison. *Tuerk Psikoloji Dergisi*, 14(43), 71-109.

- Sutton, S. (1998). Predicting and explaining intentions and behavior: How well are we doing?. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 15, 1317-1338.
- Taffel, C. (1955). Anxiety and the conditioning of verbal behavior. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51, 496-501.
- Tajfel, H. (1982) Social psychology of intergroup relations. *Annual Review of Psychology*, 33: 1-39
- Tajfel, H. y Turner, J. C. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. En S. Worchel y W. G. Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations*. Chicago: Nelson-Hall.
- Taylor, S. E. (1975). On inferring one's attitudes from one's behavior: Some delimiting conditions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 126-131.
- Tedeschi, J. T., Schlenker, B. R. y Bonoma, T. V. (1971). Cognitive dissonance: Private ratiocination or public spectacle? *American Psychologist*, 26, 685-695.
- Tennen, H. y Herzberger, S. (1987) Depression, self-esteem, and the absence of self-protective attributional biases. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(1), 72-80
- Tennov, D. (1979). *Love and limerence: The experience of being in love*. New York: Stein and Day.
- Terry, D.J.; Hogg, M.A. y White, K.M. (1999). The theory of planned behaviour: self-identity, social identity and group norms. *British Journal of Social Psychology*, 38, 225-244.
- Terry, D.J.; Hogg, M.A. y Duck, J.M. (1999). Group membership, social identity, and attitudes. En D. Abrams y M. A. Hogg (Eds): *Social Identity and Social Cognition*. Blackwell Publishers: USA.
- Terry, D. J. y Hogg, M. A. (1996). Group norms and the attitude-behavior relationship: A role for group identification. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22(8), 776-793.
- Terry, D. J. (1993). Self-efficacy expectancies and the theory of reasoned action. En D. J. Terry y C. Gallois (Eds); et-al., *The theory of reasoned action: Its application to AIDS-preventive behaviour*. International Series in Experimental Social Psychology, Vol. 28, (pp. 135-151). Elmsford, NY: Pergamon Press.
- Tesser, A., Whitaker, D., Martin, L. y Ward, D. (1998). Attitude heritability, attitude change and physiological responsivity. *Personality and Individual Differences*, 24, 1, 89-96.
- Tesser, A. (1993). On the importance of heritability in psychological research: The case of attitudes. *Psychological Review*, 100, 129-142.
- Theodorakis, Y. (1994). Planned behavior, attitude strength, role identity, and the prediction of

Referencias

- exercise behavior. *Sport Psychologist*, 8(2), 149-165.
- Thibaut, J. W. y Kelley, H. H. (1959). *The social psychology of groups*. New York, Wiley.
- Thoits, P. A. y Virshup, L. K. (1997). Me's and we's: Forms and functions of social identities. En R. D. Ashmore y L. J. Jussim (Eds), *Self and identity: Fundamental issues*. Vol. 1. (pp. 106-133). New York: Oxford University Press.
- Thomas, W. I. y Znaniecki, F. (1918). *The Polish peasant in Europe and America* (Vol. 1). Chicago: University Chicago Press.
- Thompson, M. M., Zanna, M. P. y Griffin, D. W. (1995). Let's not be indifferent about (attitudinal) ambivalence. En R. E. Petty y J. A. Krosnick (Eds.), *Attitude Strength: Antecedents and consequences*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum, pp. 361-386.
- Thompson, R. A., Lamb, M. E. y Estes, D. (1983). Harmonizing discordant notes: A reply to Waters. *Child Development*, 54(2), 521-524.
- Thurstone, L. L. (1928). Attitudes can be measured. *American Journal of Sociology*, 33, 529-554.
- Thurstone, L.L. y Chave, E.J. (1929). *The measurement of attitude*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tidwell, M. C. O., Reis, H. T. y Shaver, P. R. (1996). Attachment, attractiveness, and social interaction: A diary study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(4), 729-745.
- Tiffany, S. T. (1990). A cognitive model of drug urges and drug-use behavior: The role of automatic and nonautomatic processes. *Psychological Review*, 97, 147-168.
- Tittle, C. R. y Hill, R.J. (1967). Attitude measurement and prediction of behavior: An evaluation of conditions and measurement techniques. *Sociometry*, 30, 199-213.
- Trafimow, D. (1998). Attitudinal and normative processes in health behavior. *Psychology and Health*, 13, 307-317.
- Trafimow, D. (1996). The importance of attitudes in the prediction of college students' intentions to drink. *Journal of Applied Social Psychology*, 26, 2167-2188.
- Trafimow, D. y Fishbein, M. (1995). Do people really distinguish between behavioural and normative beliefs?. *British Journal of Social Psychology*, 34, 257-266.
- Trafimow, D. y Durán, A. (1998). Some tests of the distinction between attitude and perceived behavioural control. *British Journal of Social Psychology*, 37, 1-14.

- Trafimow, D. y Finlay, K. A. (1996). The importance of subjective norms for a minority of people: Between-subjects and within-subjects analyses. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22 (8), 820-828.
- Trafimow, D. y Miller, A. (1996). Predicting and understanding mental practice. *Journal of Social Psychology*, 136(2), 173-180.
- Treboux, D., Crowell, J. y Colon-Downs, C. (1992). *Self-concept and identity in late adolescence: relation to working models of attachment*. Comunicación presentada al encuentro bienal de la Sociedad para la Investigación en Adolescencia, Washington, DC.
- Treboux, D. y Crowell, J. (2001). *Are attachment representations stable across phases of development?. Transitions to marriage and to parenting*. Comunicación presentada al encuentro bienal de la Sociedad para la Investigación del Desarrollo Infantil, Toronto.
- Triandis, H. C. (1980). Values, attitudes, and interpersonal behavior. En H. E. Howe, Jr. y M. M. Page (Eds.), *Nebraska Symposium on Motivation 1979* (Vol. 27, pp. 195-259). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Triandis, H. C. (1971). *Attitude and attitude change*. New York: Wiley.
- Triandis, H. C. (1977). *Interpersonal behavior*. Monterey, CA: Brooks/Cole.
- Triandis, H.C. (1967). Toward an analysis of the components of interpersonal attitudes. En C.W. Sherif y M. Sherif (Eds.), *Attitudes, Ego Involvement and Change* (pp. 227-270). New York: John Wiley.
- Turner, J. C., Hogg, M. A., Oakes, P. J., Reicher, S. D. y Wetherell, M. S. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Basil Blackwell.
- Turner, J. C.; Oakes, P. J.; Haslam, S. A. y McGarty, C. (1994). Self and collective: Cognition and social context. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 20(5), 454-463.
- Tybout, A. M. y Scott, C. A. (1983). Availability of well-defined internal knowledge and the attitude formation process: Information aggregation versus self-perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44,474-491.
- van der Pligt, J. y de Vries, N. K. (1998). Belief importance in expectancy-value models of attitudes. *Journal of Applied Social Psychology*, 28(15), 1339-1354.
- van Ijzendoorn, M. H., Bakermans-Kranenburg, M. J. (1996). Attachment representations in mothers, fathers, adolescents, and clinical groups: A meta-analytic search for normative data. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 64(1), 8-21.

Referencias

- van IJzendoorn, M., Juffer, F. y Duyvesteyn, M. G. (1995). Breaking the intergenerational cycle of insecure attachment: A review of the effects of attachment-based interventions on maternal sensitivity and infant security. *Journal of Child Psychology and Psychiatry and Allied Disciplines*, 36(2), 225-248.
- van IJzendoorn, M. (1995). Adult attachment representations, parental responsiveness, and infant attachment: A meta-analysis on the predictive validity of the Adult Attachment Interview. *Psychological Bulletin*, 117(3), 387-403.
- van den Putte, B. (1991). 20 years of the theory of reasoned action of Fishbein and Ajzen: A meta-analysis. Manuscrito no publicado, Universidad de Amsterdam, The Netherlands.
- VanOss, B.; Marín, G.; Pérez-Stable, E.J.; Otero-Sabogal, R. y Sabogal, F. (1990). Diferencias culturales en actitudes hacia el tabaco: una aplicación de la Teoría de la Acción Razonada. *Revista de Psicología de la Salud*, 2, 153-171.
- Vaughn, B., Egeland, B., Sroufe, L. A. y Waters, E. (1979). Individual differences in infant-mother attachment at twelve and eighteen months: Stability and change in families under stress. *Child Development*, 50, 971-975.
- Vaughn, B. E., Stevenson-Hinde, J., Waters, E., Kotsaftis, A., Lefever, G. B., Shouldice, A., Trudel, M. y Belsky, J. (1992). Attachment security and temperament in infancy and early childhood: Some conceptual clarifications. *Developmental Psychology*, 28, 463-473.
- Verplanken, B.; Aarts, H.; van Knippenberg, A. y van Knippenberg, C. (1994). Attitude versus general habit: Antecedents of travel mode choice. *Journal of Applied Social Psychology*, 24(4), 285-300.
- Verplanken, B.; Aarts, H., van Knippenberg, A. y Moonen, A. (1998). Habit versus planned behaviour: A field experiment. *British Journal of Social Psychology*, 37, 111-128.
- Vincent, P.C.; Peplau, L.A. y Hill, C.T. (1998). A longitudinal application of the theory of reasoned action to women's career behavior. *Journal of Applied Social Psychology*, 28, 9, 761-778.
- Volling, B. L., Notaro, P. C. y Larsen, J. J. (1998). Adult attachment styles: Relations with emotional well-being, marriage, and parenting. *Family Relations: Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 47(4), 355-367.
- Von Bertalanffy, L. (1968). *General systems theory*. New York: Basic Books.
- Warner, L. G. y DeFleur, M. L. (1969). Attitude as a interactional concept: Social constraint and social distance as intervening variables between attitudes and action. *American Sociological Review*, 34 (2), 153-169.

- Warren, S. L.; Huston, L.; Egeland, B. y Sroufe, L. A. (1997) Child and adolescent anxiety disorders and early attachment. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36(5), 637-644
- Waters, E., Posada, G., Crowell, J. y Lay, K. (1993). Is attachment theory ready to contribute to our understanding of disruptive behavior problems?. *Development and Psychopathology*, 54, 215-224.
- Waters, E., Merrick, S., Treboux, D., Crowell, J. y Albersheim, L. (2000). Attachment security in infancy and early adulthood: A twenty-year longitudinal study. *Child Development*, 71(3), 684-689.
- Waters, E. (1978). The reliability and stability of individual differences in infant-mother attachment. *Child Development*, 49, 483-494.
- Waters, E., Wippman, J. y Sroufe, L. A. (1979). Attachment, positive affect, and competence in the peer group: Two studies in construct validation. *Child Development*, 50, 821-829.
- Weigel, R. H. y Newman, L. S. (1976). Increasing attitude-behavior correspondence by broadening the scope of the behavioral measure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 33, 793-802.
- Weinfield, N. S., Sroufe, L. A. y Egeland, B. (2000). Attachment from infancy to early adulthood in a high-risk sample: Continuity, discontinuity, and their correlates. *Child Development*, 71(3), 695-702.
- Weiss, R. S. (1973). *Loneliness: The experience of emotional and social isolation*. Cambridge, MA, US: The MIT Press.
- Weiss, R. S. (1982). Attachment in adult life. En C. M. Parkes y J. Stevenson-Hinde (Eds.), *The place of attachment in human behavior* (pp. 171-184). New York: Basic Books.
- Weiss, R. S. (1991). The attachment bond in childhood and adulthood. En C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde y P. Marris (Eds.), *Attachment across the life cycle*, (pp. 66-76). London: Tavistock/Routledge.
- West, M., Livesley, W. J., Reiffer, L. y Sheldon, A. (1986). The place of attachment in the life events model of stress and illness. *Canadian Journal of Psychiatry*, 31, 202-207.
- West, M., Sheldon, A. y Reiffer, L. (1987). An approach to the delineation of adult attachment: Scale development and reliability. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 175(12), 738-741.
- Wettstein, S. W. (1998). Close friendships of middle-aged women as a function of intimacy and

Referencias

- attachment style. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, Vol 59(6-B), 3102.
- Whiffen, V. E.; Kallos-Lilly, A.V. y MacDonald, B. J. (2001) Depression and attachment in couples. *Cognitive Therapy and Research*, 25(5), 577-590
- White, K. M., Terry, D. J. y Hogg, M. A. (1994). Safer sex behavior: The role of attitudes, norms, and control factors. *Journal of Applied Social Psychology*, 24, 2164-2192.
- Whitley, B. E. (1985) Sex-role orientation and psychological well-being: Two meta-analyses. *Sex Roles*, 12(1-2), 207-225
- Wicker, A. W. (1969). Attitude versus actions: The relationship of verbal and overt behavioral responses to attitude objects. *Journal of Social Issues*, 25 (4), 41-78.
- Wilkinson, R. B. y Walford, W. A. (2001) Attachment and personality in the psychological health of adolescents. *Personality and Individual Differences*, 31(4), 473-484
- Wilson, T.D., Dunn, D.S., Kraft, D. y Lisle, D.J. (1989). Introspection, attitude change, and attitude-behavior consistency: the disruptive effects of explaining why we feel the way we do. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 22, pp. 287-343). San Diego, CA: Academic Press.
- Wilson, T. D., Dunn, D. S., Bybee, J. A., Hyman, D. B. y Rotondo, J. A. (1984). Effects of analyzing reasons on attitude-behavior consistency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, 5-16.
- Wood, W. y Kallgren, C. A. (1988). Communicator attributes and persuasion: Recipients' access to attitude-relevant information in memory. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 14, 172-182.
- Wood, W., Rhodes, N. y Biek, M. (1995). Working knowledge and attitude strength: an information processing analysis. En R. E. Petty y J. A. Krosnick (Eds.), *Attitude Strength: Antecedents and consequences*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum, pp. 283-314.
- Worobey, J. (2001) Sex differences in associations of temperament with love-styles. *Psychological Reports*, 89(1), 25-26
- Wulfert, E. y Wan, C. K. (1995). Safer sex intentions and condom use viewed from a health belief, reasoned action, and social cognitive perspective. *Journal of Sex Research*, 32, 4, 299-312.
- Zajonc, R. B. y Markus, H. (1982). Affective and cognitive factors in preferences. *Journals of Consumer Research*, 9, 123-131.

- Zajonc, R. B. (1968). Attitudinal effects of mere exposure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 9, (No. 2, Pt 2).
- Zajonc, R. B. (1980). Feeling and thinking: Preferences need no inferences. *American Psychologist*, 35, 151-175.
- Zanna, M. P., Olson, J. M. y Fazio, R. H. (1980). Attitude-behavior consistency: An individual difference perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38(3), 432-440.
- Zanna, M. P. y Rempel, J. K. (1988). Attitudes: a new look at an old concept. En Bar-Tal, D. y Kruglanski, A.W., *The Social Psychology of Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zanna, M. P. y Fazio, R. H. (1982). The attitude-behavior relation: Moving toward a third generation of research. En M. P. Zanna, E. T. Higgins y C. P. Herman (Eds.), *Consistency in social behavior: The Ontario Symposium* (Vol. 2, pp. 283-301). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Zeifman, D. y Hazan, C. (1997b). A process model of adult attachment formation. En S. Duck, (Ed.), *Handbook of personal relationships: Theory, research and interventions* (2ª ed.), (pp. 179-195). New York: John Wiley and Sons.
- Zeifman, D. y Hazan, C. (1997a). Attachment: The bond in pair-bonds. En J. A. Simpson y D. T. Kenrick, (Eds.), *Evolutionary social psychology*, (pp. 237-263). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Zuckerman, M. y Reis, H. (1978). Comparison of three models for predicting altruistic behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 498-510.

ANEXO I
Cuestionario tiempo 1

ATRS

AREA DE PSICOLOGÍA SOCIAL

UNIVERSIDAD DE GRANADA

CÓDIGO: _____

FECHA: ___/___/2000.

ASP (EST)

A continuación encontrarás una serie de descripciones que hacen referencia a como te sientes típicamente, **en general**, cuando tienes relaciones íntimas. El adjetivo **íntimo/a**, se refiere a una intimidad emocional. Quiere expresar la idea de estar unido a alguien, a tu pareja, a las personas con las que has tenido o tienes una relación muy cercana, o una relación amorosa, personas con las que mutuamente se comparten sentimientos, pensamientos y experiencias. En las descripciones nos vamos a referir a estas personas como “tu pareja”.

Lee con atención las cuatro descripciones y rodea con un círculo en la escala, el número de la que mejor represente, la que más se acerque , a tu comportamiento cuando tienes o has tenido relaciones emocionales íntimas.

1 2 3 4

1.- Para mí es fácil acercarme íntimamente a mi pareja. No me importa depender de el/ella ni que el/ella dependa de mí. No empleo ningún tiempo en pensar si me voy a sentir solo/a o en si mi pareja va a aceptarme o no.

2.- No me importa si no me siento íntimamente unido/a a mi pareja. Es muy importante para mí sentirme independiente y autosuficiente. Prefiero no depender de mi pareja ni que el/ella dependa de mí.

3.- Me gusta mucho sentirme íntimamente unido/a a mi pareja, pero a menudo siento que a el/ella no le gusta tener tanta intimidad como a mí me gustaría. No me siento a gusto sin tener relaciones íntimas, pero a veces me preocupa que mi pareja me valore menos de lo que yo la valoro a ella.

4.- Me cuesta mucho e incluso no me siento cómodo/a dando mi intimidad a mi pareja. Me gustaría estar unido/a a mi pareja, compartir mi intimidad con ella, pero me cuesta confiarle mis sentimientos o depender de el/ella. Me preocupa ponerme en una situación en la que pueda salir mal parado/a y sufrir por ello.

CAC (P)

A continuación, se describen cuatro acciones o comportamientos distintos, referidas a las relaciones de pareja, sobre las que se harán una serie de preguntas a lo largo del cuestionario.

En primer lugar, contesta, por favor, **con total sinceridad**, rodeando con un círculo el número de la escala que mejor refleje tu actitud hacia cada una estas conductas. **Si no tienes pareja o no sales con nadie en la actualidad**, contesta igualmente a las preguntas del cuestionario, **en general**, sin hacer caso a la indicación “en los próximos 20 días”.

A.- ¿Cuál es tu actitud hacia llevar a cabo las siguientes conductas en los próximos 20 días?

1.- Contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mi.

1	2	3	4	5	6	7
Totalmente contraria						Totalmente favorable

2.- Hacer cosas únicamente porque le gustan a mi pareja (incluso aunque a mi no me gusten).

1	2	3	4	5	6	7
Totalmente contraria						Totalmente favorable

3.- Expresarle verbalmente a mi pareja mis sentimientos hacia ella (por ejemplo, decirle “te quiero”).

1	2	3	4	5	6	7
Totalmente contraria						Totalmente favorable

4.- Llevar a mi pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios conmigo.

1	2	3	4	5	6	7
Totalmente contraria						Totalmente favorable

B.- En el periodo que comprenden los siguientes veinte días: (Tengo la intención de..., se que sucederá, se que lo haré, quiero hacerlo)

1.- **Le contaré a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mi.**

1	2	3	4	5	6	7
Nada probable			Muy probable			

2.- **Haré cosas únicamente porque le gustan a mi pareja (incluso aunque a mi no me gusten).**

1	2	3	4	5	6	7
Nada probable			Muy probable			

3.- **Le expresaré verbalmente a mi pareja mis sentimientos hacia ella (por ejemplo, le diré "te quiero").**

1	2	3	4	5	6	7
Nada probable			Muy probable			

4.- **Llevaré a mi pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios conmigo.**

1	2	3	4	5	6	7
Nada probable			Muy probable			

C.- En general, habitualmente, cuando has tenido relaciones de pareja:

1.- ¿Con qué frecuencia has contado a tu pareja aspectos íntimos (de cualquier tipo) importantes para ti?

1 2 3 4 5 6 7

Ninguna frecuencia

Mucha frecuencia

2.- ¿Con qué frecuencia has hecho cosas únicamente porque le gustaban a tu pareja (incluso aunque a ti no te gustaran).

1 2 3 4 5 6 7

Ninguna frecuencia

Mucha frecuencia

3.- ¿Con qué frecuencia has expresado verbalmente a tu pareja tus sentimientos hacia ella (por ejemplo, decirle "te quiero").

1 2 3 4 5 6 7

Ninguna frecuencia

Mucha frecuencia

4.- ¿Con qué frecuencia has llevado a tu pareja, siempre que ha sido posible, a todos los sitios contigo?.

1 2 3 4 5 6 7

Ninguna frecuencia

Mucha frecuencia

EDAD: _____ años; SEXO: Mujer: _____ Hombre: _____

D.- ¿Tienes pareja o sales con alguien en este momento?: SI _____; NO: _____

(Si tu respuesta ha sido NO, contesta sólo a las preguntas F10 y F11:)

F1.- Tipo de relación: (pon una cruz donde corresponda)

- Sales de vez en cuando _____
- Sales asiduamente _____
- Novios o una relación parecida _____
- Vivís juntos, en pareja, sin estar casados _____
- Matrimonio _____
- Si es otra situación, por favor, descríbela: _____

F2.- Duración de la relación (en meses): _____

F3.- ¿Qué probabilidad ves de que la relación termine en los próximos seis meses?

1 2 3 4 5 6 7
Nada probable Muy probable

F4.- ¿Qué probabilidad ves de que la relación acabe en matrimonio?

1 2 3 4 5 6 7
Nada probable Muy probable

F5.- Rodea con un círculo el grado de estabilidad de esa relación.

1 2 3 4 5 6 7
Muy inestable Muy estable

F6.- ¿Cómo de satisfactoria es la relación para tí?

1 2 3 4 5 6 7
Nada satisfactoria Muy satisfactoria

F7.- Indica el grado de intimidad en la relación

1 2 3 4 5 6 7
Nada íntima Extremadamente íntima

F8.- ¿Qué importancia tiene para tí la relación?

1 2 3 4 5 6 7
Nada importante Muy importante

F9.- ¿Cuanto tiempo pasais juntos? (Contesta de la forma que mas se ajuste a tu caso concreto: N° de Horas/día; N° de Horas/semana; N° de Horas/mes,...): _____

F10.- Indica el número de parejas que has tenido en los últimos tres años: _____

F11.- Indica cuanto ha durado cada una (N° de meses): 1ª: _____ 2ª _____ 3ª _____

4ª _____ 5ª _____ 6ª _____ 7ª _____ ... _____

CC

Conducta 1:

A continuación, se presentan algunas consecuencias de contar aspectos íntimos a la pareja. Indica, por favor, el grado en que crees que realizar esta conducta tendrá cada una de estas consecuencias **para tí**, desde nada probable hasta muy probable.

SI DURANTE LOS PROXIMOS 20 DIAS LE CUENTO A MI PAREJA ASPECTOS MIOS INTIMOS (DE CUALQUIER TIPO) QUE SON IMPORTANTES PARA MI:

1.- Fomentaré la confianza entre nosotros.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
2.- Podrá ayudarme.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
3.- Podrá utilizarlo contra mí.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
4.- No tendré vida privada.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
5.- Podré desahogarme.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
6.- Podrá molestarle.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
7.- Nos conoceremos mejor.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
8.- No me comprenderá.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable

EC

Indica, así mismo, el grado en que sientes que cada una de esas consecuencias sería positiva o negativa **para ti**, desde muy negativa hasta muy positiva.

1.- Fomentaré la confianza entre nosotros.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

2.- Podrá ayudarme.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

3.- Podrá utilizarlo contra mí.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

4.- No tendré vida privada.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

5.- Podré desahogarme.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

6.- Podrá molestarle.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

7.- Nos conoceremos mejor.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

8.- No me comprenderá.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

NS

A continuación, indica el grado en que cada una de las personas o grupos de personas que aparecen a continuación, aprobarían o desaprobarían que lleves a cabo esta conducta.

1.- Padres.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían				Aprobarían		

2.- Hermanos/as.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían				Aprobarían		

3.- Amigos/as.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían				Aprobarían		

4.- Pareja o persona con la que sales.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobaría				Aprobaría		

5.- Otros familiares.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían				Aprobarían		

NSG: Indica, en qué grado estarías dispuesto/a, en general, a tener en cuenta lo que piensan esas personas u otras que tengas en mente y que sean significativas para tí, a la hora de llevar a cabo esta conducta:

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada dispuesto/a					T o t a l m e n t e dispuesto/a	

MC

Indica, así mismo, el grado en el que tendrías en cuenta lo que piensa cada una de esas personas a la hora de llevar a cabo la conducta, desde nada hasta totalmente.

1.- Padres

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

2.- Hermanos/as.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

3.- Amigos/as.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

4.- Pareja o persona con la que sales.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

5.- Otros familiares.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

1G1.- Para mi, llevar a cabo la conducta “**contarle a mi pareja aspectos míos íntimos (de cualquier tipo) que son importantes para mi**” en los próximos veinte días será:

1	2	3	4	5	6	7
Muy fácil						Muy difícil

1G2.- Si yo quisiera llevar a cabo esta conducta en los próximos veinte días, lo haría sin problemas:

1	2	3	4	5	6	7
Muy en desacuerdo						Muy de acuerdo

1G3.- ¿Cuánto depende esta conducta únicamente de ti, de tu propia voluntad (cuánto control tienes sobre ella)?:

1	2	3	4	5	6	7
Ningún control						Control completo

1G4.- Las cosas que pueden pasar que escapan a tu control y que pueden impedir que realices esta conducta en los próximos veinte días son:

1	2	3	4	5	6	7
Muy pocas						Muy numerosas

CC

A partir de ahora, lee con **mucha atención** el resto del cuestionario, que cumplimentarás solo/a hasta el final. El formato es el mismo en las tres conductas restantes. No olvides de qué conducta se trata en cada caso, con el fin de no equivocarte al contestar.

Conducta 2:

A continuación, se presentan algunas consecuencias de hacer cosas únicamente porque le gustan a tu pareja, incluso aunque a ti no te gusten. Indica, por favor, el grado en que crees que realizar esta conducta tendrá **para ti** cada una de las consecuencias que aparecen a continuación, desde nada probable hasta muy probable.

SI DURANTE LOS PRÓXIMOS 20 DÍAS HAGO COSAS ÚNICAMENTE PORQUE LE GUSTAN A MI PAREJA (INCLUSO AUNQUE A MI NO ME GUSTEN):

1.- Me sentiré mal conmigo mismo/a.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

2.- Tendré a mi pareja contenta.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

3.- Podrá acostumbrarse y enfadarse cuando no lo haga.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

4.- Servirá para que en otras ocasiones mi pareja lo haga por mí.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

5.- Me aburriré.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

6.- Le demostraré que la quiero.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

7.- Daré una imagen de debilidad.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

8.- Mejorará la relación.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable						Muy probable

EC

Indica, de igual forma, el grado en que sientes que cada una de esas consecuencias es positiva o negativa **para tí**, desde muy negativa hasta muy positiva.

1.- Me sentiré mal conmigo mismo/a.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

2.- Tendré a mi pareja contenta.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

3.- Podrá acostumbrarse y enfadarse cuando no lo haga.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

4.- Servirá para que en otras ocasiones mi pareja lo haga por mí.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

5.- Me aburriré.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

6.- Le demostraré que la quiero.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

7.- Daré una imagen de debilidad.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

8.- Mejorará la relación.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

NS

A continuación, indica el grado en que cada una de las personas o grupos de personas que aparecen a continuación, aprobarían o desaprobarían que lleves a cabo esta conducta.

1.- Padres.							
	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
2.- Hermanos/as.							
	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
3.- Amigos/as.							
	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
4.- Pareja o persona con la que sales.							
	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobaría							Aprobaría
5.- Otros familiares.							
	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

NSG: Indica, en qué grado estarías dispuesto/a, en general, a tener en cuenta lo que piensan esas personas u otras que tengas en mente y que sean significativas para ti, a la hora de llevar a cabo esta conducta:

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada dispuesto/a.							Totalmente dispuesto/a

MC

Indica, así mismo, el grado en el que tendrías en cuenta lo que piensa cada una de esas personas a la hora de llevar a cabo la conducta, desde nada hasta totalmente.

1.- Padres.

1 2 3 4 5 6 7

Nada

Totalmente

2.- Hermanos/as.

1 2 3 4 5 6 7

Nada

Totalmente

3.- Amigos/as.

1 2 3 4 5 6 7

Nada

Totalmente

4.- Pareja o persona con la que sales.

1 2 3 4 5 6 7

Nada

Totalmente

5.- Otros familiares.

1 2 3 4 5 6 7

Nada

Totalmente

2G1.- Para mi, llevar a cabo la conducta “hacer cosas únicamente porque le gustan a mi pareja (incluso aunque a mi no me gusten)” en los próximos veinte días será:

1	2	3	4	5	6	7
Muy fácil						Muy difícil

2G2.- Si yo quisiera llevar a cabo esta conducta en los próximos veinte días, lo haría sin problemas:

1	2	3	4	5	6	7
Muy en desacuerdo						Muy de acuerdo

2G3.- ¿Cuánto depende esta conducta únicamente de ti, de tu propia voluntad (cuánto control tienes sobre ella)?:

1	2	3	4	5	6	7
Ningún control						Control completo

2G4.- Las cosas que pueden pasar que escapan a tu control y que pueden impedir que realices esta conducta en los próximos veinte días son:

1	2	3	4	5	6	7
Muy pocas						Muy numerosas

CC

Conducta 3:

A continuación, se presentan algunas consecuencias de expresarle verbalmente a tu pareja tus sentimientos hacia ella (por ejemplo, decirle “te quiero”). Indica, por favor, el grado en que crees que realizar esta conducta tendrá **para tí** cada una de esas consecuencias, desde nada probable hasta muy probable.

SI DURANTE LOS PRÓXIMOS 20 DÍAS EXPRESO VERBALMENTE A MI PAREJA MIS SENTIMIENTOS HACIA ELLA (POR EJEMPLO, DECIRLE “TE QUIERO”):

- | | | | | | | | |
|---|----|----|----|---|----|----|--------------|
| 1.- Me hará sentir bien. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 2.- Se convertirá en un hábito, perderá fuerza. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 3.- Podrá conocer mis sentimientos. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 4.- Será agradable para mi pareja. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 5.- Daré demasiada seguridad a mi pareja. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 6.- Me sentiré un poco “en sus manos”. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 7.- Mi pareja se sentirá más querida. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |
| 8.- Me corresponderá (ella me lo dirá a mi). | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Nada probable | | | | | | | Muy probable |

EC

Indica, por favor, el grado en que sientes que cada una de esas consecuencias es positiva o negativa **para tí**, desde muy negativa hasta muy positiva.

- | | | | | | | | |
|---|----|----|----|---|----|----|--------------|
| 1.- Me hará sentir bien. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 2.- Se convertirá en un hábito, perderá fuerza. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 3.- Podrá conocer mis sentimientos. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 4.- Será agradable para mi pareja. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 5.- Daré demasiada seguridad a mi pareja. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 6.- Me sentiré un poco "en sus manos". | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 7.- Mi pareja se sentirá más querida. | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |
| 8.- Me corresponderá (ella me lo dirá a mi). | -3 | -2 | -1 | 0 | +1 | +2 | +3 |
| Muy negativa | | | | | | | Muy positiva |

NS

A continuación, indica el grado en que cada una de las personas o grupos de personas que aparecen a continuación, aprobarían o desaprobarían que llevases a cabo esta conducta.

1.- Padres.

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

2.- Hermanos/as.

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

3.- Amigos/as.

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

4.- Pareja o persona con la que sales.

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobaría							Aprobaría

5.- Otros familiares.

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

NSG: Indica, en qué grado estarías dispuesto/a, en general, a tener en cuenta lo que piensan esas personas u otras que tengas en mente y que sean significativas para tí, a la hora de llevar a cabo esta conducta:

	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada dispuesto/a.							Totalmente dispuesto/a

MC

Indica, así mismo, el grado en el que tendrías en cuenta lo que piensa cada una de esas personas a la hora de llevar a cabo la conducta, desde nada hasta totalmente.

1.- Padres.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

2.- Hermanos/as.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

3.- Amigos/as.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

4.- Pareja o persona con la que sales.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

5.- Otros familiares.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

3G1.- Para mi, llevar a cabo la conducta “expresarle verbalmente a mi pareja mis sentimientos hacia ella (por ejemplo, decirle “te quiero”)” en los próximos veinte días será:

1	2	3	4	5	6	7
Muy fácil						Muy difícil

3G2.- Si yo quisiera llevar a cabo esta conducta en los próximos veinte días, lo haría sin problemas:

1	2	3	4	5	6	7
Muy en desacuerdo						Muy de acuerdo

3G3.- ¿Cuánto depende esta conducta únicamente de ti, de tu propia voluntad (cuánto control tienes sobre ella)?:

1	2	3	4	5	6	7
Ningún control						Control completo

3G4.- Las cosas que pueden pasar que escapan a tu control y que pueden impedir que realices esta conducta en los próximos veinte días son:

1	2	3	4	5	6	7
Muy pocas						Muy numerosas

CC

Conducta 4:

A continuación, se presentan algunas consecuencias de llevar a tu pareja, siempre que sea posible, a todos los sitios contigo. Indica, por favor, el grado en que crees que realizar esta conducta tendrá cada una de esas consecuencias **para tí**, desde nada probable hasta muy probable.

SI DURANTE LOS PRÓXIMOS 20 DÍAS LLEVO A MI PAREJA, SIEMPRE QUE SEA POSIBLE, A TODOS LOS SITIOS CONMIGO:

1.- Compartiremos más cosas juntos.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
2.- Perderé otras relaciones.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
3.- Me sentiré más seguro/a.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
4.- Estaremos más tiempo juntos.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
5.- Nuestra relación se hará más monótona y aburrida.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
6.- Nos conoceremos mejor.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
7.- Perderé independencia.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable
8.- Discutiremos más.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada probable							Muy probable

EC

Indica, por favor, el grado en que sientes que cada una de esas consecuencias es positiva o negativa **para ti**, desde muy negativa hasta muy positiva.

1.- Compartiremos más cosas juntos.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

2.- Perderé otras relaciones.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

3.- Me sentiré más seguro/a.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

4.- Estaremos más tiempo juntos.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

5.- Nuestra relación se hará más monótona y aburrida.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

6.- Nos conoceremos mejor.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

7.- Perderé independencia.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

8.- Discutiremos más.

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Muy negativa						Muy positiva

NS

A continuación, indica el grado en que cada una de las personas o grupos de personas que aparecen a continuación, aprobarían o desaprobaban que lleves a cabo esta conducta.

1.- Padres.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
2.- Hermanos/as.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
3.- Amigos/as.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían
4.- Pareja o persona con la que sales.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobaría							Aprobaría
5.- Otros familiares.	-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Desaprobarían							Aprobarían

NSG: Indica, en qué grado estarías dispuesto/a, en general, a tener en cuenta lo que piensan esas personas u otras que tengas en mente y que sean significativas para tí, a la hora de llevar a cabo esta conducta:

-3	-2	-1	0	+1	+2	+3
Nada dispuesto/a.						Totalmente dispuesto/a

MC

Indica, así mismo, el grado en el que tendrías en cuenta lo que piensa cada una de esas personas a la hora de llevar a cabo la conducta, desde nada hasta totalmente.

1.- Padres.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

2.- Hermanos/as.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

3.- Amigos/as.


1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

4.- Pareja o persona con la que sales.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente

5.- Otros familiares.

1	2	3	4	5	6	7
Nada						Totalmente



ANEXO II
Cuestionario tiempo 2

CFUT

(Contesta sólo si tenías pareja o salías con alguien hace veinte días)

En los últimos veinte días,

1a.- ¿Con cuanta frecuencia has llevado a tu pareja contigo (siempre que ha sido posible), a los sitios donde has ido?:

1 2 3 4 5 6 7
Ninguna vez Muchas veces

1b.- ¿Cuántas veces has tenido ocasión de llevar a tu pareja contigo a los sitios donde has ido?:

_____ veces.

1c.- De todas esas veces, ¿cuántas la has llevado contigo?

_____ veces.

En los últimos veinte días,

2a.- ¿Con cuanta frecuencia le has contado a tu pareja aspectos tuyos íntimos (de cualquier tipo) que eran importantes para ti?:

1 2 3 4 5 6 7
Ninguna vez Muchas veces

2b.- ¿Cuántas veces has tenido la oportunidad de contarle a tu pareja aspectos tuyos íntimos (de cualquier tipo) que eran importantes para ti?:

_____ veces.

2c.- De todas esas veces, ¿cuántas le has contado a tu pareja aspectos tuyos íntimos (de cualquier tipo) que eran importantes para ti?

_____ veces.

3.- ¿Sales con la misma pareja que hace veinte días?:

SI: __; NO: __

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN